

No todo es casualidad

Sandra Estévez Calvar



NO TODO ES CASUALIDAD

Sandra Estévez Calvar

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

1

Francesco, desde hace algunos años, vive en total soledad y armonía con la naturaleza, aislado del mundo. Con naturalidad, todos los días baja al río, se despoja de la poca ropa que lleva puesta, y se deja arrastrar por la corriente del agua. El sol, cuando se deja ver, calienta su frente, su vientre e incluso sus pensamientos. Ese era el único momento en el que tiene licencia para pensar sobre su pasado tormentoso. No se arrepentía de haber huido del pasado pero sí de otras muchas cosas y lamentaba no haber actuado de otra manera, especialmente los últimos años.

Esos treinta minutos que pasa en aquellas aguas heladas, son suficientes para encontrar paz interior. Por momentos, se pregunta si vale la pena vivir así, en soledad, sumergido en aquel silencio, día tras día, noche tras noche, de enero a diciembre. Atrás dejó el amor, los amigos e incluso a la poca familia que le quedaba. Sus progenitores habían fallecido. Ella, vilmente asesinada por el marido ante un arrebatado de celos. Después, él se quitó la vida con una escopeta de caza, no sin antes disfrutar observando las caras de espanto de su mujer y el amante, en el momento de asesinarlos. Una cruel escena que, aunque era un crío cuando sucedió y por suerte no lo había presenciado, sigue imaginándola con rabia, viendo la cara de pánico de su madre y el cinismo en el rostro del progenitor, especialmente cada vez que revisa los artículos que en su momento habían publicado distintos periódicos, y que había conseguido de la casa de sus abuelos.

Al quedarse solo, los abuelos maternos lo acogieron en su hogar pero a los pocos años también fallecieron, y Francesco únicamente contaba con diez primaveras. Asuntos sociales se hizo cargo de él y fue ingresado en un centro de menores sin hogar, donde vivió hasta su mayoría de edad. Allí, aprendió a defenderse de los niños más mayores que él, que, por el simple hecho de tener unos cuantos años más, se creían los reyes del centro, y también de otros más jóvenes que aprendían rápido de estos.

Aunque su infancia fue difícil y, por momentos, traumática, pues convivir con niños que no conoces de nada, no es empresa fácil, más bien pura competencia, salió adelante. Se formó y trabajó en los talleres que el centro organizaba, logrando captar la atención de los que dirigían el mismo. Estos, estaban convencidos de que habían hecho un buen trabajo con el muchacho, y que, si no se descarriaba por malos caminos, llegaría lejos.

El lugar que había elegido para vivir era un paraíso natural, totalmente alejado del ladrillo y del asfalto. Una zona de carreteras convencionales y difícil acceso. En invierno no había casi nadie. Los diez habitantes que residían habitualmente allí, eran ancianos que vivían de lo que cosechaban en sus tierras. Una vez por semana acudía un médico que les llevaba medicinas, y también un furgón con provisiones que ellos mismos habían encargado la semana anterior. Únicamente se acercaba gente de visita a partir del mes de marzo y hasta finales

de noviembre. Para él era el mejor refugio, una vía de escape de todo aquello en lo que se había convertido su vida.

A veces, echaba de menos hablar con personas, el contacto físico, reír, pero eso se le pasaba rápido al recordar la razón por la que estaba allí. Con los vecinos, apenas cruzaba palabras.

En la zona, había una empresa que tenía un catamarán, y, desde hacía algunos años, contrataba a Francesco durante esos ocho meses que acudían visitantes a la zona, para navegar por aquellas aguas angostas del cañón, y así ofrecer a los turistas un espectáculo único. Su trabajo consistía en manejar la embarcación, de dos cascascos, por la garganta del río Sil, en la Ribeira Sacra. Para ello, se encerraba en el puente de mando y solo hablaba, de vez en cuando, con la guía turística que lo acompañaba en el recorrido, siempre y cuando ella tomaba la iniciativa.

Todos los días era la misma rutina. Se levantaba a las ocho para sumergirse en las gélidas aguas. Daba igual que fuese verano o invierno. Después tomaba café, muy cargado, eso sí, y se dirigía, con las gafas de sol puestas, hacia el embarcadero donde todos las noches atracaba el catamarán. Por la mañana hacían 2 salidas y 3 por la tarde, pero, una mañana del mes de julio, fue diferente a todas las anteriores. Entre los cuarenta y ocho pasajeros que la embarcación tenía permitido llevar, se encontraba una mujer que, por su apariencia física, aparentaba tener unos treinta y cinco años, rubia, no muy alta y con el pelo largo, aunque en aquel momento lo llevaba recogido en un moño alto. Había acudido sola, su rostro mostraba cierta tristeza y, a la vez, un poco de arrogancia. Había hecho la carrera de psicología pero en la actualidad trabajaba como *Weddingplanner*, lo que todos conocen como organizador de bodas.

Elisabeth se consideraba una persona sociable ya que, por su trabajo, conocía a muchísima gente, aunque en los últimos meses el agotamiento laboral le estaba pasando factura. Por eso había decidido hacer ese viaje sola, aunque no lo reconocía delante de nadie. Necesitaba pensar, reflexionar y tomar decisiones. No quería seguir en esa línea porque le estaba haciendo mucho daño psicológico. Muchas preguntas asomaban a su cabeza, entre ellas si seguir o no en ese trabajo. Le pagaban bien y la consideraban toda una experta, a la hora de organizar una ceremonia, pero sentía que le faltaba algo. Se entregaba tanto a su trabajo que no tenía vida fuera de él. Sus amigos, a excepción de algunos que había hecho gracias a su labor profesional, o en el edificio donde vivía, estaban a cientos de kilómetros de ella, y su familia igual. Y después estaba el tema del amor. Lo había dejado en un segundo plano, y únicamente se permitía alguna que otra relación esporádica con algún chico guapo que conocía en su trabajo, o amigos de conocidos. Su madre se lo decía constantemente por teléfono. “Sienta la cabeza y busca un hombre que te haga feliz y así formar una familia. Si sigues así, vas a quedar para vestir santos”, pero ella, hasta la fecha, siempre había pensado que esa vida que llevaba era la ideal, sin compromisos. Los matrimonios, las relaciones en serio, eran para sus clientes. Ella se encargaba de que, ese día, fuese el más feliz para la pareja, una jornada inolvidable para ellos y sus invitados.

Llevaba tres años sin coger vacaciones y sus jefes la obligaron a hacerlo. Por delante tenía cuatro semanas para olvidarse del trabajo y especialmente del móvil,

relajarse y disfrutar del paisaje y la grandeza de la naturaleza. Aunque pareciese increíble, allí, en la Ribeira Sacra, los veranos eran secos y calurosos, más propios del Mediterráneo que del noroeste de la península.

El último viernes del mes de junio, la empresa le dio el ultimátum y no le quedó más remedio que tomar las “malditas vacaciones”. El sábado por la mañana se encontró el maletín vacío, sin llamadas telefónicas ni mensajes de texto, por lo que comenzó a curiosear en el portátil. La bandeja de entrada de su correo electrónico estaba vacía. Sus jefes ya se habían olvidado de ella, pensó con rabia y frunciendo los labios. Los meses de junio, julio, agosto, septiembre y octubre, son los de más trabajo. Tenían ceremonias los viernes, sábados y domingos, y, parte de ellas, las había organizado Eli. Debería estar allí para supervisarlos todo y que no se escapara ni el más mínimo detalle. Otro de los motivos por los que estaba molesta con sus jefes. ¡La estaban ignorando!

Entonces, entró un mensaje de publicidad, algo extraño porque todos los había derivado a la papelería. ¡Estaba harta de tanta publicidad! Se trataba de una empresa que ofrecía viajes a través de los cañones escarpados del Sil, por medio de un catamarán, con guía incluido para informar sobre lo más relevante que ofrecía la navegación. La curiosidad hizo que entrara en esa web para ojear las fotografías y vídeos de la zona, el recorrido y el tiempo estimado de la ruta. Estaba agotada y hastiada de la ciudad, de los vehículos, los edificios, el olor a asfalto y ruedas quemadas, y hasta de las personas, aunque, a decir verdad, tampoco quería verse entre animales. Odiaba todo lo que anduviste sobre cuatro patas, o, al menos eso creía. Nada de perros, gatos ni animales de compañía, que lo único que hacían era llenar de pelos las viviendas y provocar alergias. Su madre tenía un chihuahua hembra. Sí, esa raza de perros que no tiene pelo y es considerada una de las más pequeñas del mundo. Eli la odiaba cada vez que iba a casa. Sus ojos, saltones, la ponían nerviosa, al igual que las orejas puntiagudas. Era una perra muy juguetona y puro nervio. Su madre la trataba igual que si fuese una persona. Siempre estaba hablando con ella y, todos los meses, le compraba ropa. Nunca se le olvidará aquella vez que la vio con un vestido estilo marinero, formado por falda azul marino con volantes y blusa blanca sin mangas, o aquella otra con un abrigo forrado de color rosa con lazos.

Sin más dilatación, reservó vuelo, hotel, una plaza para ir en el catamarán y un coche con *GPS* para los desplazamientos, dado que llegar hasta allí era complicado sin un sistema de posicionamiento. Una vez tuvo todo concretado, comenzó a buscar sitios para visitar, no muy alejados pero sí interesantes. El lunes cogería el avión rumbo a la tierra de las “*meigas*”.

El día amaneció espléndido, radiante. El sol brillaba, anunciando otro día de calor. Elisabeth había pedido en el hotel que la despertasen a las nueve de la mañana. Después de la ducha, bajó al salón, donde servían los desayunos. Desde la puerta observó a la demás gente. Era una costumbre que había adquirido al estudiar psicología. Cada vez que tenía un desconocido frente a ella, lo evaluaba y analizaba de manera sutil.

Matrimonios, parejas de novios y varios grupos de amigos, disfrutaban del bufet libre que ofrecía el hotel. Se veían felices y contentos. Decidió alejarse del escándalo que todos ellos hacían, y se sentó en la mesa situada al fondo del local, preparado para acoger a más de 130 personas.

Para desayunar, había gran variedad de productos: bollería, embutidos frescos, yogures, fruta, paté, cereales, galletas, pan para tostar y también productos calientes como beicon, chorizo y huevos. Por supuesto, no podía faltar la máquina de café, zumo natural de naranja, agua fría y caliente para hacer infusiones, y también leche de varios tipos. Ella se decantó por café solo, preparó dos tostadas con aceite de oliva virgen, un buen trozo de sandía y un vaso de zumo. Mientras desayunaba, un camarero se acercó a ella con una hoja y un bolígrafo en la mano, y le preguntó el número de su habitación. Tan pronto finalizó, subió de nuevo a su habitación para lavarse los dientes, recoger el bolso y los mapas que le habían facilitado el día anterior en recepción. Antes de irse, se miró por quinta vez en el espejo. Tenía esa costumbre y, fuese a donde fuese, tenía que comprobar que iba bien arreglada. Pasó varias veces las manos por la suave tela del vestido que había elegido, para estirar las arrugas que se le habían formado al sentarse en el comedor. Algo que no tenía demasiada importancia para cualquier persona normal que estuviese de vacaciones, pero ella, como siempre se decía, no era normal, no era igual a las demás. Buscó en el armario y encontró una pamea de ala doblada en color fucsia, igual que el vestido. Antes de salir revisó el teléfono; ni una llamada, ni un mensaje. Se puso furiosa. ¡Esos qué se creen! Pensó, tras cerrar la puerta con desaire. ¡Se van a enterar! No tenía pensado coger el teléfono hasta el día antes de regresar al trabajo. Ellos lo habían querido así.

Bajó en el ascensor hasta recepción. Se notaba que era época estival por la gran cantidad de maletas, turistas y botones, moviéndose de un lado para el otro.

Como ya había avisado de que iba a salir con el coche, un chico, cuya edad rondaría los diecinueve años, la esperaba en la entrada del hotel, le entregó las llaves y le deseó un feliz día. Eli se lo quedó mirando.

– Eso espero –respondió.

Introdujo la llave en el contacto, no sin antes indicarle al *GPS* las coordenadas exactas para llegar a su destino. Había reservado para la primera salida que el catamarán hacía por la tarde, pero estimó que era mejor ir temprano, por si no llegaba a la hora marcada o se perdía. Así tendría tiempo para comer en algún restaurante de la zona.

El viaje se le hacía eterno. Cada vez que paraba para ojear el dispositivo, comprobaba que los kilómetros se hacían perpetuos, como si no adelantase nada; claro que las carreteras eran secundarias, con muchas curvas, y la velocidad, en algunos tramos, estaba limitada a cuarenta.

– ¡Este trasto tiene que estar mal! –gritó, desesperada.

El artilugio decía que debía coger a la izquierda en la siguiente intersección, pero lo curioso era que no había ninguna bifurcación a la vista.

– ¡Quién me mandaría venir a este sitio en el culo del mundo! –refunfuñó.

Apagó el aparato y volvió a encenderlo. Seguro que él también se había perdido y no le quitaba razón, pero, tras unos segundos pensando, seguía insistiendo en que tomara una salida que no existía.

– ¡A la mierda el *GPS*! Avanzaré unos cuantos kilómetros en esta dirección y, en caso de no encontrar el maldito embarcadero, llamaré por teléfono para que alguien venga a rescatarme. ¡Menuda gilipollas que soy! –dijo en voz alta.

Diez minutos más tarde se encontró con dos coches parados en un mirador. Bajó del vehículo y se acercó a preguntar. Aquellas personas también tenían el mismo destino, pero le comentaron que debía seguir unos cuantos kilómetros más, y ya encontraría un cartel que avisaba de que el embarcadero estaba a la izquierda. Regresó al automóvil y comprobó que el dispositivo indicaba lo mismo que le habían dichos aquellas personas.

– ¡A buenas horas te acuerdas!

A medida que se iba acercando a la zona, la afluencia de coches era mayor. No había duda de que estaba en el lugar correcto. Aparcó en una entrada que había al fondo y se dirigió a pie hacia el pequeño muelle. Comprobó en el móvil que no había ni una sola raya de cobertura. Esperaba encontrar un dique con muchos barcos, tanto de recreo como de pesca; pero lo que descubrió fue un pequeño embarcadero, en cuyo exterior había una cafetería en la que servían bebidas y bocadillos, y un punto de información y venta de billetes para los rezagados. Allí, la chica que estaba tras el mostrador, le dijo que todo estaba en orden y que debía presentarse un cuarto de hora antes de la fijada en la reserva.

– ¿Me podría indicar si por aquí hay algún restaurante para almorzar? –preguntó a la amable joven.

– Siento decirle que este lugar está muy apartado de las zonas habitadas –cogió un mapa que tenía sobre una mesa lateral, y le indicó la zona donde estaban situados en aquel preciso momento, y donde estaban los restaurantes más próximos.

– ¡Ni de coña llego ahí!, pensó.

– Otra opción que tiene es almorzar algo en la cafetería del muelle.

Viendo que no le quedaba otra salida, se acercó al bar y buscó una mesa libre. Sobre la misma había un panfleto con diversos platos combinados, bocadillos,

perritos calientes y hamburguesas. Ella, acostumbrada a comer en los mejores restaurantes, a ser disfrutadora de una atención exquisita, y degustar los mejores platos, en aquel momento iba a comer en un bar de poca monta, con servilletas de papel y tickets por el suelo, mesas y sillas raídas por el uso, y una camarera vestida con ropa de calle, con un pequeño cuadernillo de notas en una mano y una bayeta en la otra.

– Buenas. ¿Qué desea tomar?

Ahora mismo me tomaría Muesli de foiegras, unas vieiras salteadas y de postre bomba helada con salsa de frambuesa. ¿Tenéis algo de eso aquí? –comentó, observando el local con cierta aversión.

Lo siento, pero no. En la carta aparece todo lo que servimos. Esto no es un restaurante sino una simple cafetería que sirve comidas rápidas –aclaró la chica.

– Ok. Tomaré un bocadillo de pechuga con lechuga, tomate y sin cebolla, que después me apesta el aliento –tomó unos segundos para pensar la bebida–, y agua sin gas. Tráigame una botella grande, por favor.

La joven lo anotó en la libretita y se acercó a la mesa que estaba al lado; así mataba dos pájaros de un tiro.

– ¡Y que sea lo antes posible! –instó, moviendo la cabeza lateralmente. Acostumbrada a la atención personalizada, odiaba ese tipo de detalles.

Volvió a ver el móvil. Ni una sola raya de cobertura.

Después de almorzar, salió a la terraza para tomar el café. Se sentó en una de las pocas mesas que había vacías y cerró los ojos para relajarse. Iba a disfrutar de ochenta y cinco minutos lejos del bullicio al que estaba acostumbrada; al abrirlos, descubrió ante ella un tesoro paisajista. Nada más y nada menos que el patrimonio sacro, el espectacular cañón. El cielo estaba azul, no había ni una sola nube que lo enturbiara. Ensimismada en las maravillosas vistas que tenía frente a ella, no se dio cuenta que empezaban a llamar por nombre, a los que tenían hecha la reserva por internet. Se acercó allí y esperó a que la mencionasen. En el instante en que escuchó su nombre, sintió que el móvil comenzaba a vibrar. Todos se dirigían hacia el catamarán a través de una pasarela de madera. Eli, buscó el móvil en el bolso y, mientras contestaba, los siguió.

– Diga, ¡mamá!

No se escuchaba a nadie al otro lado pero sabía que era su madre porque en la pantalla aparecía su número. Ella insistió pero no había manera. Justo al lado de la embarcación, estaba un hombre con gafas de sol que miraba hacia el río, ignorando por completo a todos los que entraban, y que, muy educadamente, lo saludaban. Se trataba de Francesco, la persona encargada de tripular el barco por las tranquilas aguas del Sil.

– Si pretende lanzarse al agua, le aconsejo que no lo haga, o al menos tal como va. Todavía está muy fría y hay truchas que, gustosamente probarían sus carnes – argumentó, con cierta seriedad y sin mirarla a los ojos.

– ¿Disculpe? –preguntó, todavía con el móvil en la mano y el brazo subido por encima de su cabeza.

– Por más que lo intente le informo de que aquí no hay cobertura. Debería haberse informado antes de venir –explicó. Su rostro no mostraba ninguna emoción. Seguía con la mirada clavaba en las mansas aguas.

Ojeó nuevamente la pantalla del teléfono, lo puso al oído pero no había señal.

– Gracias por la información pero ya me había dado cuenta antes –comentó, guardando el móvil en el bolso. Él se limitó a menear la cabeza.

Aunque las aguas eran serenas, la embarcación se movía ligeramente. Echó un vistazo hacia el hombre que tenía a menos de dos metros de ella, por si se ofrecía a ayudarla. Francesco no se inmutó.

– ¡Oh, gracias por la ayuda, gentil caballero! –insinuó.

– De nada –masculló.

Eli estaba furiosa. Encima de que no había podido responder a la única llamada que había recibido, desde que se había ido, se encontraba con un tío, la mar de grosero. Después su madre quería que se casara y formara una familia. Con los hombres que había ahora, era imposible formalizar una relación.

El catamarán estaba casi lleno. Apenas quedaban asientos libres en el interior, solo delante de todo, justo detrás del puesto de mando.

– Lo que me faltaba. Tener delante la espalda musculosa de este basto –dijo para sí misma, aunque, fijándose bien, su lomo era ancho y estaba musculoso, al igual que los brazos.

Cuatro minutos más tarde entró la guía y el que dirigiría el timón, y, en otros tantos, la embarcación zarpó, adentrándose muy lentamente, en la garganta del cañón. Aquello era de una belleza incalculable. La orientadora explicó, por megafonía, el significado de Ribeira Sacra. “Ribera sagrada”, por el gran número de monasterios que hay en la zona. Estos vivieron su apogeo espiritual y religioso durante los siglos X al XIII, estando muchos de ellos, en la actualidad, abandonados o en fase de restauración. Los eremitas habían elegido estos valles por la tranquilidad, paz y sosiego que transmitían, eligiéndolos como zona de oración, meditación y reflexión durante siglos.

Todos los turistas observaban con expectación los escarpados cañones con más de 500 metros de desnivel, los viñedos encaramados en las paredes rocosas, la vegetación y los banales anclados en las laderas del río, y prestaban atención a todas las explicaciones que la guía ofrecía. En algunas rocas se podía observar la marca del agua cuando el río había tenido más nivel, y también formas muy curiosas como la “*cara del indio*”.

La gente no paraba de hacer fotografías y grabar vídeos. A través de las ventanas sacaban sus cámaras fotográficas o los móviles, para captar la mejor instantánea. A Eli, en varias ocasiones y diversas parejas, le habían pedido para que los retratasen.

Todos estaban impresionados con el mágico viaje, incluso ella, que hacía exactamente lo mismo que todos. En un instante en que se levantó, y colocó en proa para captar una panorámica del apaisado cañón, en cuyas aguas se reflejaba el cielo azul, la embarcación hizo un pequeño giro hacia la izquierda para evitar unas ramas; un movimiento no muy brusco pero sí lo suficiente como para que a Eli se le cayera el móvil al agua. Soltó un grito que hizo callar a todo el mundo.

3

Había sido un NO, escalofriante, incluso lacerante. Durante varios segundos se hizo un silencio ensordecedor en la embarcación. Eli se había llevado las manos a la cabeza y su rostro estaba pálido.

– ¡Capitán! –gritó, tocando con los nudillos el cristal del puesto de mando–, ¡capitán!

Los dos que estaban en el interior, la observaron con incredulidad.

– ¿Qué le pasa a esa loca ahora? –expresó Francesco. Abrió la ventanilla para hablar con la mujer.

– ¡Mi móvil!

– Ya le había dicho antes de entrar que no hay cobertura. Creo que hablamos el mismo idioma –argumentó, pasando varias veces la mano por la barba de unas cuantas semanas.

– ¿Es que no lo entiende? Se me ha caído al agua cuando usted hizo un giro brusco con este cacharro –refiriéndose a la embarcación.

La mujer guía se cubrió la boca con una mano y miró a Fran.

– La empresa no se hace cargo de las pérdidas que los pasajeros puedan sufrir durante el viaje. ¿Ha visto los carteles que hay colgados por toda la embarcación?

– Me dan igual los carteles y la empresa. En ese móvil había información de mucha importancia y tengo que recuperarlo, sea como sea –su voz sonaba desesperada.

– ¿Acaso piensa que va a recuperar lo que había en la memoria? Ése, está más muerto que un fiambre en el cementerio.

– Quiero hablar con el responsable del negocio, ¡ahora mismo! –exigió con cierta altanería.

Francesco giró la cabeza hacia la compañera y esta frunció los labios.

– Durante el recorrido yo soy el responsable de todo lo que ocurra aquí, pero ya le digo que usted misma ha infringido una norma, y, si está buscando algún tipo de indemnización, no tiene nada que hacer. Los carteles están a la vista de todos y los demás pasajeros son testigos de lo ocurrido.

– ¡La culpa ha sido suya! –insinuó con rabia. Pese a su frágil apariencia, no se quedaba callada.

– ¿Mía? –su tono de voz seguía siendo normal.

– Este trasto hizo un giro de forma precipitada y, a causa de ese movimiento, mi móvil cayó al agua.

En ese instante, Francesco abandonó el puesto y se puso frente a ella.

– Los carteles también avisan de que los pasajeros deben permanecer sentados en sus asientos, señora –apostilló, tomándola de un brazo y acercándola a una esquina de la embarcación donde estaba colocado uno de esos letreros.

El rostro de Elisabeth era un poema. Estaba enfadada, cabreada, disgustada y alterada. Increíblemente, meneó varias veces la cabeza.

– Y, para más inri, hemos perdido casi diez minutos con sus tonterías y los demás viajeros son los perjudicados. Ahora que le reclamen a usted –insinuó con los labios apretados en un rictus de dureza.

– Tráteme con respeto. Usted todavía no sabe con quién está hablando –interpeló.

– Sinceramente me da igual quién es usted –respondió, dándole la espalda para regresar al puesto de mando.

– ¡Vuelva aquí! –gritó. Justo en ese instante se giró para observar a los demás turistas. Todos estaban contemplando la escena con expectación–. Por favor.

Francesco dio varios pasos hacia atrás.

– Necesito que alguien baje a rescatar mi móvil. Le pagaré lo que sea pero es muy importante que lo recupere. Ahí está mi vida, mi trabajo, todos mis contactos –se sinceró.

– Hablaré con la empresa tan pronto lleguemos –anunció él.

– ¿No podría ser antes? –insinuó la mujer.

– Tengo la impresión de que está acostumbrada a que se haga todo, tal y cómo usted ordena y manda, y aquí, hoy, mando yo, así que siéntese de una vez, cierre esa boquita y espere a que regresemos –observó el reloj de pulsera–. En veinte minutos llegamos a la base.

Eli, desganada, se mordió la boca e hizo lo que él ordenó. Si pudiese, le retorcería el cuello a ese arrogante y maleducado. Tenía que recuperar su teléfono, costara lo que costase. Lo había comprado en Tokio a principios de año, en uno de esos viajes de negocios que hacía de vez en cuando. Algunos de sus clientes más extravagantes, elegían destinos exóticos para celebrar sus ceremonias y, para eso, ella debía viajar meses antes y organizarlo todo. Era lo último de lo último en alta tecnología, y lo más importante era que el agua no le afectaba.

Ya en el puesto de mando, la chica que lo acompañaba le comentó que la mujer de afuera parecía tener un carácter muy fuerte. Él se giró hacia atrás para comprobar que seguía sentada y callada.

– Lo que tiene es mucha tontería –contestó, poniéndose nuevamente las gafas de sol.

Tal y cómo había dicho Francesco, en veinte minutos el catamarán atracó en el pequeño muelle. Todos los viajeros bajaron a excepción de Eli. Seguía sentada tras él, con las piernas cruzadas y rostro colérico. El hombre, cogió un teléfono y llamó a la central, donde estaban las oficinas de la empresa. El encargado le dijo que no disponían de nadie que hiciese ese trabajo, dado que no había sido responsabilidad de ellos. Francesco lo había supuesto desde un principio. Los propietarios del negocio no se harían cargo del incidente, y la persona que tenía que enfrentarse a aquella víbora, y comunicarle que debía decir adiós a su teléfono, era él. Se frotó las sienes y metió las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros.

– ¿Le han dicho cómo hacer para rescatar mi móvil? ¿Viene alguien ahora? Me imagino que serán especialistas en buceo, con sus trajes de submarinismo y eso – parafraseó, moviendo las manos con nerviosismo.

– Demasiadas preguntas seguidas. ¿No le han enseñado a hablar más pausadamente?

– ¿Y a usted no le han explicado que no se puede ser tan descortés y desagradable frente a los clientes?

– Es mi carácter así. Ellos lo entienden –alegó.

– Pues a mí también me comprenden y, es más, ¡me encanta ser así! –aclaró–. ¿Qué le ha dicho el jefe?

– Sencillamente que si quiere recuperar el teléfono, lo que tiene que hacer es tirarse usted misma al agua y así, además de disfrutar del viaje en el catamarán, se llevará un magnífico recuerdo de su estancia en esta maravillosa tierra. El agua está un poco fría pero le aseguro que cura muchos males –expresó en un tono casi burlón.

– ¿Cómo dice? –Eli tenía los ojos muy abiertos, y su boca formaba una O gigante.

– Se lo explicaré en cristiano que, al parecer, no entiende mi idioma. La empresa no se hace cargo del incidente. Punto.

– Pero... ¿cómo recupero mi teléfono? Necesito a una persona que baje y lo localice.

Francesco se quedó pensando.

– No es mi problema –dijo secamente.

– ¿Conoce usted alguien que quiera hacerlo por mí?

– Sí, conocía a un hombre que lo haría encantado.

– ¿Entonces? Llámalo enseguida. No importa el dinero. Lo que quiero es que me lo recupere lo antes posible –habló, medianamente entusiasmada.

– Imposible. Falleció hace unos meses. Un paro cardíaco lo fulminó.

– Tengo la impresión de que está disfrutando con esta situación, señor...–hizo una pausa para ver si él se identificaba.

– Mi nombre es Francesco Maceroni y he de decirle que la situación me apena muchísimo por usted –dictó con cierto tono gracioso.

– Vaya, ese nombre y apellido italianos me recuerdan a cierta historia de camorra que he leído no hace mucho tiempo. A decir verdad tienes cara de mafioso.

Fran salió de la embarcación para que ella hiciese lo mismo. En menos de quince minutos zarpaba nuevamente y tenía que revisar que todo estuviese en orden y vaciar las papeleras.

– O sea, que va a dejarme en la estacada.

Cogió el bolso que tenía sobre el asiento y abandonó el barco. Estaba acabada, muerta en vida. Sin su móvil no era nadie. Con la cabeza cabizbaja se encaminó por la pasarela.

– Oye, rubia –gritó. Ella se giró para comprobar que se dirigía a ella–. Si quiere yo puedo bajar. Lo haría fuera de mi horario laboral.

Elisabeth volvió sobre sus pasos hasta llegar junto a él.

– ¿Haría eso por mí?

– No, por la madre que la parió –se burló–, pero hoy ya no podría ser. Me quedan dos salidas más y después se viene la noche encima.

– A mí no me importaría que lo hiciese de noche. Le pagaré lo que me pida.

Francesco se frotó la barba. Le parecía increíble la dependencia que esa mujer tenía con el móvil, algo que a él le había sucedido años atrás, y entonces decidió, un buen día, alejarse de todo eso y brindarle oxígeno limpio a sus pulmones y cerebro.

– Por la noche es muy peligroso. He nadado, e incluso buceado en la oscuridad, pero no me gusta. Para recuperar su teléfono necesito mucha claridad y concentración. Lo haré por la mañana, antes de empezar mi jornada laboral.

– Se lo agradezco mucho, señor Maceroni –buscó en el bolso y se dio cuenta que estaba intentando localizar el móvil. Lo miró y sonrió tímidamente. Preguntaré en información dónde hay un hotel cerca, así podré acompañarlo por la mañana.

– No me hace falta su compañía; es más, preferiría que no viniera. Me gusta la soledad.

– Insisto. Estamos hablando de mi teléfono. Algo muy valioso en mi vida y quisiera estar presente cuando lo recupere.

– ¿Se está escuchando? –Fran movió la cabeza varias veces. Aquella mujer estaba loca de remate. Trataba el teléfono como si fuese una persona.

– Ah, por cierto. Me llamo Elisabeth Serrano y puedes tutearme, si quieres.

– No me gustan las confianzas pero gracias –la observó y notó que no le había sentado bien su comentario.

– Muy bien, señor Maceroni. ¿Sobre qué hora empezará usted mañana y cómo lo va a hacer?

– Todo eso déjeme a mí y afloje un poco el ritmo. No haga tantas preguntas. ¿Acaso a usted le gusta que se metan en su trabajo?

– No, ¿y sabes cuál es la razón? –el no se inmutó–, porque nadie es tan bueno en mi profesión como yo, y eso lo puede ratificar cualquier compañero, colega o incluso muchos de mis clientes.

- Sí, señor, una mujer modesta –respondió con media sonrisa.
- Mejor me voy a un hotel para refrescarme un poco. Ya veo que hablar con usted es tiempo perdido.
- No se vaya a perder por estos lares, señora.
- Para su información, soy señorita.

Francesco regresó al barco. Tenía trabajo y aquella mujer lo único que conseguía era enervarlo.

La chica de información, con ganas de acabar su jornada laboral, le indicó que el hotel más próximo estaba a unos 50 kilómetros, pero que, en carretera nacional, llegar allí sería como conducir ochenta o más, debido a la limitación de velocidad. Después tenía la opción de hospedarse en algún hostel. Tenía referencias de varios de la zona y sabía que el servicio era impecable. Agua caliente, calefacción en invierno y aire acondicionado en verano, cafetería y limpieza diaria.

- Preferiría un hotel pero tengo que madrugar mucho y no deseo perder demasiado tiempo en el viaje hasta aquí. He quedado con el ...–se calló unos segundos. No sabía qué adjetivo utilizar para describirlo–, con el que lleva el timón.
- ¿Con Francesco?
- El mismo. A primerísima hora –añadió.
- Uf, ese hombre madruga muchísimo. Tiene hábitos muy extraños. No sé yo si llegará a tiempo.
- Pues me levantaré a las seis de la mañana si hace falta.

Agradeció la atención de la mujer, y cogió el mapa en el que le había señalado la ubicación del hostel y cómo llegar hasta allí. Ya en el coche, pensó en meter los datos en el GPS pero enseguida descartó la idea. A saber a dónde la llevaba aquel trasto. No se fiaba.

El hostel no estaba tan mal. Al final aquella mujer la había asesorado bastante bien. Baño limpio, la cama no era blanda, las sábanas olían a tintorería y había una terraza que daba a un frondoso bosque. Bajó a la cafetería y pidió algo para cenar. El camarero, de mediana edad, le indicó que tenían platos típicos gallegos. Pimientos de Padrón, zorza, pulpo “a feria”, androlla, empanada de chocos, bacalao, carne, atún y de pollo, y también tortilla de patata. Eli decidió probar los pimientos y el pulpo. Había oído hablar de esos dos platos y aprovecharía que estaba en esa tierra para decantarlos.

Quince minutos después llegaba a su mesa una bandeja con pan de Cea, que, según muchos, era el pan más rico del mundo, elaborado de manera artesanal; y tras él, las dos tapas. Primero probó el pulpo, regado en aceite de oliva virgen, y notó que le habían puesto pimiento picante, algo a lo que no estaba acostumbrada. Ese condimento le daba un sabor muy especial. Decidió intercalar, pimientos y pulpo. La combinación, al principio resultó estar bien hasta que le tocó uno picante. Sentía que le ardía la boca y no había manera de apaciguar esa molestia. Llamó al camarero para reprochárselo.

– Dígale a la cocinera que este pimiento estaba en mal estado –argumentó, cogiendo la parte que no había ingerido con dos de sus dedos, formando una pinza.

– No entiendo a qué se refiere, señora –comentó el hombre, mientras observaba lo que quedaba de la pequeña hortaliza.

– ¡Tengo la boca ardiendo! No sé qué tipo de condimento le ha puesto pero es rabioso.

El camarero se echó a reír con la ocurrencia de la mujer.

– Disculpe que me ría. Se ve que no es de aquí. ¿No conoce el famoso dicho que dice, pimientos de Padrón, unos pican y otros no?

Eli se lo quedó mirando. ¿Se estaba quedando con ella?, pensó, todavía acalorada por el picor que sentía en toda la boca.

– Eso es algo inevitable, señora. Todo el mundo sabe que, al pedir pimientos de Padrón, se arriesga a que le toque uno de esos que levantan el paladar. No es culpa de la cocinera sino de la planta. Además, hay mucha gente que disfruta de ese sabor picante –explicó.

Elisabeth estaba avergonzada y le pidió disculpas al hombre. Ese viaje estaba saliendo peor de lo que había estimado y programado.

4

Esa noche, apenas durmió. El colchón no era del todo incómodo aunque nada que ver con el que tenía en su ático.

Al no tener el móvil para despertar, estuvo toda la noche pendiente de si amanecía para acudir al embarcadero al mismo tiempo que Fran. Sentía que le faltaba una parte de ella y, aunque nadie la llamara, lo utilizaba para todo: buscar información relacionada con su trabajo, ver las noticias más relevantes acontecidas a lo largo del día, o fisgar en las redes sociales para ver qué habían publicado sus amistades.

A las seis empezó a romper el día. Se levantó y dio una ducha, pese a que debía ponerse la misma ropa del día anterior. Bajó a la cafetería y pidió un desayuno. Cada cinco minutos observaba el reloj de pulsera. Estaba ansiosa por llegar al muelle y recuperar su móvil.

Tan pronto llegó, localizó a Francesco en una esquina. Estaba a punto de embarcar sin ella.

– ¡Espera, qué voy contigo! –gritó a doscientos metros de él.

Él giró la cabeza para ver como corría por la bajada de asfalto que daba al embarcadero. Parecía que iba a romperse.

– ¿Pensabas irte sin mí?

Soltó un bufido. Esperaba ir solo y no tener que aguantar sus nimiedades.

– Alguien ha dormido mal esta noche –insinuó, acercándose a él.

– ¡Oh, qué pena! Sería por cambiar de cama.

– Me refiero a ti, espabilado –sentenció, observando la pequeña barca que había sobre el agua y que, supuestamente, sería la que utilizarían para rescatar su teléfono—. ¿Vamos a ir en esto tan pequeño?

– Es mi barca y, para mí, es suficiente para lo que tengo que hacer –debatió, metiendo en la misma unas gafas de buceo y las aletas para los pies.

– Te recuerdo que ayer comenté que hoy iba a acompañarte. Veo que tienes muy mala memoria.

– Solo la uso para lo que me interesa –aclaró con voz autoritaria.

Ella seguía observándolo. Allí faltaban muchos elementos básicos para bucear, como un tubo respirador, el traje de neopreno para evitar la hipotermia y un equipo con la botella de aire comprimido. No pudo reprimir las ganas de comentárselo.

– ¿Y el resto del equipo?

– No me hace falta nada más –respondió, de manera tácita.

– ¿No pensarás bajar así? Estarías loco si lo hicieras.

Francesco no respondió a sus comentarios ni preguntas. Estaba demasiado ocupado como para prestarle atención. Elisabeth se acercó a la embarcación para ir con él. La misma tambaleó sobre el agua pero el hombre consiguió estabilizarla.

– Ya le he dicho que trabajo solo y no me gustan los espectadores. No me agrada la gente que habla continuamente sin decir algo importante ni tampoco que me esté preguntando a todo momento.

– No me extraña que vivas aislado del mundo. Eres más aburrido que un café sin azúcar –opinó, colocándose en un pequeño asiento de madera que había en popa.

– ¡Me encanta el café sin azúcar!

– Si ya lo sabía yo.

Francesco soltó el amarre e introdujo la gruesa cuerda en el interior del barco. La pequeña embarcación arrancó y se dirigieron hacia la zona donde había caído el teléfono. El hombre apagó el motor, sacó la camiseta que llevaba puesta y puso las aletas en los pies y las gafas.

– ¡Va a darte un jamacuco! He leído por ahí que el agua de río es muy fría. Al menos ponte un chaleco –señaló con voz sorprendida, aunque su mirada estaba clavada en el tatuaje que tenía dibujado en la espalda. Se trataba de un reloj de arena rodeado por una serpiente.

– Y yo también he leído por ahí que la gente que habla mucho, normalmente actúa y dice poco. ¿Quieres dejarme hacer mi trabajo?

– Al menos he conseguido que me tutees. Algo es algo.

– ¿Prefieres bajar tú?

Eli meneó la cabeza y se cayó. Aquel tipo estaba como una regadera. El agua no estaría a más de 16°C. Solo esperaba que estuviese poco tiempo sumergido.

Con mucha destreza, se introdujo en el agua. Ella ojeó el reloj de pulsera. Eran las ocho y media. Sin la botella no aguantaría abajo más de tres minutos. ¿Y si no conseguía subir? ¿Y si necesitaba su ayuda? No tenía forma de comunicarse, ni con él, ni tampoco con el resto del mundo. Buscó entre las pertenencias que había dejado allí y encontró su móvil. En la pantalla tenía la fotografía de una joven muy guapa. En ese instante, Francesco sacó la cabeza del agua para tomar aire.

– ¿Lo has encontrado, lo tienes contigo, tengo que hacer algo? –se oyó preguntar sin tomar aire.

– Sí. Quiero que te calles de una maldita vez –gritó, cerrando los ojos y dejando escapar lentamente la respiración.

– Pero, responde. ¿Lo has visto?

– ¡No, todavía no lo he localizado!

Tomó aire para llenar los pulmones y volvió a sumergirse. Ella, de nuevo, comprobó la hora que era. Ocho treinta y cinco de la mañana. Solo habían pasado cinco minutos y ya estaba impaciente. Dos minutos y medio después, el moreno apareció nuevamente y subió a la barca.

– ¿Ya lo tienes?

– No. En vez de tener tu móvil tenemos un problema gravísimo –confesó, secando, con la camiseta, las gotas de agua que le caían del cabello.

Ella hizo un intento para hablar pero Fran se lo impidió con la mano. Estaba de espaldas a ella, buscó su teléfono y marcó un número.

– Hola. Necesito que vengas ahora al embarcadero. Tenemos un problema de cojones –dictó, con máxima seriedad y de forma tácita. Ella lo escuchaba con atención. También se fijó que, al lado del tatuaje impresionante, había una cicatriz bastante grande, de hacía unos cuantos años.

La persona que estaba al otro lado debió decirle que vendría ya porque no hubo más conversación.

– ¿Vas a decirme qué está pasando?

– ¡Cállate de una puta vez! Me estás poniendo de los nervios –accionó el motor de la barca y, antes de partir hacia el muelle, dejó sobre el agua, una banda de color rojo para advertir de que justo en aquella zona, había algo que no pertenecía al río.

Elisabeth se sintió agredida. Aunque sabía que tenía un carácter muy fuerte, era un hombre insociable y huidizo, no esperaba esa reacción por parte de él. Por su cabecita empezaron a circular muchas preguntas: ¿Por qué no había recogido el móvil? ¿Qué era eso tan importante que había bajo las aguas? ¿Qué tenía que ver con ella? Preguntas sin respuestas que quemaban su mente hasta que el monje aquel se dignara a hablar con ella como una persona civilizada.

5

Tan pronto llegaron al muelle, amarró la barca y le tendió la mano para que pudiese salir sin caerse al agua. Le esperaba una mañana muy ajetreada, de esas que deseas que pasen lo más rápido posible. Quince minutos después llegó la primera patrulla de la Guardia Civil, seguida de varios vehículos policiales.

– ¿Vas a decirme qué está sucediendo o prefieres que se lo pregunte al del traje verde? –porfió. Odiaba que la ignorasen de esa manera tan evidente.

El capitán del catamarán sacudió la cabeza y la dejó caer hacia el suelo.

– ¿Quieres saber lo que me he encontrado ahí abajo? Pues acompáñame a hablar con la pasma, ¡valiente!

La cogió por el brazo izquierdo y se dirigieron hacia los coches que acababan de aparcar. Fran tendió la mano a todos.

– Me alegro de verte –comentó efusivamente uno que no llevaba ningún tipo de traje que lo identificase.

Francesco estaba sereno. La única muestra de inquietud era un nervio en el párpado derecho que hacía que, muy de vez en cuando, le temblara al piel. La que sí estaba histérica era Eli.

Unos minutos más tarde llegó un vehículo oficial. El que salió vestía un uniforme verde. Se saludaron cordialmente.

– ¿Qué tenemos, agente? –indagó, clavando la mirada en el rostro de Francesco.

– ¿Cómo que agente? –intervino la mujer de la pamelita fucsia.

Todos clavaron las miradas en ella. Fran resopló.

– ¿Quién es esta señorita? –solicitó saber el teniente que acababa de llegar.

– Ahora le explico, señor –comentó, moviéndose hacia un lado para tener una conversación en privado.

– No pienso dejar que te vayas de rositas, amigo. Yo también necesito saber muchas cosas, entre ellas dónde está mi teléfono móvil.

– Explíquese, por favor –anunció el recién llegado. Se dirigió a ella para escuchar lo que tenía que decirles.

– La historia es la siguiente: yo he venido de vacaciones aquí. Estaba en el catamarán y, por desgracia, mi móvil se cayó al agua y he tenido que posponer mi viaje. Este señor –señalando a Fran– se ofreció para bajar al fondo del río y recuperarlo. En él tengo información muy importante que no puedo perder así como así.

– Ve al grano. Estas personas no están interesados en conocer tu vida, sabelotodo –refunfuñó el patrón del barco.

– Como le iba diciendo antes de ser interrumpida, el móvil cayó al agua y esta mañana, bien temprano, fuimos a rescatarlo. Francesco bajó varias veces al fondo, por cierto, sin ninguna protección ni ayuda, pero no me lo ha recuperado y no quiere decirme cuál es la razón de ello. Necesito tenerlo ya. Seguro que me han llamado del

trabajo y también mi madre. Todos estarán preocupados por mí –sermoneó sin apenas respirar.

El teniente se dirigió a él para escuchar su versión de los hechos.

- Todo lo que ha dicho esta mujer es cierto. Lo del móvil y lo de la sumersión.
- El agente Correa me ha comentado que ha encontrado un cadáver bajo el agua. ¿Es eso cierto?

Fran observó la reacción de ella. Tenía los ojos muy abiertos.

- Así es, señor.
- Espera, espera, espera. ¿Qué tiene que ver mi móvil con un cadáver? – intervino.

- Significa que he encontrado el móvil encima del cuerpo –Ella hizo una mueca de repugnancia.

- ¿Y dónde está? –insistió ella con los brazos en jarra.
- ¿De verdad lo cogerías con tus propias manos? –interrogó, con la frente muy fruncida–. No me lo creo, con lo tiquismiquis que eres.

- Yo no pero tú sí, para eso te contraté.

Él hizo caso omiso a sus comentarios. El problema que tenían era de una gravedad extrema. Debían suspender las excursiones por los cañones hasta que se levantara el cadáver y se perimetrara la zona. Se acercó otra persona con uniforme.

- ¿Cómo te va la vida, Maceroni? –quiso saber mientras le estrechaba la mano.
- Todo muy bien –contestó con diplomacia, sin dar más explicaciones.
- Y dígame, agente Maceroni. ¿En qué estado se encuentra el cuerpo? – intervino el teniente.

- Digamos que debe llevar en el agua aproximadamente una semana, dos a lo sumo. Presenta mordidas de peces y golpes que podrían haber sido ocasionados por algún tronco.

En el agua, la descomposición de un cuerpo se produce de manera rápida. Al principio, el proceso va lento pero después evoluciona más velozmente.

- ¡Ay, dios mío! –gritó Eli al ser consciente de lo que estaba sucediendo. Sacó el sombrero de la cabeza para darse aire. Segundos después vomitó todo el desayuno en una esquina. Fran la miró con cierta preocupación pero no dijo nada.

- Llévela a la cafetería y que le den una manzanilla –ordenó el que más mandaba.

Una hora después aquello estaba abarrotado de personas con uniforme. Agentes de seguridad ciudadana, de medio ambiente, los bomberos, y Policía Científica. También llegaron los GEAS, Grupo Especial de Actividades Subacuáticas de la Guardia Civil, y diversas personalidades del mundo de la política como el alcalde de la zona, y se esperaba la visita del delegado del Gobierno de Galicia.

En un abrir y cerrar de ojos, agentes de la Policía y Guardia Civil habían montado un puesto de mando desde donde dirigirían la operación. Francesco les indicó que había señalado la zona con un plástico de color rojo. Estaban esperando a que

llegase la autorización del Juez de Guardia para el levantamiento del cadáver y un médico forense. Horas después, distintos medios de comunicación empezaron a llegar a la zona. Sus cámaras fotográficas estaban al rojo vivo. Varios oficiales acordonaron la zona para que no pudiesen acercarse demasiado.

– ¿Qué va a pasar con mi teléfono? –consultó Eli. Francesco estaba charlando con varios buzos.

– De momento será intervenido como prueba. No sé decirte el tiempo que estarás sin él –aclaró. Por mucho que se esforzara para que su tono de voz sonara despreocupado no lo consiguió.

– Eso quiere decir que tendré que estar varios días más por aquí. ¡Lo que me faltaba! –masculló.

– Si quieres conseguir el móvil, sí.

Elisabeth se sentó en el suelo. Estaba preocupada por su madre e incluso por el trabajo. Tendría que esperar el tiempo que hiciese falta, a fin de cuentas, tenía un mes de vacaciones.

– Te recomiendo que vayas a una tienda de telefonía y compres otro teléfono, al menos para contactar con las personas que puedan preocuparse por ti –dictó, pasando la mano derecha por la barba y observando la que se estaba armando en el tranquilo embarcadero.

– No tengo ni idea de adonde ir. Estoy más perdida que un pulpo en un garaje – su voz sonó resquebrajada.

– ¡Agente Posada! –habló suficientemente alto como para que el reclamado girara la cabeza. Con una mano le indicó que se acercara.

– ¿Sí, señor?

– Acompañe a la señorita hasta el pueblo. Necesita hacer una compra de urgencia.

Eli arrugó la frente y lo miró de reojo. ¿Quién era ese tal Francesco, que daba órdenes a diestro y siniestro, y nadie protestaba? Tras cavilar unos segundos decidió morderse la lengua y no preguntar en aquel momento. Aprovecharía para sonsacarle toda esa información y mucha más, al chico que la iba a acompañar hasta la tienda.

El equipo de GEAS se adentró en el cañón en su propia embarcación. El moreno de los tatuajes los acompañaba pero, en esa ocasión, sí se había puesto un chaleco salvavidas. El trabajo que tenían por delante era laborioso, y debía ser realizado con máximo cuidado para no dañar, ni el cadáver, ni las pruebas que el mismo pudiera aportar. Tenían que buscar los secretos que allí se escondían.

Eli lo observaba todo desde la terraza de la cafetería. ¿Quién sería la víctima? ¿Cómo había llegado hasta allí? Entonces, el corazón se le encogió. ¿Se trataría de un homicidio? ¿Tal vez un asesinato o un suicidio? Ninguna de las tres opciones era buena.

Los policías especiales, con balizas, perimetraron un radio de veinte metros desde el lugar donde Fran, horas antes, había dejado la boya roja. La tarea que tenían era

demasiado laboriosa como para ir con prisas. Debían mantener el cadáver en el mismo estado en que estaba.

El agente Posada, tras llevar a cabo varias tareas que el superior le había encomendado, le dijo que ya estaba a su disposición. Subieron en el vehículo que Eli había alquilado. Condujeron cuarenta minutos hasta llegar a un pueblo llamado Ribadavia. Allí le indicó dónde estaban localizadas las dos tiendas de telefonía que había. Por suerte, una de esas era con la que trabajaba ella. Entró y les expuso el problema. Adquirió un teléfono nuevo pero nada más. Recuperar los datos no iba a ser tarea fácil. Suerte que, algunos de los números más importantes los tenía anotados también en una agenda. La mala noticia era que, esa agenda, estaba en su casa. Lo primero que debía hacer era hablar con sus jefes, con el portero del edificio y, por último, con su madre. También debía contactar con el hotel.

Regresaron al embarcadero. Durante el viaje de vuelta, Eli intentó sacarle al policía que tenía al lado, la información que deseaba, pero fue difícil, igual que fundar Roma. Estaba claro que hacía bien su trabajo.

Aparcaron el vehículo en la explanada que había en la parte superior del muelle, y bajaron a pie hasta la zona delimitada con cinta amarilla y negra. La embarcación de los GEAS se aproximaba muy despacio. Habían llegado justo en el momento en que habían sacado el cadáver del agua y lo llevaban a tierra firme. Elisabeth sintió escalofríos por todo el cuerpo al ver un saco blanco opaco. Francesco se acercó a ella. La vio pálida.

– Lo que va ahí dentro es la chica muerta, ¿no? –el saco llevaba colgando una etiqueta para la identificación.

Él asintió.

– Han cogido tu teléfono pero, por el momento, estará bajo custodia de esta gente uniformada –argumentó, señalando a los agentes especiales que merodeaban por allí.

– Menuda coincidencia que justo haya caído sobre el cuerpo sin vida de la joven. ¡A la mierda mis vacaciones!

El hombre permaneció callado y con la mirada perdida en el río.

– ¿Te encuentras bien? –le preguntó. Lo veía preocupado–, ¡ni que hubieras encontrado un cadáver! –bromeó, aunque, tan pronto finalizó la frase, se dio cuenta que había metido bien la pata–. Lo siento. No quería decir eso. Solo que te he visto un poco absorto y enfrascado en este escalofriante asunto.

– Vete a casa y duerme un poco –anunció. Sus ojos transmitían frialdad–. Ah, y de paso, cámbiate de ropa –observó, pasando ambas manos por la barba.

– ¿Tienes algo en contra de mi vestuario? –respondió con excesivo salero.

– Yo no, pero llevas el mismo vestido de ayer y me imagino que también la misma ropa interior, ¿me equivoco?

– ¡Capullo vanidoso!

Él se rió, mostrando su dentadura, blanca y perfecta.

- ¿Sabrás llegar hasta el hotel o necesitas un guía?
- Lo que necesito, y con urgencia, es recuperar mi móvil y que te largues de mi vista. Eres insufrible.
- Y tú, una cursi –chistó con la lengua. Su tono era gracioso.
- Me largaré cuando lo crea oportuno y me dé, la realísima gana –soltó con desaire.
- Tú misma.

Eli le dio la espalda para alejarse de él. Subió la rampa que daba al aparcamiento y vio que había, a la izquierda, un sendero de tierra. Como todavía era temprano, decidió adentrarse en el mismo. El camino estaba adornado con frondosos castaños y otras especies autóctonas, que cubrían totalmente el sol y aminoraban la temperatura unos cinco o seis grados. En el margen derecho se podía apreciar, en bancales, restos de cepas de vid muy antiguos, concretamente de la época romana, algunos arrancados de la tierra y otros talados casi a ras del suelo. También, en ciertas zonas, había restos de algún incendio que, por fortuna, había sido apagado a tiempo, sin causar un grave daño ecológico. Al margen izquierdo estaba el río.

Tras caminar más de cuatrocientos metros, llegó al final del sendero, justo a un mirador que se adentraba en el cañón. Desde esa perspectiva pudo observar varias truchas saltar en el agua. En ese instante, se acordó que en el bolso llevaba los prismáticos, que, el día anterior, había utilizado para contemplar los distintos miradores que había en lo alto del cañón, y también los monasterios. Se sentó en el banco de madera que había para el deleite de los visitantes. A través de ellos pudo observar que, al otro lado del río, había un pequeño pueblo y también muchos viñedos escalonados. Se acordó de lo que les había comentado la guía en el barco. Los viticultores tenían que hacer grandes esfuerzos para trabajar esas tierras, y especialmente a la hora de recoger las uvas. También consiguió localizar la zona en la que había perdido el móvil y habían localizado el cadáver. Estaba delimitado por unas bandas rojas que le llamaron la atención. Al otro margen del río había una pequeña chalana con una persona en su interior. Reguló mejor los prismáticos para conseguir un enfoque más exacto. En ese instante, el individuo estaba retirando parte de las boyas. Llevaba una visera en el pelo, camiseta con el rostro de *Pennywise*, el famoso payaso creado por el escritor Stephen King, y pantalones cortos de color oscuro. Aquello le pareció muy extraño.

- ¡Eh, tú, el del rostro cubierto! –gritó, levantándose del banco para acercarse más a la baranda que la separaba del agua.

No hubo respuesta ni reacción por parte del extraño. La distancia y posiblemente el sonido del agua, hacía imposible que escuchara su voz femenina. Decidió hacer algo que esperaba recordar, pues no lo practicaba desde los dieciséis años. Metió la yema de los dedos debajo de la lengua y la dobló hacia dentro. Sopló, por el hueco que había entre los dedos y los labios, y consiguió emitir un silbido, lo suficientemente fuerte como para que, la persona a la cual ella quería llamar la atención, se diese cuenta de que alguien lo estaba observando. Volvió a coger los prismáticos para ver su reacción. Aquella persona, presumiblemente varón, la miraba

con la mano colocada sobre los ojos en forma de visera, para que el sol le permitiese distinguir con claridad.

– ¡Ahí no puedes estar! –insistió. Las dos manos las había colocado alrededor de la boca para que el sonido de su voz no se distorsionase.

El individuo, que parecía haberla escuchado, dejó lo que estaba haciendo para abandonar la zona.

Francesco, que había estado pendiente de ella desde que se había ido, escuchó los gritos y se dirigió corriendo al mirador.

– ¿A qué vienen esos gritos? –comentó con cierto enfado.

– Había una persona allí, donde estaba el cuerpo.

– ¿Qué dices? –arrancó de las manos de Eli los prismáticos para comprobar lo que acababa de decirle–No veo a nadie, ¿estás segura de lo que dices?

– Totalmente. No estoy ciega, no soñaba ni soy tonta. Estaba al lado de las boyas rojas. ¡Lo vi con mis propios ojos! –comentó excitada–. Creo que era un hombre e iba sobre un pequeño bote. Tenía unos pantalones cortos, llevaba una camiseta y una visera en el pelo.

Fran salió corriendo hacia el muelle. Ella lo siguió. Le costaba mucho seguir su ritmo pues daba grandes zancadas para apurar el paso.

– ¿Qué vas a hacer?

Él no respondió. Se limitó a entrar en la barca que tenía más cerca.

– Espera. Voy contigo.

– No. Podría ser peligroso –se veía que estaba preocupado.

– ¿No se lo vas a decir a la policía?

– Deja de hacer tantas preguntas y lárgate de aquí. Tendrías que haberlo hecho hace unas horas, cuando te lo dije por primera vez, solo que tú escuchas cuando te da la gana.

– Qué te quede muy claro que en mí no manda nadie y, ahora sí me voy pero porque me da la gana, no porque tú me lo hayas exigido –opinó, frunciendo los labios de manera exagerada.

– Ya estás tardando –su cabeza oscilaba de derecha a izquierda–. Deberías estar llamando a tu familia en vez de querer interferir en lo que a ti no te concierne –acabó diciendo.

– ¿Alguna vez te han dicho que eres odioso?

Con esas palabras se alejó de él, dirección el aparcamiento donde estaba estacionado el coche. Con todo, Fran tenía parte de razón. Todavía no había llamado a su madre ni al portero para que entrase en su ático y le enviase, lo más urgente posible, la agenda donde tenía parte de los teléfonos anotados. Antes, comprobó como la reducida embarcación abandonó el puerto para adentrarse en el cañón. Francesco llevaba las gafas oscuras para protegerse del sol, que todavía molestaba en los ojos. Al llegar a la zona señalizada comprobó que faltaba más de la mitad de los indicadores que antes habían dejado sobre las remansas aguas. Echó un vistazo por la

zona, incluso se acercó al margen del río y hubo algo que le llamó la atención. Algo había sido arrastrado desde el agua hacia un camino sin asfaltar. Al final iba a tener razón la rubia. Alguien había estado husmeando en la zona donde habían encontrado el cadáver. Podría ser que pensase que todavía no habían retirado el cuerpo sin vida del agua y, viendo el despliegue policial y de medios de comunicación que había en el embarcadero, intentara eliminar pruebas o indicios que los llevaran hasta allí. Aquello empezaba a complicarse y, Francesco, desde hacía algunos años, odiaba las complicaciones, era más, huía de ellas.

6

Elisabeth llegó exhausta al hotel. Necesitaba un baño para eliminar la mala energía que aquel cínico le había transmitido. En su casa, una vez por semana y generalmente los sábados, acostumbraba meterse en la bañera y tomar un baño con sales. Notaba como los poros de su piel se abrían, proporcionando relajación a todos los músculos y dejando atrás el estrés.

Se metió en la bañera y empezó a hacer memoria. ¿Cuál era el número de su madre? ¿Y el de la oficina? El primero que le vino a la mente fue el número fijo del conserje, al cual llamó de inmediato y le pidió aquello que era tan importante para ella. Tras esa llamada, que duró apenas tres minutos, cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de los demás. Volvió a marcar el número anterior. Le pediría que subiese en aquel mismo instante y le cantase los que le corrían más prisa: el de su madre y el del trabajo.

El portero tardó en responder a la llamada más de quince minutos. Había subido a la vivienda de Eli para coger la agenda; así, a la mañana siguiente, se la enviaría a través de una empresa de transportes, de manera urgente, a la dirección del hotel. Una vez los tuvo anotados en una hoja, marcó primero el de la oficina, sin percatarse de que, era muy tarde para que alguien respondiese. Volvería intentarlo a la mañana siguiente.

Después tocó el turno de hablar con Bárbara, su progenitora. Sus padres se habían separado cuando ella tenía catorce años. El marido nunca estaba en casa. Se pasaba el año viajando de un país a otro y, por consiguiente, en cada hotel que dormitaba, lo acompañaba una mujer, casi siempre diferente a la anterior, pues no le gustaba lo rutinario ni tampoco el comprometerse. Ya había tenido bastante al casarse con Bárbara y engendrar un hija. En eso, Elisabeth era muy parecida al padre. Actualmente, él vivía en Washington D.C, al Noroeste de Estados Unidos de América.

Al escuchar la voz coqueta de su madre, se alegró de manera singular. Un tono familiar que, aunque en demasiadas ocasiones la enervaba, en aquel instante tenía la necesidad de que le hablara para tranquilizarla.

- Hola, mamá. Soy yo.
- ¿Eli? Te he llamado millones de veces, ¿dónde te habías metido? –se notaba que estaba preocupada por ella–, estuve a punto de llamar a tu primo, el guardia civil, para que te localizara. ¿Estás bien?
- Sí, mamá. Estoy perfectamente, solo un poco cansada.
- ¿Qué has estado haciendo estos dos últimos días? ¿No sabes llamarme para que esté tranquila?
- Respira, mamá. He tenido un percance con el teléfono y he tenido que comprarme uno nuevo.

Su madre ojeó la pantalla del móvil y comprobó que el número que estaba marcado, no lo tenía guardado en la agenda.

– Si solo ha sido el teléfono ya me quedo más tranquila –cuestionó Bárbara–. Solo a ti se te ocurre ir a lugares así de extraños. Creí que tendría que ir a buscarte.

Eli estuvo a punto de contarte las hazañas que había vivido las últimas treinta y seis horas, pero disintió de hacerlo. Eso, supondría estar más de dos horas hablando con ella, respondiendo a todas sus dudas, y lo que era peor, arriesgándose a que, al día siguiente, tomara un vuelo para estar con ella. De ninguna de las maneras iba a consentir que su madre arruinara sus vacaciones. Ya se lo contaría a la vuelta.

Se despidieron. Antes y, para desespero de Eli, la madre hizo que prometiera que la iba a llamar dos veces al día.

“Penny se estaba preparando para la noche de Halloween. Adoraba esa fecha porque era el único día que tenía rienda suelta para salir a la calle sin que lo mirasen de forma extraña, aunque también había algunos que, por prudencia, se apartaban, dado que su aspecto asustaba bastante. Su tarjeta de presentación era un rostro blanquecino y una mirada escalofriante que intimidaba a cualquiera que se cruzase en su camino.

En los últimos años se hablaba mucho de payasos que atemorizaban a personas en los sitios más inverosímiles tales como parques, paseos o playas, y era por eso que había tenido que dejar de actuar de manera libre y sin preocupaciones. El disfraz que utilizaba era divertido. Traje plateado con botones naranjas y tirantes, gorguera, nariz de plástico roja y guantes blancos para ocultar sus manos teñidas de sangre. A lo lejos, solía gustar a los niños; de cerca, los amedrantaba.

En la sociedad se había creado cierta psicosis alrededor de estos personajes y eso había producido en él un efecto devastador, odiando a todo el mundo. Con ello, su perfil psicológico se había endurecido y agravado de forma brutal.

Antes de salir de su guarida subterránea repasó la pintura de los labios, cardó, de manera exagerada y obstinada, el pelo rojizo, e infló cinco globos de distintos colores. Estaba preparado para atacar y disfrutar de lo que más le gustaba.

Después de caminar durante más de cuarenta minutos, por fin llegó a una de las calles que daba al cementerio. Sabía que ese lugar estaría abarrotado de gente y ese aliciente le producía, si cabe, más morbo.

Una vez allí, nadie se había asustado ante su presencia, ni siquiera los más viejos. Había muchas brujas con sus escobas, mujeres que se habían convertido en la *Niña del exorcista*, esqueletos, vampiros, vampiresas y *Dráculas*; disfraces de *El Joker*, *Frankenstein*, *Freddy*, y cientos de muertos vivientes; todo deambulando de un lado para otro.

– ¡Truco o trato! –susurró un hombre vestido de *Drácula*. En una bolsa llevaba los típicos huesos de santo, el postre típico hecho de mazapán.

Pennywise lo miró durante largos segundos. ¿Acaso ese mediocre no sabía quién era él?, se preguntó en silencio.

– ¡Bonita noche para morir, gilipollas! –respondió con voz hosca, haciendo explotar el globo de color amarillo delante de la cara del chupasangre, al que se le había apagado la sonrisa bobalicona que tenía en el rostro.

El aludido se dio la vuelta y regresó con el grupo de amigos. Estaba claro que no todo el mundo había ido allí para divertirse. Algunos, como el payaso aquel, iban para fastidiar el buen rollo, pensó, molesto.

Penny siguió divagando entre aquella multitud de disfraces y caretas. Le quedaban solo cuatro de los cinco globos que había traído. Su idea era asesinar al mismo número de personas que globos había llevado.

Siguió seleccionando a sus víctimas. Después del famoso *Drácula*, había elegido a alguien disfrazado de esqueleto. El disfraz le sentaba mal, pues, según su criterio, la persona que había debajo de aquel traje estaba demasiado gorda para lucirlo como era debido. Le entregó el globo azul. El esqueleto lo cogió y se lo agradeció con un asentimiento de cabeza. Siguió avanzando hasta encontrarse con una chica que iba disfrazada de *Niña del exorcista*. ¿Por qué a ella? Sencillamente porque había puesto carmín en exceso en los labios. La joven, al recibir el globo morado, sonrió de manera bobalicona. A pocos metros de ellos, escuchó los gritos de un grupo de mujeres y hombres. Parecía que se estaban divirtiendo, contando chistes y bebiendo alcohol. De entre ellos destacaba el disfraz de *Freddy*. Odiaba la competencia, por lo tanto, ése era un candidato idóneo para morir esa noche. Sin mediar palabra le regaló el globo de color verde. Solo quedaba uno. El rojo. ¿Para quién sería? Caminó y observó a todos los presentes. No valía cualquiera. Tenía que ser alguien especial, algún individuo que llamase la atención y, según Penny, que mereciese una muerte cruel y dolorosa. En una esquina, sentado sobre unas losas de piedra envejecidas, contempló a una persona que estaba sola. Se trataba de un joven que, a simple vista, no tendría más de 18 años. Iba disfrazado de *Frankenstein*, con una máscara muy fea y vestía harapos. ¿Qué le llamó la atención de ese disfraz? Ese personaje, que había sido creado por la escritora Mary Shelley para su novela, era alto, muy alto, y ese chaval no llegaría a los 170 centímetros. Se acercó a él y le entregó el globo que le quedaba.

– ¡Ahora comienza la fiesta de verdad! –habló, con su voz ronca y estentórea.

Observó el reloj de bolsillo que siempre llevaba oculto bajo el traje y volvió sobre sus pasos. Debía ir localizando a cada uno de los elegidos para acabar con sus vidas. Ese, había sido el propósito para la noche de los muertos. Ni uno más, ni uno menos.

Habitualmente sus habilidades como asesino eran imperceptibles ante los ojos de las víctimas, y menos todavía ante las demás personas que los rodeaban. Era rápido, eficiente y disfruta con ello.

Las tres y media de la madrugada. Era la hora. A escasos metros de él se encontraba el primero que había elegido. Ese, al verlo de nuevo, se burló de él.

– Parece que has perdido los globos que te quedaban –se jactó. Su risa enervó al payaso que endureció las facciones teñidas de colores.

Penny se acercó a él por detrás y le susurró al oído:

– ¿Recuerdas lo que te dije antes?

El hombre elevó los hombros en señal de indiferencia, algo que molestó sobremanera a Penny. Sacó una daga de “8” en acero inoxidable y la clavó, sin compasión, en la zona renal del hombre.

– Te dije que esta era una bonita noche para morir, ¡gilipollas! –murmuró a su oído con gran énfasis.

Arrancó el arma del interior del cuerpo del chico y se alejó de la zona, buscando a su siguiente víctima. Lo bueno de ser un asesino en serie era que, tan pronto comenzabas, no podías parar.

En seguida localizó el globo azul. Se situó tras el disfraz de esqueleto y clavó la daga con todas sus fuerzas. Se sentía poderoso. El joven quiso hablar pero el dolor se lo impidió. En segundos estaría tirado sobre el suelo, esperando la muerte. Tras ellos, empezaba a escucharse el revuelo de la gente al percatarse de que *Drácula* había caído. Debía actuar con rapidez o lo cogerían. Salió corriendo hasta encontrarse con la *Niña del exorcista*. Observó a los que había alrededor. ¿Qué le pasaba a la gente que estaba tan contenta? Sin pensarlo demasiado procedió de la misma manera que con las dos víctimas anteriores. Un impacto letal que acabaría con su vida. Su rostro mostraba satisfacción, pese al maquillaje terrorífico. Le quedaban solo 2. El siguiente sería *Freddy*. Lo identificó bastante rápido porque tenía el típico sombrero ajado y un guante con cuchillas que llamaba la atención.

– Eres feo, muy feo y malo, y por eso mereces morir –susurró tras la espalda del disfrazado, mientras hundía la daga en su cuerpo. De su boca salieron onomatopeyas casi indescriptibles que nadie escuchó.

Solo le faltaba el pequeño *Frankenstein*. ¿Dónde se había metido? Estuvo más de media hora intentando localizarlo. En la zona se había creado un ambiente pavoroso. La gente corría de un lado hacia el otro. Muchos gritaban e intentaban localizar a sus amigos y familiares. Gritos y llantos con los que Penny disfrutaba.

El monstruito aquel no aparecía, era como si la tierra se lo hubiera tragado. El cementerio estaba a pocos metros. ¿Se acercaría hasta allí? Sí, seguro que sí, pensó mientras abría con fuerza el portal de hierro fundido. Había cuatro pasillos iluminados con lámparas solares. Recorrió el primero sin hallazgo alguno.

– ¡No servirá de nada que te escondas! –gritó, dejando escapar una sonrisa sardónica imposible de apreciar a simple vista.

Ni rastro del chaval. En el segundo pasillo tropezó con una gran cantidad de ramos de flores y coronas, que había esparcidas por el suelo frente a un nicho que todavía no tenía lápida. Giró para adentrarse en el tercero que estaba totalmente vacío. Solo quedaba uno y su intuición le decía que el pequeño *Frankenstein* estaba oculto allí. Al final del último pasillo había una caseta. Allí era donde el enterrador guardaba los útiles para dar sepultura a los cuerpos sin vida y también los que se usaban para el mantenimiento del lugar. En la entrada había una escalera de dieciséis peldaños hecha por un herrero.

Puso la mano en el pomo de la puerta y tomó un par de hondas bocanadas de aire. Por fin iba a acabar el trabajo que se había encomendado para esa noche.

– Es inútil que te escondas. Esta noche vas a morir, chavalín, y yo tendré el gusto de verlo, sentirlo y hacerlo posible –comentó de manera cáustica.

La puerta se abrió y, allí, escondido debajo de una mesa de madera desvencijada, estaba el pequeño monstruo muerto de miedo. Penny, con el pie izquierdo cerró la puerta y lo miró fijamente.

– Ya te lo he dicho antes. No vale de nada esconderse. Yo siempre te encontraré y te ofreceré a la muerte. No tienes escapatoria –argumentó, acercándose cada vez

más al joven con el cuchillo en mano— ¡Sal de ahí abajo ahora mismo! —ordenó con un bramido.

El pequeño *Frankenstein*, cuyas manos temblaban como hojas en plena tempestad, hizo un impulso para salir de debajo de la mesa y, tras él, aparecieron dos gatos negros. Los mininos fijaron su mirada en el aterrador payaso y comenzaron a maullar. Penny solamente tenía miedo a una cosa, y, esa cosa eran los gatos. Retrocedió varios metros sin darse la vuelta y con la daga en la mano derecha. Los animales seguían con sus maullidos, intimidando al temible payaso. Este no dijo ni una palabra. Llegó a la puerta, que antes había cerrado por si al pequeño monstruito se le ocurría escaparse, y huyó del lugar tan rápido como pudo. Esa noche, el insignificante *Frankenstein*, había conseguido salvar su vida, gracias a aquellos gatos que espantaron al asesino en serie que había causado pánico entre la gente que había acudido allí para divertirse”.

8

Se despertó asustada, con la mano en el pecho y revisando dónde estaba. Por suerte todo había sido un sueño, un sueño malísimo que la había hecho sufrir. Se dejó caer sobre la cama y respiró profundamente. Su mente y su cuerpo todavía estaban en estado de narcosis. De repente, volvió a levantar la parte superior de su cuerpo, como si fuese un muelle. Se dio cuenta que había estado soñando con Pennywise, ese personaje ficticio tan terrorífico y maléfico. Era el de la camiseta de la persona que estaba en río. Se estaba volviendo loca con el tema. Ojalá le entregaran el móvil para irse de aquel lugar.

Se levantó y, al correr las cortinas, descubrió que el día estaba perfecto para visitar lugares de la zona. Cogería el coche y se dejaría llevar por el GPS y los mapas que tenía sobre la cómoda. Buscó en el armario y se decantó por un pantalón corto negro y camiseta básica de algodón en un tono verde, que puso por encima del bikini estampado, un borsalino con una cinta del mismo color que la camiseta y zapatillas de deporte. Bajó al restaurante del hotel y desayunó convenientemente.

El primer lugar que quería visitar era el Monasterio de Santo Estevo. Antiguamente había sido calificado monasterio benedictino, rodeado de frondosa vegetación y situado en la localidad de Nogueira de Ramuín, y considerado como uno de los más importantes de Ourense. Su construcción cuenta con elementos góticos, románicos, renacentistas y barrocos. Desde el año 2004 está funcionando como Parador de Santo Estevo y, de manera libre, solamente se pueden visitar los claustros y la iglesia. En 1923 fue declarado Monumento Histórico.

Sentada sobre el césped en uno de esos patios abiertos al público, puedo comprobar la paz que se respiraba. No había ningún ruido, salvo el graznar de unos cuantos pájaros que habitaban en el exuberante bosque. Ahora entendía por qué los monjes habían elegido ese lugar. Aquello era ideal para ella durante unos días. Entró en recepción para conseguir información. Una de las recepcionistas le comentó que el local cuenta con 77 habitaciones, *Spa*, un restaurante situado en las antiguas caballerizas con una bóveda de piedra de 14 metros de alto y 50 de largo, cafetería, terraza, salones de banquetes y también de reuniones, y un extenso bosque para caminar de manera relajada.

Embobada por la calma sepulcral que la rodeaba, decidió que almorzaría en el lujoso restaurante del Parador. Las mesas estaban engalanadas con mantelería de color blanco y sillas recubiertas en terciopelo rojo. Observó la carta de recomendaciones. Los precios eran algo elevados, pero acordes con el nivel de vida que ella llevaba. Se decantó por croquetas caseras, lomo de bacalao con escalivada y torta de maíz y, para finalizar, tarta de Santiago, todo ello regado con un buen Ribeiro.

Finalizado el almuerzo y revisando los mapas que tenía sobre la mesa, observó que, a muy poca distancia, había un mirador llamado *Penedos do Castro*. Desde allí se podía contemplar la desembocadura del río Cabe y el monasterio de Santo Estevo.

La leyenda que tenía en sus manos decía que aquel lugar había sido utilizado para vigilancia y defensa.

Como tenía mucha sed y no había cogido ninguna botella de agua en el parador, decidió acercarse hasta el hostel donde había dormido la noche anterior. En la cafetería estaba el dueño. Ella se sentó en la barra y pidió una botella de agua grande de la cual bebió más de medio libro sin respirar.

– La han estado buscando –dijo la cocinera, que era la propietaria y esposa del que estaba tras la barra.

– ¿A mí? –comentó, extrañada.

– Sí, a usted. Un hombre moreno, muy guapo y con tatuajes por los brazos – explicó, con una tierna sonrisa en la cara y haciendo muecas graciosas.

– Sería Francesco, el del catamarán. ¿Comentó algo?

– Solo quería saber si seguías alojada aquí o si te habías pasado a comer –varias hebras grises salpicaban el cabello de la cocinera.

– Ese patán sabe perfectamente que tenía que ir al hotel y cambiar de ropa – hablar de Fran la enervaba.

– ¿Estará casado? –quiso averiguar la mujer que debía rondar los sesenta años.

– No tengo ni idea. Es muy celoso con sus cosas. Para arrancarle el nombre tuve que hacer malabarismos, además de que es muy grosero y nada caballeroso –aclaró Eli.

– Mi marido era igual antes de ser novios; no soltaba las riendas. Se hacía el duro y, ¡te crees que tuve que ser yo la que dio el primer paso! Claro que después, una vez lo tuve comiendo de mi mano, lo hice sufrir un poco. Como decimos los de aquí, “*o que non quere pan, sete tazas*”. Le di de su propia medicina y después, no había un día que no apareciese por aquí, ya que de aquella, eran mis padres los que regentaban el negocio, y si quería estar a solas unos minutos conmigo, solo era posible en el cuarto de limpieza –la mujer se rio al recordarlo–. ¡Qué tiempos aquellos! Antes nos escondíamos para acariciarnos o, simplemente para darnos un beso. Ahora lo hacen todo a la vista y sin vergüenza alguna.

– ¡Rediós! Deja a la chica tranquila.

– Besarse o acariciarse en público no es nada malo. Vivimos en un país libre, sin represión. Los tiempos del franquismo ya han pasado, por fortuna –opinó la joven.

– Sí, hija. No hablo tanto de las típicas carantoñas, que son normales y aceptables, como que vas por la calle, giras la cabeza hacia un callejón o hacia una zona algo escondida u oscura, y allí los ves, morreando como desesperados o, si me arriesgo, incluso echando un polvo sin miedo a que los vean. No hay control – observó si los que estaban cerca la habían estado escuchando. El marido meneó la cabeza varias veces.

– ¡Ya estás con las tonterías de siempre, mujer! –opinó Sebastián, el marido.

– ¡Estoy diciendo la verdad! –gritó Carmela, enfadada por su comentario–, “*arre demo co home*”.

– Ella es muy moderna pero si algo se le mete entre ceja y ceja, no hay quién la haga entender –aclaró el hombre, un *pelín* colorado.

– Y dime, niña. ¿Es tuyo el móvil que encontraron sobre el cadáver? –la mujer movió el cuerpo como si tuviese escalofríos.

– No me lo recuerdes. ¡El peor día de mi vida!

– Tiene que haber sido horrible. ¿Se sabe si es una mujer o un hombre? –interrogó. Tenía en la mano derecha un paño de color marrón y en la izquierda la escoba.

– Escuché que se trataba de una mujer –en ese instante se acordó de la bolsa donde estaba el cuerpo sin vida.

– Qué manera más trágica de morir. A saber qué historia oculta el río. –Se quedó pensando. Tras un compás, siguió–. Seguramente es una drogadicta o una prostituta. Ya sabes... La vida de esas mujeres es muy libertina –añadió con filosofía.

– ¡Pero mujer! –refunfuñó Sebastián.

– ¿Vas a decirme que es mentira todo lo que digo? Los hombres no entendéis de estas cosas porque sois eso... Hombres que piensan solamente con el pene. La cosa cambiaría si hubiésemos tenido chicas en vez de tres varones. Entonces te preocuparías más y las atarías al cerezo que tenemos en la entrada de casa.

Elisabeth soltó varias carcajadas.

– ¡Vas a asustar a la muchacha con tus impertinencias!

– No os preocupéis. A estas alturas ya nada me asusta –aclaró la chica.

– ¿Vas a hacer turismo por la zona? –interrogó la cocinera.

– No me queda otra alternativa hasta que me devuelvan el teléfono. Lo malo es que estoy alojada en la otra punta del planeta y esto me queda muy a desmano. Estoy pensando seriamente en instalarme en el parador.

– ¡Uy, pero si ahí es todo muy caro! Vente para el hostel. Te trataremos bien y ahorrarás bastantes euros –dijo, totalmente relajada y con mucho salero.

– ¡Qué manía con meterse en la vida ajena! Cada uno hace lo que quiere con su dinero –intermedió Sebastián.

– Por el dinero no hay problema. Hoy he comido allí; todo muy exquisito y muy buena la presentación. Se respira mucha calma entre aquellas paredes. Ni un solo ruido fuera de lugar.

– Pero allí te tratarán como a todos; sin embargo, aquí, serás recibida como de la familia. Desayuno, comida y cena caseras. Sábanas limpias, agua caliente y, lo más importante; estarás en la mejor compañía para evitar que te sientas sola. Aquel lugar es muy frío y solitario. Está bien para las personas que viven muy estresadas y necesitan momentos de relajación y desconexión total, pero no para ti –discurseó, con absoluta convicción de sus argumentos.

– ¿Y tú qué sabes de mi vida? –debatía Eli.

– A simple vista se te ve muy bien, aunque, a decir verdad, no me había parado a pensar por qué estás sola en estas tierras lejanas y no con un hombre guapo a tu lado. ¿Te han roto el corazón?

– ¡Carmela! –murmuró el marido–. No hagas caso a sus suposiciones. Pasa muchas horas pegada a los fogones y, cuando viene alguien de afuera y le llama la atención, la satura a preguntas, especialmente de su vida privada –explicó, cogiendo un cuenco de aceitunas para ponérselo delante.

– Os cuento. Soy de Madrid y mis jefes, cansados de tenerme siempre trabajando, me obligaron a coger las vacaciones. Lo cierto es que llevo unos cuantos años sin disfrutarlas. Vi una oferta en internet, para visitar la Ribeira Sacra y, ¡aquí estoy! –dictó, con cierto humor–. Lo malo fue que, en el viaje en el barco, sucedió lo que ya sabéis.

– ¿Y tu novio no ha venido? –deseó averiguar la mujer del negocio.

– No tengo novio. ¿Para qué? Los hombres son un estorbo –aseguró con semblante serio.

– ¿A qué te dedicas en la capital?

– Soy *WeddingPlanner*.

– ¿Y eso qué es? –curioseó, con la frente fruncida por la intriga.

– Digamos que planifico bodas, ceremonias –dijo con voz relajada.

– Ese sí es un chollo. Siempre arregladita, con tus tacones y recién salida de la peluquería –insinuó la cocinera.

– Ja, ja, ja, algo parecido a eso, sí. Sois la monda.

Los tres se rieron.

– Bueno, creo que voy a irme al hotel. Allí hay piscina y me apetece un baño.

– Aquí no tenemos piscina pero sí unas bañeras muy cómodas y hasta te puede conseguir pétalos de flores y sales para perfumarte. Piénsalo.

– Muy bien. Lo pensaré.

Se levantó del taburete con la intención de irse.

– Por cierto. Mañana igual me paso por aquí para comer, como dices tú, algo casero.

– Me parece estupendo, linda. Te prepararé algo especial para que te lleves un buen sabor de boca de mi tierra –respondió la afable mujer.

Al llegar al hotel, se cambió el biquini estampado por uno de color negro y subió a la piscina, que se encontraba en la parte más alta del edificio. No había demasiada gente.

Dadas las circunstancias, optó por darse un chapuzón y después llamar a su jefa.

– Hola, Cristina. Soy Elisabeth –se presentó. Sabía que la otra no iba a reconocerla por el número de teléfono.

– ¿Eli? ¿Has cambiado de número? –comentó, extrañada por la llamada.

– Es una historia muy larga que ya te contaré a mi regreso. Escucha, ¿me has llamado estos días?

– No. Está la cosa muy tranquila. La verdad es que lo has dejado todo muy bien organizado y los compañeros se están defendiendo súper bien.

- Ya te lo dije muchas veces. Soy la mejor en mi trabajo –se vanaglorió sin modestia alguna.
- Por eso te pago esa cantidad de dinero, querida –respondió, sonriendo.
- Bueno, pues nada. Si todo marcha sobre ruedas y no me has llamado, no hay nada más que decir –aclaró, con intenciones de colgar.
- Espera, espera. ¿Qué tal tus vacaciones?
- Bien. Desconexión total.
- ¿No has conocido a nadie interesante por ahí? –preguntó con un tono de voz pícaro.
- He conocido a muchas personas. La gente de aquí es muy amable y se ofrece a ayudarte ante cualquier nimiedad –explicó sin demasiado interés, pensando en los desplantes que le había hecho Francesco en el muelle.
- Entonces me alegro de haberte animado a tomar las vacaciones. De verdad que te hacían falta. Últimamente estabas un poco... Repugnante.
- ¿Repugnante yo? –interpeló.
- Digamos que te enfadabas por pequeñeces y no lo digo yo sola. También lo dice tu madre y los compañeros.
- A mí madre no se le puede hacer demasiado caso. Siempre lo exagera todo –masculló.
- Entonces sois igualitas –cuestionó, dejando escapar una pequeña sonrisa-. En fin. Me alegro de que todo te vaya bien ahí donde estés. Voy a seguir trabajando.
- Vale, vale. Chao –se despidió con cierto enfado. Afortunadamente tenía muy buena relación con su jefa y bastante confianza, como para decirse a la cara lo que cada una pensaba.

Por la mañana, después de un desayuno completo, decidió salir con el coche para conocer más zonas encantadoras, y que no estuviesen demasiado lejos. Del ropero cogió un short, una camiseta con escote en pico de color azul celeste y un chaleco con flecos para poner por encima. Pero antes de todo eso, se pasó por el embarcadero por si estaba el gruñón, aunque las personas que seguían trabajando allí, le comentaron que se había pasado a primera hora de la mañana y que no sabían si volvería. Ella dejó un recado para él. Estaría comiendo en la cafetería “Como en familia”.

Cuando se disponía a irse, dos periodistas la abordaron. Querían averiguar más cosas sobre el cadáver encontrado, si se sabía la identidad, si había sido un asesinato o un terrible accidente, y si le habían devuelto el móvil. Ella se vio acorralada y salió corriendo hacia el coche.

El lugar elegido para visitar, después del encuentro con los periodistas carroñeros, fue Luíntra. Ahí, visitó la iglesia románica del San Martiño de Nogueira y el monumento dedicado al afilador. Una estatua situada sobre una fuente como homenaje al maestro afilador, obra del escultor Bucíños. La escultura recuerda que esa tierra fue la cuna de los famosísimos “*afiladores-paragiños*”.

Sobre la una y media se acercó hasta la cafetería para almorzar. Sebastián, al verla, se aproximó para indicarle la mesa que le habían asignado, y entró en la cocina para avisar a su mujer. El local estaba abarrotado de gente. Muchos, trabajadores que acudían al lugar porque conocían, de antemano, que la comida era casera.

- ¡Has venido! –expresó con entusiasmo la rolliza cocinera.
- ¿Acaso lo dudabas?
- Pues sí. Creí que nuestro modesto negocio era demasiado vulgar para ti. Me alegra haberme equivocado –aseguró.
- No podía perderme esta comida caseta tan exquisita.
- Muy bien. Ahora le digo a Sebas que te ponga un entrante mientras esperas por el resto –propuso.

Se adentró en la cocina y, a los dos minutos, el camarero se acercaba a su mesa. Traía un plato con dos trozos de empanada de zamburiñas.

- ¿Es casera o de panadería? –indagó la invitada, aunque ya se imaginaba la respuesta.
- No le hagas esa pregunta a ella o se enfadará. ¡Claro que es casera! Mi mujer se encarga de hacerlas. Compra los ingredientes y después las prepara, con la ayuda de Montse, en la cocina. Cuando la pruebes te darás cuenta de lo deliciosa que está, y no lo digo porque sea mi mujer –observó el orgulloso marido.

Eli se rió. Con ambas manos tomó una pequeña porción y la metió en la boca. Además de la masa, hecha con la mejor harina, se notaba la gran cantidad de ingredientes y un agradable sabor a mar, proporcionado por las zamburiñas. El

segundo plato fue churrasco de cerdo y chorizo, servido con una riquísima salsa. De los ocho trozos que le sirvieron, solo pudo comer cinco. ¡Estaba llenísima!

– Te traigo el postre –en un plato de sobremesa traía las tradicionales filloas gallegas, muy parecidas a los crêpes franceses, y regadas con caramelo líquido.

– Lo siento. No me entra nada más. Estaba todo buenísimo pero no estoy acostumbrada a comer tanto –aclaró la joven.

– Los gallegos tenemos fama de comer mucho y bien. No nos conformamos con un solo plato de comida y menos mal que estamos en verano. Los menús de invierno son mucho más completos, para dar energía y calor.

– Como el cocido gallego –señaló.

– Exacto, o los caldos, sopas, callos, fabadas y potajes. Aquí somos muy *larpeiros* –con la boca hizo un gesto muy típico en los gallegos.

– ¿Y eso qué es?

– Digamos que nos gusta la comida. Somos golosos aunque también nos cuidamos –aclaró, pasando la mano derecha por la panza.

Las dos mujeres se rieron.

– Y dime, guapa. ¿Has ido a algún lugar de visita?

Ella le comentó dónde había estado esa mañana.

– Si quieres, mi hijo menor puede llevarte a conocer esos lugares recónditos a los que no podrías llegar, salvo que te lleve alguien que conoce la zona. Hoy es su último día de trabajo por lo que mañana ya estará de vacaciones –explicó Carmela. En ese instante, Sebastián traía café para las dos.

– No hace falta, de verdad. No quisiera ser una molestia. Seguro que tendrá planes para las vacaciones –se mordió el labio inferior.

– ¡Qué va! No tiene pensado ir a ningún sitio. Ayer por la noche lo estuvimos hablando y estuvo de acuerdo –habló, mientras removía el azúcar–. A él también le vendrá bien un poco de desconexión.

– ¿En qué trabaja tu hijo?

– Es delineante pero no se dedica solo a eso. En su tiempo libre colaboraba con una asociación que hay en el pueblo para ayudar a los más necesitados. Consiguen ropa y alimentos para la gente que no tiene nada –anunció la mujer de los ojos grises–. En el pueblo todos colaboran de alguna manera: iglesia, reparto de alimentos, hay restaurantes que donan comida, regalan ropa que ya no usan.

– ¡Qué bonito! Eso dice mucho de tu hijo, Carmela. ¿De dónde ha salido esa iniciativa? –vaciló, la rubia–, porque me imagino que será un chico joven.

– Bueno, todo fue a raíz del fallecimiento de su novia, Lucía. Iban a casarse –en ese instante se le llenaron los ojos de lágrimas–. Lo tenían todo preparado: ceremonia en la iglesia, vestido y traje para él, flores, banquete. Ella venía arrastrando fuertes dolores de cabeza pero los achacó al estrés de organizar la boda. Un día se desmayó y la obligué a acudir al centro de salud. Le hicieron diversas pruebas y fue cuando descubrieron que tenía un tumor en el cerebro. Por fortuna para ella no duró mucho tiempo; el suficiente para despedirse de todos y pedirle a Ariel, mi hijo, que no

sufriera por ella y que fuese feliz, una vez se hubiera ido. Él se lo prometió pero no lo ha cumplido, por eso se refugia en ayudar a los demás –sacó un pañuelo de tela del bolsillo del delantal, y secó las lágrimas.

– Qué historia más triste. Lo tuvisteis que pasar muy mal.

– No puedes hacerte a la idea y, ¿sabes qué es lo peor? –Eli negó con la cabeza–. Que Ariel no exterioriza lo que siente. Se lo traga todo y no quiere que nadie toque el tema. Si lo hacemos, inmediatamente se va, sin mediar palabra –narró la cocinera.

– ¿Cuánto tiempo hace que sucedió?

– La semana que viene hará dos años. Ariel siempre coge las vacaciones para ir al cementerio y llevarle flores, y no te creas que le lleva un ramo cualquiera, no. Compra dos o tres ramos. A mí se me parte el corazón pero no puedo hacer nada si quiero mantenerlo cerca de mí –posó la mano con el pecho. Se sentía afligida.

– Ojalá pudiese hacer algo para aliviar vuestra pena. Yo estudié psicología y puedo comprender el dolor que os embarga –musitó. Aunque sabía contener la emoción, ver a la cocinera tan conmovida le rompía el corazón.

– Quizás contigo sea capaz de hablar, no lo sé. Los dos sois más o menos de la misma edad.

– No tengo confianza con él, ni siquiera lo conozco en persona pero si puedo hacer algo, ten por seguro que lo haré –insinuó la rubia.

– Gracias, de corazón. Esta noche vendrá a cenar al restaurante. Si quieres pásate y hacemos las presentaciones.

En ese instante apareció por la puerta Francesco. Llevaba un pantalón corto negro con cinturón, y una camiseta básica del mismo color junto a unas esparteñas estampadas. La observó durante unos segundos, se acercó a la barra y pidió un café solo.

– Ese, es el hombre que vino a buscarte ayer –expuso la compungida mujer.

– Es la persona que me suponía. Esta mañana fui hasta el muelle para saber qué quería de mí pero se había ido –desde donde estaba sentada podía ver con claridad la anchura de su espalda, brazos y culo. Aquella ropa le sentaba demasiado bien.

– Ve a hablar con él. Yo me pondré a arreglar la cocina y después me tocan las cenas. Esto de trabajar en hostelería es un poco cansino. Gracias que tengo a Pilar en la cocina. Lo mejor es que no tenemos que rendirle cuentas a nadie. Lo hacemos, cuándo y cómo podemos, y en mi caso, con todo el cariño del mundo.

– Eso tengo entendido. Es algo sacrificado pero trabajáis para vosotros –se levantó y le dio dos besos en las mejillas a Carmela–. Esta noche no vendré muy tarde. Después tengo que regresar al hotel y no me apetece conducir de noche por esas carreteras tan estrechas. ¿Crees que estará tu hijo sobre las ocho?

– Él sale de trabajar a las seis. Hoy, al ser el último día, igual se retrasa un poco pero para esa hora confío en que esté por aquí –la mujer dio la vuelta para dirigirse a la cocina pero se acordó de algo más que quería decirle–. A propósito. Si vas a estar por esta zona sería conveniente que te alojaras en nuestro hostel. Como ya te dije anteriormente, no contamos con lujos ni grandes comodidades, pero las habitaciones

son acogedoras, las camas son cómodas y no te faltará de nada. Así no tendrías que coger el coche y te sería más fácil y cómodo para visitar los sitios de interés turístico de la zona. Ariel te llevará, estoy segura.

– De acuerdo. Mañana por la mañana pagaré la cuenta en el hotel y traeré mis cosas para aquí. Resérvame la mejor habitación que tengas –comentó con humor.

Carmela sonrió y entró en su zona de confort. Elisabeth se acercó a la barra para pagar la cuenta de la comida.

– Sebas, cóbrame la comida y el café de este señor –dictó, sacando un billete de veinte euros de la cartera.

– No hace falta pero gracias –respondió secamente, sin levantar la mirada de la barra.

– Me han dicho que me estabas buscando. Esta mañana he estado en el embarcadero pero allí no sabían nada de ti. ¿Habéis suspendido los viajes en catamarán?

– Durante un tiempo no podrá haber actividad. Todavía hay gente trabajando en la zona –manifestó, rascando la barca con la mano izquierda.

– ¿Hay algún avance en las investigaciones? ¿Se sabe cuándo me van a dar el móvil?

Francesco negó con la cabeza.

– Por cierto. El otro día te fuiste sin darme tu nuevo número de teléfono. ¿Acaso crees que somos adivinos?

– ¿Por qué tendría que facilitarte mi número? No te conozco de nada. ¡Quién sabe si conoces al asesino de la pobre mujer o si has sido tú mismo el que depositó el cadáver en el río!

Fran giró la cabeza para mirarla de frente. Sus ojos desprendían lava.

– ¡Cuidado con las palabras! –dijo en un tono algo más alto de lo normal y señalándola con un dedo.

– Solo era una broma aunque lo primero es verdad. No tengo motivos para facilitarte mi número de móvil.

Francesco se levantó del taburete. Su intención era dejarla allí, sin más explicaciones.

– ¿Te vas sin contestarme?

– Contigo es inútil hablar. Todo lo sabes, todo lo entiendes... Hay un dicho que dice que, “*a palabras necias, oídos sordos*”. Yo paso de discutir con gente ignorante –reveló.

– ¿Disculpa? –vaciló, mientras iba tras él.

– Lo dicho. Quería tu teléfono por si teníamos que hablar contigo o avisarte de que ya podías recoger el móvil, pero da igual. Ahora serás tú la que mueva el culo, por espabilada –aclaró.

– Espera. Te lo anoto en un papel para que no lo pierdas –buscó en el teléfono el número que le habían asignado y lo anotó–. Disculpa mis impertinencias. Estoy

convencida de que tenías buenas intenciones, solo que... –el moreno de los tatuajes la interrumpió.

– Solo que nada. La gente de ciudad creéis que podéis pisotear a la que vivimos en pequeños pueblos, aldeas o incluso barrios. Tus ojos lo dicen todo. Te crees superior; más lista, guapa e inteligente –vociferó.

– Estás muy equivocado conmigo, guapo. Para tu información te diré que aprecio a toda esta gente que me está ayudando. Personas que no me conocen de nada pero que comparten conmigo su tiempo. Ellos saben que estoy sola y que no conozco nada ni a nadie. Tú has sido la única persona que me trató mal. Eres de lo peor –se sinceró.

– Gracias por tus cumplidos pero yo no estoy aquí, ni para hacer amistades, ni para preocuparme por los demás –su tono era duro y frío.

– No, claro. Eso se ve a leguas. Eres un pobre ermitaño egocéntrico al que nadie quiere ni aprecia porque en tu vida solo existe una persona y, esa persona eres tú mismo –opinó. Tenía las manos en la cintura.

– Exacto. No necesito a nadie a mi lado. Tengo a mi perro, mi radio y mi pequeño hogar. ¡Para qué más! Soy feliz.

– Ojalá que nunca necesites de nadie porque entonces te darás cuenta de lo solo que estás. Me das pena.

– No sé por qué estoy hablando de esto contigo –quiso terminar la conversación pero ella se lo impidió.

– Tienes el corazón tan frío con una roca o como el agua del río. Ahora entiendo la razón por la que no te hizo efecto sumergirte en aquellas aguas heladas. Estás hecho de la misma pasta –habló con rabia.

Se giró para mirarla y responderle con crueldad, pero optó por no hacerlo. Sabía que Eli estaba en lo cierto, pero no iba a darle la razón. Salió hacia el aparcamiento y cogió la moto que tenía aparcada al lado de su coche.

– ¡Ándate con ojo!

Ella se había quedado con las ganas de seguir discutiendo. Era la única manera de averiguar cosas sobre él.

El reloj de la iglesia avisaba que eran las cinco de la tarde. Buscó en el mapa los lugares más cercanos que podía visitar, antes de regresar al hostel para conocer a Ariel. Eligió descubrir los encantos del monasterio de Santa Cristina en el castañar de Merilán, actualmente en desuso. Un templo de origen románico que en el año 1508 pasó a depender del monasterio de Santo Estevo de Ribas. Esta joya arquitectónica pasó a manos de particulares en 1935, que lo destinaron a granja de labor. En octubre de 2008 había sido declarado, Bien de Interés Cultural.

En la entrada había una joven, muy amable, que le entregó un folleto con las vistas del claustro románico, nave de la iglesia, fachadas, y otros detalles curiosos que no debía perderse en la visita. El monasterio, sito en el monte Varona, estaba rodeado de vegetación y un silencio lúgubre. Se sentó en un banco de piedra bajo la sombra de

un impresionante castaño. Recordaba la conversación que había mantenido con Francesco. ¿No había sido muy dura con él?

Siguió divagando por aquellas paredes de barro, entre una multitud de visitantes. Estaba toda sudada. Hubiese preferido ir directa al hotel para meterse en la piscina antes de que cerrara, pero no podía faltar a su palabra. Con puntualidad británica se acercó al hostel a la hora fijada. En la terraza, había cuatro hombres jugando una partida de dominó y dos parejas tomando refrescos. En el interior, varias personas estaban sentadas a la mesa, esperando que les sirviesen la cena que habían elegido. Sebastián, al verla llegar, le brindó una sonrisa y avisó a la mujer, que la hizo pasar hasta la cocina. Entretanto iba preparando los platos, le comentó que Ariel había llegado pero que se estaba duchando. La familia vivía en la casa de piedra *Rosa Porriño*, contigua al negocio. El joven no tardó en presentarse en la cafetería. Llevaba un pantalón de deporte azul marino con detalles verticales, y ajustado al cuerpo, y camiseta blanca con cuello redondo. Entró en la cocina y la miró con curiosidad.

– Hola. Tú debes ser Elisabeth –comentó, acercándose a ella para tenderle la mano.

Eli se extrañó que no le diese un beso, como cabía esperar en un chico joven como él.

– La misma, que viste y calza –soltó con una sonrisa de oreja a oreja y se fijó en lo atractivo que era el joven. Más alto que ella, llevaba la barba sin afeitar pero de pocos días, y tenía los ojos de un color verde grisáceo. Se sentaron en una mesa en la que Sebastián sirvió su cena. No tenían demasiado apetito por lo que decidieron tomar puntas de calamar fritas, croquetas de pollo caseras y una tapa de jamón ibérico. Ariel se interesó por la vida de la chica en la gran ciudad. Le parecía extremadamente interesante su profesión y le extrañaba que se hubiese decantado por eso y no por la psicología, después de tantos años de estudio y preparación. En ningún momento hablaron de él. A ella le hubiese encantado pero esperaría al momento adecuado. A las diez decidió regresar al hotel. Faltaban pocos minutos para que oscureciera y no quería viajar de noche. Antes de irse, él le comentó que si quería, podía acompañarla al día siguiente. Ella aceptó encantada y quedaron de encontrarse allí mismo después del desayuno.

10

Pasaban pocos minutos de las nueve cuando se presentó en el bar. Ariel estaba tras la barra, ayudando a su padre a servir los desayunos ya que era sábado. Los dos la vieron entrar al mismo tiempo. La joven vestía una falda corta con vuelo y estampado étnico, y una camiseta básica de color turquesa bajo la chaqueta vaquera. Le preguntaron si deseaba tomar algo pero ella respondió que ya había desayunado muy bien en el hotel. Una vez se despejó un poco el ambiente en la cafetería, decidieron irse para disfrutar de la mañana. Primero se acercaron a Paradas de Sil. En el corazón del pueblo visitaron el monumento al barquillero. Una escultura que hace honor a aquellos jóvenes que rondaron las calles madrileñas como vendedores de barquillos, especialmente en las verbenas. Eli no tenía ni idea de la historia de esa bella figura tallada en piedra. Tras un pequeño paseo por el pueblo, subieron a la zona más hermosa desde la que se podía ver el profundo y agreste cañón de la Ribeira Sacra. Sin duda se trataba de uno de los miradores más conocidos y vertiginosos: los Balcones de Madrid. Elisabeth quiso saber el origen del nombre y Ariel se lo relató así:

– Estamos a quinientos metros de altitud. Este, era el lugar elegido por las mujeres para ver partir a sus maridos emigrantes, casi todos barquilleros, cantando su canción “*¡Al rico barquillo de canela para el nene y la nena!*”.

El mirador disponía de una barandilla de madera para contemplar la garganta del Sil.

– Esto es impresionante, maravilloso –exclamó la joven–. ¿Aquello que se ve al otro lado qué es?

– Se trata del Santuario de Cadenas. ¡Qué te parece si nos acercamos al pueblo! Hoy hay feria.

– ¿Seguro? ¿No te aburrirás?

– Claro que no. De ser así no te lo hubiese propuesto. Ya verás la de cosas que nos vamos a encontrar; desde ropa, frutas, vegetales, calzado, menaje, herramientas, regalos, plantas, artículos de segunda mano y hasta música.

Cogieron el coche y se dirigieron hacia allí. Para aparcar tuvieron que dar varias vueltas hasta encontrar un hueco, al lado de un paso de peatones. Eli se dio cuenta que él tenía razón. Había muchísima gente y puestos a ambos de la calle que el ayuntamiento cedía esa mañana para la venta ambulante. Como era normal en ella, no pudo resistirse a comprar alguna cosa.

– Tengo una sed de mil demonios. ¿Te parece si vamos hasta esa cafetería y tomamos algo? –propuso el joven.

– Por supuesto, pero invito yo. Tú ya bastante haces con dedicar tu tiempo libre a enseñarme esta maravillosa tierra, ¡y no admito negativas! –aclaró, viendo que tenía toda la intención de replicar.

Él, enseñó su preciosa dentadura, blanca y perfecta. Entraron y se sentaron en una mesa que estaba cerca de la ventana. Cada uno pidió un refresco con mucho hielo

y charlaron sobre la historia del monasterio de Santo Estevo. Un toque en el cristal de la ventana los sobresaltó. Se trataba de una chica morena, muy guapa, que sonreía al otro lado. Ariel la saludó con la cabeza y ella entró en el local.

– Hola. Te vi a través de la ventana y entré para saludarte. Espero no molestar – dijo, mirando hacia la acompañante.

– No te preocupes. Te presento a Eli. Es de Madrid y está aquí de visita – comentó el hombre que se había levantado para darle dos besos.

– Tú eres la chica que aparece en la prensa. Te he visto esta mañana.

La rubia la miró extrañada. ¿De qué estaba hablando? También se fijó en que a esa chica sí le había dado los besos.

– Han publicado varios artículos sobre el cadáver hallado en el río. Tu foto aparece en pequeño –les explicó–, ¿no los habéis visto?

– No me lo puedo creer. ¡Pero si no he hablado con ningún periodista! El otro día estaban en el embarcadero, y huí de ellos al ver por dónde iban sus preguntas porque ya sé cómo funciona esta gente. En vez de buscar la verdad, lo único que hacen es especular e inventarse razones y motivos para vender más –estaba muy molesta.

– Tienes que hablar con la policía y comentarle que te están acosando –dijo el chico.

– De momento nadie me ha acosado pero no me gusta que publiquen un artículo mencionándome sin darle mi consentimiento antes. Solo espero que la tirada sea local. Si mi madre lee eso es capaz de presentarse aquí al día siguiente y entonces sí se arma una buena –Eli meneó la cabeza y se acercó a la barra para pedir el periódico del día.

– ¡Qué tal en tu primer día de vacaciones! –preguntó la muchacha a Ariel.

– Muy bien. Hoy no he madrugado y quedé con Eli para enseñarle los lugares más chulos de la Ribeira Sacra.

– Genial –susurró la recién llegada–. Si quieres podemos quedar un día de estos para comer o cenar. Yo tampoco me voy a ningún sitio. Tengo que ayudar a mis padres en la tienda. Hay que aprovechar el verano y los visitantes para hacer caja – aclaró Alicia.

– Me parece bien. Tengo tu número en la agenda del móvil –en ese instante regresó Elisabeth muy malhumorada.

– El artículo dice que yo he dicho varias cosas y eso es totalmente mentira. ¡Menudos sinvergüenzas! Francesco va a venir a por mí y me lo echará en cara.

– Chicos, yo ya me voy. Encantada de conocerte, Eli. Seguro que nos veremos de nuevo. Mi familia regenta la única tienda de regalos que hay en el pueblo, por lo tanto, soy fácil de localizar –se acercó a ellos para darles unos besos, el de Ariel algo más cariñoso.

– Descuida. Me pasaré por ahí un día de estos.

La madrileña, pese a que sonrió al despedirse de ella, estaba hecha una furia. Salieron del establecimiento para regresar al mercadillo. La chica se acercó a un

puesto con música y él fue tras ella. Estaba buscando discos y CD cuando alguien tropezó con ella. Al girarse, una anciana se disculpó. Era tanta la gente que había que costaba caminar sin molestar a alguien. Eli aceptó las disculpas pero cuando se disponía a volver la vista hacia el puesto de música, le llamó la atención un joven que se acercaba a ellos. Se fijó en él. Llevaba la misma camiseta que la persona que había visto en el río, intentando retirar las balizas de señalización que los agentes especiales, habían dejado sobre el agua. En ese instante su corazón dio un salto y se puso nerviosa, dejando caer al suelo varias de las bolsas que llevaba en las manos. Intentó hacerse la distraída para que él no la viese pero fue inútil. Sacó las gafas de sol que tenía sobre la cabeza y se las puso. Era la mejor manera de observar al desconocido sin que él lo supiese. Estaban a menos de cinco metros cuando la venció el miedo. Esa persona la miraba con descaro, a medida que se iba acercando. Su reacción fue ponerse tras Ariel y agarrarse con firmeza a su cintura. ¿La habría reconocido? ¿Qué intenciones tenía esa persona para con ella?

– ¿Te encuentras bien? –demandó su acompañante al ver la cara de pánico que tenía.

– Ese, ese, ese tío... –las palabras se trababan, no era capaz de hablar.

– ¿A quién te refieres, Eli? –Echó un vistazo y no vio nada extraño. La gente pasaba por su lado como si nada ocurriese.

– El de la camiseta de Penny –se movió para ver si ya se había ido o, por el contrario, seguía observándola.

Él la tranquilizó y se la llevó hasta el hostel. Estaba demasiado nerviosa como para seguir en el mercadillo. Al llegar a la cafetería, Sebastián le preparó una tila doble y llamó al centro de mandos que la Policía y la Guardia Civil, habían montado en el muelle. Aunque era sábado, un policía le dijo que en breve se personaría alguien en el bar para tomar declaración sobre los hechos. También le pidieron que no se moviera del lugar y que estuviera acompañada en todo momento. Aquello la alarmó, si cabe más. Los hosteleros le dijeron que aprovechara el momento, mientras no se presentaba la policía, para almorzar, pero ella no tenía la cabeza ni el estómago para digerir alimentos. Lo único que deseaba, en aquel instante, era desaparecer de allí, regresar a Madrid y olvidarse de esa mala experiencia y del rostro de aquel hombre.

Una hora después de haber llamado, apareció Francesco y, tras él, otro chico con el traje de guardia civil. Entró en la cafetería con las manos en los bolsillos. Ese día vestía unos pantalones largos de color crema y camiseta de asas, dejando a la vista los tatuajes que tenía en los brazos.

– ¡El que faltaba! –musitó, dejando los ojos en blanco.

– Si quieres me voy –contestó el recién llegado.

– Es que no sé qué pintas tú en todo esto. ¿No eras el encargado de manejar el catamarán o acaso eres un espía o un agente secreto?

– Cierto. Estaba en el embarcadero cuando llamasteis y decidí venir para enterarme de todo lo ocurrido –explicó. Su rostro seguía serio, infranqueable. Era difícil atisbar un rastro de emoción en sus ojos– aunque, para tu información, no vengo solo. Me acompaña el oficial Torrado.

– Pues ya puedes volver por dónde has venido. No pienso hablar con nadie a menos que sea policía o guardia civil –espetó, con los brazos cruzados y mirándolo a los ojos.

– Perfecto. Ya me voy pero antes quiero que sepas que tu altanería no me afecta. He tratado con gente como tú y, si te soy sincero, te diré que me la suda. ¡Allá tú y el asesino de la pobre mujer! Espero que tengas suerte y no te pase igual que a ella –la miró por última vez y regresó sobre sus pasos, esperando que esas palabras calaran en la conciencia de la chica. El agente que lo acompañaba, salió tras él.

Ella abrió la boca igual que un pez. Odiaba sus impertinencias pero, una vez más, tenía que darle la razón. Aquel hombre la había mirado de manera endemoniada, con ira, o eso creía ella. Seguramente era un delincuente que se había escondido en ese pequeño y pacífico pueblo. Salió corriendo y lo alcanzó, cerca de donde había estacionado la moto.

– ¿Crees que debo preocuparme? –todavía le temblaban los labios.

Francesco se giró para encararla.

– Aunque este sea un lugar supuestamente tranquilo y en el que cada uno va a su vida, también puede haber algún psicópata que se divierte haciendo daño. Has llamado para decir que en el mercado te encontraste con la persona que habías visto en el río, pero ahora presumes de valiente y orgullosa –sus ojos brillaban y tenía los puños cerrados–. ¿De verdad crees que esto es una broma?

– ¡No! –se arrimó a un muro de piedra.

– Pues tengo la impresión de que te lo estás tomando a la ligera. Ese tío te ha reconocido y, tarde o temprano, puede ser que venga a por ti. Deberías estar más acojonada y dejar esos aires de diva para cuando regreses a tu querida ciudad –cogió el casco y volvió a mirarla. Torrado estaba con la espalda pegada a la puerta del coche.

– ¿Siempre eres tan borde? –varias lágrimas corrían por sus mejillas. Se alejó de él para sentarse en un banco de madera que había cerca de la salida.

Dejó el casco sobre el asiento de la moto y se quedó mirando el suelo.

– ¿Qué pasó en el mercado? –dijo, sentándose a su lado.

– Yo estaba en un puesto donde vendían discos y CD cuando una mujer mayor tropezó conmigo. La pobre anciana iba cargada con bolsas. Me giré y ella se disculpó con una sonrisa, en aquel rostro moreno y lleno de arrugas –echó un vistazo para ver si el agente seguía allí. Fran se dio cuenta y le pidió que se acercase–. Fue en ese instante cuando lo vi aproximarse. Yo tenía las gafas de sol puestas en la cabeza. Las bajé para que él no me reconociera y así poder observarlo con más detalle –comentó, moviendo las manos con inquietud–. Cada paso que él daba, me ponía más y más nerviosa.

– ¿Qué hiciste después de eso?

– Me puse tras Ariel hasta que pasó de largo –respondió, recordando el brillo de sus ojos, que eran pura malicia.

– ¿Quién es Ariel?

– El hijo menor de los propietarios de esta cafetería. A diferencia de otros, se ofreció para enseñarme los pueblos limítrofes y...

– ¿Crees que te ha reconocido? –quiso saber, interrumpiendo su soliloquio.

– Estoy convencida de ello –meneó la cabeza y ató el pelo con dos pinzas que tenía en un bolsillo.

– ¿Qué aspecto tenía?

– Debe medir sobre un metro ochenta, más o menos como tú. Es moreno, pelo castaño y peinado hacia el lado izquierdo. Los ojos son saltones y de color marrón. Llevaba puesta la misma camiseta que la vez que lo vi en el río y un pantalón largo oscuro. Las orejas son demasiado grandes y salidas hacia afuera. Su tez parecía quemada por el sol de lo morena que estaba y debe calzar un cuarenta y tres –se quedó pensando por si se le olvidaba algún detalle importante.

– La descripción no está nada mal para venir de una... rubia –sostuvo. Torrado se mantuvo serio, pese al comentario.

– ¿Acaso tienes algo en contra de las que, por naturaleza, nacimos con el pelo de color claro? –se levantó y puso los brazos sobre las caderas. Francesco, por primera vez, sonrió.

– Absolutamente nada. Solo que me extraña que en un breve espacio de tiempo te hubieses fijado en todos esos detalles. Otra persona en tu lugar se mearía por los pantalones –se fijó en ella y corrigió–, o en las bragas.

– ¡Muy gracioso! –volvió a sentarse–. Para que sepas y aunque no lo practique, he estudiado psicología en la Universidad Complutense de Madrid.

– Vale. Ahora lo entiendo.

Los tres se mantuvieron en silencio. Solo se escuchaba el ruido que hacía la gente en el interior de la cafetería, y los vehículos que pasaban por la carretera.

– Mi recomendación es que, o te quedas encerrada en el hotel y no sales, salvo que sea por una urgencia, o te vienes para aquí y así estás controlada y rodeada de gente –aclaró.

– Había estado barajando la posibilidad de volver; de hecho, Carmela me lo había propuesto.

– ¿Quién es esa tal Carmela? –curioseó.

– Madre mía, ¿pero tú no vives aquí? –dijo, entre risas.

– Vivo pero no me interesa ninguna persona del pueblo. Apenas conozco a nadie.

– Un lobo solitario –mencionó Eli.

Francesco jugaba con dos piedras en la mano del tamaño de unas canicas.

– ¿Qué vas a hacer? –preguntó. Se levantó y tiró las piedras hacia el lado contrario a donde estaban aparcados los vehículos.

– Mañana liquidaré la cuenta en el hotel y vendré para el hostel. He estado pensando que podría hospedarme en el parador pero no sé.

– Claro. Las chicas pijas no pueden dormir en un hostel de tres estrellas –bramó. Torrado permanecía silencioso.

– Solo era una idea pero ya está prácticamente descartada. Aquí conozco a más gente y allí estaría sola, en medio de aquel silencio doloroso –quiso aclarar–, y, para tu información, yo no soy pija –puntualizó.

– Pues el chonismo no te pega –lanzó una pequeña risotada.

– Ni que fueras un experto en moda y estética –objetó.

– Otra cosa. No sé si has visto la prensa. Sales muy favorecida en la fotografía –manifestó, haciendo una pequeña mueca con los labios.

– Gracias, pero seguro que no era eso lo que intentabas decirme.

– No, cierto. No quiero que hables con esa gente sin estar yo presente o alguien de la Policía o Guardia Civil, o, si llega el caso, delante de tu abogado –dijo, tajante y mirándola firmemente a los ojos.

– Pues he de decirte, sabidillo, que no he hablado en ningún momento con esa gente. Todo lo que pone en el artículo son meras conjeturas –aseguró con las manos en la espalda, un símbolo de confianza en sí misma.

– Entonces, ¿tú no hablaste con ellos? –insistió.

– Te lo acabo de decir. El otro día me encontré con varios en el embarcadero. Se acercaron a mí y empezaron a atosigarme con preguntas. Aunque lo tomes a broma, sé manejar esta gente y sus artimañas. Lo único que buscan con ese tipo de crónicas es incrementar las ventas. Nada más –formuló, muy segura de lo que decía.

– Lo dicho. Esta chica ha visto muchas pelis de malos –frunció el ceño, sonrió ligeramente y observó la reacción de Torrado.

– No es cierto, bueno sí. Me apasionan los thriller románticos, de aventuras, acción y suspense, pero esto no viene al caso. Te recuerdo que estudié psicología.

– Ah, sí. Es cierto. Has estudiado para leer la mente de las personas y saber si es malo o bueno –dijo, con cierto sarcasmo.

– Eres depravado e infame.

Fran subió a la moto y guiñó un ojo al agente.

– Lo dicho. Paga la cuenta en el hotel y vuelve para aquí. Mañana me pasaré para ver cómo te va y no te olvides de darme tu número de teléfono, no me gustaría tener que recordártelo más veces.

Ella asintió con indignación y vio cómo se iba. El motor rugió al acelerar y desprendió el típico olor a combustible quemado. El agente uniformado entró en el coche y arrancó.

Regresó al interior de la cafetería y se despidió. Quería llegar temprano al hotel para liquidar el importe hasta ese momento, recoger todas las cosas y llamar a su madre, que, seguro, iba a regañarla por no haber cumplido su palabra de llamar todos los días.

Antes de ir al hostel para dejar las maletas en la habitación, paró un momento en el pueblo. Le apetecía hablar con gente de su misma edad y, aparte de Ariel y Alicia, no conocía a nadie más con quien hacerlo. No le costó mucho trabajo localizar el local, dado que tenía un cartel publicitario bastante grande y llamativo. Abrió la puerta y se encontró con un tienda de consideradas dimensiones, llena hasta los topes de detalles para regalar, recuerdos, vinos, quesos y otros productos autóctonos. En el lado izquierdo estaban los artículos de regalo y, a la derecha, los de alimentación. Todo estaba muy limpio y ordenado. Alicia estaba colocando dos jarrones decorados con imágenes de la zona en el estante correspondiente, cuando la vio entrar.

- ¡Hola, cómo estás!
- Bien. He venido a hacerte una visita – manifestó la joven rubia.
- Eso me ha gustado –bajó de la escalera y se acercó a ella–. ¿Te apetece que salgamos a tomar un café al bar que está enfrente?
- Por mí genial.

Antes de salir del negocio, la chica de los ojos negros se lo comentó a sus padres, que en aquel momento se encontraban en el almacén.

Primero hablaron de todos los encantos que rodeaban el pueblo, de la gente que vivía en la zona y también del trabajo que desempeñaba Alicia, en el estudio de diseño. Eli había pensado que ella, al igual que Ariel, era delineante, pero no; era la encargada del departamento de administración de la empresa. La joven rubia quiso averiguar qué tipo de relación tenía con él, pues el día anterior había notado cierto nerviosismo en ambos al charlar. Alicia se cubrió el rostro. Se había ruborizado al pensar en la respuesta que quería darle, y no sabía si podía o debía hacerlo.

- Tranquila. No era mi intención molestarte –se disculpó. En aquel instante se sentía mal por haber soltado aquella pregunta que al parecer la incomodaba.
- No pasa nada. Solo que nunca he hablado de esto con nadie y me da un poco de reparo –aseguró. Sus ojos brillaban y no paraba de mover las manos sobre el mantel de papel y color azul marino.
- Parece un chico muy majo, bueno, toda la familia en sí. Conmigo se están portando de maravilla y, francamente, se lo agradezco en el alma. Jamás me imaginé que me iba a ocurrir semejante cosa aquí, estando de vacaciones. Parece una historia muy surrealista, sacada de una novela.
- Ya me ha contado Ariel lo que pasó ayer después de vernos. Has tenido que pasarlo fatal. ¡Para mearse por las bragas, nena!

Las dos rieron. Elisabeth decidió no insistir en cuanto a la relación con el chico. Acababan de conocerse y no había suficiente confianza como para que le contara algo tan privado, pero a ella le parecía que hacían muy buena pareja. La chica era de estatura media y muy guapa. Tenía el pelo negro y corto al estilo *pixie*. Los ojos eran muy oscuros, y sus labios carnosos.

– Voy a instalarme en el hostel de los padres de Ariel. El hotel me queda muy lejos y quiero estar cerca. Ojalá se termine esta pesadilla pronto y pueda largarme de aquí –opinó. Estaba enfadada, cabreada, molesta y rabiosa.

– Hablas como si te estuviesen tratando mal. Los gallegos tenemos fama de ser hospitalarios y solidarios. ¿Necesitas algo? Ropa, calzado, dinero o...

– No es por eso –la interrumpió–. He traído casi el armario completo –la tierna curva de sus labios dibujó una sonrisa–, y tengo tarjetas de crédito. El problema es que he venido para desconectar, relajarme y vivir nuevas experiencias, y lo que está sucediendo es propio de una peli de suspense y acción.

– Algo de razón tienes. Ha sido un cúmulo de casualidades –frunció el entrecejo–. Y dime una cosa. ¿No te preocupa salir a la calle tú sola sabiendo que ese tipo sabe de ti?

Eli permaneció en silencio unos segundos. Alicia estaba en lo cierto. Ese individuo se había quedado con su cara y, en cualquier momento o lugar, podría acabar con ella o intentar callarle la boca. Sintió escalofríos por todo el cuerpo pero intentó sacarle hierro al asunto.

– Si lo que ese gilipollas pretende es atemorizarme para que me vaya y enmudezca, va de culo. He estudiado psicología y sé cómo actúa ese tipo de persona y su forma de pensar. Conmigo no le va a resultar porque no me amilano tan fácilmente –llamó al camarero para que le acercase un botellín de agua. Lo que acababa de exponer no era del todo cierto. La verdad es que sí había sentido cierto pánico al ver el chico en el mercadillo, al sentir que cada vez estaba más cerca y no saber qué iba a ocurrir, si ponerse a correr, gritar, agacharse o incluso defenderse en el caso de que a él se le ocurriese atacarla. Cuando estaba haciendo la carrera había asistido a clases de defensa personal exclusivamente para mujeres.

– Me alegro de que lo tomes así. Si te soy sincera, yo estaría cagada –dijo, riéndose de su propio comentario.

Se levantaron y, tras pagar los cafés y el agua, salieron al exterior, notando una diferencia de temperatura abismal.

– El martes son las fiestas del pueblo. Suele concentrarse bastante gente que viene de los pueblos limítrofes y mucha otra que está de vacaciones en la zona. Si te apetece puedes acercarte y tomamos algo por aquí. Me gustaría que te llevases buenos recuerdos de esta tierra y especialmente de la gente que aquí vivimos.

– Sí, claro. Me encantaría venir –dijo, complacida por la invitación.

– Perfecto.

Se dieron dos besos después de intercambiarse los números de teléfono. Alicia regresó al negocio familiar y Elisabeth al coche, dirección el hostel. Al llegar allí, Carmela le tenía preparada la mejor habitación del hostel, con vistas hacia el río. Sacó toda la ropa de las maletas y la colocó en el ropero, de roble americano, y en los cajones de las mesillas. Después bajó a la cafetería para averiguar si estaba por allí Ariel. La propietaria del negocio le dijo que era un mal día para él pues en esa misma fecha habían enterrado a Lucía. Se imaginaba que estaría en el cementerio, dejando flores frescas en su tumba.

- ¿Podrías indicarme como puedo hacer para llegar allí?
- ¡Ay, miña nena! –exclamó, con congoja–. Seguro que tus intenciones son buenas pero será mejor que no te acerques allí.
- Carmela, por favor. Sé perfectamente lo que hago. Indícame por donde tengo que ir para llegar allí lo más rápido posible. Quiero ayudarlo.

La mujer, con la voz compungida, le explicó la ruta que debía seguir para llegar al camposanto. Estaba segura de que era una idea malísima pues conocía demasiado bien a su hijo. Él quería estar allí a solas, llorar por ella en silencio, en soledad. El año anterior había querido acompañarlo pero se lo impidió, aclarándole que si se acercaba para compadecerse de él, no le vería más el pelo. Nunca había asistido a una misa ni a un funeral. No había vuelto a pisar el suelo de una iglesia desde su muerte. Era la manera que tenía de vivir su fallecimiento, su falta. Culpaba a todo lo relacionado con la iglesia, por haber permitido que el bien máspreciado y amado que tenía, se alejara de él para siempre.

Pese a todos esos argumentos, Eli seguía empeñada en ir hasta allí.

Entró en el coche y arrancó. Tardó solo siete minutos en llegar a aquel lugar, apartado del pueblo. Mientras caminaba a pie hasta la puerta principal del cementerio, el único sonido que la acompañaba era el crujir de sus pasos sobre el suelo de gravilla. El portal, de hierro fundido, estaba cerrado. Colocó las dos manos en el pomo y empujó. Era muy pesado y le costó que se abriera. En aquel instante le vino a la mente la pesadilla que había tenido días atrás.

Pese al calor que hacía a aquellas horas de la mañana, sintió espasmos por todo el cuerpo. Con independencia de todos sus estudios y preparación, para ayudar a las personas que en algún momento de su vida perdían un ser querido, no le gustaban esos sitios. Le transmitían frío, pena y sobriedad. Claro que eso no sucedía en todas las partes del mundo. En algunos lugares, las palabras, muerte o sepultura, eran consideradas como etapas de la vida que todos debían pasar y afrontar, e incluso en algunos sitios, pintaban los nichos de colores para que no fueran zonas tristes, o los construían en emplazamientos con preciosas vistas hacia el mar, río o valle.

Después de varios minutos buscándolo, al fin lo vio, sentado sobre el bordillo de la acera que estaba, supuso, frente a la sepultura de Lucía. Tenía la cabeza gacha, y los largos brazos abrazaban sus piernas. Desde allí observó que había al menos tres ramos de flores. Dos sobre el nicho y otro en el suelo, delante del mismo. Todos con las mismas flores; lirios o azucenas blancas de olor agradable. Estuvo largo rato observándolo. No había cambiado de postura, no había movido una sola extremidad. Decidió acercarse sigilosamente. No quería sorprenderlo en el último instante por lo que hizo que las sandalias crujieran en el suelo pavimentado. Ariel alzó la cabeza y la miró. Su rostro estaba serio, demasiado. Supo que sentía mucho dolor en el corazón, pese a los dos años que habían pasado.

- ¿Qué haces aquí? –susurró.
- Solo he venido a acompañarte.
- ¡Lárgate ahora mismo! –se levantó y fue hacia ella. Con la mano derecha indicaba la salida–, fuera.

– Tranquilízate, Ariel. Entiendo que es un día de recuerdos pero creo que no debes enfrentarlo tú solo.

– Tú no sabes nada y no tienes ningún derecho a opinar y estar aquí –sus ojos estaban muy encolerizados–. No necesito tus palabras ni tu compañía. Nadie debe estar en este lugar excepto yo. ¡Vete, por favor! –eso último lo dijo estando bastante alterado y con un destello de rabia.

– Permíteme acompañarte en el dolor. No hay respuesta que pueda reparar tu dolorosa ausencia pero te diré que no es malo compartir ese sentimiento; todo lo contrario. Sé que nos conocemos desde hace unos días pero me caes bien y me gustaría que salieses de ese bucle.

– ¡No tienes ningún derecho a estar aquí ni a hablar de este tema! –pasó las manos por el pelo varias veces. Se notaba que estaba nervioso y algo confundido. Una vez más señaló la entrada con la mano.

– Está bien, me voy. No era mi intención molestarte. Solo pretendía ser de ayuda en ese camino emocional ya que tú, también lo has sido para mí durante estos días –se dio la vuelta y caminó hacia el portal de color marrón. En aquel punto echó la vista hacia atrás. Ariel estaba otra vez sentado pero con las manos tras la cabeza. Con su presencia allí lo había desconcertado. Toda la familia hacia lo que él exigía por miedo a perderlo, pero Eli se había enfrentado a él y no se había callado. Una terapia de choque que, en la mayoría de los casos, resultaba efectiva. Esperaba que en el proceso del joven gallego, también fuese así porque había visto que realmente lo necesitaba. Vivir anclado en el pasado no trae más que problemas.

Se alejó de allí y entró en el coche. Puso el aire acondicionado y respiró con profundidad. No había conseguido convencerlo, pese a ser una persona con gran capacidad para persuadir a las personas. No se sentía dolida por las palabras que le había dicho sino fracasada. Carmela había estado en lo cierto. Su hijo no quería desprenderse del pasado y tampoco deseaba compartir con nadie su dolor, sufrimiento ni desdicha. Cogió el móvil y llamó a su madre. A pesar de haber prometido llamar todos los días, llevaba varios sin hacerlo. Esperaba escuchar el sermón de siempre: “*a nadie le importo*” “*pasas de mí*” “*si estuvieses en mi lugar...*”

Después del almuerzo, en la cafetería del hostel, salió a la terraza para tomar el café bajo la sombra de un hermoso nogal. A su lado había varias parejas con dos bebés de pocos meses. Entre risas intercambiaban confesiones y charlaban sobre las noches que pasaban despiertas, el coste que conllevaba tener un hijo o la alegría que suponía ampliar la familia. Dos mesas más a su derecha varios hombres jugaban a las cartas, y a su izquierda, se escuchaban los gritos de unos cuantos adolescentes jugando al billar y otros al fútbolín. ¿Era así como pasaban la tarde del domingo allí?

Cogió el vehículo para acercarse al pueblo. Ariel no había ido a comer. Estaba un poco preocupada por él y le apenaba que no se dejara ayudar. Por el camino encontró un mirador en el que había varios coches parados. Estacionó en una pequeña zona habilitada para ello y se aproximó hasta la galería, cuya barandilla estaba construida con pequeñas piedras cimentadas. Las vistas desde allí eran extraordinarias, sublimes.

Se sentó en un banco. Ni una sola nube, y el sol brillaba acariciando el río con mimo, que serpenteaba como una serpiente. Desde allí observó las distintas tonalidades en el paisaje y también los viñedos encaramados en las paredes rocosas. Si a esas horas era impresionante, el atardecer debía ser espectacular. Como no tenía nada más importante que hacer, cogió un libro que tenía en el coche y se sentó a leer hasta que el sol dejara paso a la oscuridad.

Mientras estuvo allí, se acercaron más de veinte personas para contemplar la magnífica estampa que ofrecía el mirador, pero a partir de las nueve se quedó sola. Momento ideal para reflexionar sobre su vida y lo que haría al regresar a Madrid. Faltaban tres semanas para volver a la rutina, a la vida que había elegido.

Un coche de color claro pasó a una velocidad desproporcionada, teniendo en cuenta el tipo de carreteras que había por allí. Se giró y vio que había frenado y, tras unos segundos, dio marcha atrás y aparcó al lado del suyo. Eli se puso un poco nerviosa. Francesco le había dejado claro que no debía estar sola, pero, como siempre, había hecho lo que le vino en gana.

Abrió el libro por la mitad para disimular que estaba concentrada en la lectura, pero no fue capaz de ocultar la necesidad de saber quién se acercaba a ella con pasos perezosos. Con disimulo giró levemente la cabeza y, afortunadamente comprobó que se trataba de Ariel. Traía las manos en los bolsillos, la cabeza ligeramente inclinada hacia el suelo y el rostro mohíno. La rubia cerró el libro y se quedó mirando la puesta de sol.

– ¿Puedo acompañarte? –preguntó. La chica se arrimó a una esquina para hacerle sitio. Curiosamente, horas antes, la intención de ella había sido esa misma. Acompañarlo.

Pasaron varios minutos hasta que Ariel volvió a hablar.

– Oye, siento lo de esta tarde. Sé que tus intenciones eran buenas pero todavía no estoy preparado para compartir con alguien mis sentimientos. Ni siquiera permito que mi familia o la de Lucía, vengan al cementerio en el día de hoy. Sé que lo hacen por la noche para no encontrarse conmigo –suspiró. Para él era muy difícil decir aquellas palabras–. He sido muy grosero contigo y te pido disculpas. No acostumbro a tratar a la gente así.

– No te preocupes. Lo cierto es que soy una desconocida para ti y tú no tienes por qué contarme tu vida si no lo deseas –aclaró. Por el tono de voz de Ariel, supo que le estaba costando, sangre, sudor y lágrimas, decir todo aquello.

– De verdad que no soy así. Me has cogido en un momento de debilidad. No me gusta compartir el dolor y tampoco soy de los que muestran sus sentimientos a la ligera –se sentía mal y necesitaba que lo creyera. Ojalá pudiera desdecir lo dicho.

– Me imagino que lo habrás pasado muy mal. No solo en los aniversarios sino cuando os dejó.

– Con ella se fue todo. Mis ilusiones, mi vida, mis fantasías, mi amor y mi fe.

– ¿Sigues enfadado con Dios?

– ¿Dios? –dijo, con cierta ironía–. Si realmente existiese algo no permitiría que se fuese de esa manera –se quedó mudo y cubrió los labios con una mano–. Joder. Era muy joven, con toda una vida por delante y muchos sueños por cumplir. ¿Acaso no hay personas mayores que están sufriendo y otras con enfermedades terminales? –su alma estaba dolida–. ¿Dónde estaba Dios cuando le supliqué que la sanara?

– Comprendo que la pérdida de Lucía te haya hecho dudar. Es normal que, cuando se va alguien que amábamos, nuestras creencias se vean en jaque. No soy la persona indicada para darte una charla sobre religión o fe porque realmente no soy practicante. Mis padres, en especial mi madre, siempre me hablaron de que existe un Dios que nos protege y nos observa desde lo más alto. Pero yo, jamás lo he sentido ni visto. Lo único que puedo decirte es que las cosas pasan por algo. Es cierto que en aquel momento dolió. Es una espina que siempre tendrás clavada en el corazón pero tienes que verlo con positivismo. Piensa que a lo mejor para ella e incluso para ti y para las dos familias, fue algo bueno. Imagínate que, a raíz de la enfermedad, se queda postrada para el resto de su vida en una cama. Eso no sería vivir –intentó convencerlo con ese ejemplo.

– Pero eso nunca se sabrá. También podría darse el caso de que se salvara y ahora seríamos felices –contradijo.

– Cierto, pero no sucedió. Cuando estaba haciendo la carrera de psicología tuve un profesor cuya actitud ante la vida era siempre realista y positiva, y eso nos lo inculcó en los años que pasamos juntos. Aprendí mucho de él, muchísimo. En la vida te vas a encontrar con gente positiva y gente muy negativa, que no solo lo ve todo negro sino que intenta contagiarte con sus pensamientos dañinos. Todos sabemos que el pasado no se puede cambiar y el presente es lo que vivimos, lo que somos –se hizo un silencio extraño. Necesitaba que Ariel entendiera su mensaje–. Esta no es una lección de moralidad y, seguramente, yo tampoco soy la persona más indicada para dar ejemplaridad porque mi vida es bastante simple, pero, si aceptas un consejo, te diría que eches un vistazo a tu alrededor y vivas las cosas buenas que te envuelven, que seguro son muchas y muy buenas –acabó diciendo.

– No existe nada que me motive, nada que me arranque una sonrisa sin ser forzada, nada por lo que me levante por las mañanas y diga “gracias por la vida”. Teníamos muchos planes a los cuales sin ella, no les veo sentido.

– Bueno, eso no es así. Tienes a tu familia, tienes un trabajo, seguro que tienes a mucha gente que se preocupa por ti, como compañeros, amigos. Que mires hacia adelante no significa que vayas a olvidar a la persona fallecida pues una parte de ti siempre permanecerá conectada a Lucía. También me comentaron que colaboras con Caritas –objetó.

– Todo eso lo hago para estar distraído y no pensar en ella –suspiró ante esos recuerdos dolorosos.

– Vale, pero entonces piensa que, ese tiempo que dedicas a ayudar a personas con dificultades, sean del tipo que sean, no solo te está ayudando a ti sino que haces un bien por los demás. Eso es para sentirse orgulloso –argumentó y siguió hablando–.

Yo colaboro económicamente con varias ONG y eso me hace sentir bien porque sé que mi dinero va a ayudar a alguien que seguro lo necesita muchísimo más que yo.

– Reconozco que me gusta echar una mano. Allí te encuentras con personas de distintos países, idiomas e incluso religiones. Gente que no tiene trabajo, inmigrantes sin ningún tipo de recurso, familias desahuciadas o mujeres víctimas de violencia de género.

– Es una labor muy bonita.

– Sí. Hay momentos en los que es gratificante ver que ayudas a quien lo necesita pero otras veces, sientes mucha impotencia porque no puedes hacer más. Es imprescindible ponerse en la piel de esas personas. Piensa que a nadie le gusta pedir limosna, ni que todo el pueblo se entere de que no tiene dinero para alimentar a su familia porque no conserva el trabajo o lo perdió todo. Muchos se sienten humillados y les da vergüenza pedir ayuda –explicó con pesar.

– Es cierto que no podemos ayudar a todo el mundo porque es imposible. No hay recursos suficientes y, a veces, tampoco hay la intención de hacerlo. Me refiero a los políticos que tenemos. Es entonces cuando debes centrarte en los que tienes más cerca, esos que agradecen toda la ayuda que le ofreces porque lo sientes en su mirada, en cada palabra que te regalan. Recuerdo que mi abuela siempre decía: “*es de bien nacido, ser agradecido*” –hablar de su abuela hacía que sonriera de manera muy dulce.

– Palabras muy sabias las de tu abuela –Eli lo ratificó con la cabeza–. ¿Olvidarás lo sucedido en el cementerio? –preguntó, cambiando rotundamente de tema.

– Déjame que lo piense...De acuerdo, pero con una condición.

– ¿Cuál? –preguntó, intrigado.

– Que vayas a la fiesta que hay en el pueblo el martes. Tu compañera de trabajo me lo comentó y pienso ir.

– Normal. Estás de vacaciones –confirmó.

– ¡Anda, tú también!, y no acepto un no como respuesta.

12

El día de las fiestas patronales llegó. El hostel estaba hasta los topes de turistas, al igual que las calles del pueblo. Era el día para estrenar ropa, ir a la peluquería, comer en los restaurantes de la zona y olvidarse de los horarios. Qué diferente era cruzarse con gente, un día de semana, y hacerlo durante las fiestas. Sus rostros cambiaban por completo; todos parecían felices.

Tras desayunar en la cafetería del hostel, contactó con Alicia para acordar un lugar en el pueblo donde encontrarse. Ariel le había dicho que por la mañana lo iba a tener crudo dado que debía ayudar a sus padres en el negocio. Al final la chica tampoco podía por la mañana por la misma razón que Ariel. Debía trabajar en la tienda hasta el mediodía.

¿Y ahora qué?, se preguntó. Se había puesto un vestido corto con falda acampanada de rayas horizontales, blancas y rosas, y tirantes con lazos.

– Pues nada. Iré yo sola, ¡por mis ovarios que voy! –susurró delante del espejo.

Los zapatos eran bajos, de color blanco, al igual que el bolso, y los pendientes eran dos bolas rosas que destacaban del cabello semi-recogido en un moño alto.

El pueblo había sufrido una bajada considerable en la población en los últimos años. En el año 1900, contaba con más de siete mil habitantes, frente a los dos mil quinientos que había en la actualidad, salvo cuando llegaban las fiestas patronales, que se multiplicaba por tres.

Al llegar al centro, se encontró mucha animación callejera y los típicos puestos que hay en las fiestas donde se vende churros, patatas fritas, hamburguesas y perritos calientes, bocadillos, garrapiñadas y algodón de azúcar. Los niños derrochaban emoción y alborozo al ver la cantidad de actividades de ocio que había para ellos. Títeres, zancudos, gigantes y cabezudos, una pequeña noria, dos pistas de coches, colchonetas con tobogán y castillos hinchables para saltar, un toro mecánico y también payasos y puestos para pintar las caras de los más pequeños. Otra zona del pueblo fue habilitada con casetas de madera para distintos puestos de artesanía y otros tantos de gastronomía.

Tras deambular por esas calles atestadas de personas felices y distraídas, con ganas de pasarlo bien, entró en la tienda de los padres de su nueva amiga. Quería comprar un regalo para su madre que no ocupase mucho en la maleta. El establecimiento, al ser el único que vendía objetos de regalo, estaba rebosante de personas ojeando todos los artículos y también los productos típicos gallegos. A Eli le llamó especialmente la atención una pequeña figura en cristal transparente y en cuyo interior estaba el cañón del Sil. Alicia lo envolvió con plástico de burbujas y lo guardó en una caja de cartón.

– Mañana es la fiesta medieval.

– Suena a retroceder en el tiempo –opinó, sacando la cartera para pagar lo que había cogido.

– Está muy bien. La gente se atavía al más puro estilo del medievo. Hay actuaciones de grupos de gaitas así como puestos de comida y bebida, danzas y juegos antiguos –dictó con orgullo.

– No tengo nada apropiado para la ocasión.

– No te preocupes, que aquí tenemos solución para todo –le indicó que la siguiera y entraron en la parte trasera del local–. En este armario hay guardados los vestidos que utilizó mi madre cuando tenía nuestra edad. Echa un vistazo a ver si te gusta alguno –la observó con detalle–, creo que las dos usamos la misma talla y, si me han servido a mí, también te servirán a ti. Piénsalo.

– Sí, está bien. Echaré un ojo.

Alicia regresó a la tienda. Elisabeth comenzó a quitar vestidos del ropero. Los había oscuros, más claros, de colores vivos pero ella se decantó por uno de color blanco. Era el típico vestido que usaban las mucamas medievales, de manga ancha, un cinturón plateado en la cintura y corona. Entró en el baño para probarlo y comprobó que se adaptaba sin problema a su cuerpo.

– ¡Te sienta genial! –dijo Alicia desde la puerta–, pero te falta un detalle.

– ¿Cuál?

La chica localizó con la vista un arcón antiguo de madera que estaba a pocos metros del armario. Lo abrió y de allí sacó varias pelucas. Ambas sonrieron y eligieron una de melena larga, ondulada y rubia.

– Tengo que seguir en la tienda porque mis padres no dan hecho. ¿Nos vemos por la tarde?

– Claro. Después de comer bajo. ¿Quedamos en la fuente del centro?

– Perfecto.

Eli abandonó la tienda y se adentró nuevamente en aquel traqueteo de personas.

– Estás en todas partes –pronunció tras ella una voz masculina.

Se giró y comprobó que era Fran.

– Lo mismo digo de ti. Parece que has salido de la cueva y entrado en la civilización.

– ¿Recuerdas que te dije que no podías salir sola a la calle? –vaciló, removiéndole su cabellera con la mano derecha.

– Lo recuerdo perfectamente –admitió.

– Entonces, ¿qué haces aquí?

– Pues lo mismo que tú, sabihondo. Pasear, ver y comprar cosas...–contestó con audacia.

– No intentes zafarte de la pregunta que ese juego no va conmigo. Estás sola y, por lo que veo, no eres consciente de los peligros que corres.

– En primer lugar no estoy sola. ¿Me ves sola? No. Estoy rodeada de personas y, en segundo lugar, sí soy consciente de lo que puede pasar, pero, ya te digo una cosa y que te quede muy clara a ti y a todo este pueblo. No voy a encerrarme en una

habitación porque un descerebrado se pasea a sus anchas por aquí, ni tampoco voy a permitir que me amedrente. ¿Lo entiendes? –recitó sin tomar aliento.

– Eres una cabezota, testaruda y borrica –masculló a regañadientes.

– Y tú no eres nadie para decirme lo que debo hacer. Sé enfrentarme a los problemas sola –se mordió el labio inferior y cogió las bolsas que había depositado en el suelo. Comenzó a caminar en sentido contrario a él pero regresó, unos segundos después–. Y, para tu información, mañana también vendré –acabó gritando.

A Francesco le encantaría darle unos buenos azotes en el trasero, como los que le habían dado muchas veces sus abuelos a él, cada vez que se pasaba de impertinente.

Al regresar al hostel, comprobó que la cafetería estaba hasta arriba de gente. En la barra se encontraba el propietario, su esposa se encargaba de la cocina y Ariel atendía las mesas. La terraza también estaba ocupada en su totalidad y, parte de las mesas, estaban sin atender. Eli de inmediato se dio cuenta que no daban a basto y decidió tomar cartas en el asunto. Sería la primera vez atendería a clientes de esa manera pero sabía que podía hacerlo. Entró en la cocina y pidió un delantal, se lo puso y fue hasta la barra para coger un paño, una bandeja, un bolígrafo y algo dónde anotar. Los propietarios estaban estupefactos pero no pusieron impedimentos porque estaban hasta el gorro y debían cumplir con sus clientes. Eli, con una amplia sonrisa, salió al exterior y se aproximó a las mesas que estaban desatendidas. Primero pasó el paño y después anotó la comanda. Al entrar, chocó con Ariel, que se dirigía, al igual que ella, a la barra para pedir.

– ¿También entiendes de hostelería? – preguntó, muy sonriente.

– Es mi primera vez –dijo, con voz coqueta.

– Muy bien. Después ya me contarás como lo haces.

Siguieron con su trabajo hasta que el local empezó a quedar vacío. Todos respiraron profundamente al comprobar que había ido bien, y que los clientes parecía que se habían ido satisfechos. Ellos siempre lo decían: un cliente satisfecho trae nuevos clientes.

– De acuerdo, tropa. Creo que, tras este sprint, nos merecemos un buen almuerzo –dijo la cocinera, que miraba el reloj extrañada–, ¡pero si son más de las cinco!

La joven rubia se había sentaba en un taburete frente a la barra.

– Jamás pensé que este trabajo agotase tanto –comentó, pasando ambas manos por la cara.

– ¡Ay mi nena, cuánto lo siento! –susurró la mujer–. Habías venido para disfrutar y mira...–secó las gotas de sudor que corrían por su frente–. Estabas tan mona con ese vestido.

– Muchas gracias por echarnos una mano. La verdad es que este año hemos superado las previsiones con creces –manifestó Ariel–. Sin ti esto habría sido una locura y parte de la clientela se habría ido.

– No ha sido nada. Yo también tengo mucho que agradeceros y, en cuanto al vestido, tengo unos cuantos más en la habitación y tropecientos en el ático donde vivo. Solo es una prenda de vestir.

– ¡Venga, venga! Todo el mundo a la mesa que bien merecida tenemos la comida –una enorme fuente ovalada llena de quesos, chorizos y jamones ibéricos apareció por la puerta–, y esto solo es el comienzo. En el horno tengo un cochinito asado que os vais a chupar los dedos.

Sobre las seis y media, Eli subió a su habitación para tumbarse un poco. Después se metería en la bañera y escucharía música. Tenía los pies molidos.

A las nueve bajó para ver si había el mismo ajetreo que al mediodía pero no era así. Casi todas las mesas estaban llenas pero los clientes solo consumían refrescos y algún que otro bocadillo. Nada que la familia no pudiese controlar.

Ella se sentó frente a la barra y pidió un sándwich especial y un refresco sin gas.

– Tienes que decirme cuánto te debo por el almuerzo. Has de disculparme porque antes me fui sin pagar –pidió la joven rubia. Sebastián la miró y adoptó una mueca graciosa en su rostro.

– ¡Dice la muchacha que le cobre la comida de hoy! –habló hacia la cocina.

– Dile a esa madrileña que esta familia no es interesada y que sabemos apreciar a las personas de buen corazón. Eso sí. Cuando vayamos a su tierra nos tendrá que invitar a un buen cocido madrileño.

– Eso está hecho –echó un vistazo hacia la cocina– y lo digo muy en serio. Me encantaría llevaros a un sitio donde preparan el mejor cocido.

Carmela le guiñó un ojo y siguió a lo suyo.

– He quedado con Alicia y varios amigos más en el pueblo para tomar unas copas. Me encantaría que nos acompañases –comentó José.

– Será todo un placer disfrutar de vuestra compañía esta noche. Además, necesito algo de diversión y conversar con gente joven –la observó con detenimiento. Se le notaba que estaba cansada.

– Pues vamos a ir al sitio idóneo. Para mí será la primera noche que salga de marcha después de lo sucedido. Reconozco que estoy algo nervioso –confesó.

– Eso es normal. Te sentirás algo incómodo los primeros instantes, hay incluso gente que tiene que irse porque se siente culpable de estar allí sin “*ese ser amado*”; personas que todavía no han superado la fase de duelo y aceptación. Conciénciate de que estás haciendo lo correcto y que, con ello, no haces daño a nadie. Piensa que ella querría verte feliz y no enfrascado en el dolor.

– Lo sé y voy a procurar divertirme –sonrió y chocó sus nudillos con los de la madrileña–. Subo a cambiarme y nos vemos de nuevo aquí, ¿te parece?

– Me parece fenomenal –respondió con voz plácida.

Ariel salió de la cafetería hacia su casa y Eli subió a la zona donde estaban las habitaciones. Por la tarde se había dado un gratificante baño por lo que solo debía cambiar el vestuario. En el armario encontró el vestido ideal, de color negro corto, en forma de *evasé* con juego de transparencias, escote redondeado y sin mangas. Detalle

de tejido semi transparente en el escote, canesú, cintura y bajo. Del cuello colgó un precioso colgante plateado y calzó los únicos zapatos de tacón que había llevado. Con un cluth a juego en la mano bajó para encontrarse con el chico.

– ¡Vaya, qué chico más guapo! –halagó a Ariel. Sabía que un comentario así reforzaría su autoestima.

– Muchas gracias, señorita. ¿Nos vamos?

Salieron de la cafetería y cogieron el coche de él. Al llegar al local, los esperaba su amiga y cuatro jóvenes más. El ambiente era muy agradable, intercalando música de varios estilos y en un tono que para nada molestaba a la hora de mantener una conversación. Eli estuvo muy pendiente de Ariel, por si en algún instante no se encontraba a gusto, pero no fue así.

La noche transcurrió con normalidad. Todos disfrutaron de la compañía aunque la madrileña tenía la sensación de sentirse vigilada. Notaba unos ojos clavados a su espalda que en todo momento controlaban sus movimientos. Varias veces se había girado aunque nunca vio nada fuera de lo normal, al fin y al cabo, todos los presentes eran unos extraños para ella. También comprobó, por segunda vez, la complicidad entre Alicia y Ariel. Era evidente que se gustaban. Si dependiese solo de la morena, lo abrazaría y declararía su amor, pero no quería forzarlo. Respetaría su dolor y le daría el espacio que necesitaba y el tiempo. No tenía prisa porque, lo que sentía por él, era mucho más fuerte y real que cualquier otro deseo.

13

Amaneció una mañana radiante. Un sol limpio brillaba, anunciando un gran día.

Eli rescató el vestido que le prestó Alicia. Ante el espejo se veía favorecida. Tenía curiosidad por averiguar cuáles serían las indumentarias de sus amigos. Al bajar al bar comprobó que el local estaba cerrado aunque había una zona habilitada para los clientes del hostel. Sebastián estaba sirviendo el desayuno. Al poco rato llegó Ariel. Vestía un traje medieval de monje en lino y color marrón, que incluía túnica y capelina con capucha.

- Mejor no digas nada –dictó tan pronto la vio con los ojos muy abiertos.
- ¿Ha pasado algo?
- ¿Qué sí ha pasado? He probado seis trajes y todos me quedaban enormes y opté por este, que, aunque es flojo, no se nota mi delgadez –anunció. Desde la muerte de su novia, había perdido más de quince kilos.
- ¿Lo decías por eso? Ni me había fijado –aclaró.
- Entonces, ¿a qué venían esos ojos de caperucita asustada?
- ¿Te refieres a estos? –abrió los ojos graciosamente aunque no lo hizo de la misma forma que antes.
- Esos no. Los habías abierto mucho más, como cuando viste el tipo aquel en el mercadillo –explicó.
- Te equivocas. Aquel día sí estaba algo asustada, solo algo, pero hace un rato, al verte con ese traje, me acordé de los monjes que vivían hace siglos en estos monasterios. Siento decirlo pero tenía que ser una vida muy aburrida, ¿no te parece?
- Eran otros tiempos y cada uno busca la paz a su manera –opinó-. ¿Nos vamos?

Ella asintió y salieron hacia el pueblo. Habían quedado con Alicia delante de la tienda de sus padres. Al verse, no pudieron aguantar las ganas de reír. La chica vestía un vestido largo de color amarillo, con unas mangas muy amplias al puro estilo Brial Urraca, y la peluca la llevaba recogida en una trenza lateral. Al igual que ellos tres, la mayoría de las personas que divagaban por las calles llevaban ropas de la época medieval. Unos caracterizados de soldados, pescadores, campesinos, monjes, damas; otros de músicos, juglares, guerreros, templarios, cortesanas... Aquello era un hervidero de gente. Además de los habitantes de allí y de los pueblos limítrofes, había muchos turistas ingleses, alemanes e italianos, que acudían todos los años a la fiesta para disfrutar de las exhibiciones de malabaristas, acróbatas y artesanos. Estos últimos disponían de ocho puestos para exponer sus oficios: cristal, madera, cuero, papel, flores, alfarería, barro, etc. Había muy buen rollo entre la multitud.

Al mediodía pararon en un puesto que ofrecía bocadillos calientes y fríos. Era el único que tenía “*porco o espeto*”. Se trataba de un cerdo limpio que, atravesado por un espetón o vara larga, se cocina entero sobre brasas y a fuego muy lento. Lo normal era que estuviese asándose sobre diez horas antes de ser servido y, para dar sabor a la carne, suele marinarse con alguna salsa salada. Allí la gente comía de pie, charlando y brindando con vinos y aguardientes caseros.

- ¿Sabéis si por aquí hay servicios públicos? –preguntó Eli.
- Sí. ¿Ves aquel puesto de churros? –la chica asintió–. Pues en el bajo que está justo detrás están los baños. ¿Quieres que te acompañe?
- No, tranquila. Hasta ahí sé llegar sola –susurró. Quería dejarlos a solas.

La construcción tenía dos puertas. La de la derecha era el baño de mujeres, y el de la izquierda el de los varones. Tuvo que esperar a que entrasen las dos personas que había delante. Al salir, se acercó al lavabo para lavarse las manos ya que las tenía manchadas de grasa. Alzó la mirada hacia el espejo y, entonces, vio a una persona que la estaba observando desde la puerta de entrada. Iba con un traje de caballero templario y un casco medieval de color gris envejecido con detalles de bronce y visera en la cabeza. Al principio pensó que el individuo se había equivocado de puerta pero después supo que estaba allí por ella.

- Deberías regresar a tu tierra –dijo la persona. Por el tono de voz supo que era joven.
- ¿Quién eres? –curioseó envalentonada. Antes de que hablase llegó a pensar que podría tratarse de Fran.
- Alguien a quién no te gustaría conocer –calló unos segundos. Tiempo que Eli aprovechó para tragar saliva y dar dos pasos hacia atrás–. En esta tierra no eres bienvenida.

El individuo dio varios pasos hacia ella y levantó la espada que llevaba en la mano, deteniéndola a la altura del pecho.

- No me gustaría tener que usar una como esta en ese precioso cuerpo –su voz era tétrica.

Elisabeth se estremeció. Tenía el culo pegado al lavabo y, aunque quisiera, no podía huir más del desconocido.

- Y, antes de irme, otra cosa. Ojo con lo que le cuentas a la pasma. Además de rebanarte a ti como el puerco que está colgando ahí fuera, también podemos acabar con tu familia. Recuérdalo siempre –caminó hacia la puerta sin darse la vuelta, mirándole a los ojos malévolamente.

Su corazón palpitaba de manera abrupta. Una vez más quería gritar pero su voz se había quebrado. Inmersa en un limbo de desconcierto, consiguió deducir que ese personaje no podía ser otro que el del río.

Una vez desapareció de su campo de visión, se llevó las manos a la cabeza. Tediosa realidad la que la abordaba. Hasta entonces pensaba que podía controlar la situación pero en ese instante supo que Fran estaba en lo cierto. Ese hombre parecía enfadado y capaz de cumplir su palabra. ¿Qué le había hecho para odiarla tanto? Tenía que regresar a Madrid de inmediato; aunque fuese sin su móvil.

Salió de allí con el rostro compungido y pálido.

- ¿Te encuentras bien? Tienes la cara de haber visto un fantasma –señaló Alicia. De inmediato se dio cuenta que no había sido un fantasma pero sí algo parecido.
- ¿Qué ha pasado ahí dentro? –quiso saber el chico.

Ella seguía sin poder hablar. Estaba bloqueada.

– Será mejor buscar un sitio donde nos podamos sentar. ¿Quieres que llamemos a alguien?

Eli negó con la cabeza. Lo único que quería, en aquel momento, era huir, aunque eso fuese de cobardes.

Se alejaron de la multitud y buscaron una zona más recogida, donde había un pequeño muro sobre el que se sentaron.

– ¿Has visto otra vez al individuo del río? –insistió Ariel.

Ella seguía con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre ambas manos.

– Se ve que está asustada. Voy a buscar una botella de agua –determinó la amiga.

En ese instante apareció Francesco. No iba con ropa de época. Solo unos vaqueros negros muy ceñidos y una camisa azul cielo de manga corta, dejando entrever su torso moreno y velludo. Desde primerísima hora de la mañana había estado siguiéndola, pero nunca pensó que el sospechoso entrase en los servicios al mismo tiempo que Eli y la abordase. Se acercó a ella y se agachó para ponerse a su altura.

– Estás muy fea así –fue lo primero que se le ocurrió.

La madrileña alzó la cabeza para cerciorarse de que era él. Ariel permanecía con el brazo sobre los hombros de su amiga.

– Necesito que me hables y me digas qué ha pasado en los aseos.

Al amigo le extrañó ese comentario. ¿Cómo sabía que había sucedido algo y precisamente en los baños?

– ¿Ha sido el mismo hombre que viste en el río y después en la feria? –insistió. Necesitaba más datos.

Elisabeth asintió con la cabeza, respiró profundamente, incorporó su cuerpo y abrió los ojos.

– Necesito mi móvil ya. Tengo que largarme de este pueblo para olvidarme de todo. Por más que lo intento, ese tipo me persigue. Parece como si me estuviese vigilando –expresó con agonía.

– Te lo advertí en varias ocasiones pero me ignoraste –aclaró Fran.

– Mira, no estoy para reproches ahora. ¿Con quién tengo que hablar para que me devuelvan mi teléfono?

– Tengo que hacer unas cuantas llamadas pero ya te digo, casi con total seguridad, que sigue en custodia de la Guardia Civil. En casos como este, pueden pasar meses, incluso años, hasta que esté todo más o menos esclarecido –puntualizó.

– Las cosas de palacio, van despacio –recitó Ariel.

– Intenta hacer un ejercicio de memoria. ¿Cómo iba vestido el tío ese?

Eli frotó las cuencas de los ojos. Un molesto dolor de cabeza la estaba agobiando. Reflexionó sobre lo que vivió en el aseo de mujeres. Le explicó, con el máximo

detalle posible, qué tipo de prendas llevaba puestas, el armazón de la cabeza, la espada y un detalle que a cualquier otra persona se le pasaría por alto: llevaba unas sandalias de piel de color marrón.

Alicia llegó en aquel instante con la botella de agua. Se la ofreció para que bebiera un trago.

– ¿Se puede saber dónde está la Policía? Mi amiga podría haber sido agredida por ese energúmeno. ¿Qué seguridad tenemos los ciudadanos que pagamos religiosamente los impuestos? –instó. Estaba molesta por todo lo que estaba viviendo su nueva amiga.

Fran la observó detenidamente pero no dijo nada. ¿Quién era él para responder a esa cuestión?

– Yo tengo otra pregunta –comentó el otro chico–. ¿Cómo nos has localizado tan rápido y justo en el momento en que Eli se enfrenta por segunda vez con ese personaje? No me dirás que no es coincidencia muy llamativa.

Odiaba que lo atosigaran a preguntas. Odiaba tener que explicarse. Odiaba las aglomeraciones. Odiaba verla asustada, odiaba ser su miedo.

– Digamos que casualmente pasaba por allí. Esto es una fiesta, ¡no!

Ariel sabía que no decía la verdad. Algo les ocultaba. Varias preguntas acudieron a su cabeza. ¿Quién era ese que decía llamarse Francesco? ¿Qué hacía en su pueblo? ¿Por qué aparecía siempre que Eli tenía problemas? ¿Tenía algo que ver con las fuerzas de seguridad?

14

– ¿Se puede saber qué hacías hablando con esa mujer? –interrogó Mateo. La recordaba por la fotografía que había salido en los medios de comunicación.

– Solo le aconsejé que regresase a su tierra. Tenerla por aquí me toca mucho los huevos –aseguró Eloy.

– Tío, te estás arriesgando mucho ¡Nos estamos exponiendo! Yo me largo –a diferencia de su amigo, Mateo llevaba una túnica medieval del Rey Eduardo III de color azul/granate, con seis leones bordados y ocho flores de lis.

– Quieto ahí –tiró de su brazo izquierdo–. De aquí no se va nadie. Hemos venido a pasarlo bien y tenemos enfrente a dos bombones que se derriten por pasar la noche con nosotros. Yo soy incapaz de decir que no, a una noche apoteósica, y tú creo que tampoco.

– No sé cuánto tiempo podré aguantar esto. No duermo pensando en el cuerpo de Luz. La veo en mis sueños gritando, intentando salir del agua –dijo, con voz emocionada. Levantó la visera de la celada que cubría su cabeza.

– No quiero ser borde pero, como intentes jugármela, te rompo las piernas. Los dos estamos en esto. No hay pruebas en nuestra contra. Nadie nos ha visto ni oído. La chica se ahogó. Punto final. ¿Estamos? –antes de acercarse nuevamente a las chicas que los acompañaban, esperó a que su amigo respondiese.

– Está bien, pero si la poli me pregunta... –el otro lo interrumpió.

– ¿Por qué coño te va a preguntar concretamente a ti? ¿Acaso eres gilipollas? –respondió, sobreponiendo su voz a la del otro.

– Eh, sin faltar.

– Pues deja de decir tonterías y no me cabrees. Empiezo a estar cansado de tus dudas y miedos. Pareces un niño de ocho años –había cerrado los puños con fuerza. Hablar con él lo ponía de mala hostia.

– Tengo la impresión de que sabes mucho del tema. Es como si ya lo hubieses vivido una y otra vez. ¿No te acojona estar aquí, rodeado de polis? Incluso podría haber familiares de Luz. Quién sabe si no nos están vigilando de lejos –puntualizó Mateo.

– Los que habéis nacido entre vacas solo conocéis ese mundillo. Otros hemos tenido que sobrevivir, sin poder elegir qué futuro deseábamos. El destino se ha encargado de poner piedras en el camino, de que las ilusiones se esfumasen –cabizbajo, jugaba con la espada mientras pensaba en su niñez y juventud–, pero eso no viene ahora al caso. Vamos a por unas cañas bien frías y después nos llevamos a las chicas al hotel.

– Mateo asintió aunque no estaba conforme. ¿En qué punto estaría la investigación? ¿Conseguirían alguna prueba que los pudiese incriminar? ¿Cómo estaría viviendo todo aquello la familia de la chica? ¿Qué pasaría con ellos si los llegasen a identificar? ¿Qué pensarían sus padres si supiesen lo que habían hecho con

la joven? Preguntas que lo carcomían, día tras día. Lo que habían hecho no estaba bien, nada bien. Se sentía una mala persona, un infame.

El teniente Hernández entró en la sala que habían habilitado para llevar el caso del cuerpo localizado en el río. En realidad eran dos salas. Una pequeña, destinada a zona de reuniones, y otra, algo más grande, donde tenían instalados todos los equipos informáticos y otros aparatos que habían llegado expresamente de Madrid, para investigar este caso.

Con el uniforme verde, se dirigió a la sala de juntas y pidió que acudieran todos los que estaban llevando el caso. Quería un informe minucioso. Ante él se sentaron cuatro personas, las cuales fueron relatando todo lo que sabían hasta la fecha.

– ¿Tenemos el primer informe de la autopsia?

Al ser encontrada fallecida en el río, donde las circunstancias de la muerte pudieran ser criminales, accidentales o suicidas, se había abierto una investigación judicial. El papel del médico forense era sumamente importante en esos casos. Primero hacía un examen externo del cuerpo y después revisaba los órganos internos, cráneo, tórax y abdomen.

– Chica de entre dieciocho y veinte años en posición decúbito prono. La causa de la muerte de la joven es ahogamiento húmedo ocasionado por la obstrucción de las vías respiratorias, boca y nariz, a causa del agua. El examen externo dice que ha sufrido pequeñas lesiones derivadas de cortes y pinchazos originados por la caída, algunas mordeduras de animales marinos, y distintas lesiones postmortem que se podrían haber producido por el arrastre del cuerpo sobre las irregularidades del fondo. Cutis anserina debido a la contracción de los músculos erectores del vello por la temperatura del agua –informó el de las gafas azules.

– ¿Consumo de alcohol, drogas? –preguntó.

– Altos índices de alcohol y marihuana –contestó otro de los presentes mientras repasaba los apuntes que tenía en una libreta.

– Seguro que le interesará saber que se ha encontrado restos de semen. Lo están analizando en el laboratorio de la Policía Judicial. Según el forense, no hay muestras de intencionalidad, más bien parece una muerte accidental –anunció el primero que había hablado.

– ¿Se ha inspeccionado en tierra? –intervino. Su rostro estaba reflexivo.

– Sí, señor, pero hasta el momento no hemos localizado nada revelador –contestó.

– Vuelvan a revisar. Tiene que haber algo, ¿o acaso la chica cayó del cielo? –acarició la barbilla–. ¿Sabemos quién es?

– Negativo. Han dicho que entre esta tarde y mañana lo tendremos. Le están practicando un identoestomatograma.

– ¿Dónde está Maceroni? –interrogó, echando un vistazo a la sala contigua.

– Todavía no se ha pasado por aquí –respondió el de los apuntes.

– ¿Cómo es posible que todavía no tengamos respuestas? –insistió. Se levantó y fue hacia la otra sala para indicar a una compañera que contactara con Francesco.

Regresó y se arrellanó de nuevo en la silla. Era un hombre alto y exageradamente delgado. Cinco minutos después apareció Fran.

– ¿Me buscaba?

– Sí. Lorenzo me ha puesto al corriente. Al parecer no tenemos nada. Como bien sabes, la prensa nos pisa los talones, la tenemos encima y tengo que rendir explicaciones. ¿Habéis averiguado si hay denuncias de alguna chica desaparecida por la zona?

– Estamos trabajando en ello –aclaró el de las gafas.

– Esa contestación no me vale. Yo tengo que dar respuestas y soluciones. ¿Quién es la víctima? ¿Estaba viva antes de entrar en el agua? ¿Hubo hipotermia y fue esa la causa del fallecimiento? ¿Cuánto tiempo llevaba sumergida? ¿Ha tenido algo que ver el alcohol y las drogas en la muerte?

– El informe asegura que no ha habido violencia –opinó Maceroni.

– ¿Espasmo cadavérico?

– Los dedos de la mano derecha estaban fuertemente flexionados, posiblemente haya intentado agarrarse a alguna rama donde se produjo la sumersión –interpretó Lorenzo.

– Y qué hay de la piel, el pelo o las uñas. Todos sabemos que al pasar algún tiempo bajo el agua, se produce el proceso llamado maceración cutánea –preguntó Hernández.

– No había uñas, ni en los pies ni en las manos. Palmas de las manos y plantas de los pies desprendidas por la acción del agua y había perdido casi todo el cabello –redactó el de la libreta.

– ¿Cuánto tiempo llevaba en el río?

– Se calcula que entre 8 y diez días aproximadamente. La temperatura del medio ha influenciado en la conservación del cadáver.

– Lo sé. En cuanto se recupera el cuerpo del agua, la putrefacción se acelera de manera considerable –explicó al teniente otro de los presentes.

– ¿Alguna lesión artefactual ocasionada en el momento de la recuperación del cuerpo?

– No, señor. Los buzos han efectuado un magnífico trabajo. Otra nota a destacar sería que hay restos de hemorragias intramusculares, localizadas en cuello y extremidades superiores, pero nada tiene que ver con estrangulamiento. Las mismas han podido ser provocadas por el sobreesfuerzo realizado por distintos grupos musculares durante la anoxia.

– Los pulmones aumentaron su volumen de manera exponencial, hasta el punto de solaparse los bordes anteriores de las lengüetas pulmonares. Localizadas manchas de Paltauf o equimosis causadas por la penetración del agua en el proceso asfíctico –detalló.

– Pueden retirarse –ordenó Hernández con cierto malestar–. Maceroni, usted quédese.

Se miraron a los ojos, como antiguamente.

– Mañana se incorporará la detective Folla. Quiero que la ponga al corriente de todo –explicó.

– ¿Samanta Folla? No, por favor. ¿Acaso no hay nadie mejor en el cuerpo? – protestó.

– Ella es la mejor para llevar este caso. Creí que tú podrías hacerte cargo pero me has demostrado que estaba equivocado.

– No me venga con esas ahora –respondió con bastante enfado–. Ya sabe lo que ocurrió en aquel momento pero ahora todo ha cambiado ¿Piensa apartarme del caso?

– Digamos que usted será como el guía pero al mando estará su compañera y no se hable más. Lo que haya sucedido en el pasado hay que enterrarlo. Lo más importante en este momento es descubrir quién es la chica y porqué apareció muerta en el río. Tenemos que empezar a dar respuestas o nos comerán.

– En eso estamos de acuerdo.

– Revisen otra vez los terrenos cercanos a donde se localizó el cadáver. Busquen vecinos que hayan podido ver u oír algo las últimas semanas, averigüen si alguien denunció alguna desaparición. Esa joven procederá de algún sitio, tendrá familia.

Maceroni asintió a regañadientes.

– Ah. Téngame al corriente de los resultados de la identificación y de los análisis de semen. Quizás eso esclarezca el caso y nos dé algo de luz –le encantaba presumir de su buen hacer como teniente.

– ¿Y qué me dice de la chica del móvil? Como le advertí por teléfono, un hombre la ha intimidado en dos ocasiones. Ella está segura de que se trata de la persona que vio en el río. La última vez le recomendó que volviese a su tierra. En mi opinión, si la tenemos controlada igual hay más posibilidades de que ese individuo se acerque a ella y lo cojamos –opinó.

– De acuerdo. Ordenaré que una patrulla la vigile.

– Si es posible, que no lleven uniforme ni vehículo rotulado. Es mejor pasar desapercibidos –opinó Francesco.

El teniente asintió y antes de abandonar la sala, con el teléfono en mano, se giró para comentarle la última decisión tomada.

– Por cierto, Maceroni. Mañana usted volverá a la normalidad. El puerto abrirá al público y podrá continuar con su trabajo. Eso no quita que esté pendiente del caso. Cualquier cosa, hable con la compañera... –enmudeció unos segundos. Sabía que eran muchos los que se burlaban del apellido de la detective y reconocía que sonaba mal decirlo en voz alta.

– Sí, con Samanta Folla, la estirada –aclaró con sorna.

A las diez en punto de la mañana, el catamarán partió del muelle. La embarcación iba completa y todos los viajeros estaban expectantes por averiguar dónde había aparecido el cuerpo de la joven, todavía sin identificar. La empresa se había puesto en contacto con todos aquellos que habían reservado para los días posteriores al hallazgo, y que, por esa misma razón, el barco no había podido zarpar. Aquella expectación enervaba todavía más a Francesco. La gente preguntaba y eso lo enfurecía, agriando más su mal carácter.

A primera hora Samanta se presentó ante el teniente Hernández. Allí conoció al equipo que estaba trabajando en el caso, el cual la puso al corriente. La detective era alta, de tez morena, nariz corta, esbelta y llevaba el pelo pintado de color negro azulado brillante, recogido en un moño con el flequillo suelto. Con siempre, vestía pantalón oscuro, blusa y un blazer remangado. Tomó una copia del expediente para examinarlo con detenimiento, en un pequeño despacho que habían habilitado para ella, aunque el día anterior, el teniente le había enviado por correo electrónico un pequeño resumen de cómo iba el caso.

A media mañana determinó que había que revisar el margen izquierdo del río, pero lo harían desde tierra. El objetivo era encontrar zonas desde las cuales fuese fácil acceder al agua, especialmente en la parte donde Eli había visto a una persona retirando las balizas.

– Vosotros tres me acompañareis –comentó, señalándolos–. Tú, intenta localizar a algún vecino. Revisa si hay viviendas cerca, campos, viñedos, algún cazador –le explicó al cuarto compañero.

Cogieron los equipos necesarios para realizar el trabajo y se dirigieron al otro lado del cañón.

Allí, el terreno era muy irregular. En zonas cubierto de maleza y en otras con pendientes con una inclinación muy considerable. No tardó en localizar la primera casa. Se notaba que había sido reformada. Las paredes eran de piedra, ventanas de madera y tejado cubierto con la típica pizarra de las viviendas de aquella zona. Llamaba la atención que no había ninguna planta ni árbol decorativo en el frente. Se acercó a la puerta y tocó, pero no salió nadie. Echó un vistazo y vio que había una ventana un poco abierta. Un perro grande asomó la cabeza, asustándolo. Al ver que en aquel instante no había nadie, siguió buscando.

A última hora de la tarde, Lorenzo localizó una vivienda que estaba a trescientos metros de un camino que daba al río. Tocó en la puerta pero nadie abrió. Observó la casa. Era antigua, con ventanas de madera y pizarra en el tejado. Las paredes exteriores presentaban síntomas evidentes de humedad y escasez de sol. Echó una ojeada a su alrededor. A la izquierda había un pequeño galpón. Se acercó y escuchó el ruido de algunos animales.

– *Está pisando en terras privadas* –dijo una voz masculina tras él en la lengua materna.

Lorenzo se dio la vuelta para ver de quién se trataba.

– Tranquilo. Solo quería hacer unas preguntas –aclaró, fijándose en el utensilio que el anciano llevaba en las manos.

– *Quen carallo é vostede?* –preguntó en gallego.

– Sosiéguese. Me llamo Lorenzo y soy de la Guardia Civil –explicó–. ¿Podría bajar el apero?

– *Aquí ninguén chamou á Policía. Non será vostede deses fulanos que se dedican a entafar os vellos como eu?* –preguntó, levantando la horquilla para intimidarlo.

– Mire. Aquí tengo mi identificación –hizo amago de buscar en el bolsillo trasero del pantalón, pero no llegó a hacerlo porque el hombre se acercó tanto a él que tenía los cuatro dientes de metal a centímetros de su estómago.

– *Amigo, eu son vello pero non parvo. Non te creas que porque estamos na aldea non sabemos o que pasa por aí adiante. Non te movas ou cha cravo e vas directo ao inferno.*

– Estoy investigando la muerte de una chica en el río. Me imagino que lo oiría por aquí. Mis compañeros están en el margen del río, y a mí me encargaron visitar las casas más cercanas y averiguar si alguien ha visto u oído algo extraño, que le llamase la atención –explicó Lorenzo.

El anciano lo escuchó con atención pero en ningún momento bajó el apero de campo. En ese instante en que el viejo se debatía entre creerle o intimidarlo un poco más, apareció una mujer que debía ser su esposa.

– *Arre demo. Qué fas con iso levantado?* –echó una ojeada hacia el agente. Enseguida supo que estaba asustado.

– *Este mendicante dice que é da Policía e que anda pescudando quen matou á rapariga que apareceu no río* –explicó el anciano a su esposa.

– No soy de la Policía sino de la Guardia Civil –aclaró el agente.

– *Vén sendo a mesma merda. Todos son uns chupons que viven do conto* –opinó.

– *Cala un pouco e deixa o mozo tranquilo que vou contarlle o que vin aquel día* –intervino la anciana.

– *Vaste meter en problemas. Eu non quero saber de nada* –bajó la horquilla y regresó al campo donde estaba trabajando.

– Tiene que disculpar a mi esposo porque es un cascarrabias. Piensa que todos son malas personas y desconfía hasta de su sombra –se disculpó la mujer–. Venga. Sentémonos a la sombra. ¿Le apetece beber algo?

– Si no fuese mucha molestia le agradecería un vaso de agua –comentó Lorenzo que se había quitado las gafas para secar el sudor de la cara.

La mujer, con pasos cansados, entró en la casa y salió con una botella y dos vasos de cristal. Lorenzo bebió por dos veces hasta conseguir calmar la sed.

– Hay poca gente viviendo por aquí, ¿no es cierto?

– Cierto. En total somos diez personas que vivimos todo el año aquí. Un poco más abajo vive un chico que es muy extraño. Se baña todas las mañanas en el río, sea invierno o verano –opinó. Lorenzo movió la frente.

– Dijo que había visto algo. ¿Se refiere a la joven del río? —ella respondió con la cabeza.

– Era fin de semana y yo regresaba del campo. Allí tenemos viñas y maíz, sabe usted. Mi marido esa tarde no me acompañó porque tenía un fuerte dolor lumbar, como ha podido comprobar somos dos ancianos que viven del campo –relató.

– ¿Se acuerda de la hora? No tiene que ser exacta pero más o menos.

– Calculo que serían las ocho y media o nueve –respondió, después de pensarlo unos segundos–. Hacía un calor del demonio, muy parecido al que hace hoy. Por estas zonas no suele haber mucha gente. Está prohibido acampar, cazar e incluso pescar. A medida que me iba alejando de los terrenos donde había estado trabajando, oía voces –argumentó.

– ¿Voces? ¿Quiere decir que había más de una persona? –interrogó el agente.

– Al principio no podía verlos pero a medida que me iba acercando los sonidos eran más intensos y claros. Una rapaza y dos chicos –Lorenzo chasqueó ante tan descubrimiento.

– ¿Pudo ver qué hacían?

– *Home claro que puiden.* Estaban sentados sobre unas piedras, fumando algo que desprendía un olor muy desagradable.

– ¿Se enteraron de su presencia? –instó saber.

– Yo pienso que no. Estaban a lo suyo y no paraban de reírse –esclareció.

– ¿Sabría indicarme exactamente dónde estaban ubicados?

– Por supuesto que sí. Paso casi todos los días por allí –aseguró la anciana.

Lorenzo cogió el móvil y llamó a su superiora para ponerla al corriente. Esta, reunió a los otros tres y partieron hacia la zona donde estaba el que había conseguido la valiosa información. Al llegar a la vivienda de los ancianos, encontró al compañero sentado con la mujer. Lorenzo le explicó, un poco por encima, lo que la mujer había relatado minutos antes.

– ¿Sería usted tan amable de acompañarnos hasta ese lugar? –preguntó, sacando la chaqueta–, su información sería de vital importancia para la investigación del caso.

– Sí, mi señora –aceptó–. Coitada moza. ¡Qué muerte más triste! –comentó, enlazando gallego con castellano.

– ¿En algún momento consiguió ver sus rostros? ¿A qué distancia estaba de ellos?

– La misma que de aquí a su coche –calculó la anciana–. No tengo muy bien la vista pero a la chica sí la vi porque estaba de frente. A los otros dos solo de perfil.

– ¿Y si le enseñásemos una fotografía? –propuso Sousa, otro de los compañeros, mirando hacia Folla.

– Hay que llamar al laboratorio y preguntar si ya han conseguido averiguar su identidad –comentó ella, girándose hacia el camino–. ¿Queda muy lejos o hay que ir en coche?

– Por ese sendero nos llevará veinte minutos –aclaró.

– Mejor vamos en coche. Hace demasiado calor –determinó Samanta, con gafas de sol, mientras secaba el sudor de la frente.

Se repartieron en los dos vehículos y arrancaron por un camino sin asfaltar. Durante el trayecto, la amable señora fue indicándoles cuáles eran sus fincas hasta llegar a una zona arbolada. Bajaron de los automóviles y siguieron a la anciana.

– Yo venía de allí –indicó, señalando con la mano–, y los chicos estaban sentados sobre aquellas piedras.

– ¿No tenían coche?

– Había uno de color blanco más allá y creo recordar que llevaba unas letras escritas sobre la pintura –concretó.

– Muy bien –asintió Samanta–. ¿Su nombre es...?

– Me llamo Isabel pero todos me conocen como Sabela, la de los melones.

La detective aprobó con la cabeza, con la seriedad que tanto la caracterizaba.

– De acuerdo. Ya sabéis el protocolo a seguir. En nada anochecerá por lo que vamos a acordonar la zona y mañana, a primera hora, empezaremos con el trabajo. Establecer un cinturón de protección de cincuenta metros de radio.

– Lorenzo. ¿Has hablado con alguien más?

– No. Solo he localizado otra vivienda pero no había nadie ni en el interior ni por los alrededores. Desde allí se ve el río con claridad y se puede bajar sin ningún tipo de problema. –explicó.

– Bien. Tendrás que insistir. Hay que averiguar quién vive allí.

Lorenzo asintió y fue al coche a buscar la cinta señalizadora mientras Samanta observaba exhaustivamente la zona. El cuerpo de la joven había sido encontrado cien metros más abajo y muy cerquita había un pequeño acceso al río. En aquel mismo instante pasaba a la altura del lugar donde se encontraban, el catamarán que dirigía Fran. Desde el mismo, este comprobó que había gente trabajando en la zona. Inmediatamente supo que eran agentes de la Policía y la Guardia Civil por la cinta y los guantes que llevaban en las manos y, fijándose un poco, localizó a Folla. ¿El primer día en el caso y ya había localizado alguna pista?

Samanta llamó al teniente, que no tardó en presentarse en el lugar. Sabela comprobaba desde el sendero, el despliegue de medios que se había formado en el perímetro en muy poco tiempo. Al poco rato llegó su esposo.

– *Menudo cristo hai montado aquí* –comentó.

– *Pena non habelo dito antes* –respondió la mujer.

Sobre las once de la noche todo el mundo abandonó el sitio excepto dos agentes que se quedaban custodiando lo que podría haber sido el lugar de un crimen.

Tan pronto como el sol se dejó ver, Fran se dirigió al lugar que había visto desde el barco la tarde anterior. Habían montado un puesto de mando. Varios vehículos se fueron aproximando y de ellos salieron periodistas con sus cámaras fotográficas, de vídeo y otros con libretas en las manos y micrófonos. Samanta, que había sido la primera en llegar, salió para comprobar quienes eran.

– ¡Bloquear el acceso a este lugar! –ordenó–. Creía que ya lo habíais hecho ayer.

Giró sobre sus pasos y vio a Francesco.

– Maceroni –saludó secamente.

– Folla –respondió sin mirarla a los ojos–. Todavía no has cambiado el apellido –apostilló, fijándose en la identificación que colgaba del cuello de la morena de ojos verdes.

– Sigues tan gilipollas como siempre –confirmó, regresando al interior.

Él fue tras la mujer.

– Veo que has encontrado lo que andabas buscando, lejos de la civilización.

– Exacto, pero como has podido comprobar, ni aquí me dejáis tranquilo –hizo una rápida inspección ocular de lo que había sobre la mesa.

– ¿No te aburres en este sitio, sin poder hablar con nadie?

– Hablo conmigo mismo y con mi perro. Suficiente –objetó.

– Antes no eras así. Eras más sociable –recordó en voz alta.

– Tú lo has dicho. Antes –con la mano derecha movió varios documentos–. ¿Qué habéis encontrado?

– Una anciana asegura que hace unas semanas vio en este mismo lugar dos chicos y una chica. Ha reconocido que estaban sentados justo en esas piedras de allí –señaló con la cabeza.

Francesco la miró de arriba abajo.

– ¡Qué!

– Nada. Sigues siendo igual de sosa que antes –confirmó.

– Oh, por favor. No digas tonterías. Fue a hablar el gran Adonis. Normal que sigas solo, no hay quién te soporte. ¿Dónde está tu Afrodita? –replicó con cierto enfado.

Fran la miró de reojo mientras salía de la base e iba hacia su equipo que se estaba preparando. Él sonrió por lo bajo. Le encantaba incomodarla. Ésa, era la única manera de ponerla nerviosa.

Los investigadores tenían mucho trabajo por delante en la zona que habían delimitado y preservado; primero localizar y después analizar huellas, gotas de sangre o semen, marcas de neumáticos e incluso pelos. Todos estos testigos mudos serían tratados como sospechosos de una posible comisión de delito. Los indicios que pudiesen encontrar, podrían orientar la investigación hacia los sospechosos y cuantos más encontrasen, más fácil resultaría reconstruir los hechos.

Maceroni se fue al trabajo mientras funcionarios de la Policía Científica y Criminalística, en colaboración con la Guardia Civil, hacían un trabajo minucioso.

Desde primera hora, tanto emisoras de radio como cadenas televisivas, retransmitían en directo todo lo que estaba aconteciendo en aquel enigmático lugar. Eli se enteró al verlo en la tele, mientras desayunaba en el bar.

– Tengo que ir allí. Es posible que hayan encontrado algo relevante y entonces puedan entregarme mi móvil.

– Espera a que baje Ariel. Él te llevará hasta ese lugar. No creo que sea fácil llegar allí y mucho menos para ti, que no eres de la zona –indicó Carmela.

– Fuera está la patrulla de policía que me vigila. Quizás ellos puedan llevarme.

– Mejor ve con mi hijo –apuntó, colocando bien el pañuelo que cubría el pelo.

Ella comprendió que tenía razón. En cuanto Ariel acabó el desayuno se dirigieron a la otra parte del cañón del Sil. Un policía impedía la entrada a todos los curiosos. Eli le explicó quién era y él hizo una llamada para pedir la autorización. En seguida levantó la cinta para que cruzaran. Una mujer, vestida con ropa muy sobria, guantes blancos de látex, gafas de sol y el pelo recogido, se acercaba a ellos.

– Hola. Soy la detective Folla. Llevo la investigación de este caso. Usted debe ser la mujer del móvil.

– Esa misma soy yo –respondió la madrileña.

– También tengo entendido que un hombre la amenazó hace unos días –formuló.

– La misma persona que vi en el mercado y también en el río.

Samanta confirmó con la cabeza que estaba al tanto.

– Entremos y me lo cuenta desde un principio, ¿le parece? –propuso, señalando el puesto de mando que estaba a su derecha.

– Lo he explicado cincuenta millones de veces. Yo solo quiero recuperar mi teléfono y largarme de este lugar –comentó, negando con la cabeza.

– Explíquemelo a mí una última vez. Es muy importante su testimonio.

– Ese tío parece que me está siguiendo. Aparece en todos los lugares a donde voy y empiezo a estar algo asustada –reconoció, girando la cabeza hacia Ariel, que estaba a su lado.

– Hay una pareja de agentes protegiéndola. Comprendo su inquietud pero estamos haciendo todo lo posible para resolver el asunto lo antes posible, y que usted pueda regresar a su ciudad.

En aquel instante sonó el teléfono de Elisabeth.

– Disculpe un momento. Es mi madre.

Folla asintió mientras ella se dirigía a la entrada.

– Hola, mamá. Después te llamo que ahora no es buen momento.

– Hija, ¿estás bien? Acabo de ver en las noticias lo que ha sucedido ahí –glosó Bárbara con voz alarmada.

– Tranquila, mamá. Yo estoy bien. Ya te contaré –respondió escuetamente.

– Pobre chiquilla. ¿Se sabe quién es y cómo ha sido? ¿Sería joven o mayor? A saber lo que pasó. A lo mejor cayó accidentalmente al río pero también podría ser que alguien la empujase. ¿Estará casada? Ahora los maridos ya sabes cómo actúan por

celos. Se deshacen de ellas para que no puedan ser felices sin ellos. ¡Qué triste, hija! Morir ahogado debe ser horrible –valoró, sin dejar que su hija la interrumpiese.

– Mamá. Déjate de tonterías y suposiciones sin ningún fundamento. Después te llamo que ahora no puedo. Chao –colgó el teléfono antes de que la madre siguiese con sus hipótesis.

Regresó al interior y comenzó a relatar, desde el principio, todo lo que había visto y vivido. Samanta colocó una pequeña grabadora sobre la mesa.

Después de hora y media, salieron del puesto. Folla los acompañó y le agradeció el tiempo y la paciencia que había tenido una vez más. Después volvió con los compañeros para seguir con el trabajo de campo.

– Jefa. ¿Puede acercarse? –solicitó Lorenzo–. He encontrado varios preservativos usados.

– Bien. Que le hagan fotografías.

Otro compañero se acercó y retrató la prueba. Después cogieron los condones y los ataron para que no se perdiese el semen líquido y los guardaron en un frasco plástico.

– Y aquí hay varios pañuelos desechables y colillas de cigarrillos –descubrió Matas. Trillo se acercó con la Luz de Wood; una luz ultravioleta que corroboró que se trataba de semen pues ante la luz, el pañuelo presentaba un color blanco azulado fluorescente. Samanta buscaba algún indicio con una linterna con un filtro especial de luz azul, capaz de detectar sangre y localizar huellas y restos fisiológicos en el suelo.

Estuvieron todo el día en la zona cercada. El proceso que llevaban a cabo los peritos, en el lugar del hecho, podía ser definitorio en la resolución del caso, incluso se podría determinar la hora en la que se cometió un posible homicidio.

– Lorenzo. ¿Has hablado con el laboratorio? –interrogó Samanta.

– Joder, se me ha pasado –gritó, enfadado consigo mismo.

– Mañana pásate por allí sin falta y habla personalmente con el forense. Tenemos que averiguar quién es la víctima y reconstruir su vida hacia atrás. Cuanto más lejos se llegue, más se conocerá sobre ella, y después investiga si alguien ha denunciado alguna desaparición en las últimas dos semanas.

– Eso me llevará todo el día en el pueblo. Mañana es sábado. –informó Lorenzo.

– El tiempo que necesites, pero cuando regreses, tráeme noticias buenas. Sabes que en este trabajo no existen los fines de semana si hay que esclarecer una muerte, homicidio o asesinato. ¿Ha quedado claro? –advirtió con la sobriedad que la singularizaba.

– Soy consciente de ello. Haré todo lo que pueda.

Antes de salir de casa, Lorenzo llamó al Instituto de Medicina Legal para acordar una hora para verse. Este le dijo que podía acercarse ya, puesto que después iba a ponerse con una autopsia y no quería ser interrumpido.

Al entrar, se saludaron cordialmente y pasaron a la sala de autopsias. El forense, acompañado por una patóloga y ambos ataviados con batas de color blanco, extrajo el cadáver de la cámara frigorífica.

– Qué puedes decirme de la chica –quiso saber, abotonando la bata que le habían facilitado para poder acceder a las instalaciones.

– Fecha de la muerte: penúltimo fin de semana de junio. La causa ha sido ahogamiento húmedo o asfixia por sumersión. También he encontrado restos de marihuana en su organismo. El cuerpo estaba desnudo en su totalidad y no había ningún tipo de documentación –con la mano derecho enderezó las gafas–. He encontrado diatomeas en los pulmones –se quedó pensando unos segundos, pensando si debía explicarse mejor–. Las diatomeas son algas microscópicas que puedes encontrar en cualquier medio acuático. El cadáver, en el momento de inspirar aire, tragó también las susodichas, las cuales pueden llegar a distintos órganos del cuerpo. Debido al esfuerzo respiratorio que realizó, se produjo un desgarro de los capilares pulmonares.

– Sí, todo eso ya lo sabía. ¿Signos de violencia, relaciones sexuales antes de la muerte?

– Negativo a la primera y positivo a la segunda. Aquí tienes el informe de toxicología. Nada indica que haya sido empujada y las contusiones que tiene por todo el cuerpo son postmortem. La chica estaba viva antes de caer al agua y, como ves tiene dos tatuajes, los cuales nos han ayudado, junto con la metodología dental, a descubrir de quién se trataba.

– ¿Cuál pudo ser el motivo por el que no consiguió salir del agua?

– Buena pregunta. Tendréis que hacer una sumersión por la zona donde la habéis encontrado.

– Buen trabajo –dijo, tendiéndole la mano.

Tras anotar toda la información que le aportó el forense, subió a otro departamento, donde una mujer muy corpulenta y con cara de estar enfadada, le hizo entrega de un sobre que contenía el resto de la información que tanto necesitaban conocer. La identidad de la joven. Sin más demora contactó con Samanta. Esta le indicó que regresara. Había que informar.

A media tarde volvió con las novedades. Folla se reunió con él para conocer todos los detalles y avisar a su superior. Antes de informar a la prensa, debían ponerse en contacto con la familia de la chica y, esa, siempre era la peor parte de su trabajo. Comunicar a unos padres, el fallecimiento de su hija, era terrible, muy doloroso, pero previamente debían reconocer el cuerpo. Lorenzo lo había hecho en dos ocasiones pero esta vez sería Samanta, la encargada de visitarlos. Antes de anochecer se

presentaron en el domicilio. Hubiese sido más fácil llamarles por teléfono para que acudiesen, al día siguiente, a reconocer el cuerpo sin vida de la que, casi con total seguridad, sería su hija, pero Folla no trabajaba así. Era una mujer con mucho carácter y, en ocasiones, se mostraba fría y distante, pero en momentos como el que tenían delante, sabía ponerse en el lugar de la familia.

Se trataba de gente muy humilde y sencilla. La joven era la mayor de cinco hermanos y habitaban en una casa, en un pueblo de los alrededores. La detective reparó en los rostros del matrimonio. Ojos tristes, mejillas sonrosadas a causa del llanto, pelo desaliñado, hombros decaídos.

Presentaron sus credenciales y los hicieron pasar hasta un modesto salón. El marido se encargó de traerles algo fresco para beber. Un detalle que muy pocas veces veían. Pobres en el bolsillo pero no en el corazón, pensó la detective.

Samanta comenzó a hablar, explicándoles el motivo de la visita. A medida que iba dándoles información, la madre se iba derrumbando hasta desmallarse. Una reacción normal ante una noticia de tal envergadura. No estaban hablando del mal tiempo, de la corrupción en el mundo de la política o del cambio climático. Se trataba de su hija, la que había parido, criado y amado, y que, con toda probabilidad, según aquella gente, estaba muerta.

Intentando mantenerse fuerte y secando las lágrimas de los ojos, el cabeza de familia les enseñó varias fotografías de la chica que había acomodadas sobre un mueble. Según le comentaron, no tenía novio, al menos que ellos supiesen. Habían puesto la denuncia de su desaparición una semana después. La joven trabajaba, de forma esporádica, en un bar, y muchos fines de semana no volvía a casa para dormir. Samanta guardó, con consentimiento de los padres, la foto en el bolsillo interior del blazer azul marino Poco después, los investigadores abandonaron el hogar, pendientes de que a la mañana siguiente, aunque fuese domingo, algún familiar cercano, es decir, padre o madre, se acercara para el reconocimiento del cadáver. De vuelta, Folla admitió que sus padres podrían aportar mucha información. Para avanzar, era esencial hablar una vez más con ellos. No le devolverían a la chica pero, al menos, buscarían al culpable, si lo había, para que pagase por esa muerte. No se trataba de venganza sino de justicia.

Ese sábado quedó con Alicia y el novio para verse por la noche en el pueblo. En una cafetería céntrica, había primero una función teatral con clave de humor, “Atraco a las tres”, y después un concierto. La de los ojos oscuros había comprado las entradas para los tres.

Para la ocasión eligió una falda corta negra de tul y adornos de brillo y un top crop plateado de escote asimétrico con volantes. Su amiga se decantó por un vestido corto de escote en pico en un tono azul, de falda plisada, manga francesa con puño abotonado.

El local estaba lleno. El público rondaba entre los veinticinco y los cincuenta años. Matrimonios, parejas de novios y amigos. Eli fue testigo de las miradas entre la chica y Ariel. Cada vez estaba más convencida de que entre ellos había atracción. Necesitaban un pequeño empujón, un impulso.

Aproximadamente sobre la una de la madrugada apareció Fran. Vestía un polo de manga larga de color blanco con detalles *patch* y vaquero slim fit azul índigo con efecto lavado y bigotes. Fue directo a la barra y pidió una cerveza sin alcohol. Alicia fue la primera en darse cuenta y avisó a su amiga con un codazo.

- Mira quién ha llegado –comentó, señalando la barra con la cabeza.
 - Ni aquí puedo estar tranquila –determinó.
 - El tío está cañón –susurró la otra, aprovechando que Ariel había ido al baño.
 - ¡Anda ya! Cualquiera de los que hay hoy aquí está mejor que él. Es un... pisaverde.
 - Ja, ja, ja, ¿pisaverde? Di lo que quieras pero está para mojar pan, es más, yo misma lo amasaría si fuese necesario –dijo, divertida.
 - ¿Tú crees?
 - Es más. No me importaría tener una aventura con él si no fuese porque... –se calló y miró hacia Eli.
 - Porque estás enamorada de Ariel. No hace falta que me lo digas porque se nota a leguas.
 - ¿Tan evidente es? –preguntó, sonrojada hasta las orejas.
 - Yo lo he sabido desde el primer día que te vi en la cafetería, ¿recuerdas? Tu manera de mirarlo, de sonreírle, de hablar con él y de él. Después de todo soy una romanticona, por eso organizo bodas.
- Las dos rompieron a reír como dos niñas.
- Es un amor no correspondido. Él sigue anclado en su pasado –opinó, bajando la mirada hacia la bebida que tenía delante.
 - Tengo entendido que estaban muy enamorados y eso es difícil de olvidar. El duelo es una respuesta humana tras la pérdida de un ser querido. Creo que lo estás haciendo muy bien dándole tiempo y espacio –consideró.

– ¿Piensas que tengo alguna oportunidad o debería alejarme de él? No sé. Hay momentos en los que siento su cercanía, como si quisiese decirme algo, pero en otros lo noto distante. También puede ser mi imaginación. Últimamente estoy un poco sentimental –puntualizó, aleteando la nariz.

– Yo creo que él también siente algo por ti pero tiene miedo a intentarlo y perderte. Las pérdidas repentinas y especialmente prematuras, ponen en alerta nuestro sentido de la vida e incluso nuestras creencias. Es importante hablar del tema siempre que él desee hacerlo. Para eso debes estar ahí pero cuando él decida que está preparad –glosó.

– Me encantaría ser el hombro sobre el que se desahogara. Tengo mucho que ofrecerle porque lo amo demasiado –admitió.

Ariel regresó del aseo y vio que Fran también estaba en el bar.

– Os dejo solos un rato. Voy a saludarlo –comentó Eli, guiñando un ojo hacia la pareja.

– Bien –respondió el chico.

Comenzaron a charlar sobre el trabajo en la oficina, sobre los compañeros y también sobre lo bien que había estado la función teatral. El argumento de la obra era: en una España muy empobrecida, un grupo de empleados de una sucursal bancaria sobrevive gracias a D. Felipe, el director. Este, empeñado en dar préstamos solamente a personas que realmente lo necesitan y que a la vez serían los que menos beneficios dejarían al banco, es despedido y sustituido por el antiguo subdirector. Los empleados no están de acuerdo con el cambio y bajo el plan del astuto Galindo, el responsable de la ventanilla de ingresos y cobros, tejen un robo. Entonces aparece la hermosa Katia que hará peligrar el plan.

Alicia estaba feliz de tenerlo al lado y, en un impulso, acarició las manos de él.

– Disculpa. Ha sido la emoción –articuló.

Ambos se miraron fijamente a los ojos durante unos pocos segundos que se hicieron eternos. Ariel acarició con los nudillos de su mano derecha, la mejilla sonrosada de ella.

– Eres muy hermosa –declaró. Su rostro mudó.

– Gracias. Un piropo así hace que me ruborice, sobre todo viniendo de ti.

Miró a su alrededor. Había mucha gente conocida y, aunque sabía que nadie estaba pendiente de sus actos, no se sentía cómodo allí, con ella y tan cerca.

– ¿Te gustaría dar un paseo? –propuso, emitiendo un leve carraspeo.

– ¿Los dos? –preguntó, mirando hacia la madrileña, que seguía en la barra.

Ariel asintió y frunció la frente.

– Vale. Avisaré a Elisabeth para que no se preocupe.

Se levantaron y fueron hasta la barra. El chico pagó la cuenta y le comentaron a su amiga que iban a dar un paseo. En el exterior, Alicia fue la primera en romper el hielo.

– He notado que estabas incómodo –habló con mucha ternura.

– No te voy a mentir. Todavía me cuesta un poco salir con gente, especialmente con mujeres.

– ¿Y a todas las acaricias como lo hiciste conmigo? –quiso averiguar sabiendo que podía sentirse atacado.

– A todas no. Desde que falleció Lucía has sido la primera chica a la que he tocado, digamos de manera cariñosa –reconoció con mucha humildad.

– ¿Te arrepientes de haberlo hecho? Me gustaría saberlo porque, en lo que respecta a mí, me gustó mucho sentir tu mano sobre mi rostro –admitió. Su tono de voz era limpio, inocente.

La observó de lado y nuevamente sus miradas se encontraron.

– No. Creo que ha sido un impulso de mi corazón, nada fingido –explicó con humildad.

Siguieron caminando hasta llegar a un banco de madera, donde se sentaron.

– Igual no debería decirte esto, es posible que no lo entiendas o que tú no sientas lo mismo, pero me gustas mucho, Ariel. Siento algo muy especial por ti, una atracción, una especie de cohesión que me empuja a querer estar contigo, a desearte –movía las manos con nerviosismo, esperando que él se pronunciara–. He esperado todos estos años para decírtelo y he respetado tu duelo pero no aguanto más. Me cuesta mucho disimular que no quiero nada contigo pues sí lo deseo. Cuando una persona está enamorada le cuesta horrores esconder sus sentimientos.

Él la escuchaba en completo silencio, con la mirada perdida en la noche.

– Por favor, di algo –demandó, girando el cuerpo hacia él, esperando una reacción.

– Guau, te hacía más tímida –habló, después de frotar la cara con ambas manos.

– ¿Es lo único que se te ocurre decir?

Ariel rechinó los dientes.

– No –dejó escapar aire por la boca y cruzó las piernas–. Como bien sabes, llevo dos años aislado del mundo, de las relaciones, de las conversaciones sinceras. Me he limitado a trabajar, trabajar y más trabajar. Lejos de ahí no tenía vida y tampoco lo deseaba. Desde que llegó Eli al pueblo, la cosa cambió. Me hizo ver que tengo que seguir viviendo y despegarme del pasado, aunque no olvidarlo. He amado a Lucía con todas mis fuerzas y hace un tiempo, habría entregado mi vida si a cambio volviese. Menuda utopía –sonrió al pensar en ella–. Fue el primer amor que tuve, la persona que me complementaba, la que daba sentido a la vida, pero se fue y con ella también los sueños y la ilusión –meditó con emoción en la voz.

Ella lo escuchaba vigilante y guardaba para sí lo que pensaba en aquel instante.

– Perdona, no quería herir tus sentimientos –se disculpó avergonzada.

– Tú no has hecho nada malo. El problema soy yo, que todavía no estoy preparado para una nueva relación –enmudeció y cerró los ojos–. Tú también me gustas, lo reconozco. Eres guapa, inteligente, divertida y buena persona, igual que ella. Necesito que me des tiempo –se giró hacia ella y tomó su barbilla.

– Que hayas reconocido que te gusto ya es un paso –ya no se sentía tan angustiada.

– Sí, jamás me hubiese imaginado que estaría pronunciando estas palabras delante de una mujer que no es Lucía –explicó, sacudiendo la cabeza–, pero lo he hecho y no me siento mal, todo lo contrario.

Se acercó a ella y abrazó su rostro con ambas manos.

– Es más. Tengo muchas ganas de besarte –reveló, fijándose en los labios pintados de color borgoña.

– A mí me encantaría que lo hicieses ya –aclamó la chica.

En apenas unos segundos sus labios rozaron los de Alicia quedamente. Los dos mantenían los ojos cerrados y las manos en el rostro del otro.

– Qué tal. ¿Has sentido algo? –quiso saber.

– He sentido muchas cosas, entre ellas, que echaba mucho de menos el contacto personal –pasó la lengua por el labio inferior de ella–. También me he dado cuenta que tienes una piel exquisita y que hueles muy bien –explicó, inclinando la cabeza hacia su cuello para exhalar el perfume que se había puesto–. Me gustan tus labios y la sensación que me transmiten tus manos sobre mi cara. Añoraba una piel femenina.

– ¿Y por aquí también te inoculan esos sentimientos? –interrogó, bajando la mano derecha hacia su pecho y colocándola sobre el corazón.

Ariel cerró los ojos y aspiró con fuerza. ¡Había echado tanto de menos unas caricias, un gesto cariñoso que no fuese el de sus padres!

– Dime que pare y lo haré, de lo contrario seguiré rozando tu piel con mis manos por debajo de la camisa –sugirió, introduciendo con lentitud, la mano derecha bajo el tejido vaquero.

Abrió los ojos y la contempló con ternura. Tenía la boca abierta y la lengua posada sobre el labio superior.

– Me gusta, no pares –musitó. Su voz mostraba pasión.

– ¿Quieres probar a tocarme tú? Aliviarías mi deseo.

Como a cámara lenta, bajó las manos del rostro de ella y las depositó sobre sus pechos. Entonces pudo sentir la agitada respiración de Alicia. Supo que lo deseaba con toda su alma.

– ¿Me deseas? –inquirió, abrazándose a su cintura–. Mejor no respondas en este momento –sabía que la respuesta era afirmativa pero no quería forzarlo a dar más pasos. Era feliz con todo lo que había pasado esa noche. Sentir el palpitar de su corazón, aquellas manos acariciando su espalda, su boca besando sus labios; no quería estropear el momento. Podía sentir que deseaba estar con ella, y que no la culpaba por haber dado el paso de declararle su amor.

En el interior de la cafetería Eli se sentó junto a Fran.

– ¿Has venido a tomar algo o me estás siguiendo? –él la miró, frunciendo el entrecejo.

– Obviamente lo primero, no tengo intención de ligar contigo ni con nadie – contestó con sequedad.

– ¿Siempre estás a la defensiva? No mereces que pierda ni un minuto de mi tiempo hablando contigo –se levantó del taburete y abandonó el local. En la salida echó un vistazo por si veía a sus amigos.

– ¿Dónde coño se han metido esos dos? –dijo en voz alta.

Francesco salió tras ella.

– Parece que tus amigos te han abandonado. ¿Sabrás llegar sola al hostel? –interrogó tras un striptis visual.

– Mejor sola que mal acompañada, y no me refiero precisamente a ellos –aclaró con bastante enfado.

Siguió andando sin prestarle atención hasta que localizó a Ariel y Alicia, sentados en un banco. Le agradó comprobar que estaban abrazados. Optó por no molestarlos. Iría caminando hasta el hostel. Diez minutos después Fran la alcanzó con su moto.

– Anda, sube. Te llevo hasta allá.

– No, gracias. No necesito ni tu compañía ni tu amabilidad. Sé llegar sola hasta allí –respondió, muy segura de sí misma.

– De acuerdo. Después no me llames diciendo que estás aterrada. No sé si te han comentado que por estas tierras hay lobos que por las noches campan a sus anchas –Eli dejó de caminar.

– ¿Es una broma? –puso las manos sobre la cintura–, porque sí lo dices para joderme vas por mal camino. Veo que disfrutas haciendo daño.

– Te digo la verdad y deberías saber que los lobos son una especie que está protegida.

– Estamos en una zona poblada y esos animales son solitarios. No discuto que pueda haber, monte adentro.

– Sube en la moto y te los mostraré –propuso.

Eli se lo quedó mirando. No iba a pasar nada por subir en su moto. Se apeó y Fran le cedió el casco.

– ¿Te gusta el mundo de las dos ruedas? –preguntó.

– Para mí solo es un medio de transporte cómodo, rápido y barato. Agárrate bien a mi cintura salvo que quieras arrastrar el culo en el asfalto.

Ella siguió su consejo. La moto arrancó en sentido contrario al hostel donde estaba alojada. Condujeron por carreteras estrechas y vagamente iluminadas hasta llegar a una zona donde solo había una vivienda.

– ¿Dónde estamos? –dijo, echando una ojeada al contorno que los rodeaba.

En aquel instante se acercó a ellos un perro de raza San Bernardo. Ella, que odiaba los canes, se puso tras él.

– Aparta ese bicho de mi vista –pidió. El perro se arrimó a ella y la olfateó.

– Parece que le gustas.

– Odio los perros, odio todo ser que ande a cuatro patas, que suelte pelos y tenga uñas –gritó, estirando los dedos de las manos.

– Vaya, vas a odiarme pero –meneó la cabeza–, yo me he puesto a cuatro patas, especialmente con chicas –dejó escapar una sonrisa–, de vez en cuando dejo algún cabello en el cepillo y, como todo humano, tengo uñas en las manos.

Eli abrió la boca como un pez en el agua.

– ¿Este es el lobo que ibas a enseñarme? —señaló, mirando hacia el can que rondaba cerca de ella.

– Mi perro es dócil y obediente. Es la mejor compañía que he tenido en muchos años. Siempre fiel.

– ¡Guau! Estás hablando conmigo de temas normales y sin burlarte de mí, has sonreído y estás siendo amable. ¿Te encuentras bien?

Fran sonrió, frotando la barba con las manos.

– Te advierto que tengo muchos cambios de humor, aunque –calló–, no me gusta hablar de mí –se agachó para acariciar a Edy.

Elisabeth supo que decía la verdad. Aunque le hubiese gustado chincharlo un poco más, prefirió dejarlo para luego.

– Ven. Vamos a adentrarnos un poco en el bosque. Espero que no tengas miedo a la oscuridad –observó su reacción y se fijó en el calzado que llevaba–. Me temo que esos zapatos no son los idóneos para caminar por este terreno. Puedo dejarte unas chanclas de playa para ir más cómoda.

– No, gracias. Pese a que creas que soy una urbanita, me encanta el campo, el olor a tierra, a lluvia y la tranquilidad que se respira aquí.

– Te advierto que solo nos acompaña la luz de la luna. Si te tuerces un tobillo será culpa tuya. Yo te aviso, *Lady sabelotodo*.

Eli lo taladró con la mirada y comenzaron a caminar, monte adentro. Después de diez minutos, el silencio de la noche se vio perturbado por los aullidos de varios lobos. Ella sintió escalofríos por todo el cuerpo.

– Es como si estuviesen llorando por algo –opinó, pasando las manos por los brazos para inocular el frío que estaba sintiendo por todo el cuerpo.

– Cuando un compañero de la manada se aleja del grupo, los demás aúllan con más intensidad para demostrar el aprecio que le tenían al mismo –explicó Fran, sentado sobre una piedra. Parecía relajado.

– Pues a mí me pone muy nerviosa y me eriza el vello de los brazos. No me gusta nada esta sensación.

– Lo dicho. Eres de la ciudad y no comprendes su manera de comunicarse. Los de ahí solo sabéis de contaminación, ruido, tráfico, relojes, estrés y rutinas –señaló, cruzando los brazos y mirando hacia el cielo estrellado.

– Al menos tengo amigos y mucha gente que me aprecia y echa de menos. ¿Se puede decir lo mismo de ti?

– Yo no necesito de nadie. No me hace falta la aprobación de la gente para seguir viviendo; es más, prefiero la soledad antes que estar rodeado de personas hipócritas, egocéntricas y presuntuosas.

– Tienes muy mala opinión de los que vivimos en las urbes. No todos somos de esa condición. Algo terrible ha tenido que sucederte para que hables así. ¿Acaso una mujer te ha roto ese corazón de hierro?

Francesco se movió para ocultar el rostro. No quería hablar de él, de su pasado.

– ¿Te dejó por otro o quizá has matado a alguien? –interrogó, aunque su tono era más de burla.

Seguía en silencio.

– ¿Te ha comido la lengua el gato?

– ¡Cállate! –Eli se asustó.

– Me largo. Veo que no eres capaz de seguir una conversación como un adulto. Ha sido un gran error venir hasta aquí contigo. ¡Seré gilipollas! –habló, mientras averiguaba el camino por el que habían venido hasta allí–. Es imposible confiar en ti. ¿No serás el asesino de la chica del río?

Lo miró a los ojos y vio que estaba molesto.

– ¡Dios mío! –exclamó, empezando a correr entre la maleza. ¿Habían ido por ahí?

Francesco entendió que se había equivocado de camino. Quería tranquilizarla y al mismo tiempo decirle un par de cosas. Fue tras ella y llegó un momento en que dejó de escuchar sus pasos. Gritó su nombre y no obtuvo respuesta. Fue entonces cuando empezó a inquietarse y caminar con más rapidez. Sacó una linterna pequeña del bolsillo trasero del pantalón e iluminó la zona. Su casa estaba a doscientos metros de allí. Volvió a pronunciar su nombre y en ese instante se acercó Edy, su mascota perruna, el cual lo guió hasta el paradero de la chica. Había tropezado con las raíces elevadas de un eucalipto impresionante, cayendo por un pequeño desnivel y, después de dar varias vueltas, se había golpeado la cabeza con una roca, quedando inconsciente. El perro la olfateó y lamió sus mejillas. Fran, al verla tirada en el suelo, bajó corriendo hasta llegar a su lado. Estaba boca abajo. La movió para ver si respiraba. Después de comprobar que tenía pulso, la tomó en brazos y la llevó a su casa para examinarla y, si procedía, llamar a una ambulancia. Al llegar, la tumbó sobre su cama y examinó si sangraba. En la cara tenía varios cortes, no muy profundos, al igual que en los brazos. Bajó hacia las piernas y observó más rascaduras y moretones. Volvió a asegurarse de que su corazón seguía latiendo. Después fue al baño y buscó apósitos hidrocoloides. Limpió las heridas y las cubrió con esas bandas adhesivas. Eli seguía inconsciente pero respiraba. Se sentó en el sofá que había en el comedor. Desde allí podría vigilarla mientras no se desvelaba.

Sobre las seis de la mañana despertó porque algo le hacía cosquillas en el pecho. Tenía un considerable dolor de cabeza por lo que le costó abrir los ojos. Entonces supo que no estaba en la habitación que tenía alquilada en el hostel. Quiso erguirse pero, además de la cabeza, le dolía todo el cuerpo, como si la apaleasen. Pasó la mano por el abdomen y notó algo rugoso y a la vez punzante. Al intentar abrir por segunda

vez los ojos sintió que esa cosa se movía hacia su cuello. Irguió levemente la cabeza y soltó un grito que despertó a Fran, obligándolo a levantarse con premura.

– ¡Quítame este bicho de encima! –bramó. Su cara era de pánico—. Puaj... ¡qué asco!

Francesco no sabía a qué se refería hasta llegar a su lado. Trus había salido de la jaula cuyas paredes eran de malla de alambre.

– Hola, pequeñín. ¿A ti también te ha gustado la chica? –comentó, cogiendo con las manos el camaleón que, con un ojo la miraba a ella y con el otro a Fran.

– Ah, ¡no me digas que es otra de tus mascotas! –voceó, simulando sentir asco por haberlo tenido sobre su cuerpo.

– Exacto. Los dos son mis fieles amigos. Acarició la estriada piel unos segundos. Los justos porque era conocedor que a esa especie no le gustaba el contacto humano, la cercanía.

En el interior de la jaula, situada en un lugar desde el cual recibía la luz solar de las mañanas, había depositados troncos de diferentes tamaños, lianas para que pudiese trepar y plantas con follaje denso para poder camuflarse y, para conseguir el calor y la luz que este tipo de lagartos requiere, el habitáculo estaba acondicionado con tubos que emitían la iluminación idónea.

– ¿Dónde estoy? –preguntó, llevando la mano derecha a la frente.

– En mi humilde morada –contestó, de espaldas a ella.

Eli echó un vistazo a la habitación. Las paredes estaban parcialmente cubiertas con madera y en el techo, reformado no hacía demasiado tiempo, había integrados varios halógenos del mismo color.

Trató de enderezar el cuerpo pero le dolía hasta al respirar.

– ¿Qué ha pasado? Me duele la cabeza una barbaridad –hizo varios gestos de malestar.

– Cuando tratabas de huir de mí –carraspeó–, resbalaste por un desnivel y debiste golpear la cabeza –Elisabeth llevó una mano hacia la zona que más le dolía.

– Tendrías que haber llamado una ambulancia o a un médico. Quién sabe si por esta conmoción me pueden quedar secuelas graves –exageró. Fran se echó a reír–. Y no te rías, que esto es muy serio. Necesito mi cabeza para trabajar.

– No digas tonterías. Ha sido una simple contusión, nada más.

Francesco abandonó el dormitorio y se dirigió a la cocina que a la vez era salón comedor. No llevaba camiseta y pudo ver, una vez más, los tatuajes que tenía en la espalda y la cicatriz.

A los cinco minutos la chica percibió el aroma a café recién hecho.

– Espero que te guste el café fuerte. Te he puesto dos azucarillos –explicó, entregándole una taza de color negro.

– Muchas gracias –dejó su móvil sobre la mesilla y le ayudó a incorporarse, colocando dos cojines tras su espalda. Después se acercó a la ventana para abrir las contras de madera. Todavía no había salido el sol pero ya había claridad.

– ¿Tú no tomas café?

– Por supuesto que sí. Varias tazas, bien cargadas y sin azúcar –manifestó, intentando ocultar un bostezo.

Regresó a la cocina. Ella desde la cama, no podía ver qué hacía por lo que empezó a hablar.

– Siento haber huido de esa manera. He sido una boba pensando que podrías ser el asesino de la chica. No sé cómo se me pasó esa idea por la cabeza. Últimamente estoy muy nerviosa. He venido aquí para quitar el estrés de muchos años de trabajo y siento que voy a regresar peor de lo que estaba. No quiero que pienses que soy una desgraciada o una loca –habló sin hacer pausas.

Él no se manifestó. Todo estaba en silencio.

– Estoy intentando ser amable, ¿me oyes?

Se movió y vio su teléfono sobre la mesilla de noche, lo cogió y, por segunda vez, comprobó que en la pantalla tenía la imagen de una chica muy guapa. ¿De quién se trataría? Si pudiese merodear por el resto de vivienda se daría cuenta que en el salón había otra fotografía enmarcada en un cuadro de color bronce.

Un portazo la estremeció pero no escuchó nada más.

– Fran, estoy hablando contigo. ¿Podrías prestarme un poco de atención?

El perro irrumpió en el dormitorio y se acercó a la cabecera de la cama, fabricada en forja, mirándola a los ojos con una sonrisa. Entonces supo que algunos perros sonreían, a excepción del chihuahua de su madre.

– Al menos tú me miras. Ve a buscar a tu amo, que estoy hablando sola y parezco una loca.

El perro seguía sin moverse, observándola.

– ¡Anda, corre!

En esa ocasión obedeció y salió de la habitación meneando la cola. Al ver que no aparecían, intentó levantarse pero al posar los pies en el suelo sintió un fuerte dolor en el tobillo derecho. Lo tocó con los dedos. Tenía una gran hinchazón en la parte exterior.

– ¡Fran! –voceó, muy alterada.

Este, con unos prismáticos en las manos, apareció preocupado por el grito que ella había soltado.

– ¿Qué ha pasado?

– ¿Que qué ha pasado? Pues que he estado hablando sola pensando que me estabas escuchando, incluso te había pedido disculpas por lo de ayer, claro que tú nunca escuchas –pasó varios dedos por el pómulo y sintió dolor.

– No debes levantarte todavía. Es posible que estés mareada.

– Quería ir al servicio pero no puedo caminar. Me duele muchísimo este a – señaló con la mano.

Francesco se agachó para vérselo. Lo palpó con mucho cuidado.

– Voy a inmovilizártelo. Creo que tienes un esguince.

Salió hacia el baño. En el botiquín localizó esparadrapo de tela, con el que cubrió la zona para protegerla de movimientos bruscos que pudiesen dañar más el tobillo.

– Hay que hacer una radiografía. Podría estar fracturado o haber una fisura en el hueso.

– ¿También eres médico? –preguntó–. No traje mi coche y tú tampoco tienes.

– Llamaré un taxi.

Media hora después se confirmaban sus sospechas. Tenía el tobillo fracturado y tuvieron que inmovilizárselo con yeso. Después otro taxi la llevó al hostal.

Amaneció un domingo nublado. El cielo estaba gris y triste, igual que los ánimos. A primera hora de la mañana, Samanta reunió a todo el equipo. Entre todos estudiaron la insólita muerte de aquella joven que ya tenía nombre: Luz. Quedaban muchos cabos por atar pero empezaban a dar pasos hacia adelante.

– Trillo y Sousa –nombró, señalándolos con el lápiz–, os pondréis a averiguar más cosas sobre la joven. Su teléfono, llamadas, su cuenta bancaria, novios, incluso su familia, ya sabéis que estos últimos siempre son los primeros sospechosos. Después del funeral pediremos una orden para registrar su dormitorio y si tiene ordenador también lo revisáis. Por algún sitio tiene que haber pistas –aclaró.

– Lorenzo. En cuanto puedas te desplazas nuevamente al bosque. A ver si encuentras a algún vecino más y llévate la fotografía –extrajo la misma del portadocumentos que tenía sobre la mesa–. Muéstrasela a aquella mujer... ¿cómo se llamaba?

– Su nombre es Sabela, de Isabel –aclaró el agente. Folla asintió.

– Matas. Tú te quedas aquí y sigue estudiando las pistas que tenemos. Todavía queda mucho trabajo por delante.

En ese instante apareció Francesco, vestido con un pantalón vaquero desgastado corto y una camiseta color morado. Los compañeros salieron, dejándolos a solas.

– No sabía que ibas a venir –comentó, estudiando su rostro–. Tienes mala cara. ¿No has podido dormir o has estado bebiendo?

– No me digas que ahora te preocupas por mí –apostilló, posando ambas manos sobre la mesa para leer el informe del forense.

– Ayer le dimos la noticia a los padres. No se lo esperaban y están destrozados –explicó, apoyándose en la mesa, frente al él.

– Obvio. Ningún padre quiere enterrar a un hijo.

– Eso no es cierto. Sé de alguna madre que pidió, más bien suplicó, que el Dios en el que ella creía, se llevara a su hijo. Era un caso extremo porque estaba enganchado a las drogas y se lo hacía pasar francamente mal a su familia.

– Es un caso muy puntual.

– A propósito, Maceroni. ¿Tú no vives cerca del río? –quiso saber, cambiando de tema.

– ¿Por qué te interesa saber dónde vivo? –respondió con otra pregunta, algo muy normal entre los gallegos.

– Joder. No me respondas con otra pregunta. Di sí o no. Punto –instó. No soportaba esa actitud.

– Sí. Compré una vivienda que estaba casi en ruinas y la rehabilité. ¿Satisfecha?

– ¿Queda cerca de donde localizamos el cadáver? –insistió, frunciendo el cejo y fijándose en su reacción.

– Podría decirse que sí –afirmó.

En ese momento, Samanta recibió la llamada del forense. La familia de Luz había llegado. Esta recogió sus cosas para dirigirse allí.

– Te acompaño –observó Fran.

Tardaron diez minutos en llegar. Por fortuna, solo había acudido el padre de la chica, que los esperaba en una sala anterior a la zona de reconocimientos. Se saludaron y entraron. El hombre, de aproximadamente cincuenta años, vestido con un pantalón negro y una chaqueta vaquera, estaba pálido, y no hacía más que pasar las manos por la cara. El forense retiró parte de la sábana que cubría el rostro de la joven y, en seguida, supo que era su hija por los tatuajes y un diente incisivo. Después explicó que, cuando era pequeña y jugando con sus hermanos, había caído sobre las escaleras y perdió la mitad del mismo. El hombre, entre sollozos, cubría la boca con la mano derecha y agitaba la cabeza.

– ¿Podría ver el resto de su cuerpo?

– Es mejor que se quede con los buenos momentos que pasaron juntos –instó la detective, indicándole al compañero que volviese a cubrirla.

– De acuerdo –logró decir con la voz emocionada y las lágrimas corriendo por las mejillas.

– Señor Vas. Nos gustaría hablar con usted un momento. Sabemos que es una situación difícil para ustedes pero serán solo unas preguntas vitales para continuar con la investigación.

El progenitor aceptó y se dirigieron a una sala habilitada para casos como ese. La detective le preguntó cuándo había sido la última vez que la habían visto o hablado con ella. Fernando aclaró que el penúltimo sábado del mes de junio había salido de casa justo después de comer, sobre las dos y media. Días después su mujer había revisado el dormitorio y se percató de que faltaba alguna ropa, pero muy poca. La habían llamado al móvil infinidad de veces pero siempre estaba apagado. También comentó que acudieron al bar donde trabajaba algún que otro fin de semana, pero allí no sabían nada de ella desde hacía un tiempo. Sus amigas no la habían visto, aunque, tras hablar en varias ocasiones con ellas, sospechaban que algo les ocultaban.

– Necesito que me haga una lista con los nombres de sus amigas, su número de teléfono, dirección y también del bar donde trabajaba. Vamos a rastrear su teléfono por lo que anote aquí el número –solicitó.

– Tengo que hablar con mi mujer. Ella conoce mejor a sus amigas y tiene anotados los números en una agenda, de cuando era más adolescente –dijo el progenitor con un gran dolor en el corazón.

– De acuerdo. Esta tarde se pasará un compañero por su domicilio –aclaró, levantándose para dar por finalizado el reconocimiento.

– Detective Folla. ¿Podemos comenzar con los trámites de la funeraria? Mi hija siempre habló de que deseaba ser incinerada y así será –habló con voz afligida.

– Ahora le indicarán los compañeros, no se preocupe –le tendió la mano.

Se dirigían a la salida cuando el hombre frenó bruscamente y volvió a hablar.

– Solo una cosa más –la miraba a los con mucho dolor–. Encuentre a la persona que le ha hecho esto a Luz y haga que pague por su muerte. Ella era buena, un poco loca pero tenía un corazón humilde y bondadoso. Quizá fuese demasiado confiada; no hacíamos más que reprochárselo pero ella era feliz así. No es porque sea mi hija pero no se merecía una muerte así.

– Estamos haciendo todo lo posible, señor Vas –sostuvo, procurando guardar las emociones para otro momento.

Tras ese duro y desagradable momento, Samanta recibió la llamada de su superior. En media hora estaría allí para informar a la prensa. Tras mucha especulación por parte de algunos medios que sin recato inventaban asesinatos o confabulaban un homicidio, era necesario dar a conocer la identidad de la chica. Con ello esperaban conseguir más indicios y, si realmente existía un asesino o varios, la noticia, al ser divulgada, provocara en estos cierto nerviosismo, obligándolos a actuar de manera precipitada.

Con toda la información que tenían hasta aquel mismo instante, redactaron un informe y se lo entregaron a los distintos medios de comunicación, tanto prensa escrita como televisión y radio. Iba a ser un día movido porque a partir de ese momento empezaría el bombardeo de llamadas telefónicas y también un acoso para obtener más información, cada vez que salían de la comisaría. Folla seguía observando en el gran tablero que tenían en una de las paredes de una de las salas, las fotografías y demás información, que habían ido recopilando desde la apertura del caso hasta la fecha.

Mientras, Lorenzo volvió al bosque. Primero fue hasta la vivienda de Sabela para mostrarle la fotografía de Luz. La mujer, según relató el marido, había salido al campo, por lo que tuvo que esperar un buen rato. Sobre la una del mediodía apareció con un carretillo verde lleno de hierba fresca para los animales que tenían en una pequeña cuadra. Al ver a Lorenzo, lo dejó en una esquina y se acercó hasta él. El agente le explicó que necesitaba saber si la chica que aparecía en la foto era la misma que la que había visto semanas antes con dos jóvenes en el río, fumando marihuana. Sabela llamó a su marido para que le acercase las gafas y, tras observarla con atención, afirmó que se trataba de la misma joven.

Después se dirigió a la otra vivienda que había hallado vacía el día anterior. Con mucho sigilo, por si estaba el perro en el interior de la casa, se acercó para hacer una rápida inspección por la ventana. El can estaba estirado sobre una alfombra, de espaldas a la ventana. En la puerta no existía ninguna distinción de a quién pertenecía ni tampoco buzón para el correo. Dio una vuelta. Por la parte de atrás había un garaje con un ventanuco. Se asomó y vio que estaba rigurosamente ordenado. Herramientas colocadas en la pared, un generador, una pequeña lancha y varios sacos de comida para perros. No había espacio para un vehículo de cuatro ruedas.

Buscó el teléfono en el maletín y llamó a Folla. Lo primero que le dijo fue que Isabel había reconocido a la joven y después le explicó que estaba delante de la otra vivienda, pero que, al igual que el día anterior, no se encontraba nadie a excepción de

un perro. Samanta pidió al agente que le enviase varias imágenes de la vivienda. Necesitaba salir de dudas. Una vez las tuvo en el móvil, buscó a Fran.

- ¿Es esta tu casa? –preguntó, enseñándole las fotos.
- ¿Por qué te interesa tanto mi vivienda? –la miró con semblante tenso.
- ¡No me respondas con otra pregunta! ¿Es o no es? –protestó.
- Sí, es mi casa –avaló. Su mirada se había endurecido.
- ¿Dónde estabas el penúltimo fin de semana de junio?
- ¡Qué! Estarás de coña –sonrió levemente para mirarla de nuevo–. ¿Pretendes decirme que soy sospechoso?

– Necesito saber dónde estabas. Comprende que vives muy cerca de la zona donde localizamos el cadáver y tienes una lancha –tenía que seguir las normas a rajatabla.

– No me lo puedo creer –reprochó, sentándose en una silla que tenía al lado y pasando las manos por el cabello.

– Siento que tengas que pasar por un momento así pero ya sabes cuál es el procedimiento –aclaró la detective.

– No me jodas, Samanta. Tú sabes que yo no le haría daño a nadie, menos a una chica tan joven. Esto lo haces como venganza –se levantó nervioso y comenzó a moverse por el habitáculo–, pero me da igual –se paró frente a ella, indignado–. No recuerdo donde estuve ese fin de semana, ¿tú sí?

– Soy yo la que hace las preguntas, no tú –evidenció, manteniéndole la mirada–, por lo que si no tienes nada que ocultar, no pondrás impedimentos para que echemos un vistazo por el interior de la vivienda.

– No tengo nada que ocultar, claro que no, porque sé que soy inocente. Te recuerdo que fui yo quién halló el cuerpo y también estaba cerca de Elisabeth dos de las veces que vio al que podría ser el asesino. Te estás equivocando conmigo. Una vez más –intentó esclarecer.

– No mezclemos el pasado. No te lo estoy pidiendo ni por chincharte ni porque desconfíe de ti. Sabes que hay que seguir unos protocolos. Confío, al igual que tú, en el principio jurídico que establece la inocencia de todas las personas –clarificó.

– Precisamente me largué de allí por todo esto y, justo cuando comenzaba a establecerme y a vivir, apareces nuevamente para convertir, por segunda vez, mi vida en una mierda, pero si lo que quieres es subestimarme, adelante. Aquí tienes las llaves. Podemos ir ahora mismo. Quiero ver tu cara de tonta cuando compruebes que no hay nada que me pueda vincular.

Le enseñó el juego de llaves. Samanta sintió su rencor en cada palabra. Después de ocho años, seguía dolido.

La detective devolvió la llamada a Lorenzo diciendo que salía para allí en aquel mismo instante para explorar el interior del hogar de Francesco, algo que no le hacía ni pizca de gracia.

No tardaron en llegar. Ella en su vehículo y Fran en la moto. Aparcaron en la entrada, donde los esperaba el agente que, al verlo, quedó sorprendido. Fran, que

desde el exterior había escuchado a Edy, se dirigió a la puerta de entrada e introdujo la llave. Folla y Lorenzo lo siguieron y comenzaron con el trabajo. Inspeccionaron el baño, el dormitorio, la cocina y el garaje. Todo era normal y corriente. Fran los esperaba en el porche, sentado en una silla de mimbre y con el perro postrado a su lado. Los inopinados visitantes salieron con los maletines.

– Habéis finalizado rápido –manifestó con mirada embravecida–. ¿Algo interesante por lo que deba preocuparme? Porque de lo contrario os agradecería que pusieseis vuestros sucios pies fuera de mi terreno –comentó sin mirarlos.

– Todo limpio, Maceroni. Agradezco que nos hayas permitido entrar sin una orden judicial. Tienes una casa muy acogedora y he visto que sigues conservando sus fotos –habló la detective.

– Otra cosa no pero limpio, seguro. Para eso le pago a una chica todas las semanas. Ahora deja de decir chorradas y moved el culo –se levantó para indicarles que la conversación y la visita forzada había acabado. Lo único que deseaba era que se fueran.

Folla y Lorenzo regresaron a la comisaría, donde sus compañeros, Trillo y Sousa, seguían recabando información de interés, pero antes pararon en el domicilio de los padres de la chica fallecida para recoger los datos que necesitaban y así seguir con la investigación.

Eli estaba tumbada en la cama cuando tocaron en la puerta de la habitación. Desde allí dijo que estaba abierta. Carmela apareció con una bandeja con comida.

– Hola, mi niña. ¿Cómo te encuentras? –preguntó la rolliza mujer.

– Mal. Me duele el tobillo, siento mucha presión y me encuentro sola –se echó a llorar–. Quiero irme a casa.

– ¡Válgame Dios! ¿Te han dado algún tipo de medicación? –se interesó la cocinera.

– Fran quedó de conseguírmelo esta tarde. Por lo pronto estoy tomando antiinflamatorios que tenía en el neceser. Encima acaba de llamarme mi madre. Ha visto en la tele la noticia sobre el suceso en el río y se puso muy alterada, incluso se enfadó conmigo por no habérselo contado yo misma. Imagínate después, cuando le conté que me había fracturado un tobillo.

– Bueno, eso es normal. Las madres nos preocupamos demasiado y tendemos a exagerar un poco más, ya me entiendes –intentó suavizar el cabreo que tenía.

– Es que me agobia mucho –comentó, sintiéndose un pelín culpable por pensar así–. Mañana mismo coge el primer vuelo de la mañana para venir.

– Esa es una buena noticia. Te ayudará y te sentirás mejor teniendo cerca a una persona que te quiere.

– ¿Has visto a Ariel? Desde ayer por la noche no he sabido nada más de él. La última vez que lo vi estaba hablando con Alicia.

– Pues precisamente con esa ha quedado para esta tarde. Al verlo tan ilusionado no he querido decirle nada de lo tuyo. Las dos sabemos que cambiaría sus planes por pasarse por aquí. Siento ser tan egoísta, pero es necesario que pase página y rehaga su vida. Perdóname por no habérselo dicho.

– No te preocupes, lo entiendo. Es cierto que debe cambiar los hábitos y salir con personas de su edad. Así he intentado hacérselo ver –reflexionó, deseando que entre él y Alicia llegase a haber algo especial porque los dos eran bellas personas.

La mujer se levantó de la cama y le puso la comida delante.

– No tengo apetito, de verdad –comentó, echando la cabeza hacia un lado.

– Levanta la tapa y comprueba lo bien que huele –insistió Carmela.

La rubia obedeció y un agradable olor invadió sus sentidos. Chocos en su tinta con patata. La mujer sonrió y la dejó comiendo.

A media tarde volvió a sonar la puerta. Era Fran, con una bolsa en la mano.

– La mujer que está en la cocina me ha dicho que estabas acostada por lo que no podrías abrir. Te he traído los medicamentos que te recetó el traumatólogo.

Pasó al interior, dejando la puerta entreabierta. Eli se fijó en él. Tenía mal aspecto.

– Muchas gracias. Necesito tomar algo más fuerte para calmar el dolor.
Francesco buscó los prospectos y los leyó.

– Mejor tómate ahora una de estas y a la noche la otra –convino.

– ¿Me acercas la botella de agua que está en el baño?

Él asintió.

– Aquí hace demasiado calor. ¿Te abro la ventana para que corra un poco el aire?

Entonces fue ella la que asintió.

– Mañana viene mi madre. Se ha enterado de lo de la chica y después del pequeño accidente que sufrí en el bosque.

– ¡Qué bien, no! Al menos tendrás con quien hablar –dijo.

– Nos iremos en unos días –reveló.

– Menuda experiencia te llevas. Pierdes el móvil, encuentran un cadáver en el río, te persigue un maniático y ahora rompes el tobillo. Vacaciones como estas, ni regaladas.

– Me hubiese gustado que fuese de otra manera –dijo, con cierta tristeza–, aunque también me llevo cosas buenas. He conocido personas maravillosas que jamás olvidaré y con las que espero no perder el contacto.

– ¿Te refieres a mí? –preguntó, con mucha seriedad.

– De momento no estás en la lista aunque vas mejorando –formuló, dejando escapar una pequeña sonrisa.

Los dos callaron pero Eli tenía la necesidad de saber más sobre Fran.

– ¿Quién eres? –preguntó. En vista de que había estado en su casa y acostada en su cama, solo conocía su nombre, el primer apellido, que trabajaba para la compañía del catamarán y que algunos agentes de la Policía y de la Guardia Civil lo trataban como si fuese compañero.

– Vamos, ¿sigues dudando de mí? –se puso frente a la ventana, observando el paisaje.

– A juzgar por lo que he visto y oído durante estas dos semanas que llevo aquí, eres algo más que el simple maquinista del barco que hace los viajes por el río. Siempre he sido muy observadora, y en seguida me doy cuenta de las cosas. Recuerda que estudié psicología –afirmó.

– Ah, cierto. Se me olvidaba ese detalle –guiñó un ojo.

– Hay algo que tengo que preguntarte. Llevo tiempo mordiéndome la lengua pero necesito saberlo –dictó, juntando las manos y poniéndolas sobre el abdomen.

– Pues suéltalo ya. Decía mi abuela que es malo guardarse las cosas.

– El día que te sumergiste en el río me puse muy nerviosa porque si te pasaba algo no tenía forma de contactar con nadie y, buscando entre las cosas que tenías en la barca encontré tu móvil.

– Bien. ¿Y?

– Pues que lo cogí y vi que tenías una foto de una chica, que por cierto es muy guapa, y ayer, cuando te dejaste el teléfono sobre la mesilla de tu dormitorio, comprobé que mantenías la misma imagen. ¿Es tu novia, tu hermana?

Fran sostuvo su mirada cautelosa largos segundos. Ya no recordaba cuándo había sido la última vez que había hablado de Paula. Se acordaba de ella todos los días, soñaba con ella noche tras noche.

– Vale, si no quieres hablar de ello no pasa nada. A mí tampoco me interesa tu vida, era simple y mera curiosidad –mintió.

– Mejor así –masculló con la mandíbula muy tensa.

– He visto en la tele que ya se sabe la identidad de la chica –siguió hablando—. La noticia aparecía en todos los canales y también en internet. Pobres padres. Lo que le queda por sufrir. ¿Sabéis algo más sobre el chico que me está acosando? Aunque regreso a Madrid la semana que viene, me gustaría irme sabiendo que, si ese joven es el causante del fallecimiento de la niña, va a pagar por lo que hizo en la cárcel.

– Están trabajando en ello pero los resultados de los restos que han encontrado en el bosque, todavía tardarán unos días más –aclaró, arrimándose a la pared para quedar frente a ella.

– Intuyo que voy a regresar a mi tierra sin el teléfono. No te imaginas la cantidad de información que tengo guardada en él, mucha de vital importancia para la buena realización de mi trabajo. Mi jefa me va a matar cuando se entere.

– La culpa es tuya. Si hubieses hecho las cosas bien desde un principio no te pasaría esto –opinó.

– Esto es el colmo. ¿Mi culpa?

– Sí, tu culpa. Toda la información que contenía el teléfono deberías haberla guardado en una nube, ya sabes, esas plataformas que hay donde se archivan datos y fotos. La gente inteligente lo hace –explicó, regalándole una sonrisa.

– ¡Fran, me acabas de salvar la vida! Por supuesto que lo tenía guardado pero se me pasó por completo –se movió en la cama para sentarse mejor.

– ¿No decís que las mujeres podéis hacer varias cosas a la vez? Me acabas de demostrar que no es cierto y que siempre necesitáis un hombre cerca –bromeó.

– De eso nada. Yo sabía que lo tenía todo almacenado en esa nube pero, con los nervios de todo lo que me ha sucedido, se me olvidó por completo y, en lo relativo a precisar un hombre al lado, totalmente incierto. Llevo sola mucho tiempo, y soy autosuficiente. No necesito a nadie para vivir –reveló con total seguridad.

– ¿Me estás diciendo que no tienes o no has tenido ninguna relación con un hombre? –demandó, incapaz de creer tal afirmación.

– Por supuesto que he tenido novios pero, en cuanto empezaban a pedir más en la relación, cortaba de manera rotunda. Me gusta demasiado mi trabajo y no dispongo de tiempo libre para andar con amoríos formales, aunque últimamente veo las cosas desde otra perspectiva, y mi madre es la principal culpable de que empieza a

preocuparme por mi vida sentimental –versó. Al callarse se dio cuenta que había abierto el corazón ante aquel desconocido. Él la miraba.

– Sí. Tengo entendido que las madrileñas sois muy osadas. Os gusta bajar la bragueta en la primera cita –insinuó, esperando la reacción de Elisabeth.

– ¿Me estás llamando calientapollas? Porque si es así, ya estás saliendo de mi habitación –dijo, cabreada–. Ya decía yo que habías cambiado mucho en tan poco tiempo. Estabas ansioso por chincharme. Se ve en tus ojos que disfrutas haciéndolo. Soy una estúpida pensando que podríamos ser amigos.

– Yo no tengo amigos. Creí que te lo había dicho –contestó, con la aspereza que lo singularizaba.

– Sal de mi cuarto. No quiero volver a verte nunca más –bramó muy molesta y con el ego dolido–. Eres ruin y desaprensivo. No vales la pena, sinceramente –se giró hacia el otro lado de la cama, dándole la espalda. Había sentido la necesidad de hablar con alguien, de sincerarse y liberarse, pero se equivocó de persona. Estaba deseando que llegase su madre para regresar a su tierra.

Francesco no se pronunció y salió de la habitación con las manos en los bolsillos y mirada melancólica. Una vez más, se había burlado de sus sentimientos.

En medio de la lucubración, una vez se fue el causante de su mal humor, Ariel apareció en el cuarto. Su madre, arrepentida por no haberlo hecho antes, lo había llamado por teléfono para contárselo, tan pronto bajó al bar y, este, no dudó en regresar al hostel para interesarse por su estado.

– Acaba de avisarme mi madre. De haber sabido que estabas así me hubiese quedado contigo. ¿Cómo te encuentras?

– Estoy bien, tranquilo –dijo, con un hijo de voz.

– Ayer nos fuimos casi sin avisar. Espero que no te hayas enfadado. Fue una noche... –enmudeció y cerró los ojos.

– Sí. Fue una noche mágica, con encanto, y deseo que se repita muchas veces – Ariel intentó intervenir pero ella lo silenció–. No tienes que justificarte ni arrepentirte. Sigue mis consejos, pero no los de una loca psicóloga sino los de una persona que te aprecia como una amiga. Deja que tu corazón haga su trabajo y no le pongas barreras al amor.

– Si te digo la verdad, jamás creí que pudiera hacerlo. Me refiero a besar a otra mujer que no fuese Lucía pero, tras hacerlo, no me sentí mal; todo lo contrario – desveló.

– Al principio es normal tener miedo o sentirse asustado, pero, una vez das el primer paso, esos temores desaparecen –aclaró–. Es igual que el que tiene miedo a nadar o a volar. Hay que ir paso a paso, sin forzar ni agobiar y, en cuanto te descuidas, estás dentro del agua o de un avión.

Sonrieron ante la comparación.

– Y tú qué tal con el tío aquel –preguntó.

– Mejor no preguntes. Ha estado hace un rato aquí y lo eché de la habitación – comentó con voz lánguida.

– Por aquí solemos decir, *los amores reñidos son los más queridos* –recitó con una agradable sonrisa.

– ¡Amor, él y yo! Imposible. Somos demasiado diferentes. Yo soy muy extrovertida y hablo demasiado. En cambio él es reservado, insolente y desvergonzado –dijo en un tono exagerado.

– Digas lo que digas, ese hombre está colado hasta los huesos por ti. Hasta se le nota en la forma de mirarte –opinó–. A lo mejor tuvo una mala experiencia en el pasado con alguna mujer, y actúa de esa manera contigo porque no quiere o tiene miedo a arriesgarse.

– ¡Oye, has hablado como un auténtico especialista de la mente! Ja, ja, ja.

Más tarde apareció Alicia con la cena para los tres: hamburguesas de pollo caseras hechas por Carmela, y patatas fritas. Después de cenar charlaron entre risas y vieron una película.

– Chicos, os voy a echar mucho de menos cuando me vaya –dijo emocionada, tendiéndoles las manos e intentando aguantar las lágrimas que estaban a punto de correr por sus mejillas. Ellos también la añorarían.

– La semana que viene me gustaría llevarte a la asociación que tenemos en el pueblo. Ya te había hablado de ella y no quisiera que te fueses sin antes enseñártela – Propuso el de los ojos color, verde grisáceo.

– Ah, me encantaría pero no puedo ir cojeando.

– Para eso tengo solución. Hace dos años mi padre se rompió la tibia y le compramos unas muletas ortopédicas. Mañana mismo las buscaré en el desván y te las traigo. Así podrás bajar y salir de este cuarto.

– Me fascina la idea –respondió emocionada.

Al día siguiente llegó Bárbara, la madre de la madrileña, con su chihuahua en una bolsa de viaje especial para perros pequeños. Carmela, pese a tener el hostel casi lleno, hizo unos arreglos y le preparó la habitación contigua a la de su hija. Tan pronto pisó el cuarto donde estaba la joven rubia, el perro frunció los labios y emitió un gruñido. Eli odiaba los animales, especialmente a ese chucho, y el can lo había leído en su mirada y en su forma de hablarle.

La recién llegada, tras reprenderla por no haber cumplido con las llamadas que le había prometido, quiso saberlo todo y la hija no tuvo más remedio que ponerla al día. Después de escucharla con mucha atención, fue Bárbara la que le hizo entender que había puesto en riesgo su vida. Tenían que regresar a Madrid lo antes posible. Por internet estuvieron viendo los vuelos más próximos que había de vuelta y tenían que esperar hasta el viernes a media mañana.

El martes por la mañana, el cuerpo de Luz fue entregado a la familia. La funeraria lo trasladó a un tanatorio del pueblo, donde todo el que quiso pudo acercarse a darle el último adiós. Por allí se pasaron cientos de personas conocidas, otras curiosas al ser una persona joven y cuya causa de la muerte se desconocía. Los padres hicieron cumplir su deseo de ser incinerada y el miércoles por la tarde llevaron sus cenizas al cementerio municipal. La iglesia estaba atestada de gente, joven y mayor. Fue una ceremonia muy emotiva, pues en esa misma iglesia había recibido el Bautismo y había hecho la primera Comuni3n. Después del oficio religioso en el interior, se dirigieron al cementerio, situado en la parte posterior del templo. Los padres, rotos de dolor, arropaban a sus otros cuatro hijos. Fran había querido ir de inc3gnito. Tenía la corazonada de que alguien que sabía mucho sobre esa muerte, acudiría al sepelio. La madre, envuelta en lágrimas, llevaba la urna entre las manos y pegada al pecho. Tras ella, la familia, vecinos y demás personas que habían querido acompañarlos en esos difíciles momentos. Sus amigas también iban con ellos sin poder contener el llanto.

Francesco había acudido de forma anónima. Salió de la iglesia antes que todos y buscó un lugar estratégico desde el cual pudiera estudiar a todos los asistentes. Minutos después supo, por los llantos que se escuchaban de la familia, que se estaban acercando. Si algo tenía claro era que ese individuo no iba a mezclarse con las demás personas; observaría lo que allí sucedía desde una distancia prudencial para no exponerse demasiado.

Sus cinco sentidos estaban puestos allí y no podía distraerse con los gritos de aflicción, el lacerante llanto de aquella madre, o las oraciones que el sacerdote invocaba en voz alta y que aquellos fieles creyentes repetían, según decían, para que su alma encuentre perd3n por los pecados y esperanza de resurrección eterna.

Las gafas de sol le brindaban la posibilidad de observar sin que nadie se diese cuenta. ¿D3nde estás, cabr3n?, pensaba para sí. A cincuenta metros de la aglomeración y bajo la sombra de un pequeño sauce llor3n, estaba un joven oculto bajo unas gafas de sol de cristal azul. Llevaba una camisa blanca remangada y vaqueros oscuros. Con disimulo y máxima prudencia se acercó allí, colocándose tras él.

– ¡Qué pena, verdad! Una chica tan joven, con toda una vida por delante y que sus padres tengan que enterrarla. Ni siquiera han podido despedirse de ella –susurró a sus espaldas.

El joven quedó callado, aunque su corazón se había acelerado.

– ¿Eras amigo de Luz o simplemente la conocías?

– Solo conocidos –dijo finalmente.

– ¿Has visto las noticias? –preguntó–. Han encontrado muchas pruebas y las están investigando –se fijó en el nervio que subía por el cuello del chico. Se había tensado–. Más pronto que tarde encontrarán a los culpables.

El joven tosió para disimular su tormento.

– ¿No sabrás nada, verdad?

– Absolutamente nada –la chispa de miedo apareció en sus ojos, aunque Francesco no lo apreció.

Presa del pánico, reforzó la negativa con su cabeza y empezó a caminar en dirección a la salida.

– Espera un momento. ¿Podrías decirme tu nombre? –porfió. Quería ponerlo a prueba, llevarlo al límite.

Apuró el paso para así camuflarse entre la multitud de asistentes al entierro, que en aquel instante el cura ponía fin. Fran lo siguió pero el joven fue más hábil y logró despistarle. Dio varias vueltas, hacia un lado y hacia el otro. Ni rastro del chico.

– ¡Mierda! –gritó, quitándose las gafas para limpiar el sudor que empañaba los cristales.

Un tipo listo o con suerte. Si había escapado era porque no deseaba responder a sus preguntas, lo cual significaría que tenía algo que ocultar. ¿Por qué había acudido al sepelio? ¿Acaso tenía algún tipo de remordimiento?

Una vez consiguió llegar al aparcamiento después de dar varias vueltas para despistar al hombre que lo había abordado en el cementerio, respiró en profundidad y se llevó las manos a la cabeza. Había estado a punto de perder los nervios. Nunca se había visto envuelto en algo parecido y, aquello, lo superaba. Él no era como su compañero de trabajo y también de piso. Sus padres le habían inculcado valores y enseñado a ser humilde, responsable y legal. ¿Qué estaba haciendo? Aquello fue un accidente. Nadie había querido matarla.

Entretanto meditaba, sonó el móvil en su bolsillo. Lo sacó y comprobó que se trataba de su compañero.

– Oye, que acabo de leer en el periódico que hoy a las seis es el entierro de la chica. ¿No pedirías la tarde libre para acudir a esa reunión de beatas, verdad?

– ¿Y qué pasa si lo hice? –masculló con desgana.

– Eres un puto gilipollas. ¿Te das cuenta que acabas de exponerte ante su familia y amigos? Alguien podría haberte reconocido –la respiración era un sonido ronco y agitado.

– Tranquilízate, no ha pasado nada aunque... –iba a soltarle lo que aquel tipo le había dicho pero el otro lo interrumpió.

– ¡Qué! –chilló Eloy, muy alterado.

– Se me acercó un tío y empezó a hablarme de ella. Me dijo que habían encontrado muchas pruebas y que estaban investigándolas los de laboratorio. Quiso saber si éramos amigos o conocidos.

– ¡Me cago en la puta! ¿Qué le has dicho? –demandó el compañero.

– Que éramos conocidos. Después me largué de forma precipitada porque empezaba a inquietarme. Sabes que no soporto esta tensión. Van a venir a por nosotros y estoy acojonado. Esto se nos ha ido de las manos.

– Sosiégate. No tienen nada. Eso te lo ha dicho para ponerte a prueba. Aquel día lo recogimos todo y nos aseguramos de que no quedase rastro de que estuvimos allí – cuestionó, con la pretensión de calmar los ánimos.

– Lo que no entiendo es por qué se dirigió expresamente a mí. Había cientos de personas en el cementerio pero me eligió –Mateo estaba confundido y tenía un fuerte dolor en el estómago y en el pecho, fruto de los nervios que había pasado hacía escasos minutos.

– No te rayes más –aconsejó–. Venga, nos vemos más tarde.

Tras despedirse, Mateo entró en su vehículo y se dirigió al piso que compartía con Eloy. Le quedaba más de una hora de viaje en coche. Al llegar, comprobó que el dormitorio de este estaba vacío por completo. No había ropa, ni calzado, ni tampoco la consola que tenía en el salón y los videojuegos. Lo llamó al móvil.

– ¿Qué significa esto? –en su rostro se veía el espasmo de un músculo de la mandíbula.

– Veo que has llegado a casa –sonrió igual que un cínico–. Pues sencillamente que me he ido y también del trabajo. Necesito cambiar de aires y, ahora que la cosa empieza a ponerse un poco engorrosa, he decidido largarme del país –esa tarde se había pasado por la peluquería para cortar el pelo y se lo había teñido de rubio, con la esperanza de no ser reconocido.

– Hace una hora no pensabas igual. Eres un mamón y un cagado –respondió Mateo.

– La culpa es toda tuya. Siempre tienes que estar metiendo la gamba –recriminó, elevando el tono de voz–. No podías estar tranquilito en tu trabajo, no. Tenías que comprobar cómo sufre la familia de aquella golfa –al acabar de decir eso, su compañero supo que había estado bebiendo.

– Has estado bebiendo –valoró, indignado–. No hables así de la pobre chica. Fuiste tú quién la invitó y era tu responsabilidad.

Eloy tenía una expresión triunfante en el rostro cuando escuchó la sirena de un vehículo. Entonces cortó la llamada. Su cerebro de mosquito no había pensado que, beber y conducir, no eran compatibles.

Dos agentes vestidos de verde le indicaron que aparcara a su derecha. Una vez lo hizo, solicitaron la documentación del vehículo, el seguro obligatorio y, al ver que respondía con retardo, le hicieron el test de alcoholemia. Una vez sopló, el etilómetro imprimió un ticket en el que aparecía su tasa de alcohol en sangre: un gramo de alcohol por litro de sangre. Pasados diez minutos se la repitieron y salió idéntica. Los agentes le pidieron que saliera del automóvil para echarle un vistazo. En la guantera encontraron tres bolsitas de plástico que contenían cannabis y otra con varios gramos de cocaína. Entre titubeos, el joven les comentó que aquello no era de él; la típica respuesta en personas consumidoras de esas sustancias. Uno de los agentes entró en el vehículo policial para hacer las pertinentes comprobaciones y fue entonces cuando averiguó que ya tenía antecedentes policiales por la misma causa. El chico llevaba una buena cogorza.

Lo detuvieron. Este, comenzó a dar patadas contra la puerta trasera del vehículo de los funcionarios, aunque no era capaz de coordinar los movimientos. Se lo llevaron al cuartel, donde pasó el resto de la noche.

Después del almuerzo, Bárbara quiso acostarse un poco. Estaba acostumbrada a la tranquilidad de su casa, levantándose y acostándose cuando quería. Le afectaba mucho el clima, la humedad de la zona y la temperatura. Madrid, en verano, era un horno.

Ariel y Eli salieron en coche hacia el pueblo. Para ella era el último día allí por lo que quería despedirse de Alicia. Antes de dirigirse hacia el local donde atendían a toda aquella gente necesitada que se acercaba para recoger comida y otros enseres, quiso pasarse por el negocio de la familia de su amiga. Esta estaba con los padres haciendo un inventario. Al verlos se acercó y los saludó con un beso; el del chico en los labios.

– Vengo a despedirme. Mañana nos recogerá un taxi para llevarnos al aeropuerto –explicó la rubia.

Alicia había dispuesto una mesa que tenían en un rincón para sentarse los tres.

– Espero que tengas un feliz viaje. Sé que tienes muchas ganas de volver a tu tierra y lo comprendo, aunque no lo apruebo. Me encantaría que te quedaras pero sé que tienes tu vida allá; tu piso, tu trabajo, tu familia –le costaba articular las palabras pues se le había formado un nudo en la garganta.

– No te preocupes, bombón. Volveré en mis próximas vacaciones y espero que vosotros me visitéis pronto –sostuvo Elisabeth.

– Pensarás que estoy loca o que soy una tonta pero para mí eres muy especial. Te he cogido mucho cariño y sería la persona más feliz de este planeta si te quedases en el pueblo. Es una tontería pero así me siento –Ariel la abrazó y secó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas sonrosadas.

– ¿Qué iba a hacer yo aquí? Te recuerdo que mi trabajo consiste en organizar eventos, especialmente bodas –señaló.

– Pues aquí la gente también contrae matrimonio, es más; tendrías incluso más ventajas pues en estos parajes hay lugares hermosos para realizar tales eventos –valoró Alicia.

– No sería mala idea que te instalaras aquí y creases tu propio negocio. En esta zona no hay nadie que se dedique a eso. Serías pionera –propuso el chico.

– De ninguna de las maneras. Aquí desean verme lejos y, si os soy sincera, empiezo a estar preocupada, cosa rara en mí.

– Si lo dices por el loco que anda por ahí, dejándote recaditos, ni caso. La Policía dice que las investigaciones están avanzando. En cualquier momento veremos en la tele o en los periódicos, la noticia de que han detenido al culpable de la muerte de la jovencita –cuestionó el varón–. Piénsalo bien cuando llegues allá. Todavía te queda una semana de vacaciones. Creo recordar que en una ocasión me comentaste que habías venido por varias razones: porque tu jefa te obligó, dado que estabas algo histérica en las últimas semanas –ante el comentario, Eli abrió la boca como un pez y

sonrió–, y porque desde hacía un tiempo necesitabas hacer cambios en tu vida, dedicarte y pensar por y para ti.

– Todos sabemos que no han sido las mejores vacaciones del mundo pero aquí te has encontrado con personas que te aprecian, te han mimado, querido y protegido – continuó la amiga.

– Sí, salvo dos personajes, de los cuales no quiero acordarme.

– A uno le quedan dos telediaros para poner los pies en la cárcel, y el otro necesita un empujón y que alguien le diga cuatro cosas a la cara. De eso me encargaré yo un día de estos –planteó, guiñándole un ojo y levantándose porque se acercaba la hora de ir al local social.

– Déjalo, Ariel. No vale la pena luchar por alguien que le da igual tenerte o no – pronunció con mucha emoción. Desde que había llegado a esas tierras, no sabía el porqué, pero se emocionaba con mucha rapidez y ante cualquier cosa.

Se abrazaron y Eli prometió seguir en contacto con ella con asiduidad. Diez minutos después entraban por la puerta del local destinado a apoyar distintos grupos sociales con riesgo de exclusión social y precariedad. Esperaba que los que acudían allí para ayudar, fuesen personas mayores, especialmente jubilados, pero no fue así. Había gente de todas las edades. Ariel, después de presentarle a varios de los compañeros que, como él, acudían de manera voluntaria a ayudar, le buscó una zona donde pudiera sentarse y observar. El lugar era inmenso. Había muchísimas estanterías llenas de alimentos no perecederos, pañales para los críos, productos de limpieza e higiene y, en otra zona, los productos de consumo rápido como huevos, hortalizas, patatas y fruta.

Todos los alimentos y demás artículos eran donados por personas anónimas que acudían allí con sus bolsas cada semana. También los dejaban en los carritos que había a la salida de los supermercados de toda la provincia y otros eran donaciones de los propios supermercados, restaurantes y cafeterías. Allí no se tiraba nada pues todo el mundo se había concienciado que existía mucha gente necesitada. Una vez lo tenían todo clasificado, aguardaron a que fuesen llegando las personas que acudían a recoger los alimentos.

Mientras trabajaban, Eli se preguntaba qué tipo de gente hacía uso de esos servicios. Jamás había estado en un lugar como aquel ni tampoco se había parado a pensar la magnífica labor que esas personas anónimas realizaban sin interés alguno. Además de procurarles alimentos, facilitaban, en colaboración con el departamento de Servicios Sociales del ayuntamiento, el acceso a programas de formación, tanto para niños, como adolescentes, mayores e incluso ancianos, además de facilitar la inclusión de una comunidad de inmigrantes y muy especialmente a las mujeres que en algún momento de su vida, habían sufrido maltrato. Las escuchaban e intentaban asesorarlas y transmitirles ánimo.

Sobre las seis y media empezaron a llegar las personas necesitadas con los carros de compra. Unos voluntarios les entregaban los alimentos, otros, los demás tipos de productos y un tercer grupo los atendía en una mesa que habían dispuesto al fondo. Todo estaba bien organizado.

Elisabeth los observaba con atención, además de sentirse profundamente emocionada. Contemplar sus rostros de pena, dolor e incluso hambre, le partía el alma. La forma de vestir, los gestos que hacían nada más entrar, incluso la timidez que demostraban esas personas, era conmovedor. Nunca se lo hubiese imaginado.

Casi al final, cuando estaban recogiendo para cerrar, apareció una joven. Llevaba meses queriendo acudir pero el miedo era más fuerte que sus ganas. Un familiar le había hablado de la labor que allí se realizaba y esa tarde, aprovechando que su marido llegaría a casa más tarde de lo habitual, se armó de valor y fue.

Eli, al fijarse en el rostro de la joven, comprendió la razón por la que no había ido antes, el motivo por el que estaba allí. Al finalizar la carrera de psicología, había estado un mes en prácticas trabajando en una clínica privada. Allí conoció casos horripilantes y otros traumáticos. El rostro de esta chica se parecía al de María, una joven que estaban tratando en dicha clínica por maltrato en la pareja.

Uno de los compañeros que estaba cerca de la entrada le preguntó qué necesitaba y ella le dijo que quería hablar con alguien que la pudiese ayudar y, especialmente, asesorar en temas de maltrato. El hombre, de unos cincuenta años, le dijo que estaban a punto de cerrar y que volviera la siguiente semana. Eli sintió la decepción de la mujer en su propio cuerpo. Nadie se podía imaginar el esfuerzo que la chica había hecho para acudir esa tarde allí. Llamó a Ariel y le pidió que fuese tras la joven. Ella misma la atendería.

Dos minutos después aparecieron los dos en el local. El chico buscó una silla para la chica, que seguía llevando unas gafas de sol que cubrían gran parte del rostro.

- Siéntate a mi lado. Me llamo Eli. ¿Cuál es tu nombre?
- Yo soy Montse –contestó con timidez.
- ¿Te encuentras bien o necesitas un poco de agua?
- Estoy bien –respondió, echando un vistazo a las demás personas que todavía trajinaban por allí.
- Tranquila. Aquí no te va a pasar nada –dijo Elisabeth, tendiéndole la mano. Sabía que las personas que sufren maltrato, tienen la autoestima muy baja y una alta tolerancia a la violencia.

La chica, que rondaría los veinticinco años, sufría lo que se conoce como *Síndrome de la mujer maltratada*. Un proceso patológico que se caracteriza por cuatro factores:

- Indefensión aprendida, que es cuando la mujer termina asumiendo las agresiones como un castigo merecido. No le gusta ser agredida pero se culpabiliza por ello.
- Pérdida del control, la mujer piensa que la solución a las agresiones deben venir del exterior.
- La mujer no reacciona y decide no buscar alternativas para evitar las agresiones y su respuesta ante los estímulos externos es pasiva, autoexigiéndose demasiado y culpándose a sí misma de las agresiones, aceptando el mito de la superioridad masculina.

- La víctima se identifica con su agresor, creyendo merecer las agresiones e incluso justificándolas. Se siente una fracasada.

Todas las víctimas de maltrato sufren una falta de control de sus vidas, viven atemorizadas, aisladas de la sociedad por miedo a tener que dar explicaciones, a ser juzgadas. En muchos casos son los propios maltratadores los que le inculcan miedo para que no se comuniquen con nadie. Ellas sienten mucha vergüenza por lo que les ocurre, jamás piensan en el divorcio como una salida porque no quieren estar solas y corren un serio riesgo de caer en adicciones.

Ariel apareció con un vaso de agua y las dejó a solas.

– No tengas miedo. Toda esta gente está aquí para ayudar. No temas –insistió, viendo lo nerviosa que estaba. La chica tenía la sensación de que todo el mundo la estaba observando. Su mayor temor era que su pareja se enterase de que estaba allí pidiendo ayuda.

– Tengo que regresar pronto. No quiero que descubra que he salido de casa – dijo por fin.

– Te llevaremos en coche –propuso con voz muy amable–. ¿De cuánto tiempo disponemos para charlar?

La mujer ojeó el reloj de pulsera.

– Hoy llegará sobre las nueve, pero prefiero estar antes en casa –aclaró. Conocía a su marido y sabía que le mentía, casi siempre para saber si le decía la verdad.

Los compañeros avisaron a Ariel que debían cerrar pero este, tras comprobar el estado de ansiedad que sufría la mujer, les comentó que se encargaría él mismo de hacerlo.

Eli empezó a hablarle de su vida, de su trabajo en Madrid y también le contó que había estudiado psicología. Necesitaba crear un mínimo de confianza para que se fiara de ella. La mujer la oía pero el resto de los sentidos estaban pensando en el hombre que la acosaba. A menudo se imaginaba que salía a la calle y aparecía él. Hacía muchísimo tiempo que no entraba en una cafetería, en una tienda de ropa, de zapatos o en una bisutería.

Poco a poco y sin poder evitar el llanto, se fue soltando y respondiendo a las preguntas que le hacía. Para Eli, era muy duro escuchar aquel testimonio; pensar que un indeseable era capaz de causar tanto daño; le enervaba la sangre. Aproximadamente sobre las ocho y media abandonaron el local y la dejaron a varias calles de su vivienda. Si él llegaba antes que ella y la veía bajar de un vehículo extraño, sería motivo para recibir una paliza.

Una vez se alejaron, la madrileña no pudo contener las lágrimas. Al día siguiente volvería a Madrid y no podría ayudar a la muchacha. ¿Qué iba a pasar con ella? ¿La ayudarían en la asociación? ¿Conseguirá hacer frente a su maltratador y empezar una nueva vida? ¿Conseguirá dejar atrás los miedos y emprender un nuevo viaje? Preguntas que todavía no tenían respuesta pero si algo tenía claro era que seguiría manteniendo contacto con la joven, en el horario que ella le había indicado. Tal y como le prometió, antes de bajar del coche, no iba a dejarla sola. Buscaría

información y asesoramiento desde la distancia. Varios compañeros de la facultad habían montado sus propias consultas y sabían qué debían hacer estas personas en el momento que tomaran la decisión de abandonar ese bucle que tanto daño le provocaba.

Esa noche no quiso cenar, pese a la insistencia de Bárbara y Carmela. Después de dejar a Montse en su casa, se encerró en la habitación. Su madre había preparado las maletas para partir el día siguiente. ¿Por qué le afectaba tanto el asunto de esa joven? Siempre había sabido controlar sus emociones. Salió al balcón y se sentó al fresco, en una silla de forja. No tenía sueño, así que cogió el móvil para ver si había novedades en la web de su empresa. De pronto, sintió que el aparato vibraba. Lo había puesto en modo silencio mientras charlaba con Montse y luego se olvidó de cambiarlo.

– Buenas noches. ¿Te cojo en mal momento? –interrogó la otra persona.
– Estaba a punto de meterme en la cama –respondió, restándole importancia.
– Me pregunto si podríamos hablar un momento. Sé que mañana te vas y quisiera aclarar unas cuestiones contigo –explicó Fran.

– En cuanto llegue a Madrid, podrás ponerte en contacto con mi abogado. No quiero hablar más del tema –explicó.

– No se trata de nada relacionado con la chica muerta ni con tu móvil –hizo una breve pausa–. Estoy aquí abajo –insistió, moviendo un brazo para que lo viese.

Ella se levantó, con la ayuda de las dos muletas.

– Espero que no vengas con las mismas intenciones que el domingo.
– Te prometo que no –se comprometió.
– Vale, sube pero solo unos minutos. He tenido una tarde muy ajetreada y me duele el tobillo. Quiero acostarme temprano.

Instantes después sonó la puerta. Se acercó y retiró la cadena de seguridad. Francesco estaba guapísimo con un pantalón y una americana negros y camiseta blanca.

– ¿Vas a una fiesta? –comentó la rubia, apartándose a un lado para que pudiese entrar.

Él la analizó muy despacio y ella se sintió desnuda con la mirada.

– Te noto cansada –susurró, tocándole la barbilla, algo que le extrañó mucho.

– Un poco –respondió.

Fran se fijó que bajo la bata azul de verano, no llevaba más que la ropa interior.

– Pasemos a la terraza –propuso ella. Necesitaba aire fresco después de la inspección que acababa de hacerle a su escote. Ella comenzó a andar cuando sintió su mano en la cintura.

– ¿Qué haces? –dijo, dubitativa.

Francesco no respondió. Tan solo se acercó por atrás y aspiró el aroma de su cuello. Eli cerró los ojos y dejó caer la cabeza. Sus caderas se vieron abrazadas por las manos de él, que, lentamente, fueron subiendo hasta llegar a los pechos. Se los acarició, palpó y masajó. Luego se puso frente a ella y la miró fijamente.

– Lo siento –consiguió decir, envolviendo su cabeza con las dos manos y pegando la nariz frente a la suya.

Elisabeth se sentía en las nubes. ¿Aquello era real? ¿Le estaba sucediendo a ella?

Fran bajó las manos hasta sus glúteos, apretándolos con deseo. La madrileña lamió los labios. Todavía no se habían besado. Las manos se desplazaron al cinturón de la bata pero ella se las agarró.

– Quiero que me beses –dijo, con voz caprichosa y fijándose en las pronunciadas venas que tenía en la sien. Le urgía conocer cómo sabían sus labios, su forma de besar, de acariciar y bailar con la lengua. ¿Le gustaría?

La contempló extrañado pero obedeció. Sus labios se encontraron, primero muy sutilmente, después con pasión, ¿o solo era deseo?

Aferró las manos al cabello de la chica mientras comía sus labios con glotonería. ¿Le gustaba? Se preguntó, mientras se dejaba hacer. Sí, mucho. Hacía demasiado tiempo que no suspiraba por un hombre, que no notaba mariposas en el estómago, pero especialmente que no se sentía deseada.

La cogió en volandas y se arrimaron a la pared, dejando caer las muletas al suelo y aferrándose a sus hombros. Fran deslizó sus manos al trasero de la joven y la estrechó contra su pelvis. Insistió en el nudo de la bata. En esa ocasión, ella no puso resistencia y dejó que cayera al suelo. Recorrió su desnudez con lujuria, quedando sin aliento. Los labios se desplazaron al cuello, coronándolo de besos, mordisqueando sus lóbulos. Tras unos segundos, se desplazaron hacia los senos, suspendidos y endurecidos por el ferviente deseo. Los lamía con recogimiento, nimbándolos con pequeños mordisquitos que producían escalofríos en ella.

– Tienes demasiada ropa –dictó la chica, desabrochando los botones del pantalón mientras él sacaba la americana y la camiseta con desmesurada rapidez–. Ahora estás mejor.

Llevó su mano derecha al excitado miembro y lo acarició por encima del calzoncillo, al tiempo que mordía sus labios y absorbía su ávida lengua.

– Espera un momento –habló nuevamente–. ¿Qué pretendes con esto? –lo fustigó su mirada en él.

– Solo deseo besarte y hacerte mía –alegó, acariciando sus labios con la punta de la lengua.

– Entonces es solo sexo –observó su estómago, plano y duro.

– Única y exclusivamente sexo –comentó entre gemidos, aplastando su boca contra la de ella con desesperación y ahogo.

– Vale –finalizó.

Francesco, con mucho cuidado de no lastimarla, volvió a tomarla en brazos y la dejó suavemente sobre la cama, boca arriba. Le parecía una ninfa, con el pelo cubriendo su pecho y las mejillas sonrosadas.

Se desprendió de la única pieza de ropa que todavía llevaba encima y se colocó sobre ella. Eli, que lo había visto en dos ocasiones desnudo, de cintura para arriba,

descubrió que tenía un físico despampanante. Ella agarró sus hombros y tiró de él hacia su cuerpo. Entonces comprobó que estaba ardiendo de calor.

– Si en algún momento te lastimo en el pie, avísame –solicitó el hombre con ojos seductores. Su mirada había cambiado desde la última vez que habían estado juntos.

La rubia asintió con la cabeza.

Con sumo cuidado abrió sus piernas y se introdujo entre ellas. Sus dedos acariciaron la zona vaginal de la chica, aplicando diversos masajes que la hicieron estremecer. Una sensación placentera que había echado de menos. Con los nudillos rozó las cúspides de los pechos, aumentando vertiginosamente el placer en la chica. Una vez comprobó que estaba completamente humedecida, el siguiente paso fue la penetración. Eli, agarrada a su espalda, se adaptó al ritmo, sintiendo que la llenaba por completo. ¡Uf, cuánto había añorado el sexo! Las manos de él se aferraban a sus nalgas para afianzar las embestidas. Si por él fuese iría cambiando de posturas cada pocos minutos pero estaba preocupado por su pie. No deseaba hacerle daño y que se llevase una mala impresión de él, en cuanto a sexo se refería. Se imaginaba la opinión que, hasta la fecha, tenía de él.

Poco a poco fue incrementando la cadencia de los movimientos hasta llegar al más placentero clímax, los dos al mismo tiempo. Le hubiese gustado contenerse para hacerlo durar, pero era tal el deseo que sentía en aquel instante, que no fue capaz de controlar el apogeo. Los gemidos y jadeos que salían de los labios entreabiertos de Eli, se mezclaban con la fuerte respiración de él. Fran se había tumbado a su lado, con un brazo sobre su abdomen. Segundos después dormían plácidamente. Sobre las tres de la madrugada el hombre, sin hacer ruido, abandonó la habitación.

Elisabeth despertó con el sonido de la puerta al cerrarse. Echó un vistazo al cuarto. Estaba sola. Se irguió y comprobó que yacía desnuda sobre la cama y tenía el cuerpo dolorido, especialmente de cintura para abajo. ¿Lo había soñado? Preguntó en voz baja. Todo había parecido muy real y a la vez natural. Volvió a acostarse y arrastró la otra punta de la almohada hacia ella. La abrazó y aspiró. Todavía olía a él. Entonces supo que no fuera un sueño. Realmente había estado allí, con ella, abrazándola, besándola y haciéndole el amor, aunque era posible que para él solo fuese sexo. No alcanzaba a comprender por qué se había ido sin despedirse, sin decir adiós. Bárbara y ella se irían al mediodía y quizás esa fuese la última vez que se vieran. ¿Otra vez la había utilizado? Daba igual. Ella había disfrutado y estaba convencida de que Francesco también.

Se acomodó en la cama y buscó el sueño. Faltaban pocas horas para dejar esa tierra mágica y regresar a su ciudad nativa. Con el tobillo así no podría empezar a trabajar en la fecha que habían señalado. Su jefa iba a enojarse pero no podía hacer nada.

Por la mañana, después del desayuno, Ariel quedó con ella para despedirse, a solas. Antes de su partida, querida contarle como iban las cosas con Alicia. Bárbara había bajado al bar para charlar con Carmela; al parecer se habían hecho muy amigas.

Como no deseaba que su madre se entrometiera en la conversación, subió a la habitación de Eli. La rubia estaba metiendo en la maleta las piezas de ropa que había usado el día anterior. Se sentaron sobre la cama y comenzaron con las confesiones.

– Primero empieza tú y luego yo –propuso.

En ese instante Trus, que así se llamaba el can de la madre, saltó para acomodarse entre las piernas del chico.

– ¡Le has caído bien! –aseguro ella echándose a un lado para evitar que se acercara. Ariel asintió y empezó a acariciar el poco pelaje que tenía.

– Ayer nos acostamos –soltó el joven.

– No te veo muy animado. ¿No te ha gustado? –preguntó, algo sorprendida.

– A mí sí, muchísimo, pero a Alicia creo que no –confesó–. Empezamos bien, había *feeling*, pero poco antes de, ya sabes –titubeó y Eli asintió–, pasó algo inevitable y creo que fastidié nuestra primera vez.

– ¿A qué te refieres, Ariel?

– Pues que la miré a los ojos y en vez de ver a Alicia vi a Lucía, y dije su nombre en alto.

Elisabeth abrió los ojos de par en par.

– ¿Qué hiciste en ese momento, después de darte cuenta? –interrogó la amiga.

– Me levanté de la cama. No podía hablar, ni siquiera podía soportar su mirada. Me sentía el hombre más estúpido del planeta.

Agarró la frente con la mano y cerró los ojos.

– A ver. Lo que te ha pasado no es nada extraño. Has idealizado a tu anterior novia. Esa ilusión que has tenido se irá disipando con el paso del tiempo. No debes agobiarte –explicó–. Has vivido una situación de máximo estrés y, poco a poco, debes ir dejando que las cosas vuelvan a la normalidad, pero sin forzar –dijo, a modo de consejo–. ¿Qué pasó después de eso?

– Estábamos en un hotel, a las afueras del pueblo. Salí al balcón y me derrumbé –aclaró–. Lloré durante unos minutos hasta que ella vino a mí. Me puso una mano en un hombro y me abrazó por detrás. Yo sabía que la había lastimado con ese comentario, y me sentía mal –dejó salir aire por la boca–. Sé que ella me ama y que haría lo que fuese por mí. En aquel momento tenía el corazón partido, como bien dice la canción de Alejandro Sanz.

– Es obvio que a nadie le gusta que la confundan con una ex, mucho menos estando en la cama, pero estoy convencida de que Alicia lo ha entendido. Ella comprende lo mal que lo has pasado estos dos últimos años, y quiere estar ahí, contigo, para acompañarte en los buenos y malos momentos. La que fue tu novia ya no está aquí, y Alicia lo sabe. No puede sentir celos ni miedo, porque Lucía es el pasado y ella es mi presente. En el instante en que pronunciaste su nombre quizá se

haya sorprendido, pero nada más –se calló unos segundos. Quería averiguar cómo había acabado la noche.

– Respiré profundo y me giré hacia ella. Mis ojos estaban humedecidos y Alicia los secó con las yemas de los dedos. Abrazó mi rostro con las manos y me besó con mucha ternura.

– ¡Ves! Ella está locamente enamorada de ti –acarició su antebrazo.

– No deseo hacerle daño porque, de ser así, no podría perdonarme a mí mismo.

– No estás haciendo daño a nadie. Lo que sientes es normal después de lo que has vivido y ella te comprende y te apoya. De no ser así, tras haberla confundido con tu anterior novia, se hubiera marchado –opinó, sonriéndole con los ojos.

– Lo sé.

– ¿Hablasteis del tema después? –deseó averiguar.

– No. Después entramos y entonces sí lo hicimos. Fue algo muy bonito y que jamás olvidaré. Me da un poco de apuro hablar de esto con otra mujer, no sé, es que nunca lo hice antes.

– Pues imagínate que soy un hombre, con barba de dos semanas, pelos en el pecho y voz gruesa –dijo, entre carcajadas.

– Alicia tomó la iniciativa y yo fui su presa el resto de la noche.

– Entonces, no entiendo por qué dices que ella no acabó satisfecha –vaciló la rubia.

– Lo digo porque tendría que haber sido yo el que le hiciera el amor y fue al contrario. Ella me lo hizo a mí –sostuvo.

– ¡Venga ya, tonto! Eso es lo bonito de una relación. No te preocupes. Seguro que disfrutó tanto o más que tú –manifestó, propinándole un codazo.

– ¿Tú crees que me perdonará por haberla confundido?

– Estoy convencida de que ya lo hizo.

Ariel le dio un beso en la mejilla.

– ¿Sabes que serías una magnífica psicóloga o mediadora sentimental?

– ¿Yo? Tú sueñas –formuló, sorprendida.

– Sabes cómo tratar a la persona que tienes frente a ti, como hablarle y hacerle entender. Eres capaz de empatizar sin ningún tipo de problema y siempre tienes las palabras oportunas, las que nos harán recapacitar. Dices las cosas con moderación pero igualmente implacable. ¡Qué más puedo decirte! –sostuvo el joven.

– Bueno, bueno. No es para tanto.

– De verdad. No entiendo cómo no te dedicas a esto. Si a mí, hace unas semanas, me dijese que una rubia madrileña iba a cambiar mi vida, no lo creería, pero es así. Te estoy muy agradecido porque sin tu ayuda y consejos, no habría abierto mi corazón nuevamente. Me hiciste entender que la vida sigue y que hay que continuar. Ella se fue pero yo me quedé y Alicia apareció para constatar lo que te acabo de recitar –versó, muy emocionado.

– Te lo agradezco pero solo hice lo que creí correcto.

– Y no nos olvidemos de Montse. Ayer estuviste memorable. Nadie, de los que allí estamos para atender a personas con problemas, lo haría mejor que tú. Hablaste con ternura, la escuchaste sin presionarla y le diste varios consejos muy oportunos. Sé que salió de allí con algo más de luz. La verdad es que la conocía de vista y no sabía que estaba viviendo algo tan traumático.

– No me hables de ese tema que me voy preocupada. Esa chica necesita mucho asesoramiento y comprensión y, sobre todo, un hombro sobre el que llorar si es necesario. Desde Madrid procuraré llamarla y facilitarle ayuda, pero la distancia es mucha y temo que eso la aleje y abandone la lucha –opinó, con el semblante serio y reflexivo.

– Ahora te toca a ti –espetó, guiñando un ojo.

– Esta noche estuvo Fran aquí.

– ¿Habéis hecho las paces? ¿Te ha pedido disculpas? –interrogó el joven.

– No hubo muchas palabras, la verdad –sonrió–. Aunque me hubiese gustado que se despidiera.

– Explícate, que no te sigo.

– Pasó la noche aquí y después se fue, sin despedirse –acabó reconociendo y procurando disimular que sí le importaba.

– O sea, que tuvisteis una noche apasionada y después desapareció de la habitación –repitió, rascándose la cabeza para entender esa conducta.

– Ya ves. No tengo suerte con los hombres. Durante varios años estuve saliendo con uno que al final resultó estar casado y tener tres hijos. No nos veíamos todos los días porque ambos teníamos muchas responsabilidades en nuestros trabajos, y de ahí que no me enterase hasta que lo descubrió mi jefa.

– ¿Qué hiciste al saber la verdad?

– Quedé con él para almorzar y delante de todos le dije lo que pensaba. Después me levanté y dejé caer mi bebida sobre su pantalón de tela negro impecablemente planchado. Desde aquel momento odio los pantalones de vestir en los hombres. Me recuerdan a él.

– Menudo elemento –opinó Ariel–. ¿No lo has vuelto a ver?

– Un par de veces. La primera, vino a mi despacho para pedir perdón y que le diese una segunda oportunidad. Mintió diciendo que tenía pensado dejar a su mujer por mí. Por supuesto, no lo creí, ¡y mira que me gustaba el muy cabrón! Casi me convence.

– ¿Y la segunda? –indagó el chico.

– En un restaurante. Yo iba con otro hombre y él estaba cenando con la que, supuse sería su esposa. Muy guapa, por cierto. Lo saludé y desde ese entonces, no nos vimos nunca más –reveló, dejando escapar una discreta sonrisa.

– ¿Te arrepientes?

– Para nada. Todo sería diferente si desde un principio me hubiese dicho que estaba casado pero que tenía intención de separarse porque su matrimonio no funcionaba. Te juro que hubiese luchado por permanecer junto a él, pero desde los

comienzos de la relación me ocultó la realidad. Yo no voy por ahí rompiendo corazones ni destrozando matrimonios. Sé lo que se siente porque lo viví en mi familia. Mi padre tenía amantes en cada país al que acudía por motivos laborales. Ha sido infiel a mi madre mientras estuvieron casados y no quiero ser la causante de un dolor parecido –narró con modestia.

– Creo que has hecho lo correcto –intervino Ariel.

– En una ocasión un amigo me dijo que estaba harto de ser siempre el bueno del grupo. Todos sus amigos eran unos golfos. Se aprovechan de las mujeres utilizándolas como objetos; hoy una mañana otra. Él es diferente. Tiene sentimientos y no le gusta hacer daño pero reconoce que aun siendo así, no se come una rosca –sonrió y elevó los hombros–. Entonces yo le dije que valoraba más su humildad que todo el oro que pudiesen tener los otros. Podrían estar muy buenos pero eran una mierda como personas –añadió.

– Yo siempre he sido del grupo de los callados, los poco atrevidos, pero aun así conocí a la mujer más maravillosa que podría existir y quiso estar conmigo.

Eli miró el reloj de pulsera.

– Tengo que acabar de prepararme –sostuvo con pena pues pasaría horas hablando con el joven de los ojos color, verde grisáceo.

– De acuerdo. Bajo a la cafetería un momento y en nada subo para coger vuestras maletas.

– Gracias, Ariel. Has sido de gran ayuda todo este tiempo y no lo olvidaré –reconoció con voz compungida.

– ¿Volverás?

Tras unos segundos mirándose a los ojos, ella respondió.

– Volveré. Tengo que devolveros las muletas –argumentó con humor.

Se unieron en un abrazo.

A las doce del mediodía tomaron el avión. Eli quiso el asiento pegado a la ventanilla. No deseaba que su madre, ni ninguno de los pasajeros que iban en ese vuelo, comprobasen lo emocionada que estaba. Atrás dejaba buenos amigos, una tierra maravillosa que la había acogido con mucha alegría, y recuerdos que jamás olvidaría. Allí quedaban varias cosas que le preocupaban. El móvil, vital para el ejercicio de su trabajo, Montse, la chica que sufría maltrato en el ámbito familiar, y Francesco, el hombre que, con sus desplantes, su altanería y su singular e inusitado carácter, había conseguido conquistarla. ¿Un amor de verano?

En el avión, Bárbara insistió en que pasaría unos días en el ático de su hija para ayudarla y acompañarla a las consultas. Esta, utilizó todas las evasivas posibles que le vinieron a la cabeza pero no consiguió convencerla. Aunque las dos vivían en la misma ciudad, sus domicilios estaban separados por bastantes kilómetros y no se veían muy a menudo. La idea de tener un perro, por muy pequeño que fuese, en su piso, le ponía los nervios de punta.

Al entrar en el ático, sus fosas nasales captaron el aroma a jacintos. Le apasionaba perfumar y alegrar su casa con flores naturales. Por las noches, al regresar del trabajo, ese aroma le subía el ánimo.

– Hija. Hay que abrir las ventanas que huele a cerrado –objetó la mujer.

– No huele a cerrado, mamá. He dejado varias ventanas un poco abiertas y también le pedí al portero que subiese una vez por semana para abrir y echarle agua a las flores –refutó, liberando un soprido.

Llevaré las maletas a los dormitorios. Me quedaré en la habitación de invitados –dictaminó.

Eli se dejó caer en el sofá del salón. Tan solo le quedaba una semana de vacaciones y los médicos, en Galicia, le habían explicado que sería imposible recuperarse en tan poco tiempo y, aunque en esa tierra había muchos, santos y santas, a los que les atribuían milagros, en medicina no existían las recuperaciones mágicas y prodigiosas.

El sábado por la mañana llamó a Cristina, su jefa, para informarle de la rotura que tenía en el pie. La empresaria acogió la noticia con bastante sosiego, algo que la sorprendió. Estaban en la época en la que había más bodas y ceremonias, un temporada de mucho trabajo, comparándolo con los meses de noviembre, diciembre y enero. Eli era el mejor fichaje que tenía en la empresa, la más competitiva y valiosa. ¿Por qué ese cambio? Entonces se dio cuenta que tampoco había recibido llamadas de sus clientes. Normalmente facilitaba su número para estar en contacto y lo curioso era que desde que había salido de Madrid hacia Galicia, nadie se había puesto en comunicación con ella, aunque solo fuese para aclarar dudas. Lo había comprobado en el registro de llamadas de su teléfono fijo. Todo aquello era muy raro.

El domingo estuvo toda la tarde sentada frente al televisor y con el teléfono y el ordenador cerca, por si Cristina se ponía en contacto con ella, pero no fue así. Bárbara, aprovechando que no hacía demasiado calor, salió con Trus a dar un paseo. Acostada por el pie en alto, un refresco y palomitas, se sintió sola. Nadie se había preocupado por ella. Ni una llamada, ni un mensaje. Nadie la había etiquetado en un estado en las redes sociales. Al menos en Galicia estaba rodeada de gente que la tenía en cuenta. Durante su estancia allá, nunca había estado sola porque todos la apreciaban. En aquel momento sentía un vacío que le causaba dolor. Llevaba cuarenta y ocho horas lejos de aquella tierra y ya sentía la morriña que tanto caracterizaba a los

gallegos. En un impulso repentino cogió el móvil y marcó el número de Alicia. Ella y Ariel estaban saliendo del cine. Pusieron el teléfono en modo “manos libres” para charlar los tres. Tan pronto colgó, después de treinta minutos de coloquio, sintió celos de ellos.

El lunes acudió a su médico, en el centro de salud, para coger la baja por enfermedad común. A partir de ese día tendría que acudir cada semana a recoger los partes de confirmación de baja y también a las consultas con su traumatólogo.

Bárbara, al comprobar que se las arreglaba perfectamente sola, a finales de mes decidió regresar a su casa.

La investigación iba lenta. El último viernes del mes de julio, por la mañana, consiguieron la autorización para hacer una sumersión en el río. Un equipo especializado iba a comprobar, en distintos puntos que habían ido estableciendo, los peligros que había en aquellas aguas y así descubrir cuál pudo ser la causa que impidió a la joven salir de las mismas por su propio pie, supiese o no nadar. Descubrirían, entre otras muchas cosas, la profundidad del río o si existía maleza que le impidiese salir. Samanta supervisaba ese laborioso trabajo pues había sido ella misma la que había solicitado la colaboración de ese equipo. Los conocía y sabía de su profesionalidad. Estuvieron toda la mañana haciendo distintas comprobaciones para elaborar un informe que entregarían al día siguiente.

Entre tanto, el equipo seguía buscando indicios sobre la vida que llevaba la joven. Su familia le había facilitado los números de teléfono de sus amigas, la dirección del bar donde trabajaba, y la última factura de consumo de su teléfono móvil. Un departamento de la Policía estaba tratando de rastrear su móvil según la señal, gracias a un equipo avanzado.

Sus tres mejores amigas fueron citadas en la comisaría, una a una y por separado. Las preguntas básicamente eran sobre su relación con la fallecida, si habían notado algo extraño en su comportamiento en las últimas semanas, antes de su desaparición o si estaba saliendo con algún chico.

Dos de ellas dijeron no saber nada pero la tercera reconoció que la vida de Luz era extremadamente alocada en los últimos tiempos. Prácticamente no quedaba con ellas y se juntaba con un grupo que solía esconderse para fumar cannabis y otras sustancias nocivas.

– Me imagino que estará al tanto de lo que le sucedió a su amiga por la prensa – comenzó diciendo Lorenzo.

– Sí. He leído en la prensa y también lo vi en las noticias. Mis padres estuvieron con los suyos pero yo todavía no he sido capaz, salvo el día del entierro.

Lorenzo, que desde un principio supo que podía aportar algo más que las otras jóvenes, insistió en lo importante que era que recordase porque así se podría averiguar cómo había muerta su amiga.

– Luz había dejado de estudiar –recordó con voz triste–. Yo le insistí en que podía compaginar los estudios con el trabajo, al fin y al cabo, solo curraba el fin de semana, pero no me hizo caso –explicó, secando varias lágrimas.

– ¿Sabe si había algún chico en su vida? Alguien que haya conocido recientemente –preguntó el agente–. Tómese su tiempo para responder y, por favor, no reserve nada, por muy duro o embarazoso que pueda ser.

– Cambió mucho y se había distanciado del grupo de chicas y, la verdad, no me gustaba ese tipo de gente con la que se relacionaba –negó con la cabeza–. Un día me llamó por teléfono, a las tantas de la madrugada, y me confesó que se había acostado con dos amigos. Acababa de llegar a casa de sus padres.

– ¿Recuerda si le dijo quiénes eran?

La chica negó con la cabeza.

– Y los días antes de desaparecer. ¿Tuvo contacto con ella? –preguntó, siempre manteniendo la distancia y tratándola con máximo respeto, como no podía ser de otra manera–, le recuerdo que su amiga desapareció el penúltimo fin de semana de junio.

Se quedó pensativa. Cogió el móvil y buscó en mensajes, las últimas conversaciones escritas que había tenido con ella.

– Me escribió el viernes para decirme que iba de camping con dos amigos. Aquí tiene la conversación –extendió el brazo para que viese el mensaje.

Lorenzo lo leyó. Eso confirmaba lo que la anciana del bosque le había contado.

– ¿Le viene a la mente algo más que sea relevante? –ella negó con la cabeza–. De acuerdo. Si en algún momento si acuerda de algo, no dude en ponerse en contacto conmigo o con el departamento –aclaró, haciéndole entrega de su tarjeta de presentación.

La chica salió de la sala con cierto nerviosismo pero con la esperanza de que la información que le había proporcionado, valiese para dar con los asesinos de su amiga. Sus padres la esperaban en otra estancia habilitada para los acompañantes. Las chicas de esa edad a menudo muestran una manifiesta falta de juicio.

Al llegar Samanta, le relató lo que la amiga había revelado. El día que Luz falleció ahogada en el río, no estaba sola. La detective, con las manos en los bolsillos del pantalón y el pelo recogido en un moño despeinado, asentía con la cabeza.

– Mañana nos acercaremos al bar de copas donde trabajaba –enmudeció unos instantes–. Le diré a Fran que me acompañe. Si encontrásemos su móvil podríamos ver sus últimas llamadas. Ahí está la clave –salió al exterior y marcó el número de Maceroni, le hizo la propuesta y este aceptó. Quedaron de encontrarse en la salida del pueblo, donde estaban la mayoría de los bares de carretera que solían ser frecuentados las noches de fin de semana, generalmente por hombres.

Para la ocasión, el hombre apenas cambió su vestuario casual. Pantalón chino oscuro de corte entallado y bolsillos delanteros italianos, junto a una camiseta marinera de manga larga de corte recto y cuello redondo, y unas zapatillas deportivas. Todo lo contrario a Samanta. Todos la conocían por su indumentaria, sencilla y un tanto varonil, pero aquella noche no parecía la misma mujer. El pantalón y la blusa habituales los había cambiado por un crop top sin mangas de color negro y escote con cordones cruzados en el pecho, junto a una maxifalda de color blanco que descubría su pierna izquierda al caminar. Fran, al verla llegar, quedó mudo.

– Cierra la boca, paspán. ¿Acaso nunca viste una falda? –sugirió la detective que mesaba sus cabellos.

Francesco reaccionó y se puso a su lado.

– Vamos a entrar. Primero nos sentaremos en alguna zona del local desde la cual podamos observar la gente que entra –aclaró la mujer.

– Estoy a sus órdenes pero me decanto por un sitio cerca de la ventana –canturreó.

– ¿Por si hay que salir corriendo? –bromeó la detective.

Entraron, como si fuesen dos clientes más. El local tenía la música bastante alta y mucha iluminación de color. Se acomodaron en una mesa alta con acabado Werzalit y taburetes marrones de ratán sintético con respaldo y cojín desfundables. La barra estaba llena de hombres con las copas en las manos, salvo en la zona reservada para el servicio.

Al poco rato se acercó una camarera. La chica se fijó en Folla. No era habitual ver mujeres en el local.

– Buenas noches, pareja. ¿Qué vais a tomar?

Fran pidió una cerveza sin alcohol y Samanta un mojito.

– ¡Vaya, hoy te has soltado! –opinó el hombre mientras se fijaba en la indumentaria que llevaba la chica que los iba a servir, igual que sus otras tres compañeras. Un top oscuro corto y una minifalda muy mini.

– ¡Qué poco me conoces! –tarareó sonriendo–. Sin embargo veo que tú sigues sin probar alcohol.

– No lo necesito –contestó de manera áspera.

– Alegra esa cara o pensarán que somos polis –formuló la detective.

– ¿Y no lo somos?

– ¡Después dices que la estirada soy yo!

La camarera se acercaba con el pedido.

– Sé cordial con la chica y éntrale –espetó Folla, moviendo el cabello de manera sensual. Fran abrió los ojos de forma exagerada.

– ¿Acaso crees que he venido a ligar? Yo no trabajo así.

– Me refiero a que enseñes los dientes cuando hables con ella. Así ganarás puntos.

La joven, que debía tener la misma edad que Luz, dejó la bebida sobre la mesa acompañada de unas aceitunas y frutos secos.

– ¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí? –vaciló el de los ojos, azul turquesa.

– Llevo solo un mes –Folla y Fran intercambiaron miradas. Justo el tiempo que llevaba muerta Luz.

Él asintió.

– Para ser tres chicas trabajando debéis tener mucha clientela –señaló, mirándola fijamente y siguiendo el consejo de su compañera en cuanto a la sonrisa.

– No nos podemos quejar. El pub solo abre los fines de semana y festivos.
– ¿Conocías a la joven que trabajaba aquí y apareció muerta? –interrogó la de los ojos verdes.

La camarera calló. Obviamente se dio cuenta que aquella pareja no había ido al local para tomar una copa.

– Solo de vista. Al desaparecer la chica me contrataron a mí –reveló.
– Has tenido suerte –dijo Maceroni.

La camarera echó un vistazo a la barra. Tenía que seguir sirviendo.

– Tengo que trabajar –guiñó un ojo y sonrió, igual que Fran–. Pasad una bonita velada, chicos. Si queréis algo más, ya sabéis donde estoy –se giró y fue atender otra mesa.

Media hora más tarde aparecieron las amigas de la joven muerta aunque en un principio no se enteraron de que Fran y Samanta estaban en el local.

– ¿Has visto? –Samanta se giró hacia él–. Esas que están ahí fuera son las amigas de la chica.

Fran arrugó la frente y siguió observando. Las jóvenes entraron a coger la bebida en la barra y salieron al exterior. Hacía una noche espléndida como para estar dentro.

– ¿Entiendes ahora por qué es mejor sentarse cerca de la ventana? –insinuó él.

Desde donde estaban situados podían curiosear sobre quién hablaba con ellas y, al mismo, tiempo, quién entraba en el pub.

Las chicas disfrutaban de la noche bebiendo, fumando y charlando entre ellas o con chicos que se acercaban para entablar conversación, más que nada porque eran las únicas mujeres que había por la zona.

– ¿Ves algo que te llame la atención? –interpeló la morena de pelo negro azulado.

– De momento nada.

– ¿De verdad que no conoces a nadie? –preguntó, muda de asombro–. Llevas años aquí. ¿Qué haces en tu tiempo libre?

– No vine a hablar de mí –dictó, rotundo.

– Veo que sigues aferrado al pasado y mientras no sueltes lastre, no serás feliz –dijo a modo de consejo–. Lo hablamos en muchas ocasiones y pensé que habías cambiado.

– ¿Acaso me he metido en tu aburrida vida? –se levantó y dirigió a los aseos. Folla negó con la cabeza.

Al regresar, la detective estaba en la barra hablando con el encargado. Bastaba ya de disimular ser quién no eran. Habían ido por motivos de trabajo. Él se sentó y observó a las jóvenes a través de la ventana. Varios chicos pretendían ligar con ellas. Se fijó en ellos y vio que uno era el que había visto en el funeral. Cambió de posición para cerciorarse. En efecto. Se trataba del mismo joven. Se levantó y, pasando junto a Folla pero sin decirle nada, salió del local. Estaba a tan solo diez metros cuando el chico lo vio acercarse. Con disimulo se despidió de ellas con un beso y se alejó, con

paso apurado. No podía tener un nuevo encontronazo con el hombre que había visto en el entierro de Luz. Si llegaba hasta él, sería incapaz de mentir y seguir con aquella farsa que, por un lado, le gustaría finalizar. Fran aceleró el paso pero no logró descubrir por donde se había perdido. Una vez más lo había tenido al lado pero el joven era resbaladizo.

– ¿Qué ha pasado? –preguntó Samanta tras ver la cara que llevaba Francesco al salir del pub–. ¿Quién era el chico que salió apresurado?

– El mismo que vi en el funeral de la chiquilla.

– Maceroni, ¿qué me ocultas? –quiso averiguar la detective.

– Nada, solo que el día del entierro de la chica fui porque tenía la corazonada de que iba a ir alguien que sabe demasiado de su muerte –explicó, pasando una mano por la escasa barba.

Folla se apoyó en la mesa que tenía a sus espaldas.

– ¿Por qué no me lo contaste antes? –lo amonestó–. ¿Qué pasó allí? Sabes que deberías habérmelo contado.

– Me pareció extraño que estuviese tan apartado de la muchedumbre por lo que busqué la manera de acercarme a él pero por detrás. Le hablé, le pregunté si eran amigos y el chaval se puso nervioso y comenzó a caminar entre la multitud hasta que lo perdí de vista –relató.

– ¿De verdad me estás diciendo que lo tenías al lado y lo perdiste? –pronunció con exagerado malhumor–. ¿Has perdido tus facultades?

– No me toques la moral.

– Entonces es que conoce el tema. Quién sabe si es uno de los jóvenes que estaban con ella en el río el día que los vio la anciana del –sentenció. Su aspecto físico, horas antes, sobradamente femenino, había recobrado el look sobrio que tanto la caracterizaba.

– Estoy convencido de ello –sacudió la cabeza en señal de decepción.

– Preguntemos a las chicas que estaban con él. Quizá tengan su número de teléfono o sepan donde vive o trabaja –aseguró, buscando en el bolso una goma para atarse el pelo.

Samanta interrogó a la que se había soltado un poco más, cuando las habían interrogado, quién era el joven que estaba con ellas hacía escasos minutos, pero la chica se lo tomó en broma.

– Es un crío para ti –alardeó, con la complicidad sus amigas. Era evidente que no la había reconocido.

– ¿Te hace gracia? –insistió Maceroni mirando hacia Folla–. Enséñale tu placa. A ver si así se le sale esa sonrisa estúpida de la cara –comentó en un tono bastante exasperado.

Samanta sacó su identificación y la chica, que hasta el momento no la había reconocido, supo de quién se trataba.

– Lo siento mucho. No la había reconocido –se disculpó.

La detective volvió a preguntar por el joven moreno que estaba con ella.

– Es un chico que conocimos hace unos meses pero no es de aquí –respondió, mirando hacia sus amigas–. Por el acento pienso que no es de aquí sino del norte. Creo que dijo que procedía de un pueblo de Coruña.

– ¿Cómo se llama?

– No se lo he preguntado –aseguró.

– ¿Sabes si conocía a Luz, si eran amigos? –continuó Fran.

– Amigos, lo que se dice amigos, no. Nos conocemos de coincidir en los bares de copas, en alguna discoteca y poco más, pero, ahora que lo pienso, Luz dijo que se iba de acampada con dos chicos, sin mencionar los nombres. Es posible que ése fuera uno de ellos.

– ¿Estás segura? –perseveró la detective.

– Ya le estoy diciendo que no lo sé a ciencia cierta. No soy adivina pero ella comentó que eran dos chicos que había conocido había muy poco tiempo pero que le caían bien –miró a su alrededor para comprobar que ningún conocido estaba pendiente de lo que revelaba–. Se acostaron juntos –se centró en Fran. Él estaba muy serio, esperando que manifestara algo más concluyente–. Los tres a la vez, ya saben.

Fran y Samanta cruzaron las miradas.

– ¿Tu amiga fumaba porros? –inquirió el varón.

– ¡Todos toman canutos el fin de semana! –valoró sin pudor alguno.

– Todos no, guapa –replicó Folla, mirando hacia su compañero.

Buscó en el bolso su tarjeta y se la entregó, explicándole que si volvía a estar con él o lo veía en cualquier otro lado, se pusiese en contacto con ella, fuese la hora que fuese.

– ¿Tengo que preocuparme si lo veo otra vez? –deseó saber mientras la guardaba en el bolsillo trasero de su pantalón corto–. ¿Creen que fue un asesinato cometido por él?

– Solo queremos hablar con él y que nos cuente lo que sabe. Todavía no hay sospechosos firmes.

Fran echó un último vistazo a los jóvenes que había en un radio de cincuenta metros. Ni rastro del chaval, pero lo que no sabía él era que sí estaba, oculto en el interior de otro establecimiento, y había observado, aunque no escuchado, la conversación que habían tenido con la amiga de Luz. Cada vez se acercaban más y la presión que sufría era abismal; ya no podría salir los fines de semana como lo hacía antes. Encima su amigo había desaparecido, fugándose al país vecino. ¿Cuánto más iba aguantar?

Llevaba más de una semana en casa y no había recibido ninguna visita excepto la del portero del edificio, que se pasaba cada día por si necesitaba algo. Era extraño que su jefa, aun sabiendo que había vuelto del viaje a Galicia, no la visitara ni volvieran a hablar por teléfono. La consideraba una amiga con la que tenía confianza. Sí había recibido llamadas de su madre Bárbara, de Ariel, Alicia y Carmela. En las conversaciones decían echarla mucho de menos, aunque a ella le hubiese gustado escuchar la voz de Fran.

Tenía ganas de llorar; se sentía sola y necesitaba que la mirasen a los ojos y ser abrazada. Para calmar esa sensación de angustia, optó por llamar por teléfono a Montse. Le había comentado que los domingos por la tarde su marido salía a ver el encuentro de fútbol que se disputaba en el pueblo, después de comer, y no regresaba hasta las siete u ocho. La tarde que habían estado charlando con ella les comentó que si en alguna ocasión Eli la llamaba, y estaba él cerca, contestara con la mayor normalidad posible y después le dijera que se habían equivocado.

El teléfono sonó cinco veces, a la sexta contestó. Su voz parecía apagada, pesada, incluso más que la vez anterior que habían hablado. La madrileña le preguntó cómo había sido esa semana. La mujer le contó que cada día que pasaba era más difícil y desolador vivir al lado de una persona que creía conocer y no era así. Elisabeth no quería angustiarse más de lo que estaba por lo que le habló de una ciudad con encanto en la que había estado y que siempre recordaba de manera muy dulce: Barcelona.

Tras conversar durante una hora, Montse le advirtió que debía colgar, por miedo a que su esposo llegara antes de tiempo o la llamase por teléfono. ¿Cómo podía haber gente así, que disfrutase amargando la vida a un ser querido que vive enfrascado en el miedo y el dolor a causa de su desprecio, tanto físico como verbal?

En vista que no quería moverse ni esforzar el tobillo, se acurrucó en la suavidad del sofá y empezó a plasmar en una libreta, todo lo que la joven que sufría maltrato, había relatado.

"Se habían conocido en el verano del año dos mil. Ella regresó al pueblo después de haber estado trabajando fuera más de cinco años. Sus amistades habían cambiado desde que se había ido, ya no eran las mismas, por lo que tuvo que hacer nuevas amigas, empezando a salir con la hija de unos amigos de su padre. Los fines de semana acudían a la única discoteca que había en el pueblo y allí conoció al que ahora era su marido. Él, cinco años más joven que ella, era amigo de esa chica y también había estado trabajando fuera del pueblo. Ella se lo presentó y empezaron a entablar conversación aunque no se caían muy bien. El grupo de amigos quedaba para tomar café, ir a la piscina o para comer en el campo, y ellos, al igual que los demás, también iban. Poco a poco se fueron gustando hasta que empezaron a salir como pareja. Montse acabó enamorándose perdidamente de él. Era el chico ideal porque no fumaba, no bebía, era simpático, amable, divertido, era detallista y siempre estaba pendiente de ella... Cuando la veía fumar o beber, la regañaba porque decía

preocuparse de ella. Pese a su juventud, parecía bastante maduro y con la cabeza bien asentada. Era el hombre de su vida.

Al principio su relación era buena, normal, y determinaron contraer matrimonio, aunque en breve comprobó que era celoso y, esos celos, poco a poco fueron *in crescendo*, convirtiéndose en algo insoportable. Comenzó a cuestionar la ropa que se ponía, la gente con la que hablaba e incluso el tiempo que invertía en el supermercado. De cuestionar pasó a prohibir, cerrando así el círculo de amigos que tenía. Aun así, ella estaba convencida de que estaba enamorada de él y que todo lo que le decía o hacía, era siempre por su bien. Tras aislarla de las amistades, hizo lo mismo con la familia, impidiéndole que los visitara e incluso que los telefonara. En los comienzos Montse insistía en que quería estar en contacto con sus padres, pero él, con su verborrea de serpiente, le explicaba que todo lo hacía porque la amaba y que la quería únicamente para él. Con el paso del tiempo se creía cada una de las palabras que le decía aunque se sintiese el ser más inútil que había bajo las estrellas, y, a la sumisión había que sumarle el sentimiento de culpa.

Pese a discutir por todo, al final Montse acababa asumiendo la culpabilidad y cuando comprobó que la tenía sumisa total, pasó a la violencia física dado que el maltrato psicológico no era suficiente para humillarla. Tras la agresión llegaba un arrepentimiento con los peculiares comentarios en los agresores, que al final acababan por convencerla: *Lo siento mucho, no volverá a suceder. Si me dejas me mato...* De vez en cuando le decía que no sabía limpiar por lo que pasaba la mayor parte del tiempo limpiando la casa para que cuando él llegase del trabajo, no tuviese opciones a decirle que había suciedad o desorden.

En una ocasión sufrió una lesión tan fuerte que tuvo que llevarla al hospital. Allí le preguntaron cómo se había golpeado de aquella manera en el lóbulo derecho de la cara y ella alegó que había sido con la puerta del armario del baño. El susodicho estaba a su lado, sosteniendo su mano como un buen marido; no podía presentar denuncia”

A continuación comenzó con sus conclusiones.

Con el paso del tiempo esas mujeres van adquiriendo lo que se conoce como *Síndrome de Estocolmo*. Se trata de un síndrome de dependencia afectiva que las lleva a perdonarles siempre que comenten una agresión, a minimizar las consecuencias y negar la hostilidad pese a ser anuladas.

La mujer, de mirada triste, necesitaba la ayuda y apoyo de un psicólogo que le hiciese entender que nada de eso era normal; todo lo contrario. Su situación intolerable tendería a ir a peor con el paso de los días, siendo incapaz de manejarla por sí misma. Había dado un paso gigantesco al acercarse hasta el local que había en el pueblo y exponer su problema. La chica estaba deprimida, muerta por dentro pues había perdido todos sus valores, su fuerza, su capacidad de respuesta. El especialista trataría de reforzar su autoestima, fortaleciendo su capacidad para hacer frente a ese psicópata. Tendría que exponerle el tema de denunciarlo, bien fuese a través de la Guardia Civil o en un centro hospitalario en caso de recibir otra paliza. Un juez podría firmar una orden de alejamiento.

También cabía la opción de refugiarse en una casa de acogida y abandonar así su infierno particular. Esos lugares ofrecen apoyo psicológico y sobre todo protección. Estaría rodeada de mujeres de su misma condición y saldría mucho más reforzada. Incluso las había que tenían con ellas a sus hijos, a los cuales no les faltaba de nada.

En Madrid conocía muchos psicólogos que quisieran tratarla pero ella estaba lejos y así la terapia era difícil. Pese a todo, iba a ayudarla, tal y como le había prometido antes de regresar a su ciudad.

Elisabeth fue familiarizándose con la escayola. Dos semanas después de regresar de la Ribeira Sacra caminaba gracias al tacón que le habían puesto. Aprovechando que estaba de baja, visitó a varias personas que habían estudiado con ella en la universidad para asesorarse mejor sobre el tema del acoso en el ámbito familiar. Hasta aquel entonces enviaba los partes de confirmación de baja por correo certificado pero un día decidió que podía acercarse a la oficina y dejarlo personalmente. Para ello cogió un taxi, que la desplazó hasta allí.

Al entrar en el edificio fue abordada por el portero, que le abrió la puerta y se interesó por su lesión. Después pulsó el botón de llamada del ascensor. Al llegar a la planta sexta, donde estaban las oficinas de la empresa para la que trabajaba, percibió el aroma a flores frescas y la claridad de las paredes.

En recepción estaba Lourdes, que al verla no supo disimular su intranquilidad.

– ¿No te alegras de verme? –preguntó, acercándose a la mujer para darle dos besos–. Os he echado mucho de menos.

– Yo también a ti y claro que me alegro, solo que no te esperábamos –se disculpó.

– Te dejo el parte de baja –explicó, sacando un sobre del bolso–. ¿Está Cristina? La compañera aceptó el sobre y se puso a su lado.

– Está un poco ocupada con una ceremonia que tenemos que organizar para el mes de octubre. Creo que se trata de un pez gordo, y no quiere ser molestada.

– No te preocupes. Seré rápida. Solo quiero saludarla y decirle que pronto estaré de vuelta. Primero voy a pasarme por mi despacho para coger unas cosas –comentó.

– Mejor no entres, Elisabeth –comentó Lourdes moviéndose muy rápido para impedir su paso.

Ella giró la cabeza hacia la puerta del que era su despacho. Estaba abierta. Algo que le extrañó pues siempre permanecía cerrada al no estar ella en la oficina.

– ¿Por qué no quieres que entre? ¿Me ocultáis algo? ¿Quizás una fiesta sorpresa? –insinuó bromeando.

Se desvió unos centímetros de la compañera y paseó, cojeando, por el largo pasillo. La puerta de su despacho estaba frente a la de Cristina. Esta, hablaba por teléfono. Al girarse vio otra joven sentada en su sillón de ejecutivo. Miró hacia atrás y vio que Lourdes cubría la boca con la mano izquierda. La chica que estaba en su lugar de trabajo supo que era ella porque sobre el mueble que había tras su mesa, estaba un cuadro en el que aparecía retratada con su madre.

– Hola. Yo soy Elisabeth. ¿Tú eres? –demandó con prudencia. Se había quedado en la puerta, como una estatua.

– Sabrina López Duarte, asesora de bodas –contestó con cierto orgullo y bastante vanidad, `por cierto.

Eli frunció la frente y salió del despacho hacia el de Cristina, que seguía colgada al teléfono.

– Tenemos que hablar de algo, ¿no?

La empresaria se disculpó con la persona que tenía al otro lado del teléfono diciéndole que la llamaría en unos minutos.

– Siéntate, Eli –solicitó con solemnidad.

– No estoy cansada –masculló en el mismo tono que su jefa.

– Me imagino que has conocido a Sabrina –formuló.

Elisabeth asintió, sin más.

– Como sabes la crisis mundial también ha afectado a este negocio. Ahora la gente, a la hora de contratar un evento, estudia y pide más presupuestos. Quieren calidad pero a bajo precio. Hasta ahora ofrecíamos la máxima calidad pero nuestros precios seguían siendo más elevados que los de la competencia. Eso ha cambiado o de lo contrario habría que cerrar las puertas –versó la propietaria.

– No entiendo a qué viene ahora este discurso. ¿Qué hace esa mujer en mi despacho? –interrogó de manera directa.

– La he contratado para sustituirte –espetó, dejándola petrificada.

– El doctor me ha dicho que en unas semanas me sacará la escayola –alegó la rubia, suponiendo que la baja podría ser la razón de esa contratación.

– Ella ocupará tu puesto. No puedo permitirme pagarte un sueldo tan elevado –resolvió, arqueando las cejas.

– ¿Estás diciendo que me vas a despedir por esa novata?

– No me queda otra alternativa. Tú eres una gran profesional pero en este momento supones demasiado dinero para el negocio y he tenido que recortar –justificó. Se incorporó de un brinco y guardó un archivador en el mueble que estaba tras ella.

– Perfecto –se dio la vuelta moviendo la cabeza. ¿Qué estaba pasando que últimamente todo el mundo le daba la espalda?–. No, no está perfecto. Pensé que éramos amigas. Había confianza entre las dos y no me esperaba esto de ti. Al menos lo hubieras hablado conmigo antes de meter a otra persona en mi sitio. Me acabas de decepcionar, Cristina –explicó, bastante emocionada pero sin llegar a derramar una sola lágrima.

– Lo siento mucho pero debo pensar en mi empresa y en las demás personas que forman la misma –observó.

– Claro. Había que cortar cabezas y qué mejor que la de Elisabeth –se mofó.

Cristina no respondió. Sabía que todo lo dicho era verdad.

– Muchas gracias por tener el detalle de decírmelo –salió del despacho sin mirar hacia atrás ni hacia el que había sido su puesto de trabajo.

– Eli. Siento que hayas tenido que enterarte de esta manera. Ella nos prohibió decírtelo –susurró la secretaria con cierto secreto.

– Da igual, Lourdes. Un día de estos enviaré a alguien para que recoja todas mis cosas –anunció.

Con cojera abandonó el edificio donde había trabajado más de diez años. Ahí dejaba gran parte de lo que había sido su vida, un cúmulo de horas, gente que apreciaba, buenos y bonitos recuerdos...

Buscó el número de teléfono del taxista para que la recogiese en el mismo sitio. Quería regresar a casa cuanto antes para reflexionar sobre lo que acababa de pasar. Su vida había dado un vuelco abismal. Estaba sola, coja y sin trabajo.

Hacía una tarde radiante. El taxista la dejó delante de un parque natural que había cerca del edificio donde vivía. Ésa, había sido la dirección que Eli le había dado. Se sentó a la sombra, como una mera observadora. Padres que corrían tras sus hijos impidiendo que cayesen a la fuente, niños gritando y jugando con sus bicicletas. Una pareja discutiendo por el hijo de cuatro años; uno lo consentía y el otro intentaba frenarlo.

Todos parecían felices. Reían, se relajaban a la sombra de inmensos y centenarios magnolios, hacían fotografías, tomaban helados y hasta se daban besos. De fondo se escuchaba música instrumental que se mezclaba con los gritos y llantos de los críos y sus padres regañándoles. Todos estaban acompañados, excepto ella. ¿La soledad era buena? Hay gente que disfruta con el silencio y el aislamiento, pero eso no iba con ella. Siempre había estado rodeada de personas, de vehículos, de edificios; todo lo contrario a su madre, que disfrutaba de esa soledad, entre comillas.

Después de semanas de indagaciones, de preguntar a vecinos, amigas, en el bar donde trabajaba de forma esporádica, habían avanzado muy poco.

Samanta se había reunido con todo el equipo para evaluar la situación.

– Como bien sabemos todos, los fluidos biológicos de los cuales se puede obtener ADN son, la saliva, la orina, la sangre, el esperma, el sudor y las lágrimas. En esta ocasión encontramos esperma en diferentes preservativos y saliva en varias colillas. Hemos cotejado el perfil genético obtenido en lo que podría ser la escena de un crimen, con los perfiles criminales empadronados pero hasta el momento no hemos encontrado coincidencias. Lo que sí se puede asegurar es que hay, al menos, esperma de tres varones diferentes. Los condones encontrados cerca de donde localizamos el cadáver no coinciden con el que se localizó a metros de esa zona. Seguramente pertenezca a otro hombre que no tiene nada que ver con el asunto que estamos tratando, pero tampoco lo podemos descartar –aclaró Lorenzo mientras ojeaba unos papeles.

– Me han dicho que tenemos el informe de la sumersión que hicieron en el río. ¿Quién lo ha leído? –indagó la detective. Ella se encargó de solicitarlo pero había tenido que ausentarse varios días a causa del fallecimiento de un familiar.

– Pues dice lo que más o menos pensábamos desde un principio –buscó dicho informe entre el papeleo que había llevado–. Existe la posibilidad de que la chica no supiese nadar aunque sería muy estúpido por su parte tirarse al río sin tener conocimientos de natación –opinó Lorenzo–. Al parecer en esa zona hay bastante profundidad y hubo un factor que jugó en su contra.

– ¿Cuál? –intervino Folla con especial interés.

– En esa vertiente hay varios metros de lodo. Si la joven tocó con los pies sobre esa mezcla de tierra, arena y restos de maleza, seguramente no fue capaz de emerger. Ellos afirman que es imposible salir de ahí sin ayudar externa.

– Eso quiere decir que los chicos, de estar con ella en aquel momento, no la auxiliaron –masculló Samanta meneando la cabeza.

– ¡Menudos cabrones! –dijo Sousa.

– Trillo, ¿qué me dices de su teléfono? –demandó, intentando rebajar el estrés que todos tenían en aquel instante.

– Hemos conseguido la autorización. Ayer por la tarde recibí un primer informe breve.

– ¿Cómo es que no me has informado hasta ahora? –encuestó la detective.

– Porque ya habíamos concretado la reunión para esta mañana –Folla lo observó con atención.

– ¿Ha sido localizado?

– Efectivamente, y conseguí la orden del juez instructor del caso para ir hasta allí. La sorpresa es que según el localizador, se encuentra en un vertedero donde hay más de veinte mil toneladas de basura.

La detective se sorprendió, asintió y cogió el papel que el compañero le enseñaba.

– Perfecto. Preparad los equipos que allí nos vamos. En media hora salimos – instruyó, finalizando la junta.

Cuando llegaron allí, se encontraron con columnas y columnas de despojos. Bolsas de todos los tamaños y colores que eran manipuladas por un compactador de basuras, una pala de cadenas y una retropala. Los agentes fueron acotando parte del basurero. Fue una semana de intensa búsqueda hasta que localizaron el aparato inalámbrico guardado en una bolsa de plástico de color negro. En otra localizaron la ropa de la joven y las sandalias que su madre identificó a posteriori.

El teléfono fue llevado al laboratorio. Un equipo especializado del departamento de Electrónica del laboratorio del Criminalística, de la Guardia Civil, extraería sus datos para obtener toda la información que pudiera estar relacionada con su muerte. Lo primero que debían hacer era conseguir la contraseña sin bloquear el aparato. Tenían tres intentos, al cuarto, toda la información se borraría, perdiendo así toda posibilidad de saber algo más sobre la joven y descifrar tantas y tantas incógnitas que en aquel momento los abordaban. Samanta estaba convencida de que el teléfono contenía información útil para avanzar en las averiguaciones.

Los profesionales que allí trabajaban, limpiaron la memoria con ultrasonidos y después lo secaron con sílice durante diez días. Unos días después lograron acceder a la memoria del teléfono.

¿Qué secretos contendría el aparato? ¿Valdría de algo tanto trabajo por parte del equipo de criminalística?

Folla fue avisada del gran logro y se desplazó hasta ese departamento.

Elisabeth siempre había sido fuerte y echada para delante, pero enterarse de aquella manera de que iba a ser despedida, la dejó tocada. Hasta entonces se consideraba invencible pero en aquel momento estaba rota en mil pedazos. Confiaba plenamente en Cristina y tenía la convicción de que acabaría jubilándose a su lado. ¡Las vueltas que había dado su vida desde que partió hacia Galicia!

Cogió el teléfono y llamó a Alicia. Necesitaba desahogarse con alguien y quién mejor que la joven de ojos oscuros y labios carnosos. La chica tardó en contestar.

– Hola, Eli. ¿Cómo es que llamas a estas horas? –consultó. Le costaba hablar.

La rubia miró el reloj. Eran las dos y media de la madrugada.

– Oye, perdona. No me di cuenta de la hora –se disculpó. Después de salir del edificio donde había trabajando, entró en su ático y no fue consciente del paso de las horas. No había comido ni cenado.

– Tranquila, no pasa nada. ¿Te encuentras bien? –preguntó. No le gustó el tono de voz de su amiga.

La madrileña escuchó una voz masculina al fondo. Supuso que estaría con Ariel.

– Te llamo mañana y disculpa.

Alicia se incorporó para hablar con su amiga pero esta había colgado.

– Era Eli. Me pareció que estaba preocupada –musitó.

– ¿Te ha dicho algo? –habló el chico que tirada de ella hacia la cama.

– Que mañana me llama pero su tono me ha dejado preocupada. ¿Has hablado con Francesco desde que se fue? –preguntó sin hacer caso de sus insinuaciones.

– No. La verdad es que tenía pensado hacerlo pero con la carga de trabajo en el despacho, desde que regresamos de vacaciones, se me pasó por completo. ¿Dónde vive ese hombre? –se defendió, sintiéndose mal por el despiste.

– Eli me dijo que vive en el bosque, muy cerca de donde encontraron el cadáver de la chica –atestiguó.

– Vale. Mañana me acercaré hasta allí –volvió a tirar de su cintura hasta que logró colocarla sobre él–, pero ahora sigamos con lo que teníamos entre manos, que me tienes coladito.

– Empezaré por enredar nuestras manos, así –tomó sus manos y enlazaron los dedos–. Ahora las llevaremos a la parte superior de tu cabeza y te dejarás besar. Así.

Alicia posó sus labios carnosos sobre los del joven, los acarició con la lengua, tiró de ellos muy sutilmente con los dientes.

– Tus manos deben permanecer quietas y sobre tu cabeza, mientras lamo tu barbilla, tu cuello, el lóbulo de los oídos, tu pecho, hasta conseguir que sientas escalofríos –dijo en tono abrazador.

Él asintió con los ojos y dejó que fuese ella la que dominara el instante. Respiraba por la boca y mojaba los labios con la lengua. Verdaderamente sentía temblores.

– Te estremecerás al sentir mi lengua sobre tu abdomen –su voz sonaba seductora cada vez que le susurraba.

La respiración del hombre era entrecortada. Su cuerpo se arqueaba para apreciar su lengua suave.

– ¿Qué me estás haciendo? –logró decir mientras sentía sus manos abrasando su piel.

Alicia disfrutaba viendo que su respiración era rápida y somera. Bajó una de las manos hasta su virilidad candente y la frotó de manera fogosa.

– ¡Quiero escuchar tus gemidos de placer! –exigió la mujer. Su cuerpo palpitaba por él.

Ariel quería controlarse; necesitaba alargar ese deseo embriagador pero aquellas manos esculpidas lo estaban torturando.

– Te deseo –escupió entre gemidos y jadeos, acariciando su trasero.

Se sentó sobre él y comenzó a frotar su sexo contra la apremiante erección. Una sensación que la volvía loca. El joven no soportó más la tortura y elevó la parte superior de su cuerpo. Su nariz chocó con la de Alicia y la besó en los labios de manera profunda, en la barbilla. Llevó las dos manos a sus pechos y los masajeó; ella se inclinó hacia atrás, permitiendo que la lengua acariciara las cimas rosadas e hinchadas de sus pezones. Alicia sentía que la protuberancia de su enorme miembro pedía paso hacia su abertura. Ella movió las caderas formando círculos eróticos. Se miraron a los ojos. ¿Qué veían? Solo dos personas que se deseaban. La morena se sentía perversa, ansiaba provocar a su chico. Colocó las manos en su pecho y tiró de él hacia el colchón. Sus dedos se curvaron alrededor de aquella fascinante erección, bajando y subiendo de forma delicada.

– ¿Te gusta? –preguntó, lamiéndose los labios.

Él respondió con la cabeza. De sus labios entreabiertos solo salían sutiles gemidos. Todo lo excitaba y, ¡por Dios que deseaba poseerla! Con su mano derecha dio un cachete en el trasero de la chica, para su sorpresa. Tras ello, acarició su zona húmeda, impaciente por ser invadida. Alicia levantó las caderas y permitió que su pene la penetrara, se retorció, se restregó contra él, jadeó, emitió un grito sollozante. Ariel se aferró a sus caderas pecaminosas para ayudar en las embestidas. Sentía los pechos de la joven saltar y rozar contra su piel. Cada movimiento incrementaba el deseo, y la cadencia en los mismos iba en aumento. Con el bamboleo de caderas llegaron los estremecimientos, uno tras otro, de nuevo un azote, hasta que arribó una oleada de placer que obnubiló sus sentidos. Se oyeron distintos gruñidos de satisfacción. La chica cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás mientras su respiración se normaliza. Las mejillas están sonrosadas. El cuerpo de Alicia cayó sobre el del varón; ambos sudorosos. Se miraron a los ojos y sonrieron.

Por fin su vida sexual se había reactivado.

El sábado por la mañana Alicia llamó a su amiga desde el despacho del negocio de sus padres. Se sentía algo culpable por no haber hablado con ella horas antes, cuando

estaba con Ariel, aunque, por otro lado, no se arrepentía de nada y lo volvería a repetir. Había sido una noche mágica, apasionada y desinhibida para los dos.

La rubia seguía en cama aunque no había conseguido conciliar el sueño. El teléfono sonó y vio que era su morena. Después de saludarse, Alicia sintió, por segunda vez, que no estaba bien. Su voz era apagada, débil. Hablaba sin ánimos. Sabía que si estuviese bien, en aquel mismo instante estaría preguntándole por la noche loca que había pasado con su chico. Tras charlar sobre temas banales le preguntó qué le ocurría. La rubia reveló su nueva situación; al principio con pocos detalles pero luego fue abriéndose hasta que expulsó la rabia que llevaba contenida.

– ¡La odio con todas mis fuerzas! –gritó, apretando los dientes.

– ¿Te refieres a tu jefa?

– Me refiero a Cristina, mi jefa, y a la que estaba sentada en el sillón que yo misma encargué cuando empecé a trabajar ahí. ¡Puedes creer que me miró con chulería! Ella llevaba ventaja porque sabía quién era yo –hizo una pausa para tomar aire–. Había visto mi foto sobre el mueble que hay tras la mesa de mi despacho.

– En el fondo ella no tiene la culpa, cariño –medió la morena.

– Si hubiese sido más humilde te diría que no, pero su mirada era de desprecio. Era consciente y sabedora de que despedirme estaba en los planes de Cristina. Era su cómplice al igual que el resto de la plantilla. Esa muchacha fue contratada, a los pocos días de irme a tu tierra, y nadie se dignó a llamarme y ponerme en sobre aviso. Creí que éramos algo más que compañeros pero me he equivocado. Una vez más –confesó, enfadada y cabreada también consigo misma.

– Cálmate que poniéndote de los nervios no arreglamos nada. Ella no puede despedirte mientras estés de baja o tendrás suficientes motivos como para denunciar a la empresa. Mientras tanto, recupérate y luego ya veremos –expuso la amiga viendo que con cada palabra que pronunciaba, su ansiedad iba en aumento.

– Tengo motivos más que suficientes para estar así, Alicia. En esa empresa me he dejado la piel dedicando horas y horas para que los eventos salieran a la perfección. Ella alegó que cobraba mucho pero no se paró a pensar en las cosas que he dejado atrás por el maldito trabajo –anunció emocionada–, es más, si lo hubiera hablado conmigo, incluso podríamos haber pactado una bajada de mi salario.

– Pues me lo imagino. Has sacrificado tu vida familiar, alejándote de tus seres queridos, seguramente has perdido amigos y alguna pareja, que te pedía algo más que verte de vez en cuando en un hotel o compartir cena o comida. Tu vida se centró, única y exclusivamente en el trabajo y te olvidaste del resto, aunque he de decirte que no has sido ni serás la única –analizó.

– Cuando se entere mi madre –dijo con un hilo de voz y agitando la cabeza.

– Es tu vida, no da de ella. No te comas la cabeza, Eli –contradijo con voz tajante.

En ese instante llegaba su novio.

– Cariño. Levántate de esa cama y abre las ventanas para que entre aire nuevo y renovado. Después te vuelvo a llamar –finalizó.

La madrileña se levantó y subió la persiana. Después de muchos meses, Madrid había amanecido lloviendo. Siguiendo el consejo de su buena amiga, abrió todas las ventanas para mudar el aire viciado del interior.

Al entrar, Ariel la abrazó por la cintura y, al ver que no reaccionaba de forma efusiva, supo que Alicia había estado hablando con la joven madrileña, y que, a tenor de su expresión, las noticias no eran nada halagüeñas. Su novia se lo explicó todo.

– Es una pena que esté tan lejos. Si estuviese aquí podríamos ayudarla de alguna manera, aunque fuese sacándola de casa o arrancándole varias sonrisas –musitó la morena–. Me siento mal.

– Tranquila, cariño. Buscaré la forma de que vuelva –aseguró mientras la abrazaba dulcemente.

– ¿Aquí? –preguntó.

– Deja que ultime unas cosas y después te cuento –la besó y salió a la calle.

Desde el trabajo había estado preguntando sobre Maceroni. Muy pocos lo conocían. Un compañero dijo que preguntara en el muelle. Él, era el que conducía el catamarán que salía del embarcadero de Santo Estevo. Como todavía era temporada alta se acercó hasta allí al mediodía, aprovechando que todavía tenían el turno de verano. La embarcación estaba vacía por lo que tuvo que preguntar en un pequeño despacho que había contiguo a la cafetería. Una chica le aclaró que volvería un poco más tarde, pero no quiso darle más datos tales como su teléfono personal o la dirección de su vivienda.

Sobre las ocho y media de la tarde se pasó de nuevo y, en esa ocasión, tuvo suerte. La camarera del bar dijo que el catamarán estaba a punto de llegar de vuelta.

Atracó la embarcación y una mujer guía fue la primera en bajar para despedir a todas las personas que habían disfrutado del paseo por el Sil. En sus rostros se veía felicidad y satisfacción. Fran cubrió varios papeles que le había dejado la guía y cerró el pequeño barco. Cuando se dirigía a tierra firme vio a Ariel.

- ¿Cómo tú por aquí? –dijo, sacándose las gafas de sol.
- Vengo a hablar contigo.
- Ahora no es buen momento. Voy a darme una ducha rápida y después tengo una... –Ariel lo interrumpió.
- Se trata de Elisabeth. ¿Todavía te importa o solo fue un revolcón de verano? – soltó en vista de que no tenía pensado escuchar lo que iba a decirle.

Fran rascó la barba de la cara.

- ¿Qué pasa con ella?
- Quiero que vuelva y para ello necesito tu ayuda –aseguró el joven.
- Tú ya tienes novia –vaciló.
- No se trata de eso. ¿Vas a ayudarme o no?
- ¿Qué necesitas?
- Quiero que la llames y le digas que tiene que volver para recoger el móvil y otras cuestiones relacionadas con la investigación. Solo a ti te hará caso.
- Pero eso no es verdad. ¿Qué le diremos cuando llegue y descubra que es mentira? –exclamó con voz dubitativa.
- ¿Quieres que vuelva, sí o no? –demandó, conociendo de sobra la respuesta.
- No se trata de lo que yo quiera sino de lo que ella quiera. Su vida está en Madrid, su trabajo, su madre, todo.
- Ya no tiene trabajo. Su jefa la despidió y está un poco baja de moral, por eso Alicia y yo queremos que venga un tiempo para relajarse.

Fran lo escuchó con la mirada fija en el río.

- Veré qué puedo hacer –respondió.
- Cuento con tu ayuda. Ella te necesita, no le falles –finalizó.

Verla sería uno de los mayores placeres en aquel momento, sentir su piel, sus labios, el susurro de su voz al oído.

¡No! Se reprochó. No podía enamorarse una vez más, no. No quería sufrir la pérdida de alguien por segunda vez. Elisabeth tenía su vida en otra ciudad, lejos de él. Aunque viniese nuevamente de vacaciones, no pertenecía allí. Su mundo era diferente. Allí se respiraba tranquilidad y aire fresco y Madrid era todo lo contrario.

Siguió reflexionando mientras se dirigía en moto a casa.

¿Acaso él pertenecía allí? No, también era un exiliado, un adoptado.

En casa lo esperaba Edy, su fiel amigo. Necesitaba un paseo por el bosque para aclarar las ideas. ¿Realmente quería llamarla? Claro que sí, y mucho. Se sentó sobre una gran roca, a orillas del río. La primera llamada fue a Samanta. Varias semanas atrás le habían comentado que el móvil de Eli ya podía ser retirado pero no la llamó por orgullo, el cual debía hacer a un lado. La detective lo puso al corriente en cuanto a cómo estaba la investigación. ¡Qué poco habían avanzado en el caso! Tiempo atrás, se habría dejado la piel hasta llegar al fondo del asunto, pero ahora, ese, ya no era su trabajo. Lo había dejado por una vida más tranquila.

Tras diez minutos de conversación, colgó y se quedó mirando el cielo estrellado. ¿La llamo, no la llamo? ¿Hago lo que Ariel me pidió, es decir, lo que dicta mi corazón, o me olvido y dejo que los acontecimientos pasen de manera natural? Se debatía sin poder evitarlo. ¡Al diablo con esperar! Marcó su número y esperó a que respondiera.

– Hola. ¿Cómo estás? –preguntó, sin más.

Eli observó la pantalla del teléfono para asegurarse de que era Fran.

– Podría estar mejor.

– ¿Por el tobillo? –dijo aunque intuía que se referiría a haber perdido el empleo.

– Por un cúmulo de cosas. El tobillo va mejor. Me han puesto un tacón para poder caminar. Así no necesito las dos muletas –parloteó.

– Aquí sigue haciendo calor aunque se está mucho mejor que en julio y agosto. Ha llovido unos cuantos días, para refrescar –comentó, sorprendiéndose a sí mismo con la conversación. No solía ser tan cortés y hablador, al menos últimamente.

– ¿Me has llamado para hablar del tiempo?

– Ah, no. Claro que no. Solo quería ser amable –manifestó, dejando escapar un carraspeo.

– Tú nunca eres amable, Fran. Admítelo. Tu naturaleza te lo impide. Te gusta sacar de quicio a la gente y especialmente a mí.

Maceroni cerró los ojos con intensidad. Suerte que no lo veía.

– De acuerdo. Iré al grano. Me han dicho que ya tienes a tu disposición el teléfono móvil pero tienes que venir a buscarlo personalmente –explicó con su voz masculina.

– ¿No me lo pueden enviar por mensajería? Yo me hago cargo de los gastos.

– Han dicho que tienes que venir tú porque hay que firmar una serie de documentos y eso solo lo puede hacer el dueño del aparato –mintió, a medias.

– Antes me corría mucha prisa tenerlo pero ahora me da igual –alegó. Recordar todos los datos del trabajo que tenía guardados en el terminal, la agobió.

– Seguro que tienes fotografías que son importantes para ti. Recuerda que estabas en el catamarán cuando te cayó al agua.

– Sí. Recuerda, recuerda, recuerda. Estoy hasta el coño de recordar.

– Recordar es bueno para ejercitar la memoria –instó con agudeza.

– ¿Acaso recuerdas esa noche? Porque yo sí, continuamente –declaró-. Y no me vengas con el cuento de que fue un sueño. Yo sentí tus manos recorriendo lujuriosamente mi piel. Sentí el peso de tu cuerpo y tu perfume, mezclado con gotas de sudor, resbalando hasta caer sobre mis senos. Me robaste besos. No fue un sueño, fue muy real, Fran.

El hombre echó un vistazo hacia su perro.

– ¿No vas a decir nada?

– No sabía que fueses tan sentimental –alegó.

– Ya, claro. Solo ha sido un polvo. Qué estúpida soy. ¿Algo más, Fran?

El silencio de la noche los invadió.

– En cuanto pueda tomaré un vuelo. Serán unas segundas vacaciones en menos de cuatro meses pero me vendrán bien.

– No traigas solo ropa de verano que aquí ha refrescado. De día hace calor pero las noches quedan frescas y suele amanecer con bastantes bancos de niebla –explicó. Seguía sentado observando las estrellas.

– Vale. Gracias por tu interés pero siempre consulto el tiempo en diversas páginas de internet antes de viajar –cuestionó.

Nuevo silencio.

– Nos vemos en unos días. Hasta luego –dijo con sequedad y cortando la comunicación.

Fran sintió su decepción en el tono de voz. ¿Qué diablos estaba haciendo con ella?

Eli buscó en la agenda el número de Alicia pero tras comprobar la hora, en el reloj que había sobre la mesilla, desistió. La otra vez que la había llamado a altas horas, estaba con Ariel y no quería ser una aguafiestas. Su llegada sería una sorpresa. Aprovecharía para devolverle las muletas que le habían prestado y charlar más en profundidad con Montse e intentar convencerla de que la única solución era denunciar.

Al día siguiente tuvo consulta con el traumatólogo y le quitaron la escayola. El especialista le explicó que ese tipo de lesión no tiene rehabilitación, por lo que debía que ir acostumbrando al tobillo, poco a poco. Le recomendó acudir a piscina dos veces por semana y a un fisioterapeuta una vez. También le indicó que en unas semanas podría empezar a trabajar si así lo deseaba.

En el departamento donde habían conseguido acceder al móvil de Luz, le entregaron un informe bastante exhaustivo que Samanta guardó bajo el brazo, mientras se dirigía hacia el aparcamiento.

En la oficina estaba todo su equipo. Los reunió en la sala de juntas.

– Aquí tenemos la información que contenía el teléfono de la chica –dictó, haciéndole entrega a cada uno de ellos una copia–. Queda pendiente que examinen la ropa y el calzado que encontramos en la otra bolsa, aunque es posible que haya sido contaminado. El plástico estaba roto por lo que esas pruebas nos las van a denegar.

Los cuatro abrieron sus carpetas y empezaron a leer por encima.

– Os lo resumiré de la siguiente manera: tenemos todos sus contactos, fotos que tenía en la memoria, las llamadas que realizó y recibió en los últimos quince días antes de desaparecer, sus mensajes de texto y también los de WhatsApp –afirmó–. Vamos a centrarnos en toda esta información. Lorenzo. Tú comprobarás quiénes son los propietarios de los números a los que llamó. También contacta con las personas que la llamaron a ella. Ya sabes cómo hacerlo –levantó la cabeza y miró hacia el compañero, que asintió–. Matas. Coteja sus mensajes de texto y los de WhatsApp–. El hombre meneó la cabeza en señal de aceptación–. Sousa. Te encargarás de revisar las fotografías, una por una. Ponte en contacto con Maceroni para que se pase lo antes posible por aquí. Él puede reconocer a uno de los sospechosos en caso de que aparezca en la galería. Tengo muchas esperanzas en que consigamos información valiosa.

Todos fueron anotando los encargos en las agendas.

– No llames a Fran. Le avisaré yo. Tú ponte con el trabajo que te acabo de asignar –reveló a Sousa después de pensarlo unos segundos.

– ¿Y yo sigo con lo que estaba? –preguntó Trillo.

No. Tú ponte con las redes sociales. Al parecer ella publicaba en Twitter, Facebook y también en Instagram. A ver si puedes acceder y averiguar algo –ordenó.

Como todos estaban de acuerdo, se levantaron y dirigieron hacia sus puestos. La detective entró en su despacho y contactó con Francesco, que en aquel momento estaba en un descanso.

– Buenos días, Fran. ¿Podrías pasarte por aquí lo antes posible? –consultó sin sacar ojo del informe que acababa de repartir.

– ¿Ha pasado algo? –comentó, extrañado por la llamada.

– Hemos conseguido acceder al teléfono de la joven, a sus contactos, llamadas y también a sus fotos. Tú, viste en dos ocasiones a un joven que crees que tiene algo que ver o, al menos, decir. Es posible que aparezca en alguna de las fotografías. ¿Puedes pasarte esta noche?

– Iré al salir del trabajo, sobre las nueve y media, diez. ¿Estarás por ahí?

– Si me dices que vas a venir te espero –aclaró, sacando la chaqueta para dejarla colgada en el respaldo de la silla.

– Siempre cumplo con lo que digo –sentenció con rotundidad–. Esta noche lo vemos, ahora tengo que dejarte que llega gente.

Colgaron el teléfono. Estaba impaciente y deseando que llegara la noche para poder ver esas fotografías.

Aproximadamente sobre las nueve cuarenta y cinco, llegó al despacho donde lo esperaba Samanta y Sousa. Los tres entraron en la sala de juntas, y fueron viendo las fotografías que previamente el agente había preparado para visualizar en la pantalla que tenían en dicha sala. Había como cuatrocientas imágenes pero las más relevantes eran las veintidós últimas. La memoria del teléfono había indicado que fueran hechas el penúltimo sábado del mes de junio y, no había ninguna duda. Habían sido hechas en el bosque donde fue hallado el cuerpo. En siete de ellas aparecía sola, sonriente y feliz. En dos aparecía un joven que Fran no reconoció y en dos más se dejaba ver el chico que había visto, tanto en el funeral de Luz, como en el bar donde ella trabajaba. En las restantes, figuraban los tres juntos pescando, haciendo bocadillos, fumando marihuana o haciendo el tonto.

– Falta saber si Elisabeth reconoce a alguno de ellos como el joven que vio en el mercadillo o en la fiesta. Tendré que hablar con ella mediante videoconferencia o enviárselas por correo. Su testimonio es relevante –sugirió la detective.

– Al de la fiesta no le vio la cara pero igualmente no hará falta que contactes con ella. Hace unos días hablamos por teléfono y me ha dicho que va a regresar para recoger el móvil.

Folla bostezó.

– ¿Problemas de sueño?

Samanta dejó escapar otra boqueada. Llevaba semanas durmiendo muy pocas horas y viendo que no avanzaban en el caso. La información que acababan de conseguir era un gran paso. Ahora tenían que localizar a esos dos individuos para interrogarles.

Esa noche Folla se fue a casa satisfecha. Había sido un buen día y esperaba que los siguientes fuesen así o incluso mejores.

Eloy consiguió trabajo en una empresa española afincada en tierras lusas. Allí, era más barato comprar un terreno para edificar una nave y mucho más la mano de obra, por eso muchas empresas trasladaban sus negocios a dicho país.

Un viernes por la noche, después de trabajar, llamó a Mateo.

– Hola, tío. ¿Cómo van las cosas por ahí? –preguntó sin más.

– Bien jodidas. Están cerca. Por segunda vez he visto al tío que me fastidió en el funeral de Luz –explicó.

– ¿Qué tío?

– Joder, ya te lo había contado. Uno que empezó a hacerme preguntas sobre ella –sopló con fuerza–. El otro día me lo encontré en el local donde trabajaba la chica y tuve que largarme a todo gas. Ese tío tiene que ser un poli o algo, y te digo que saben más de lo que nosotros nos creemos.

– No hay ninguna pista. Aquel día lo recogimos todo y nos deshicimos de sus pertenencias. Tampoco nos vio nadie. Te aseguro que no tienen nada, estate tranquilo –intentó persuadir.

– Lo estaría más si hubiésemos hecho lo que te decía en aquel instante. Nosotros no matamos a nadie; fue un accidente. Tendríamos que haber llamado a emergencias, a la Policía o a la Guardia Civil para comunicarles lo sucedido. Su familia no nos lo perdonará jamás –opinó con voz amargada y arrepentida.

– No seas cateto y compórtate como un hombre –recriminó el otro.

– Para ti es muy fácil porque no estás aquí pero te advierto una cosa. Como me detengan y me tiren de la lengua, pienso hablar.

– No seas cabrón. Nadie va a detenerte, nadie va a interrogarte porque esa gente no tiene pruebas, ¡cuántas veces quieres que te lo repita!

– ¿Lo sabes seguro? Hay secreto de sumario y esa gente no se anda con rodeos. Te confieso que estoy acojonado.

– Joder, hablar contigo me desmoraliza –gritó–. A ver si te queda claro de una puta vez. A esa tía nos la tiramos los dos pero fue ella la que se ahogó. Deja ya de tocarme los huevos y actúa como si nunca hubiese pasado nada.

– Pero ha pasado, y algo fuerte –comentó Mateo.

– Mira, me voy a tomar unas birras y después buscaré alguna portuguesa que esté dispuesta a pasar una noche loca. Tú, vete a la cama –finalizó con cierto matiz burlón en la voz.

Lorenzo fue cotejando cada número de teléfono que aparecía en el móvil de Lucía, con la relación que los padres de la joven habían facilitado semanas atrás. Algunos coincidían, como el de la madre, el padre, los hermanos, varias de sus amigas; después había otro grupo que no se sabía nada de ellos. Por esos empezaría.

Las llamadas las realizaría desde un teléfono móvil para evitar sospechas. Por experiencia en otros casos, los sospechosos, al ver un número muy largo o que empezase por un nueve y un cero, ya no contestaban.

El primer número al que llamó pertenecía al propietario del local donde trabajaba los fines de semana. Tenían una conversación pendiente con él por lo que lo citó para el día siguiente por la mañana. Contactó con otro pero no estaba disponible y pasó al siguiente de la lista.

– Diga –habló una voz de hombre joven.

– Buenos días. Mi nombre es Lorenzo y estoy trabajando en la investigación de la muerte de una joven llamada Luz, de diecinueve años, en la Ribeira Sacra hace unos meses. ¿Podría decirme su nombre para dirigirme a usted? –se presentó.

Un silencio sepulcral hizo que Lorenzo sospechara que la otra persona había cortado la comunicación.

– ¡Hola! –insistió.

– Sí, estoy aquí –logró responder aunque en un tono poco seguro.

– ¿Su nombre para saber con quién estoy hablando?

– Esteban –fingió, presa del pánico.

– Hemos llegado hasta usted porque su número de teléfono aparece entre los últimos marcados por la chica y me imagino que no ha sido por error. ¿Me equivoco?

Mateo sintió un dolor profundo en el estómago y tuvo que apretar la zona con la otra mano. Eso significaba que habían encontrado el teléfono de ella. ¡Estaban perdidos!

– Eh, sí. La conocía pero yo no sé nada de su muerte –soltó con excesivo nerviosismo.

– ¿Eran novios, amigos, conocidos? –interrogó el agente.

– Nada de eso. Solo la vi varias veces en los locales de copas –se justificó.

– Pues si fuese así no tendría su número entre los últimos registrados. ¿Va a decirme la verdad?

– Ya se lo he dicho. Ella coqueteaba con todos. Le gustaba la fiesta, la diversión, los chicos –explicó, y al ver su expresión, matizó con ferocidad–. Yo,

apenas tuvo roce con ella, al contrario que mi amigo –tras pronunciar eso último supo que había metido la pata, y mucho.

– Necesitamos hacerle unas preguntas más pero personalmente. ¿Tendría algún inconveniente? –demandó el agente.

El joven pensó antes de pronunciarse. Si acudía a la Policía no sería capaz de seguir con la farsa.

– En este momento no es posible –reveló con voz agitada y sintiendo un fuerte dolor en el pecho.

– No le estoy hablando de ahora, ya, pero sí lo antes posible.

– Es que estoy trabajando fuera de la comunidad y no sé cuándo regresaré –mintió, esperando librarse de sus preguntas.

– Bien. En cuanto regrese póngase en contacto conmigo para hablar.

Ambos colgaron. Lorenzo fue al puesto que ocupaba Matas. Él era el que estaba llevando el tema de los mensajes de texto y los WhatsApp.

– Oye, tío. Acabo de hablar con un chico que aparecía en la relación de teléfonos que nos dio la jefa, y me pareció algo sospechosa su reacción. ¿Podríamos ver si tiene foto en su perfil de WhatsApp?

– Por supuesto. Dime el número –dijo el compañero.

Lorenzo se lo cantó y minutos después tenían la foto de un joven que rondaría los veintitantos, posando en el Retiro de Madrid.

– ¡Bingo! Voy a enviársela a Maceroni, a ver si lo reconoce. Después me acercaré a casa de la pareja de ancianos. A ver si la mujer se acuerda de verlo por aquellos lares –se acarició el lóbulo de una oreja.

– Apuesto a que sí –sostuvo Matas dándole una palmadita en la espalda.

Al poco rato le envió la foto a Fran y salió hacia el bosque, con la esperanza de regresar con buenas noticias.

Mateo tuvo que sentarse porque sentía que no le llegaba suficiente oxígeno a su corazón, que palpitaba de manera apresurada; estaba seguro de que en aquel instante superaba las cien pulsaciones por minutos.

A las puertas de un infarto ¿Y ahora qué?

Lo primero que hizo fue eliminar la foto que tenía en el WhatsApp y también en el perfil de Facebook, aunque había llegado demasiado tarde. Lorenzo se había adelantado. Después llamó a Eloy para contarle lo sucedido.

– ¿No habías tirado las cosas de la chica al contenedor? –dijo tan pronto escuchó su voz.

– Eso hice. ¿A qué viene esta pregunta ahora?

– Joder. Me acaba de llamar un poli preguntándome por mi relación con la chica –articuló. Estaba muy nervioso y se notaba en la forma de expresarse.

– No pasa nada, son llamadas rutinarias –cuestionó el otro. Si realmente era cierto, era como una patada en los cojones.

– Me ha dicho que mi número aparece en el registro de llamadas de Luz. Eso quiere decir que han encontrado sus pertenencias. ¿Todavía no lo ves?

Eloy enmudeció, masticando la información que acababa de conocer.

– ¿Qué le has dicho? –preguntó con cierta cautela. Sabía que su amigo estaba al límite.

– ¡Qué querías que le dijera! –explotó–. Me limité a explicarle que apenas la conocía, solo de verla en los locales de copas –expuso con inquietud.

– Muy bien, ¿algo más que deba saber?

Debía ser prudente a la hora de preguntarle.

– El tío quería interrogarme en persona pero le dije que estaba trabajando fuera y que no podía ser, al menos por el momento. No te imaginas lo que me costó mentir. Creí que me iba a pillar –declaró dejando escapar un soplo.

– Perfecto. Lo has hecho de maravilla –comentó, procurando sacarle importancia.

Aquello era un acercamiento en toda regla y no podía permitirlo, pero, ¿cómo hacerlo?

En vista de que iban a seguir llamándolo y haciéndole preguntas, Eloy propuso algo.

– Será mejor dar de baja estos números de teléfono para evitar que se pongan en contacto con nosotros –sugirió.

– Por una vez estoy de acuerdo contigo. Yo tengo otro número que está a nombre de mi padre. Me quedará únicamente con ese.

– Ok. Luego hablamos.

Mateo se dirigió a la tienda de telefonía para dar de baja esa línea de teléfono móvil. Al salir llamó a su madre. Esta, se alegró mucho al oír su voz aunque supo que algo le ocurría. Su hijo era un chaval alegre y ese estado de ánimo casi siempre se notaba en su tono de voz. Pese a que en ese trabajo tenía un buen salario y bastante libertad, tomó la decisión de dejarlo y regresar a su tierra y al negocio familiar. Definitivamente abandonar su nido familiar había sido un craso error.

Al llegar al bosque donde vivía la pareja de ancianos se encontró con el marido, el cual le dijo que su esposa había ido al campo, no muy lejos de allí. La esperó dentro del coche hasta que llegó. La mujer, ataviada con un delantal de color marrón que disimulaba, a la perfección, las manchas de tierra, se sorprendió al verlo allí. Lorenzo le explicó el motivo de su visita y se sentaron en el porche. Sobre la mesa colocó varias fotografías de los dos jóvenes que aparecían con Luz. La anciana cogió una de ella y la alejó. Tenía problemas de visión.

– Tengo que ir a por las gafas. La vista es de las pocas cosas que me fallan – confesó, levantándose para entrar en la cocina.

En ese instante apareció el marido con las lentes en la mano. Ella sonrió y acarició su mejilla derecha, algo que al agente le pareció muy tierno.

La mujer, tras ponérselas, observó cada una de las fotos con mucha tranquilidad; no quería equivocarse.

– ¿Le suena alguno de estos rostros? ¿O los dos? Las fotografías han sido hechas en el margen del río, por donde usted nos indicó que había visto a los jóvenes.

La anciana las colocó sobre la mesa. Sus manos temblorosas, estaban curtidas del sol y del trabajo en el campo.

– *¿Recordas as caras ou non? Non marees a perdiz e dillo dunha vez ou teremolos aquí ata Navidad* –habló el marido en un enérgico acento gallego. Este seguía de pie, en el umbral de la puerta.

Sabela levantó la cabeza y lo miró con reproche.

– Tranquila, doña Isabel. Tómese el tiempo que necesite –señaló el agente.

– No me hace falta más tiempo. Desde el principio supe que eran ellos solo que quise corroborarlo y ver si eran los mismos en todas las fotos.

Cogió dos y las elevó.

– Estos dos chicos estuvieron aquí con la jovencita –afirmó, mirando fijamente a Lorenzo.

– ¿No tiene ningún tipo de duda?

– *Ningunha, rapaciño. Estaban alí, a poucos metros.* Ellos no me vieron porque estaban muy ocupados pero estoy muy segura de lo que digo –esclareció, con firmeza y convicción, mezclando el castellano con su lengua materna.

– Muchísimas gracias, doña Isabel. Ha sido de gran ayuda. La familia de Luz se lo agradecerá –observó el agente.

– Pobre familia. *O que estarán a sufrir!* –finalizó diciendo la anciana cuyos años no habían sido amables con ella.

Lorenzo asintió y le ofreció la mano a la pareja de octogenarios. Después se dirigió al domicilio de Fran. No había contestado a su mensaje así que pensó que igual lo cogía en casa para almorzar, y no se equivocó. Pasaba de la una y media cuando apareció, sobre su preciosa moto. Al reconocerlo, observó el reloj de pulsera.

– ¿No se trabaja hoy?

– Estoy trabajando, Maceroni. Intuyo que no has leído el mensaje que te envié por WhatsApp –manifestó, observándolo por encima de las gafas de sol.

Fran buscó el teléfono en el bolsillo de la mochila que llevaba a sus espaldas. Lo abrió y vio, por segunda vez, el reloj.

– Hoy tengo que regresar más temprano al trabajo para limpiar pero antes tengo que meter algo para el cuerpo. ¿Has comido?

– Llevo toda la mañana por aquí –contestó Lorenzo.

– Vamos, entremos. Te invito a un plato de ensaladilla rusa. La hice antes de irme a trabajar –lo miró de reojo–. Al vivir solo tengo que arreglármelas con la cocina ¿Te gusta?

– Por supuesto que sí. Ahora me comería hasta gusanos –dijo sonriendo y sacudiendo, antes de entrar, el polvo que tenía en las zapatillas de deporte.

Entraron y colocó dos servicios sobre la mesa, sacó del frigorífico una fuente y la botella de dos litros de agua fría.

– No tengo alcohol. Solo hay agua y algún refresco pero no lo tengo en la nevera –dijo.

– No te preocupes. Prefiero beber agua mientras trabajo.

La cocina era pequeña pero muy acogedora y no contaba con televisor.

– ¿Cómo se te dio por dejar la urbe y adentrarte en el bosque? ¿No te aburre tanto silencio? ¿No echas de menos tu anterior vida? –consultó, haciendo uso de su cualidad de investigador.

Francesco dejó de comer y digirió la mirada hacia su camaleón.

– Disculpa. No quería molestarte –colocó el cubierto sobre la servilleta de papel y bebió un vaso de agua.

– Me gusta la tranquilidad y aquí puedo reflexionar, acostarme sin ningún tipo de ruido que enturbie mi sueño, y despertar con el canto de los pájaros. En estos parajes no existe el estrés, no hay personas divagando de un lado a otro con el teléfono móvil pegado, y sin percatarse de lo que los envuelve –razonó meditabundo.

– Yo crecí en la ciudad; siempre viví rodeado de gente de todas las razas, países, religiones y creencias. Esto me valdría bien para desconectar, por ejemplo en vacaciones, pero no para siempre. No obstante admiro a personas que, como tú, se desprenden de las raíces para vivir una vida totalmente distinta sin importarte los arraigos.

– Así tienes la piel blanca como la leche –bromeó; algo raro en él. Cogió un palillo y lo metió en la boca–. Nada me ataba a la ciudad –confesó sin querer. Desde lo ocurrido ocho años atrás, no había hablado con nadie del pasado.

– Está muy buena la ensaladilla. ¿Te importa que repita? –dijo el otro.

Francesco indicó con la mano que podía comer lo que quedaba.

Mientras el acompañante saciaba el hambre, el hombre de los ojos, azul turquesa, echó un nuevo vistazo a la fotografía que tenía en la galería del móvil. Sin duda era el

chico que había visto en el funeral del Luz, y también la noche que había salido con Samanta.

– Es el mismo. Hay que preguntarle a Eli si lo reconoce –admitió, con el ceño crispado.

– Maldito cabrón. Esta mañana hablé con él y me dijo que casi no la conocía –comentó el agente. Su semblante se había ensombrecido.

– Por tu experiencia deberías saber que esa gente es remisa a decir la verdad. Si está implicado en algo, es lógico que no reconozca nada –opinó, dirigiéndose hacia la cafetera para hacer café.

– Es que no es solo eso. Acabo de estar en la casa de tus vecinos –señaló con la mano hacia donde estaba situada la vivienda de los ancianos. Fran asintió–. La mujer asegura que vio a ese tío en el río con Luz y también a este otro –buscó en la carpeta la fotografía que le había mostrado a Sabela.

– ¿Entonces ella afirma que estos dos pájaros estuvieron con Luz en el río? –indagó el moreno haciendo sonar los dedos sobre la mesa.

– Exacto. ¿Cuándo llega la chica madrileña?

– En estos días.

La cafetera avisó que podía servir el café.

– ¿Azúcar?

– Sí, por favor.

Media hora después ambos regresaron a sus trabajos.

Mauro se presentó en las dependencias de la Policía, tal y como había quedado con Lorenzo. No tenía mucho que decir pero si podía contribuir a resolver el caso de la muerte de la chica, el viaje había valido la pena.

El agente lo hizo pasar a una pequeña sala, se sentaron, uno frente al otro, y Lorenzo comenzó a sacar papeles de una carpeta azul marina.

– ¿Qué tipo de relación tenía usted con la fallecida? –preguntó sin vacilar.

El hombre, de unos cincuenta y tantos años, se removió en la silla.

– ¿Algún tipo de relación afectiva?

– No, claro que no. Solo de trabajo.

– ¿Cómo la conoció? –siguió interrogando–. Le pido sinceridad. No trabajo para la Seguridad Social –disipó viendo el nerviosismo del empresario.

– Acudía a mi local cada fin de semana con sus amigas. Una noche me preguntó si necesitaba refuerzos y yo le dije que sí. Pronto llegaría el verano y los turistas. Siempre contrato a alguien más en la época estival, sabe usted –aclaró–. Ella todavía no tenía contrato de trabajo, estaba a prueba.

Lorenzo asintió con la mirada. No tenía contrato ni lo tendría nunca. Los empresarios se estaban aprovechando de los jóvenes con la excusa de la crisis y la falta de experiencia.

– ¿Notó algo extraño en ella poco tiempo antes de desaparecer? Alguna discusión, bajo estado de ánimo, algún novio –interrogó.

– Nada en absoluto. Tengo que reconocer que estoy muy poco en el local, máximo una vez cada quince días. Tengo plena confianza en mis empleados y no acostumbro a pasarme. El encargado lo lleva todo.

– Usted se dedica a vivir –dijo Lorenzo, fijándose en su forma de vestir y peinarse. Llevaba el pelo engominado hacia atrás y vestía ropa cara.

Mauro frunció la frente y asintió. Los negocios le iban bien, no tenía problemas de dinero por lo que se pasaba parte del tiempo viajando por todo el mundo. El agente buscó las fotos y las puso frente al empresario.

– ¿Reconoce a estos chicos? –se fijó en su reacción.

– ¿Puedo? –preguntó, cogiéndolas con sus manos para acercarlas después del consentimiento del agente.

Estuvo varios minutos observando las fotografías.

– Ambos acuden a los locales de copas de la zona. El encargado de mis negocios seguro que diría lo mismo, casi con total seguridad.

– Me gustaría hablar con él –buscó una tarjeta de presentación y se la entregó–. Que se ponga en contacto conmigo lo antes posible.

– Descuide, se la entregaré.

– Muchas gracias por la colaboración. Si recuerda cualquier cosa, no dude en ponerse en contacto conmigo –le tendió una mano y lo acompañó hasta la salida.

¿Quiénes eran esos dos chicos y qué relación tenían con la muerte accidental de Luz?

Después de unas cuantas semanas con la escayola en el pie, una vez se la retiraron, le costó empezar a caminar. Era como si lo tuviese atrofiado. Por veces se quedaba rígido, frío, y le fallaba al dar los pasos. Sus amigos gallegos insistían en que volviese a aquellas tierras para recuperarse. Podría ir a balnearios de aguas cálidas y también a las famosas Termas situadas en la provincia de Ourense.

Reservó un billete de avión hacia esas tierras que tanto añoraba, para el tercer lunes del mes de octubre, por la tarde, y siguiendo el consejo de Fran, metió más ropa de abrigo que de entretiempo. No sabía cuánto tiempo iba a estar allá.

Ariel se encargó de recogerla en el aeropuerto y llevarla al hostel. Los dos sonrieron al verse.

– ¡Qué alegría tenerte otra vez por aquí! –susurró el joven a su oído mientras la abrazaba–, te veo mucho mejor del tobillo.

– Y yo feliz de estar nuevamente. Te he echado mucho de menos –se dieron dos besos y su amigo cogió sus dos maletas.

Su llegada fue toda una sorpresa para Carmela y también para Alicia. Ariel había tenido que regresar al trabajo y la dejó en la puerta.

– Lo prometido es deuda. Aquí están las muletas que me habéis prestado –digo tan pronto vio a la cocinera.

– ¡Ay, mi niña! No me digas que has vuelto solo por eso –gritó la gruesa mujer mientras corría hacia ella para abrazarla.

– No tenía la conciencia tranquila –bromeó, dejándose abrazar con cariño y guiñándole un ojo a Sebastián que en aquel momento también se acercaba.

– Yo te veo más delgada que antes. ¿Estás comiendo bien? –dijo la cocinera.

– He perdido unos cuantos kilos. Parezco una pluma –reconoció.

– No te preocupes. En unos días los recuperarás con sus guisos y potajes. ¿Cómo va ese tobillo? –preguntó el varón.

– Uf, no me hables. Está bastante hinchado y por veces no responde, pero a este lo domino yo, como Elisabeth me llamo –se chuleó.

– Así me gusta. No hay nada que las mujeres no podamos hacer –espetó Carmela mirando hacia su marido que, al escucharla, se dio la vuelta y regresó al bar–. ¿Qué tal tu madre? ¿No quiso venir contigo?

– Mi madre muy bien, o eso me imagino. No le dije que venía –declaró, mordiéndose el labio inferior. No sabía que regresara a Galicia ni tampoco que había perdido el trabajo.

– Corazón. Tienes que llamarla y decírselo. Las madres siempre sufren por los hijos –le cogió la mano y le dio unas palmaditas para infundirle ánimos.

– Lo haré. ¿Tienes una habitación para mí?

– Una habitación y lo que haga falta –buscó la agenda para comprobar las que tenía disponibles–. Es más. Te asignaré la mejor que tenemos en el hostel.

Eli cerró los ojos unos instantes y se pellizcó un brazo. No se creía que estaba otra vez allí.

– Sebas. Coge las maletas de nuestra invitada y llévaselas a la 101.

El marido dejó de limpiar la barra para hacer lo que su mujer ordenaba.

– No hace falta, Sebastián. Yo puedo llevarlas –comentó la chica pero él se negó en rotundo viendo la cojera que sufría.

El buen hombre dejó las dos maletas al lado de la cama y se despidió. Al entrar en la habitación sintió una punzada en el corazón. Los recuerdos de la noche que había pasado con Fran la asediaron. Había sido muy considerado y a la vez frío.

Lo primero que debía hacer era contactar con él para recoger el móvil. Se sentó sobre la cama y marcó su número pero saltó el contestador.

– Hola. Soy Eli y ya estoy en tu tierra. Llámame cuando puedas para hablar sobre el teléfono. Un beso, chao –lo del beso se le escapó. No quería decírselo... ¿o sí?

Francesco escuchó el mensaje de voz al salir de trabajar. Dejó escapar una tímida sonrisa que ocultó enseguida, pasando las manos por la cara. Tenerla cerca de nuevo era una buena noticia... para el caso que tenían entre manos y también para él, lo reconociera o no.

La llamó.

– Hola. Acabo de leer tu mensaje. ¿Podrías pasarte por mi casa esta noche?

– Tengo que pedirle a alguien que me lleve hasta ahí. De momento no puedo conducir –confesó la rubia. ¿Querría arreglar las cosas con ella y pedir disculpas?

– Ah, cierto. Si quieres te voy a buscar pero ya sabes que yo voy en moto. Me gustaría enseñarte unas fotografías de, el que podría ser la persona que te ha estado acosando –explicó el de los ojos azules. Después te llevo de vuelta. Hoy no llueve.

– Vale, me pasaré. Le pediré a Ariel que me acerque –musitó con cierto desencanto. Se había imaginado algo que no iba a suceder, ni esa noche ni nunca. ¿Cuándo iba a dejar de ser tan inocente? Francesco simplemente quería quedar con ella para hablar de la muerte de la chica del río. Otro chasco más para su colección.

Más o menos sobre las nueve y media Ariel la acercó hasta la vivienda del motorista. Fran estaba sentado en las escaleras de la entrada y hablaba por teléfono. Ambos bajaron del vehículo.

– ¿Quieres que te acompañe? –preguntó, echando una ojeada al reloj–. He quedado con Alicia para cenar. Si te apetece vienes con nosotros.

– ¿Y quedarme con este *tocahuevos*? Prefiero regresar al hostel. Estoy cansada del viaje y tengo el pie demasiado hinchado. Dame unos minutos.

Fran se levantó y dirigió hacia ellos.

– ¡De nuevo aquí! canturreó la rubia meneando el bolso que tenía en la mano. Iba vestida con un pichi de cuero y camisa blanca de volantes con aire victoriano.

El de los ojos azules la miró de arriba abajo. Se había dado cuenta de que había perdido peso.

– Entremos –propuso–. Ariel, si te parece bien, la llevo yo a casa más tarde.
El acompañante la miró de reajo, esperando que se pronunciara.

– Puedes irte. Llamaré un taxi en cuanto acabemos –aseguró la rubia.
Entraron y se dirigieron a la cocina, que a la vez era salón/comedor.

– Has adelgazado mucho. ¿No te gusta la comida madrileña o es que te habías adaptado a la nuestra? –cuestionó con una pequeña sonrisa en los labios.

– Ni una cosa ni la otra. Con el pie así se me ha ido el apetito, además de que tuve ciertos contratiempos –explicó, sin entrar en más detalles.

Francesco se dirigió a la nevera y sacó huevos y champiñones frescos, tomate frito, arroz que había hecho al mediodía y chorizos caseros.

– ¿Qué haces? –preguntó Eli.

– Voy a preparar la cena para los dos.

La chica se levantó y acercó hasta él, esbozando una sonrisa.

– ¿Huevos?

– Huevos a la flamenca –contestó. Un plato que, años atrás, había preparado muchas veces.

Primero cortó los chorizos y los puso en una sartén con aceite de oliva que previamente había puesto a calentar. Los doró por ambos lados y adjuntó los champiñones lavados y cortados por la mitad. Después buscó en el armario y localizó dos cazuelas de barro. Primero puso una base de sofrito de tomate y verduras, un poco de arroz y luego los champiñones con el chorizo. Finalmente colocó dos huevos encima en cada cazuela y las introdujo en el horno.

– Ahora a esperar unos minutos –dictó el hombre que se había arrimado a la encimera y la observaba con atención.

– ¿Cocinas para muchas mujeres?

Miró hacia el suelo. Hacía ocho años que no cocinaba para nadie, que no tenía una mujer tan cerca.

– Solo cocino para mí mismo –miró por la ventana. Había mucha oscuridad–. Antes me encantaba la cocina. Era una manera de relajarme, de desconectar de los problemas del trabajo, del día a día.

– Luego pasó algo y lo dejaste porque te recuerda a alguien y a esos momentos de paz que tenías –continuó ella.

Fran la miró fijamente.

– No hace falta que digas nada. Tu silencio lo dice todo.

– Esa paz la encontré aquí, en este paraíso natural. La gente de estos lares se va porque no soporta el silencio o la soledad, pero yo lo anhelaba –se sinceró.

– Empiezo a comprenderte. Yo nací en ciudad, siempre estuve rodeada de gente, de ruido, de prisas, pero cuando regresé a Madrid, extrañé esto.

– Ya sabes, Galicia es pura magia. El que viene de viaje, siempre repite – bromeó.

El horno emitió un pitido. La cena estaba lista. Colocaron los platos y los cubiertos y se sentaron.

– Con cuidado, que quema –advirtió.

Francesco se quedó inmóvil tras pronunciar la frase. Ocho años atrás la decía cada vez que elaboraba ese plato.

– Buen provecho –contestó ella.

– Espera –susurró el varón.

Se levantó y accionó la cadena musical con el mando.

– No suelo ver la tele pero sí escuchar música, ¿te importa?

– Adelante. Esta es tu casa.

Comenzó a sonar el tema del grupo *Evanescence*, "*My immortal*".

– Un tema muy melancólico –opinó mientras la música flotaba en el ambiente.

– La canción más bonita que he conocido y escuchado.

– Sí. Habla de la superación de un individuo tras la muerte de su amante, de lo difícil que es vivir sin esa persona, del tormento que sufre cada día. Sin duda hay mucho dolor y sufrimiento –formuló la rubia.

– En Youtube tiene más de trescientos sesenta y nueve millones de visualizaciones.

– Yo prefiero algo más movido. ¿Puedo? –se levantó y él le entregó el mando.

Fran frotó la barba. A ver con qué lo sorprendía.

– La vida es demasiado jodida como para escuchar temas melancólicos y apagados. Yo prefiero mover el esqueleto con una sonrisa en la cara.

El tema de *Pharrell Williams*, "*Happy*", sonó de fondo.

– Si vas a Youtube verás que tiene más de novecientos cuarenta y cinco millones de reproducciones, casi nada.

Fran arrugó la frente y sonrió.

– Y me encanta bailar este tema porque me alegra –dejó el mando sobre la mesa–, y, aunque tengo el tobillo a medio recuperar, ¡voy a bailar!

Con esas últimas palabras empezó a mover las caderas y las manos de forma parecida a como lo hacía el cantante en el video oficial.

– ¡Qué loca estás! –exclamó, mostrando una sonrisa complaciente.

Se puso tras él y rozó el culo contra el respaldo de la silla.

– Sí. A veces estoy un poco loca pero me encanta –sostuvo la joven.

– Anda, vuelve a la mesa que se enfría la cena.

Cenaron con esa música y otra que fueron buscando y que le gustaba a ambos. Después recogieron las cosas de la mesa y se sentaron a tomar a café en el sofá.

– ¿Esto ha sido improvisado o lo tenías pensado desde un principio? –deseó saber mientras removía el azúcar.

– Totalmente improvisado. Ya te dije que nunca invito a nadie a mi casa –expresó, acariciando el pelaje de su perro.

– Pues ha estado bien. Me ha gustado –insinuó–. Lástima que no tenga casa aquí. Entonces verías lo muy loca que estoy. No soy gran cocinera, bueno, ni siquiera soy cocinera –dijo entre risas–, pero algo haríamos.

Francesco dejó escapar una carcajada.

– Ahora en serio. Cuando me llamaste hablaste algo de ver unas fotos –cambió de tema y de postura.

El hombre se levantó y abrió un cajón del mueble para extraer un sobre color sepia.

– Estos chicos han sido vistos con Luz en el río. ¿Te suenan sus rostros? Es posible que alguno de ellos sea el que te acosó en la fiesta o el que estaba en el río –expuso, pasándole las fotos.

Elisabeth las revisó todas sin prisa y lo miró a los ojos.

– Este. Sin lugar a dudas. Lo vi en el mercado del pueblo y es el mismo que estaba en el río –el chico delgaducho aparecía en tres. Las separó.

– Cojonudo. No es el mismo que vi yo en dos ocasiones, lo que significa que sí hay dos implicados, tal y como dijo la anciana del río –afirmó, meneando la cabeza y adoptando un semblante muy serio.

– ¿Todavía no los han cogido? ¿Crees que debería preocuparme ahora que he vuelto?

– Dudo mucho que se expongan como antes. Saben que estamos cerca –se levantó para servirse otra taza de café sin azúcar.

– ¿Algún día vas a contarme tu historia? Me encantaría escucharla, conocerte un poco más –insinuó la joven. Sin darse cuenta estaba acariciando las manos de él.

– No hay nada interesante que contar y no me gusta que me conozcan. Prefiero mantenerme lejos del mundo, de las habladurías. Tampoco quiero el contacto físico con nadie –dijo con rotundidad y mirada firme e inmutable.

– Bueno, te recuerdo que fuiste tú quién me buscó y el que pasó la noche conmigo en la habitación del hostel donde estaba alojada. A eso yo lo llamo contacto físico –se opuso. Francesco se levantó, quedando de espaldas.

– Fue un error –dijo, por fin.

– ¿Un error? Joder. Los dos somos mayorcitos y sabemos lo que hacemos. ¿Te he pedido explicaciones o te exigí algo? –el hombre negó con la cabeza–. Pues claro que no. Fue una noche de sexo y la volvería a repetir, claro que sí. Me gusta el sexo, lo disfruto y también me encanta jugar.

– Elisabeth. Yo no busco compromisos. No puedo estar con nadie –confesó, girándose hacia ella.

Así mismo pensaba yo pero he cambiado de opinión. He tenido varias relaciones y siempre acabaron mal. Hasta ahora no quería ataduras porque mi trabajo era lo

primero, pero ya no pienso igual y tú también lo harás. Será cuestión de tiempo y de que alguien te lo haga entender. Los años vienen y no quiero estar sola.

– En serio, Eli. No puedo y no quiero –quería seguir con la conversación y hablarle de sus miedos pero no era capaz de hacerlo, todavía no. Quizás algún día abriese su corazón y si ese día llegaba, ojalá fuese con ella.

– Puedes disfrutar del sexo sin comprometerte con nadie. Solo tiene que quedar bien claro entre ambas partes, para que no haya malos entendidos. Muchísima gente vive así, sin ataduras, y lo que es más importante. Sin prejuicios. –manifestó.

– ¿Serías capaz de llevar ese tipo de relación con un hombre? Hoy pica aquí, mañana allá.

– Así no. Yo me refiero a estar con alguien pero sin estar; es decir, quedar, siempre que apetezca a las dos partes, para tomar algo, salir a dar un paseo, ir al cine o al teatro, darse un revolcón.

Francesco negó con la cabeza.

– No puedes estar hablando en serio. Yo soy más de relaciones convencionales.

– Bueno, yo también pero a veces hay necesidades, ya me entiendes –guiñó un ojo–. Y tú lo sabes mejor que yo, recuerda –dijo, refiriéndose a la noche que habían pasado juntos.

El moreno cerró los ojos y se quedó pensativo.

– ¿Has venido con el tiempo contado y no tienes fecha de regreso? –preguntó, cambiando de tema para no tener que contestar.

– Por el momento no tengo pensado una fecha para volver. Voy a ir a dos balnearios y también me recomendaron para el tobillo las termas de Ourense.

– Seguro que te hará bien –opinó, dejando escapar un bostezo.

– Bueno, será mejor que me vaya o te quedarás frito conmigo delante. ¿Soy tan mala compañía?

Se levantaron y Eli pidió permiso para ir al servicio. Al entrar, percibió el olor a gel de ducha. Se había duchado antes de llegar ella. Echó un vistazo al habitáculo. El lavabo estaba encastrado en la encimera del mueble de madera y bajo la ventana estaba una bañera de color blanco. En los revestimientos se habían combinado azulejos de color blanco y verde brillante, y entre el mueble y la bañera estaba el inodoro. El suelo también era de color verde. Todo estaba muy limpio; ni rastro de manchas de moho o humedad y el wáter impoluto, lo cual le extrañó. Los hombres solían ser un poco descuidados a la hora de mear.

Tiró de la cisterna y lavó las manos. Bajó la mirada hacia las puertas del mueble. ¿Qué guardaba un hombre soltero en un aparador? ¿Habría productos de cosmética? Abrió con cuidado, procurando no hacer ruido. En una cestita había desodorante, una crema hidratante, crema de afeitar con té verde y aloe vera, vitamina E para la barba y una crema antiedad con propiedades calmantes. En otra, varios geles de ducha, champú fortalecedor para el cabello, un bálsamo para después del afeitado, gel fijador para el pelo y varias cremas para antes y después de tomar el sol. Por último y fuera de las cestas había un frasco de perfume en forma de trofeo. Lo cogió y aplicó un

poco sobre la muñeca izquierda. El aroma desprendía sensualidad, masculinidad y seducción.

Asintió con la cabeza y se cubrió la boca porque a punto había estado de soltar unas risas. Jamás había pensado que el hombre cuidaba su imagen de esa manera. Estaba gratamente sorprendida y le gustaba esa sensación.

Salió y cogió el bolso que tenía en el respaldo del sofá.

– Tú móvil ha sonado varias veces –comentó.

Eli comprobó que había sido su madre. ¿Se habría enterado de que no estaba en Madrid?

– Por cierto. Tu baño huele muy bien –dijo con voz coqueta. Edy se arrimó a sus piernas, esperando que lo acariciara.

Francesco notó que su cuerpo emanaba un aroma que siempre lo había hipnotizado. ¡Se había aplicado su perfume! Esa chica no dejaba de sorprenderlo.

– ¿Te gustan los perfumes masculinos? –insinuó. Su mirada decía que estaba a punto de desternillarse de risa.

– ¿Lo dices por esto? –señaló su muñeca–. Solo quería saber a qué hueles. La otra vez no tuve tiempo de quedarme con tu fragancia.

Se rieron mientras se dirigían a la puerta.

– Espera. Ha refrescado mucho y te va a coger el frío –observó el hombre que se dirigió al dormitorio para coger un abrigo de entretiempo que tenía guardado.

– Muchas gracias. A decir verdad tengo los pies fríos, no. Lo siguiente.

– Pues ya sabes. La próxima vez vienes en pantalón de lana, jersey de cuello y botines –se burló.

– ¿Estás seguro? –vaciló, poniéndose de espaldas para que le pusiese el gabán.

Fran aspiró en el cuello su perfume. Era fresco y muy envolvente. Acercó su frente a la parte posterior de la cabeza de ella y cerró los ojos, mientras posaba las manos sobre sus hombros. Le encantaría poseerla allí mismo, en aquel instante, sin contemplaciones. ¿Por qué no lo hacía? ¿Qué se lo impedía?

– Será mejor que nos vayamos –dijo por fin al ver que no se atrevía. Si realmente quería estar con ella, la buscaría y se lo diría.

Francesco cerró la puerta con llave y montaron en la moto.

– Por cierto, señor Maceroni. ¿No había venido a esta tierra de brujas para recuperar mi móvil? –pronunció sentada tras él.

– Un día de estos nos acercamos a comisaría y lo recuperas. Tienes que ir tú porque debes firmar un documento conforme lo retiras.

Elisabeth sonrió y lo abrazó, con tanta fuerza, que casi no le dejaba respirar.

– Jefa, nos ha llegado algo –dijo Sousa.

Todos, a excepción de Samanta, trabajaban en una amplia sala con grandes ventanales. En una zona estaban ubicadas dos impresoras, la fotocopidora y una mesa con varias macetas con plantas.

Folla se dirigió hacia él y se puso a su lado.

– Sabemos que uno de los chicos descende de una familia trabajadora que regenta una granja de vacas en el norte; una gente honrada y que paga sus impuestos; el otro proviene de una familia algo más acomodada, cuyo progenitor abandonó a la mujer y a los hijos y ahora está ingresado en una prisión por tráfico de drogas, pero además de las identidades de los chicos, hemos encontrado una coincidencia en uno de los ADN que localizamos en el bosque.

La detective frunció el ceño.

– Cuéntame –solicitó la mujer que cogió una silla para sentarse a su lado y así ver mejor el ordenador.

– Hace algo más de un mes un chico fue detenido en un control de alcoholemia y drogas dando positivo en ambas cosas.

– Es así como se consiguió su ADN –el compañero asintió.

– Lo introdujeron en la base de datos policiales y resultó coincidir con el que se obtuvo en el semen que se encontró en varios preservativos localizados en el bosque. En el laboratorio saltó una alarma por dicha coincidencia y contactaron conmigo porque fui yo el que firmó el estudio que se hizo.

Ella miró con atención la información que aparecía en la pantalla del equipo informático.

– Se trata del mismo chico que se deja ver en las fotografías del móvil de Luz –dedujo, haciendo tamborilear el bolígrafo sobre la mesa.

– ¿Tenemos su dirección, teléfono de contacto? ¿Sabemos dónde trabaja?

– Ahora mismo me pondré con eso. Aquí aparecen varias direcciones y números.

Los demás compañeros estaban atentos a la información que habían descubierto. Samanta se levantó y se acercó a Lorenzo.

– ¿Ha habido suerte con los demás números de teléfono de la lista?

– No. He hablado con dos amigas más pero no aportaron nada que no supiésemos. Después llamé a este otro –señaló con el bolígrafo–, y siempre está apagado.

– Hay que seguir insistiendo –masculló para sí, una ristra de maldiciones.

Se dio la vuelta y fue hacia uno de los ventanales con vistas hacia una gran plantación de camelias de múltiples colores y alturas.

¿Qué ocultaban los dos chicos para escabullirse de esa manera? Si no querían colaborar con la justicia era por alguna razón. ¿Qué ganas tenía de tenerlos frente a

ella y pedirle explicaciones! Si estaba equivocada con sus deducciones pediría disculpas pero estaba convencida de que eso no iba a ocurrir. Desde hacía tiempo sus cualidades detectivescas le decían que aquel caso iba a ser enrevesado. Le olía a podrido y esos dos estaban manchados.

Humberto llegó muy tarde de trabajar. Como hacía varias veces por semana, quedó en el bar de siempre con dos compañeros de trabajo, se tomaron varias cervezas y unos cuantos cubatas de cola con ron.

Montse, cada vez que llegaba en ese estado, se preguntaba cuál era la razón por la que bebía y siempre llegaba a la misma conclusión. Ella era la culpable. No era buena preparando comidas, no era buena limpiando la casa, no era buena planchando su ropa, no era buena en el sexo. Según él, no sabía complacerlo y darle lo que todo hombre desea en la cama.

Por experiencia de las otras ocasiones, lo esperó en la cocina, de pie, con la cena preparada para servir. Las primeras veces lo había esperado acostada y eso le había supuesto una paliza que tardó en olvidar.

Le costó acertar con la llave en la cerradura, pese a ello, ni por la cabeza se le pasara ayudarlo a entrar. El hacerlo, significaba una azotaina.

Unas veces cenaba, otras iba directo a la cama y otras se metía con ella, por ejemplo pidiéndole que le hiciese una felación o tener sexo de manera brutal. Esa noche tocó la tercera opción, pasando de la cena.

– Sabes, hoy quiero follarte por todos lados hasta que pierdas el conocimiento y mañana no puedas caminar. La tía del bar me puso cachondo y necesito que me desahogues. ¿Sabrás hacerlo como me gusta?

– Humberto, no puedes mantenerte en pie. Vamos al dormitorio y te ayudo a acostarte –propuso la esposa con una mano sobre la frente.

– ¿Me estás diciendo lo que tengo que hacer? ¿Tú, a mí? –dijo con una sonrisa sarcástica.

– No me mal interpretes. Solo me estoy preocupando por ti –alegó la mujer.

– No sigas hablando que la vas a joder –contestó, de mal humor. Su cuerpo cayó sobre el sofá.

– Deberíamos hablar, deberías dejar de beber. Bastantes problemas tienes en el trabajo como para llegar por la mañana con resaca. Tu jefe te ha amonestado varias veces –susurró, con ambas manos sujetando el cabello.

Entonces se dio cuenta que había pensado en voz alta. Humberto la miraba con ojos asesinos.

– ¿Has estado hablando con tus padres? –preguntó con voz severa–. Oh, sí. Claro que has hablado con ellos. Cada vez que contactas o contactan contigo, me vienes con estos cuentos. ¿Te han dicho que tienes que abandonarme?

– No he hablado con nadie, te lo prometo –justificó asustada.

– Sí lo has hecho. ¿No te das cuenta que ellos nos quieren ver separados? Tu familia me odia, no sé por qué razón pero no me quieren ver contigo. ¿Acaso no te cuida bien? –recitó para sí mismo–. Tienes una casa preciosa, comida en la nevera,

ropa, vivimos en un lugar que ya le gustaría a muchos, un marido que se preocupa por ti. Me duele mucho que no te sientas a gusto a mi lado –exclamó.

– Perdona. No quería ofenderte –se disculpó, poniéndose de rodillas para abrazar sus piernas y derramar múltiples lágrimas.

– Así me gusta –pasó una mano por el cabello de ella–. Ahora vas a ser una buena chica y hacer lo que yo te diga, ¿correcto?

Ella asintió con la cabeza y secó las lágrimas con la mano. Humberto cogió el mando a distancia del televisor y buscó los vídeos que tenía guardados en una memoria USB. Sí, se trataba de películas cortas de porno.

– Ahora no me apetece –musitó la esposa en un tono debilitado.

– No se trata de apetecerte a ti sino de complacerme a mí, a tu marido –aclaró de manera gutural–. Siéntate a aquí, a mi lado –ordenó, señalándole con la mano el lado del sofá donde quería tenerla.

Varios segundos después comenzaron los sonidos agitados, que en vez de gemidos eran berridos e incluso súplicas.

– ¡Desnúdate para mí!

Él hizo lo mismo, se acostó en el sofá y tiró de ella para sentarla sobre su verja. En segundos sintió toda su longitud dentro de ella. La tomó de la cintura y la hizo brincar al tiempo que le exigía que hiciese movimientos circulares con el trasero mientras él le decía palabras guarras. Humberto estaba muy excitado.

– Levántate y colócate a cuatro patas –aclamó con mirada lasciva, tirando de su brazo.

No fue una acometida dulce, con amor. Llenó su vagina con el duro pene sin ningún tipo de contemplación, empujando con fuerza mientras tiraba de su cabello hacia atrás. Después pasó a practicar sexo anal. Le dio varios cachetes y la penetró de un solo golpe, profundo y doloroso, hasta que alcanzó el orgasmo. Montse seguía con los ojos cerrados pero humedecidos, escuchando los gemidos que emitía su marido.

– ¡Apártate, que tengo que ir al baño! –gritó. Estaba a punto de echar la pastilla.

La esposa se acostó en el sofá y secó las lágrimas. Al día siguiente tendría que limpiar bien a fondo el sofá y el suelo. Estaba harta de esa vida de esclava y esposa sumisa. Contactaría con Elisabeth para asesorarse mejor. Le daba igual huir, desaparecer o esconderse. Lo que no quería era sentir el tacto de su marido sobre su piel escaldada.

Por la mañana, una vez Humberto partió hacia el trabajo, limpió la casa a fondo, preparó la comida y, por fin, se sentó en el sillón; no era capaz de hacerlo en el sofá, después de lo ocurrido esa noche. Buscó el número de Eli y lo marcó. La madrileña, al ver que se trataba de ella, colgó para que no le quedase la llamada registrada, y después la llamó ella.

– Hola, preciosa. ¿Cómo te encuentras? –saludó con afecto y de manera cariñosa; lo que le hacía falta a esa mujer y otras muchas que, como ella, sufrían ese mal.

– Con muchas ganas de hablar contigo. Eres la única persona que me entiende y me da confianza –enmudeció.

– Montse, ¿estás ahí?

– Sí, sigo aquí –gimoteó.

– ¿Ha pasado algo? ¿Te pegó? –interrogó la madrileña con cierta preocupación–. ¿Necesitas que vaya a tu casa? He regresado hace dos días. En serio, puedo acercarme –habló ininterrumpidamente.

– ¿Hoy no es el día que atienden en la asociación? –preguntó la voz triste.

Eli hizo memoria.

– Sí, cierto. La otra vez también era jueves.

– ¿Podríamos vernos allí? –propuso.

– Por supuesto que sí. Yo te esperaré –aseguró la rubia.

– Muchas gracias y disculpa las molestias.

– No son molestias, de verdad. Lo hago encantada. Ojalá pudiese ser de más ayuda –aludió, sintiendo algo de impotencia al no poder evitar que esa mujer estuviese sufriendo por un desgraciado que se creía el ombligo del mundo.

Una vez finalizó la conversación con Montse, llamó a Ariel, el cual le indicó que esa tarde trabajaba pero tenía pensado pasarse al salir del trabajo. Al final decidieron que la dejaría en la asociación a primera hora de la tarde. Odiaba depender de los demás. Tenía que alquilar un vehículo para poder desplazarse.

Después de almorzar en la cafetería del hostel y tomar café con su amigo, se dirigieron al centro del pueblo. La puerta de la asociación estaba cerrada por lo que se acercó hasta un bar para tomar otro café; desde allí podía ver si alguien llegaba para abrir.

Entretenida revisando la prensa del día, sonó el móvil dentro del bolso. Al ver que se trataba de su madre cambió la posición en la silla.

– Hola, mamá –saludó con cautela.

– Hola, hija. Te he llamado más veces pero no me has cogido. Empiezo a pensar que huyes de mí –dijo la progenitora.

– No se trata de eso, mamá. He estado muy liada y con muchas cosas en la cabeza –se justificó.

– No me cuentes cuentos chinos, que nos conocemos. Ya me enteré que no estás en Madrid –farfulló a todo volumen.

– Sé que debía habértelo dicho antes de venir pero te juro que no he tenido tiempo. Ha sido todo muy rápido –señaló. Su réplica no era convincente, lo sabía.

– Me he enterado por el portero de tu edificio, aunque no quiso decirme a qué lugar habías ido.

– Cierto. Se lo dije antes de venirme –calló unos segundos–, para que se pase de vez en cuando por el ático. Estoy en Galicia, mamá. Me llamaron porque ya puedo recoger el móvil. Yo les dije que me lo enviaran a través de una compañía de mensajería pero al parecer tenía que venir personalmente porque hay que firmar una serie de papeles y solo lo puedo hacer yo –chachareó. Siempre hacía eso cuando se ponía nerviosa.

– ¡Es triste que tenga que enterarme por los demás! –dijo teatralmente y con voz angustiada, o eso era lo que deseaba transmitir.

– Lo siento, mamá. No lo hice adrede –insistió la hija.

– He llamado a un sinfín de números pero fue Carmela la que me dijo que habías regresado a su tierra. La mujer está muy contenta de tenerte otra vez ahí –descubrió Bárbara.

– Sí. Son una gente maravillosa y a la que aprecio un montón –hablar de ellos le hacía sentirse bien. Estar entre ellos le hacía sentirse como en casa. O mejor.

– Bueno, hija. Yo te había llamado para invitarte a la fiesta de mi cumpleaños que voy a organizar la semana próxima. ¿Vendrás, verdad?

Elisabeth sintió que se le subía el color a la cara. Se había olvidado por completo de su aniversario.

– Me temo que este año no podré estar ahí, mamá, y lo siento en el alma –nunca se había perdido una fiesta.

– Hija. ¿Te has echado novio en Galicia? –curioseó.

¡Zas, en todos los morros!, pensó Eli.

– ¡Qué dices, mamá! ¡Tú chocheas! –bromeó. ¿De dónde sacaba esa pregunta?

– Bueno, bueno. Yo hablo porque algo sé. Solo te digo que tengas mucho cuidado. Tu lugar está aquí, hija –indicó de forma armoniosa.

En ese instante vio que un hombre abría la asociación.

– Mamá, tengo que dejarte. Te compraré algo muy caro para compensarte –explicó mientras recogía las cosas y salía del bar. A su madre le gustaba rodearse de artículos con mucho valor. Antes de regresar al hostel pasaría por la tienda de los padres de Alicia y cogería alguna figura decorativa de *Sargadelos*.

Saludó al hombre que la dejó pasar. Lo había visto la vez anterior que estuvo allí. Después llegaron más personas y empezaron con la tarea de organizar el reparto. Minutos más tarde se presentó Montse. Su semblante era serio. Facciones desgarradas del llanto, círculos oscuros en torno a los ojos, pensó la madrileña.

Varias mujeres la miraron con desconfianza. Montse se puso muy nerviosa. Si Humberto se enteraba de que estaba buscando ayuda, sus planes irían a tomar viento.

Se dirigieron a una esquina donde podían tener algo más de intimidad. Ella seguía mirando hacia los lados.

– Tranquila. Todos los que están aquí quieren ayudar, de una manera u otra –para tranquilizarla, puso una mano sobre el brazo de la chica. Esta suspiró y metió el pelo tras la oreja.

Abrió la tablet, activó el dictáfono y le explicó que iba a grabar la conversación.

– ¿Quieres contarme qué ha pasado en los últimos días?

La joven cruzó las piernas y metió las dos manos entre ellas. No estaba acostumbrada a hablar de ella, de la vida que llevaba con su esposo, de las cosas que le hacía y decía, pero tenía que hacerlo. Comenzó narrándole, con mucha vergüenza, lo que había pasado la noche anterior, aunque acabó diciendo que eso pasaba en muchos matrimonios. Diversidad en el sexo, había dicho.

Elisabeth la escuchaba sin mostrar el perplejo que sus palabras le hacían sentir. ¿Cómo una chica tan guapa y joven podía pensar de esa manera y permitir que alguien la manipulase a su antojo? Tenía ganas de sacudirla, gritarle y hacerle entender que esa forma de pensar se la indujo su marido, pero que no es la idónea para una persona normal. Tenía que ir poco a poco. Ya lo entendería, estaba convencida de que lo haría.

La chica suplicó necesitar ayuda. Amaba a su marido pero no podían seguir en aquella situación en la que solo pensaba él, solo hacía él, solo vivía él, solo existía él. Entre reflexiones dijo que estaría bien que alguien le hiciese entender que la estaba tratando mal. Eli frunció el ceño. ¿En serio? Esos individuos jamás recapacitan, mucho menos reconocen sus errores y debilidades.

– Montse, vamos a ir por partes. Yo iré al ayuntamiento para averiguar si existe algún tipo de ayuda y también si tienen protocolos a seguir en este tipo de casos. En Madrid sabría cómo ayudarte pero aquí todo es diferente. Una comunidad autónoma diferente, un gobierno local que trabaja de otra forma.

– Mis padres dicen que debí tomar esta decisión hace mucho tiempo pero nunca me he visto con fuerzas para hacerlo. Tengo miedo de que se entere. No quiero ni pensar lo que me haría si averigua que estoy aquí –meneó la cabeza y cerró los ojos con fuerza. Realmente estaba atemorizada.

– Vamos a actuar con mucha cautela. No me llames si no es por algo urgente. Seré yo la que se ponga en contacto contigo en el horario que hemos establecido. Si por casualidad se encuentra en casa cuando contacte contigo, actúa como si no me conocieses, como si se tratase de alguien que se equivocó al marcar. De momento no hables con él de esto. Vamos a ver qué pasos nos dicen que hay que seguir. Seguro que conseguimos ayuda –le tendió una mano.

– No lo creo y no soporto más esta situación en la que para él soy un mero objeto.

– Me gusta que vayas pensando así. Es mejor pensar, porque incluso si te equivocas mientras lo haces, siempre será mejor que no hacerlo.

La chica ojeó el reloj. Debía irse.

– ¿Has venido a pie o en coche?

– A pie –contestó. Se levantó y la miró con timidez.

– No puedo decirte que te vayas tranquila pero sí puedo dejarte claro que no te voy a abandonar. Mañana me pondré con las gestiones.

Se dieron dos besos y Eli la abrazó.

La joven se alejó de allí con la cabeza y mirada gachas y la madrileña se volvió a sentar, dejando escapar aire por la boca. Tenía muchísimos nervios en el estómago. ¿Por qué le afectaba tanto ese caso? Quizá la respuesta era que de pequeña le habían inculcado ciertos valores, entre ellos, ponerse en el lugar de los demás y echar una mano siempre que fuese posible.

Vivir en aquella casa tenía que ser una tortura, día tras día sintiendo que nadie te tiene en cuenta, que eres un simple objeto. Vivir con miedo es vivir a medias, vivir con miedo es la clave de la infelicidad.

Preparó todas sus pertenencias y las guardó en la misma maleta que había llevado a Madrid. Pidió la cuenta de manera voluntaria en la empresa y eso le produjo un malestar considerable. Todo aquello no tendría que haber pasado. Por una tontería había echado a perder su vida. Ahora, volvería al lugar donde nació para trabajar la tierra que sus padres habían heredado y cuidar del ganado, que era el sustento de la familia. ¿Por qué se dejó convencer por Eloy? Tendría que haberle hecho caso a su instinto y se ahorraría estos disgustos.

Enfadado era poco. Estaba molesto, cabreado, disgustado y fastidiado. Había tirado su futuro por el inodoro.

Por teléfono había dicho a su madre que iría a casa un tiempo. ¿Qué iba a decirle, la verdad? Ella supo, desde el primer momento, que algo le había sucedido, pero supuso que podría ser cosa de novias.

El día que llegó a casa, los hermanos estaban en el campo y su progenitora arreglaba los establos. Al verlo acercarse, dejó el escobón a un lado y corrió hacia él.

– Hijo, ¡has vuelto! –susurró con emoción la mujer. Pronto haría un año que no se veían.

Él la abrazó. Su madre siempre había sido muy cariñosa con todos los hijos. Pese a las labores y responsabilidades que tenía, nunca había descuidado inculcar educación y amor a su familia. Su rostro siempre estaba sonriente y sus mejillas tibiamente sonrosadas. Se la veía feliz con la vida que llevaba.

– ¿Y tu maleta? –preguntó al ver que no llevaba nada en las manos.

– La he dejado en el porche de casa.

– Venga, vamos a tomar algo y me pones al día –dijo, tirando de su brazo para que no soltase ninguna negativa.

Llegaron al porche y la madre localizó la llave guardada tras una maceta.

– Nunca cambias las costumbres –afirmó, meneando la cabeza–. ¿Acaso no sabes que lo primero que haría un ladrón sería buscar bajo la alfombra o en algún tiesto que esté cerca de la puerta?

– Bla, bla, bla. Pamplinas baratas –contestó la progenitora.

Mateo cogió la maleta y la dejó en el distribuidor mientras ella entraba en la cocina. Abrió la nevera y cogió dos cervezas.

– Siéntate ahí que ahora voy –aclaró mientras se acercaba a la cocina de hierro para encenderla. Las temperaturas habían bajado de manera considerable, especialmente por las mañanas y noches, y el calor que desprendía dicha cocina, ambientaba toda la casa.

– ¿Dónde está todo el mundo? –preguntó, cogiendo una manzana del frutero que había sobre la mesa.

Tu padre ha ido a comprar ganado nuevo esta mañana –ojeó el reloj que había colgado en la pared–, debe estar llegando, y tus hermanos están en el campo.

Mateo asintió e hizo tamborilear las uñas sobre la mesa.

– Ahora cuéntame tu experiencia en la capital –exigió la mujer que se había sentado a su lado.

– En Madrid he estado poco tiempo, ya te lo había dicho por teléfono. Luego nos trasladaron –explicó el hijo con muy pocas ganas de hablar del tema.

– ¿Se puede saber la razón por la cual has vuelto? –cogió sus manos y notó que estaba frío–. Estoy feliz de tenerte otra vez en casa pero me preocupa que te haya pasado algo y tengas miedo a contárnoslo. Sabes que puedes confiar en tu familia, ¿verdad?

– Lo sé, mamá –masculló con la voz algo apagada.

– ¿Entonces? –insistió la madre–. ¿Te has peleado con alguna chica?

– No ha pasado nada grave. Las cosas en el trabajo no iban bien y nos despidieron, ya sabes, por esto de la crisis mundial –inventó. Sabía que así la callaría.

– Sí, la cosa está jodida. A nosotros nos siguen bajando el precio del litro de leche y las cuentas no dan. No sé cómo vamos a pagar las facturas.

Mateo agitó la cabeza y observó a la madre de soslayo. Odiaba tener que ocultarle la verdadera razón por la cual había regresado a la casa familiar. Después estaban los hermanos. Estaba seguro de que lo iban a chingar durante un tiempo. Que si había dejado preñada a alguna chica, que si lo había dejado una novia, que si esto, que si lo otro...

– Estás pensando en lo que dirán tus hermanos –opinó la mujer. Mateo quedó sorprendido, ¿acaso había leído su mente?

– Bueno, ya sabes lo cotillas que son pero sobreviviré –bromeó y carraspeó.

– Sube las cosas y colócalas en tu habitación. Verás que todo está tal y como lo dejaste. Yo voy a seguir con el trabajo que se me viene la noche encima.

Ambos se levantaron y dejaron los botellas de las cervezas en el contenedor de vidrio.

– Me cambio y aparezco allí –le guiñó un ojo y acarició su barbilla.

Que duro iba a ser convivir otra vez con su familia guardando un secreto de aquella magnitud. Ojalá todo se acallase y no encontraran más indicios que los implicaran en la muerte de la joven Luz.

Eli quedó con Alicia el viernes por la noche para cenar y ponerse al día, que, aunque habían hablado bastante a menudo por teléfono, el tiempo que estuvo en Madrid, no era lo mismo que hacerlo en persona.

Desde que estaba con el novio, casi no se habían separado. Trabajaban en la misma empresa y, a veces, también compartían cama. Con él se sentía plena, feliz.

Alicia la recogió en el hostel y se dirigieron a un restaurante que conocía la primera.

– Yo te recomiendo comer este pollo cremoso con camote y manzana –comentó la del pelo negro cuando el camarero les entregó las cartas–. Lo hemos probado el otro día Ariel y yo y está delicioso.

– Pues entonces que sean dos de pollo –salpicó la rubia.

El camarero lo anotó en la comanda y retiró los dos servicios que sobraban.

– ¡Qué bien te veo, jodida! –soltó Eli al quedar a solas.

– Gracias, amiga. La verdad es que estoy muy feliz. ¿Se me nota en los ojos, no? O eso es lo que me dice mi madre.

– Bastante. Te brillan y no paras de sonreír. Me alegro mucho por los dos porque estáis hechos el uno para el otro –comentó, asintiendo con la cabeza–. Y a él lo veo igual de enamorado.

– Me lo demuestra cada día, cada vez que estamos juntos, cada noche que compartimos cama –reveló con mucha dulzura.

– Y una cosa, ahora que estamos solas –miró a su amiga y bajó la voz–. ¿Qué tal en la cama? ¿Te da todo lo que necesitas?

La morena cubrió la cara con las dos manos.

– ¡Me da corte! –su rostro había enrojecido.

– ¡Anda ya, nena! No te cortes. No te pido que me cuentes cómo lo hace pero sí, si te complace.

– Me da todo lo que pido y más. Todas las mujeres tenemos sueños y fantasías; bueno, los hombres también, pero las mías están complementemente satisfechas. No puedo pedir más y espero que él opine igual. Unos días soy yo la que domina y otras veces le concedo ese privilegio –confesó en voz muy baja y emitiendo una pequeña sonrisa cómplice.

– Así me gusta, guapi.

El camarero apareció con unos aperitivos, mientras esperaban por el plato que habían elegido entre una gran variedad, y la botella de vino. Lo descorchó y vertió en sus copas.

– Y tú qué tal estás. Me imagino que enterarte de esas movidas en el trabajo ha hecho estragos en ti –indagó la morena.

– Un poco pero lo superaré. Tener que volver a tu tierra me ha venido bien para despejar la mente y olvidarme de mi situación allá.

- Reconócelo. Nos echabas de menos –observó, arrancándole una sonrisa.
 - ¡Diablos! Lo admito, os añoraba como una loca desesperada.
- Las dos rompieron a reír.

El camarero regresó con los dos platos, que desprendían un agradable olor.

– Le he dicho a Ariel que venga a tomar café con nosotras. Espero que no te moleste –anunció la de cabellos cortos.

– Me parece estupendo –dijo, haciendo un gesto con el dedo pulgar–. Veo que pasáis mucho tiempo, juntos, y eso está bien.

– Sí. Nos gusta estar juntos. Él es muy divertido y nunca te aburres a su lado, pero eso tú ya lo sabes.

– A decir verdad, me divierto mucho con los dos. Soy afortunada de teneros como amigos, creo que ya os lo dije en algún momento. Sacáis mi lado divertido.

– Bueno, estaría mejor si fuésemos cuatro –espetó, mirándole a los ojos para ver su reacción.

– Sí, estaría genial –cerró los ojos con suavidad. Los recuerdos de la noche que había pasado con Fran la asediaron, consiguiendo que se acalorara–. Pero me conformaré con vuestra compañía.

– Estamos encantados de tenerte aquí –confesó, sintiendo pena solo con pensar que algún día tendría que regresar a Madrid.

– Brindemos por esta amistad.

Alzaron las copas y cruzaron miradas, miradas de complicidad, de amistad verdadera, de esa que duele en las despedidas.

– ¿Has visto a Francesco desde que has vuelto? –preguntó la morena.

– Sí. He estado en su casa hace unas noches –sostuvo la rubia.

– Oye, eso se dice desde un principio.

– No es lo que tú piensas. Fui a su casa porque quería enseñarme unas fotografías del chico que vi en el río –aclaró.

– ¿Lo han cazado? –interrogó la amiga.

– Todavía no pero están en ello –contestó Eli.

– Pensar en ese tema me produce escalofríos por todo el cuerpo. ¿Crees que fue asesinada?

– No lo sé, Alicia. Todavía hay secreto de sumario. Solo sé que están tras dos chicos y algo tienen que saber del caso. La Policía no hace las cosas al tuntún y esa detective –calló unos segundos porque no recordaba el nombre–, Folla, Samanta Folla, parece una tía serie y bastante profesional. Apenas he estado con ella pero me dio esa impresión por su forma de hablar y tratar a la gente.

En ese instante, al ver que habían acabado de comer, se acercó el camarero.

– ¿Puedo recoger?

Ellas le dijeron que sí.

– ¿Todo bien? ¿Les ha gustado el plato?

– Riquísimo, hasta me he chupado los dedos, ja, ja, ja –canturreó, pasando la lengua por los labios.

– Esa es una buena señal. Se lo diré a la cocinera –insinuó con una media sonrisa.

El hombre, que tendría unos cincuenta años, retiró los dos platos y anotó el postre que habían elegido. Unos minutos más tarde apareció Ariel.

Después del café acordaron acercarse a los locales de moda del pueblo. Al no haber tantos visitantes en la zona, se estaba bastante mejor y siempre se encontraba un sitio donde sentarse a charlar mientras se tomaba una copa.

Eli apreció que la música era animada, como la que ponían en Madrid. Había chicos y chicas moviendo el esqueleto, otros charlaban o reían.

La conversación se centró, durante unos minutos, en Montse. Elisabeth les comentó, muy por encima, lo que esa chica estaba sufriendo.

– Hay que buscar la manera de ayudarla –susurró Alicia muy afectada. Esos temas le tocaban la vena sensible.

– En eso estoy y no pararé hasta verla lejos de ese energúmeno.

Continuaron hablando de otros casos que se habían producido en el pueblo.

– ¿Aquel de allí no es Francesco? –preguntó el chico y señalando hacia la otra punta del local, cerca de donde estaban los aseos.

Las dos miraron hacia allí. En efecto se trataba de Fran.

– ¿Qué hace él solo aquí? –deseó averiguar la morena.

– No está solo. Hay una mujer con él –respondió Eli. Su semblante se había tornado serio.

La chica era morena y tenía unos preciosos ojos verdes. La madrileña la observó con atención.

– Es la detective Folla –acabó diciendo.

Los tres miraron hacia allí. La pareja charlaba mientras tomaban algo.

– ¡Qué morro tiene el tío! –exclamó Alicia muy molesta al ver que estaba con otra mujer.

– Bueno, él tiene derecho a estar con quien le apetezca. Entre nosotros no existe nada más que una mera atracción –puntualizó, intentando restarle importancia aunque en el fondo sentía celos por no ser ella quien lo acompañase.

– Si quieres nos vamos. Hay más sitios a los que ir para tomar una copa –propuso el amigo.

– Yo estoy bien, de verdad. El otro día me lo dejó bien claro. No quiere una relación seria. No hay de qué preocuparse, chicos. Sigamos a lo nuestro.

Los amigos se miraron. No estaba diciendo la verdad.

– Voy al baño un momento –dijo Alicia. Cogió el bolso que tenía sobre una silla vacía y se dirigió hacia Fran. Lo del servicio había sido una excusa para encontrarse con él.

La pareja hablaba al oído, no se sabía si era para guardar algún secreto, o porque era difícil mantener una conversación debido al ruido de la música y del vocerío. Estaban muy pendientes de todo lo que sucedía en el interior del local, los que se levantaban, los que entraban, los que salían o los que formaban más escándalo.

Fran no la había visto hasta que se presentó frente a ellos.

– ¡Vaya, Francesco tomando una copa un viernes por la noche! –dijo con retintín–. ¿Celebras algo?

Samanta los miró. Primero a ella y después a él, que frunció el ceño de manera exagerada.

– ¿No nos presentas? ¿Quién es esta chica tan guapa que nos saluda? –se interesó la detective intentando aguantar la risa.

El del cuerpo atlético echó un vistazo rápido al local y consiguió localizar a Eli y Ariel.

– Alicia. Esta es Samanta, una antigua compañera –anunció, señalándola con la mano derecha–. Samanta, esta es Alicia, una amiga de Elisabeth, la chica madrileña.

La detective le tendió la mano.

– En efecto. Amiga de Eli, la madrileña. La chica que ha venido a recuperar su móvil –destacó, meneando la cabeza.

La detective sintió hostilidad hacia los dos.

– A propósito. ¿De verdad te has creído que solo vino para recuperar su teléfono? –la chica sonrió–. Deberías fijarte un poco más en lo que te rodea. Esa tía –musitó con rabia–, está colada por ti y tú te dedicas a salir y tomar copas con otras, y a decirle que no quieres nada serio con una mujer.

Maceroni levantó el envase de lo que estaba bebiendo. Era una cerveza sin alcohol. Hacía bastantes años que no bebía otra cosa, salvo agua o refrescos.

– Ella vino aquí escapando de los problemas que tiene en Madrid y buscando algo de comprensión y gente en la que apoyarse, pero está claro que tú no eres ni uno ni lo otro –hablaba la joven con los ojos más abiertos de lo normal–, pero no te preocupes. Haré todo lo posible para que te olvide y empiece una nueva vida.

La detective no intervino, prefiriendo mantenerse en un segundo plano aunque no le gustó la actitud de Fran. Debería haber contestado. Al quedarse callado era como si le estuviese dando la razón. La chica siguió despotricando.

– Tengo la sensación o eso es lo que transmites, que te gusta jugar con los sentimientos de los demás y pienso que mi amiga no se lo merece.

– Pues yo pienso que estás equivocada conmigo –dijo, por fin.

– Ojalá fuese así –miró hacia donde se encontraba su novio y vio que este le hacía señas–. Pasad una buena noche, chicos.

La morena se dirigió a los baños y Maceroni se rascaba la barba con insistencia.

– Vengo ahora –dictó la detective, levantándose para acudir tras Alicia.

La esperó en la zona de lavamanos hasta que salió y se saludaron por segunda vez.

– No sé exactamente que hay entre mi compañero y tu amiga pero sí puedo confirmarte que Fran es un tío legal, o al menos lo era hace unos años, cuando coincidimos en varios trabajos. Además de compañeros también fuimos amigos. Siempre se ha preocupado por los que tenía a su alrededor y creo que has sido injusta hablándole así –tiró del labio superior y continuó–. Es cierto que últimamente se ha vuelto más huraño pero en el fondo, es muy buen tío.

– Injusta no. Realista. Hace unos días le dijo que no quería nada serio con ella pero antes de irse para Madrid la buscó y se acostó con ella –explicó.

– Es posible que yo actuase de la misma manera que tú pero te aseguro que él no va por ahí tirándose a una y a otra –la detective movió el pelo y pensó unos segundos si decir lo que iba a decir–. Deberías decirle a Eli que hable seriamente con Francesco y yo haré lo mismo con él. Si tu amiga lo ha pasado mal o lo está pasando fatal, no te quiero contar como ha sido la vida de mi compañero, ya desde su niñez, a nivel familiar, y después con una pareja que tuvo.

Las dos mantenían las miradas con seriedad.

– Bueno, pero eso no le da derecho a tratar a mi amiga de esa forma –opinó, dejando el bolso sobre la encimera para lavarse las manos.

– No puedo contarte nada más porque no me corresponde a mí hacerlo. Solo te pido que no lo juzgues de esa manera. Cada persona es un mundo y cada uno tiene un pasado. Estoy convencida de que ha dicho eso para no hacerle daño a Eli. Tiene miedo a perderla y, por consiguiente, a sufrir por segunda vez.

– ¡Vamos, Samanta! Todos hemos pasado por una relación complicada, de esas que te marcan y hieren, pero eso no es razón suficiente como para coger y hacerlo tú también. Si en verdad siente algo por ella, debería sincerarse y, como digo yo, abrir el corazón. Para lo bueno y para lo malo.

– Confía en mí. Una cosa es lo que vemos, que es lo que los demás desean mostrarnos, y otra bien distinta es lo que hay puertas adentro. Dale una oportunidad –finalizó Folla guiñándole un ojo.

Las dos regresaron a sus mesas. Maceroni la observó por el rabillo del ojo con suspicacia, esperando que dijese algo, pero no fue así.

– ¿Qué habéis hablado ahí dentro? –intervino, muerto de curiosidad.

– ¿Nosotras? Absolutamente nada. Solo me lavé las manos –alegó Samanta.

– Mientes. Habéis estado demasiado tiempo y, conociéndote, sé que te has ido de la lengua.

– No digas sandeces y sigamos con los nuestro –declaró la detective que paseó la perspicaz mirada por su alrededor.

Maceroni meneó la cabeza pero no dijo nada más.

– A ti te pagan por esto. A mí no –soltó el hombre.

– Te recuerdo que fuiste tú el que lo dejó –insinuó, señalándolo con un dedo.

En el local seguía entrando y saliendo gente diferente pero no había ni rastro de los pájaros que habían ido a buscar.

– He estado pensando y creo que sería una buena idea verter el falso rumor de que hemos detenido a varios sospechosos. De esa manera esos dos individuos volverán a coger confianza y seguirán con sus vidas normales, dejando de ocultarse. Ahora mismo saben que vamos tras ellos. Hemos intentado ponernos en contacto por vía telefónica, hemos preguntado a amigos y conocidos, saben que conocemos sus rostros –expuso, haciendo tamborilear las uñas sobre la mesa.

– No está mal la idea, Maceroni. Me lo pensaré –se levantaron y salieron al exterior para seguir preguntando por los chicos que estaban buscando, pero antes Francesco echó un último vistazo hacia donde estaba sentada Eli con los amigos.

Dos semanas después de regresar a casa de sus padres, Mateo se encuentra con esta noticia en la tele y también en internet:

"La Policía, en colaboración con la Guardia Civil, ha detenido esta noche a un joven por estar presuntamente implicado en la muerte de Luz, una joven de diecinueve años. Los hechos ocurrieron en el mes de junio, en la Ribeira Sacra. El detenido, de veintidós años, ha sido localizado en el piso que compartía con otro compañero. Fuentes de la policía han indicado que no puso resistencia en el momento de la detención, sin transcender, hasta la fecha, los cargos que se le imputan. Asimismo se ha arrestado a una segunda persona como presunta cómplice. De este segundo no han difundido más detalles. Ambos están en dependencias policiales a la espera de pasar a disposición del juez, según ha informado la Guardia Civil".

No se lo podía creer y llamó a Eloy.

– Hola, tío. ¿Has visto u oído las últimas noticias? –expresó con efusividad.

– Qué noticias –dijo el otro sin mucho entusiasmo. Eran las siete de la mañana. En Portugal, una hora menos.

– Joder. Dicen que han cogido a un tío como presunto culpable de la muerte de Luz y también hay otro arrestado. ¡Está detenido! –Mateo no sabía si llorar o reír.

– ¿Estás seguro de lo que dices? ¿No te habrás confundido? –encuestó el que estaba viviendo en el país luso.

– Como te lo estoy contando.

– Cojones. Si eso es cierto estamos librados, ja, ja, ja. Me parto de la risa–expresó el que llevaba la voz cantante.

– Me pregunto quiénes serán los chicos. Tiene que ser jodido que te detentan sin haber hecho nada –opinó.

– ¡Qué le den por culo! ¿Tú quieres ir a la cárcel? Yo no; por consiguiente hoy voy a ir a trabajar más contento de lo habitual y lo voy a celebrar el fin de semana cogiendo una buena cogorza –se jactó.

– ¿Cómo puedes ser tan insensible? –recitó Mateo pensando en lo mal que lo debía estar pasando la persona que había sido detenida. Él, en su lugar, se habría muerto del disgusto.

– Mi secreto está en pensar en mí mismo y nunca en los otros. Los demás no me van a resolver mis problemas.

– ¡Ah, no! –estaba muy enfadado–. Entiéndelo, Eloy. Ahora mismo hay dos chicos que están ocupando nuestro lugar. No sé en qué se basan las investigaciones de la Policía pero están rotundamente equivocados. Ellos no son culpables de nada – aclaró, frotando la cabeza debido al dolor que se le había formado.

– Pues nosotros tampoco, ¿o acaso la empujaste al río?

– No la empujé pero tampoco hice nada para impedir que se ahogara y eso me corroe el alma, cosa que a ti no te pasa porque eres frío como un iceberg. Es posible que tú seas capaz de vivir con esa carga pero yo no. Su rostro se presenta ante mí

cada vez que intento cerrar los ojos para dormir. ¡Es imposible vivir así! –dijo con emoción en la voz.

La puerta de su habitación estaba un poco abierta y su madre pasó por allí en aquel instante, pudiendo escuchar su argumento.

– Lo que pasa es que eres un puto cagado. Tus miedos me sudan la polla –se burló.

– Prefiero ser así a parecerme a ti; un ser sin escrúpulos ni compasión – manifestó, dando un puñetazo en la pared. Su madre aguzó el oído.

– Ve a ordeñar tus vacas, anda. –terminó diciendo antes de cortar la llamada.

Mateo observó la pantalla del móvil y soltó aire por la boca con fuerza. ¿Cómo se había dejado llevar por ese elemento?

Los nudillos de su madre sonaron en la puerta.

– Buenos días. ¿Te encuentras bien?

Mateo se irguió con rapidez al verla asomar la cabeza.

– Sí, mamá. Todo bien. Me visto y bajo a ayudarte con el desayuno –sostuvo intentando disimular que estaba bien pero no era así, y su madre lo supo.

– Hijo, hablabas como excitado, como preocupado por algo. ¿Qué es eso tan importante que te inquieta? –consultó la progenitora que se había sentado sobre la cama y le había pedido que lo hiciese a su lado.

– De verdad que no ocurre nada. Temas que tenía que hablar con el compañero de piso pero está todo aclarado.

Se levantó y salió raudo al pasillo para entrar en el baño. Cerró la puerta del mismo y se apoyó en ella con los ojos cerrados y el corazón acelerado. Había estado a punto de meter la pata por no cerrar la puerta de su dormitorio con llave. Si su madre se enteraba de lo que habían hecho, no se lo perdonaría en la vida.

Regresó a su habitación. Por los ruidos que se escuchaban, su madre trasteaba en la cocina. Pese a haberle soltado esa mentira sobre el compañero, sin ponerse demasiado nervioso, para no levantar más sospechas, sabía que ella no lo había creído. Su progenitora tenía un sexto sentido que nunca le fallaba y, tarde o temprano, acabaría por sonsacarle la verdad.

Humberto estaba teniendo muchos problemas en el trabajo a causa de su mal carácter, por no mencionar que la empresa estaba pasando por un bache económico. Los problemas con la bebida lo obligaban a tener que salir antes; unas veces porque se encontraba mal y otras porque necesitaba echar un trago. Montse estaba convencida de que cualquier día aparecería en casa con la carta de despido.

Un viernes regresó más temprano a su hogar porque se encontraba mal. Unos meses antes había acudido a su centro de salud y allí su médico de atención primaria, viendo que la cosa no pintaba bien, lo envió directamente a urgencias del hospital. Le hicieron distintas pruebas médicas, entre ellas una anamnesis, una ecografía, una elastografía por resonancia magnética, y le quitaron una muestra del tejido hepático para analizar, mediante una biopsia. Su médico atendía por la tarde y lo había llamado al móvil porque necesitaba que acudiera al centro lo más rápido posible.

Apenas llegó el doctor lo hizo pasar. Su cara estaba seria, demasiado ceñuda. Buscó el historial médico en el ordenador y lo giró hacia el paciente para que viese los resultados de las pruebas.

– Los exámenes que le han pedido no salen nada bien –declaró, señalando la zona del hígado con la punta del bolígrafo.

Humberto se mantenía expectante mientras el médico seguía comentándole lo que aparecía en el informe que le habían remitido los de medicina interna, que, resumiendo, le estaba dejando entrever que sufría de cirrosis a causa de la exposición prolongada al alcohol. Los síntomas que tenía eran debilidad, fatiga y pérdida de apetito, vómitos, hipertensión portal y comienzos de ictericia.

– ¿Es grave, doctor? –preguntó algo alarmado.

– No hay tratamiento que pueda eliminar por completo esta sintomatología. Los medicamentos que hay son para retrasar el avance de la enfermedad y ayudar a aliviar los síntomas. Los consejos que damos a los pacientes con esta dolencia, son cambiar los hábitos de alimentación y sobre todo evitar el alcohol. Hay que hacer un seguimiento cada medio año.

– ¿Me está diciendo que tengo cáncer?

– Si la cirrosis es muy avanzada, puede llegar a convertirse en cáncer de hígado o provocar una insuficiencia hepática.

Humberto pasó varias veces las manos por el pelo.

– Quiero una segunda opinión. No me fío hasta que otro especialista más lo corrobore –formuló en un tono muy severo, como si su intención fuese atacar al profesional de la salud por decirle la verdad.

– Usted es libre de hacer lo que crea conveniente con su salud pero le recuerdo que la seguridad social no se lo va a conceder, después de todos los recortes que hicieron. Vaya a un hepatólogo y que le repita estas pruebas médicas –las escribió en un papel en blanco y se lo acercó–. Ah, y otra cosa. Vaya también preparando la cartera.

El hombre cogió la nota y la guardó en el bolsillo del abrigo. Salió de la consulta y entró en el coche. Durante unos minutos permaneció inmóvil, con la mirada perdida. Llamó al trabajo y les comentó que se encontraba mal y que no volvería hasta la mañana siguiente. Si no iba al trabajo, ¿adónde iba a aquellas horas? Una copa más no le haría daño. Arrancó el coche y acordó pasar por el bar de siempre. Después regresaría a casa y le daría una sorpresa a su mujer al llevar varias horas más temprano.

Montse recibió una llamada de Elisabeth. La madrileña había estado en el Centro de Información a la Mujeres que había en el ayuntamiento, para informarse sobre los recursos a los que pueden acceder las víctimas de violencia de género. Le explicó que sería muy importante acudir a la Guardia Civil para formalizar una denuncia. En el propio Centro de Información a la Mujer podría ser asesorada tanto jurídica como psicológicamente ya que cuentan, tanto con una abogada como con un psicólogo especializados en ese tema. El propio ayuntamiento dispone del departamento de servicios sociales al que también podría acudir e informarse de los recursos económicos a los que podría tener acceso. En el sistema público de empleo existe un subsidio especial para las víctimas de violencia de género o doméstica, por lo que tendría que asesorarse en el SEPE.

– Uf, eso significa muchísimo papeleo, viajes y exponerme ante mucha gente – cuestionó la perjudicada que empezaba a sentirse agobiada.

– Si realmente quieres apartarte de él y comenzar una nueva vida, tienes que hacerlo de esa manera. Tu marido jamás consentirá que te vayas de rositas, mucho menos que lo echés de casa por mal comportamiento. Estamos hablando de algo muy serio. Yo puedo acompañarte a todos esos lugares. Ahora mismo tengo tiempo y ya conseguí coche para desplazarme –clarificó la rubia.

– Por supuesto que quiero dejarlo –enmudeció unos segundos y respiró con profundidad–, solo que tengo miedo a las consecuencias. Conociéndolo sé que no se va a quedar con los brazos cruzados. Intentará buscarme.

– Seguro que sí y para eso es importante que acudas al servicio de psicología que hay en Asuntos Sociales. Allí te prepararán para que seas capaz de responderle. Ten en cuenta que va a intentar, por todos los medios, que regreses con él. Te dirá palabras bonitas y frases cariñosas... hasta que llegues a casa. Después ya te puedes imaginar lo que viene.

Montse no habló pero reafirmaba para sí lo que le había dicho. Entonces Eli repasó las notas que tenía en la agenda y siguió contándole lo que había averiguado, en relación a las ayudas económicas.

Las víctimas de violencia de género o doméstica tienen dos clases de ayuda. La primera es la ayuda de pago único, que tendría que solicitar en los servicios sociales, y la otra es la conocida como RAI, renta activa de inserción. Elisabeth detalló los requisitos que debía cumplir para acceder a dicha ayuda. Montse cumplía los siete puntos mencionados.

– Ahora está en tus manos decidir qué hacer. Sabes que vas a tenerme aquí mientras no tenga que regresar a Madrid –concluyó.

– Voy a seguir adelante –acabó diciendo entretanto observaba una fotografía de ambos el día de su boda.

– Muy bien. Entonces empezaremos por poner la denuncia en el cuartel.

Montse estaba tan abstraída en la conversación y pensando en lo que diría ante la Guardia Civil, que no escuchó llegar el coche de su marido; solo supo que estaba en casa cuando atravesó la puerta y vio que la había cazado hablando por teléfono. En ese instante sintió que se le helaba la sangre. Siempre había sido muy cuidadosa con el teléfono, especialmente cuando hablaba con sus padres o con Eli, pero esa tarde se distrajo en los pensamientos.

Lo primero que hizo fue inventar una excusa. Se habían equivocado de número, pero Humberto estaba tan excitado que no la escuchó.

– ¿Con quién hablabas? –exigió saber. Tenía esa mirada vidriosa tan característica en las personas que consumen mucho alcohol.

De inmediato Montse notó el olor a alcohol. ¡Era vomitivo!

– Con nadie. Un tío que preguntaba por un tal Jaime Morales –mintió.

El marido se acercó a ella y le quitó el teléfono de las manos. Revisó las llamadas emitidas pero no había ninguna. Después las recibidas. Vio que solo había una y pulsó en rellamada. Segundos después Eli contestó.

– Sí –dijo dubitativa. Se imaginaba que era el marido comprobando de quién se trataba.

– ¿Quién eres? –preguntó de muy mal humor.

– Disculpe pero antes me equivoqué al marcar –inventó, esperando que esa excusa sirviese para tranquilizarlo.

El varón lo tiró con fuerza encima del sofá pero sin cortar la llamada. La miró con desprecio y le dio una bofetada.

– ¿Desde cuándo eres tan mentirosa? –gritó trastornado.

– No te he mentado –contestó la chica que cubría el rostro con ambas manos.

– Dijiste que era un hombre. ¿Qué me estás ocultando, zorra? –voceó, tirando de ella hasta que cayó al suelo.

Ella sollozaba y negaba con la cabeza.

A continuación vinieron patadas en el estómago, en la cabeza y la espalda.

– Si tuviese una pistola aquí acabaría contigo –chilló, fuera de sí.

Elisabeth estaba al otro lado, escuchando todo lo que sucedía en ese salón. ¿Qué podía hacer para ayudarla? Gritó su nombre varias veces pero no la oían. La voz del hombre, insultando a la esposa, junto al llanto de Montse y el ruido de la paliza que le estaba propinando, impedían que escuchasen sus súplicas para que dejara de pegarle.

La mujer se había quedado sin fuerzas para resistir, incluso para respirar con normalidad. De nada valía que se acercara al mobiliario para protegerse de los golpes.

Él tiraba de sus piernas o de sus brazos para tenerla a su alcance y seguir con el juego.

El varón, en un momento de lucidez, comprendió lo que acababa de hacer. Ella sangraba por la boca y su cuerpo formaba un ovillo. La agarró de la cintura y la tumbó en el sofá. Estaba inconsciente.

– ¡Montse, despierta! –susurró a su oído–. Lo siento, no quería lastimarte pero es que hoy el médico me ha dado una mala noticia y la pagué contigo –sus disculpas fueron en vano.

La mujer no respondía. Puso la oreja sobre su corazón para comprobar que tenía pulsaciones. No estaba muerta... por el momento.

Al otro lado del teléfono seguía Eli, a punto de entrar en shock. En cuestión de segundos dejó de escuchar voces y ruidos. ¿Qué habría pasado para que reinara aquel silencio sepulcral? ¿La habría matado o tal vez se fugaría, dejándola sola y malherida? Para salir de dudas llamó a la Guardia Civil. Ellos se encargarían de averiguarlo.

Una agente con voz serena, pero firme, cogió el teléfono. Elisabeth estaba nerviosa, como nunca lo había estado en su vida.

- Por favor, tienen que acudir al domicilio de una chica. Su marido acaba de darle una paliza y temo que esté muerta o malherida –imploró a modo de súplica.
- Tranquilícese y dígame su nombre –solicitó la agente.
- Me llamo Elisabeth. ¡Por favor, corran! –respondió.
- Dígame el nombre de la mujer y su dirección.

La rubia buscó la dirección en la agenda y el nombre completo.

- Perfecto. Ahora saldrá un vehículo hacia el lugar –explicó la mujer.
- Vale, avise también al servicio de emergencias. La chica tiene que estar malherida después de la paliza que le propinó su marido. Es necesaria una ambulancia –insistió.

Mientras hablaba con la mujer agente, buscaba las botas, el bolso y las llaves. Se desplazaría hasta allí para estar con ella. De alguna manera se sentía culpable por haber contestado a la llamada, aunque, sabiendo cómo actúan esos individuos enfermos, cualquier cosa podría haber pasado.

Bajó al bar y le preguntó a Sebastián por donde quedaba la casa de Montse. Un cuarto de hora más tarde estaba frente al domicilio. Había un coche de la Guardia Civil y una ambulancia, además de muchos vecinos que se habían acercado al ver el revuelo. Tenía miedo; sus dientes querían castañear y las manos le temblaban como si estuviese desnuda bajo una fuerte granizada. Se armó de valor y bajó del coche. Tenía que saber si todavía estaba con vida. Morir no podía ser el final de aquella mujer que se había atrevida a pedir ayuda para abandonar aquel infierno.

Un agente estaba en la puerta, con el teléfono pegado al oído. Cuando intentó entrar, este le impidió el paso. Le explicó que había sido ella la que había dado el aviso y que la estaba ayudando con el tema de la violencia que estaba padeciendo por parte del marido. El oficial comprobó sus datos y permitió que entrara.

Con solo entrar en el distribuidor notó el olor a alcohol. Varias personas hablaban un tanto excitadas. Dio varios pasos hacia ellas hasta que vio el terrible escenario. Casi a la entrada del salón se encontraba el marido, tumbado en el suelo boca abajo y con las esposas puestas. Tenía el rostro enrojecido. Sobre el sofá estaba el cuerpo de Montse. Una médico y un enfermero la estaban cogiendo en aquel momento para acomodarla en la camilla. Se acercó un poco más y vio que tenía los ojos cerrados y los brazos sin fuerza.

- ¿Está viva? –fue lo primero que preguntó aunque segundos después razonó. Si hubiese fallecido no sería el equipo médico quién retirase su cuerpo de allí sino la funeraria.

La médico pidió consentimiento al agente que estaba en la sala para hablar. Este asintió.

– Tenemos que llevarla al hospital porque tiene varias costillas rotas, el pómulo derecho, varias brechas en la cabeza y una seria lesión en la pierna derecha, además de múltiples contusiones por todo el cuerpo, especialmente en el abdomen. Se ha salvado por pelos –relacionó meneando la cabeza–. Menos mal que han avisado con tiempo, si lo hubiesen hecho un poco más tarde ya no estarías hablando de una persona herida sino de un cadáver.

– ¿A qué hospital la llevan?

– Al Complejo Hospitalario Universitario –aclaró–. ¿Sabe si tiene familia que la pueda acompañar?

– En algún momento me comentó que tenía padres. Buscaré por aquí a ver si localizo los números. En un rato iré al hospital para saber cómo se encuentra.

La médico levantó el pulgar.

– ¿Qué va a pasar con él? –quiso saber Eli dirigiéndose hacia el guardia civil.

– Nos lo llevamos. El servicio médico se encargará de preparar un buen informe y presentar cargos contra él. Solo espero que no haga como otras muchas víctimas que, a los pocos días de presentar la denuncia, la retiran por miedo a las consecuencias. Esta chica tiene la oportunidad ahora de librarse de este animal.

– Ella tenía intenciones de dejarlo. Yo misma estuve haciendo gestiones en el ayuntamiento y en servicios sociales por ella. Solo espero que no haya sido demasiado tarde.

El agente asintió y siguió con su trabajo, tomando notas y haciendo fotografías. Al salir había dos periodistas voraces preguntando a los vecinos por el suceso y haciendo fotografías. Al ver que se dirigía al coche se acercaron a ella para sacarle información. Le preguntaron qué había pasado en el interior de la vivienda, qué relación tenía con el matrimonio o si creía que había sido un intento de asesinato. Eli, en respuesta a la avalancha de preguntas, no contestó a ninguna de ella y se introdujo en el vehículo, metió la dirección del hospital en el GPS y arrancó. No podía dejar que estuviese sola en un momento como ese y, cuando se despertase, ella estaría cerca para apoyarla y darle ánimos.

Cuando llegó a urgencias facilitó el nombre de la paciente pero las funcionarias que estaban en la recepción le dijeron que debía esperar en la sala mientras la atendían. Vio el reloj. Eran las once y media de la noche. Decidió llamar a Alicia y a Ariel para contarles lo sucedido. La pareja, que en aquel momento estaba cenando en el restaurante del hostel, acordaron acercarse hasta el centro hospitalario para acompañarla. Al llegar, la encontraron sentada en unos bancos amarillos, cerca de la máquina de café. Se abrazaron y les contó todo lo que había sucedido esa tarde, desde cuando estuvo hablando con Montse hasta cuando llegó a su casa, pasando por el momento en que su marido cogió el móvil y lo tiró, sin cortar la llamada. Gracias a eso pudo escuchar todo y llamar a la Guardia Civil.

– Nena, has salido en las noticias del canal autonómico. Me lo ha dicho la madre de Ariel –anunció Alicia –dijo que te hicieron varias preguntas pero tú no respondiste, te limitaste a entrar en el coche y arrancar.

– Eso es verdad. No tenía ganas ni el cuerpo para responder a sus preguntas. Ya se enterarán por la Guardia Civil, la Policía o por la mismísima Montse.

La pareja le preguntó si había cenado y ella respondió que no pero que tampoco le apetecía. Todavía tenía los nervios atravesando su garganta. La morena fue al mostrador de enfermería y preguntó por el estado de la paciente.

– Me han dicho que ha entrado en quirófano y que va a tardar, por consiguiente tú te vienes con nosotros hasta el restaurante que hay fuera –explicó, cogiéndola del brazo para salir.

– ¿Y si acaban antes de lo previsto? –dijo con abatimiento, retirando los cabellos que tenía sobre la cara.

– No te preocupes. De aquí no se irá –insistió la de los ojos negros.

Como era un viernes por la noche, el restaurante estaba lleno. El camarero les buscó una mesa en la parte trasera del local, muy cerca de la ventana.

– De verdad, chicos, no me apetece nada.

Alicia ojeó la carta que había sobre la mesa. Ellos ya habían cenado pero para acompañarla pidieron un poco de pulpo y calamares. Treinta minutos después recibió la llamada de los padres de Montse. Habían llegado al hospital. Se lo explicó y fueron a la barra para pagar, pero, mientras esperaban a que el camarero hiciese la cuenta, echaron un vistazo hacia el televisor. Estaban pasando la noticia en directo y un periodista estaba preguntando por lo sucedido a una mujer de mediana edad que, se suponía, era vecina del matrimonio.

– ¿Puede darle un poco más de voz? –preguntó la rubia al encargado de barra.

El hombre buscó el mando a distancia y lo accionó. La mujer, de unos cincuenta o sesenta años, con el pelo como si hubiese salido de la peluquería en aquel mismo instante y vestida con un abrigo de color marrón, hablaba al micrófono.

– “Apenas conozco al matrimonio pero a veces las propias mujeres son las culpables de que sucedan estas cosas. Van por la calle provocando, con faldas extremadamente cortas y escotes que llegan al ombligo. Ellas mismas se lo buscan. No quiero decir que este sea el caso pero hablo en general. Le echamos la culpa a los hombres cuando en realidad ellos son unas víctimas más”.

El periodista no salía de su asombro. ¡Cómo podía haber gente que todavía pensase así!

– ¿Pero quién es esa, *Neandertal*? –Eli habló muy malhumorada–. Me parece que creció en un cuerpo con el que no se ha identificado en su puta vida. ¡Qué me lo diga a la cara si es capaz!

– Déjalo. Con esa gente no vale la pena discutir. Está claro que no viven en nuestro siglo –intervino Alicia, que la cogió del brazo para sacarla de allí. Sabes que a los periodistas les encantan los pirados.

Los familiares de la chica atacada, que mostraban evidentes signos de preocupación, la esperaban a la entrada del hospital. Elisabeth se presentó y los cinco entraron. La enfermera, tan pronto la vio llegar, le comentó que ya había salido del quirófano, y que en breve pasaría el médico que la había atendido para informar de

cómo había ido la intervención. Eli les contó todo lo que había sucedido y sabía hasta ese momento, ahorrándose ciertos detalles que lo único que harían sería entristecer todavía más a esos padres afligidos. Las palabras brotaban en torrente. La madre lloraba sin cesar y su marido la agarraba de los hombros, intentando consolarla. Mientras esperaban a que saliese el doctor, Alicia y Ariel se acercaron hasta la máquina de café y sacaron cinco. Media hora más tarde apareció y se dirigió a ellos. Eli aclaró que aquellos eran sus padres y entonces el facultativo les detalló lo que habían tenido que hacer para salvarle la vida. Resultaba espeluznante escuchar el relato de las lesiones que tenía. Concluyó diciendo que los servicios médicos tenían la obligación legal de poner en conocimiento de la autoridad judicial, la existencia de dichas lesiones ante la constatación de malos tratos, enviando al juzgado el parte de lesiones y un informe médico. Sería la primera denuncia contra su marido. Solo esperaban que Montse no se echara atrás.

Mientras debatían sobre ese asunto Fran se presentó en la sala de espera. La madrileña se lo quedó mirando. ¿Qué hacía allí?

Saludó a todos.

– ¿Ha pasado algo? ¿Te encuentras mal? –interrogó la rubia.

– A mí no me ha pasado nada –respondió, cogiéndola del brazo para separarse unos metros–. Te he visto en las noticias. Tenías muy mala cara y pensé que estaría bien acompañarte, al fin y al cabo, mañana no trabajo.

– Mañana –se paró a observar el reloj de pulsera–, mejor dicho hoy, ya es sábado y tú también trabajas los sábados.

– Pues este, en concreto, no –aclaró, tirando de su barbilla con dos de sus dedos.

Elisabeth quiso sonreír pero no le salía. Todavía estaba demasiado afectada por lo que le había pasado a Montse.

– ¿Te encuentras bien? –dudó al preguntar. A juzgar por su semblante, había sido una noche movidita y cargada de emociones.

– No. No me siento nada bien pero ellos se encuentran mucho peor –alegó con voz apagada y señalando los padres de la chica.

Lo cogió de la mano para reunirse con los demás e hizo las presentaciones. Alicia y el novio se sorprendieron gratamente de su presencia. Los seis se sentaron a esperar.

– Chicos, de verdad que agradecemos vuestro apoyo pero podéis ir a vuestras casas. Nosotros estaremos pendientes de si despierta y la suben a planta, aunque me temo que todavía faltan unas cuantas horas. Es una tontería que estemos todos aquí. Si al menos le pudiésemos hacer algo, pero no es el caso. No está en nuestras manos su curación –habló el progenitor de Montse con un suspiro final.

Ariel miró a Alicia y se levantaron.

– Es cierto lo que usted dice –exclamó el chico mirando hacia Eli–. Será mejor ir a dormir unas horas. Seguro que mañana la suben y podremos estar un rato con ella.

– Eso es. Nosotros nos sentimos francamente agradecidos y arropados pero la presencia de todos no va a cambiar nada –afirmó el padre.

– El señor tiene razón, Eli. Será mejor que te lleve a casa y duermas unas horas. Mañana volveremos y podrás estar con ella –opinó Francesco, que la había cogido de la mano.

– De acuerdo. Nos vamos pero si hay novedades no duden en llamarme. Ya tienen mi número en el registro pero de todas formas aquí les dejo mi tarjeta –buscó en el bolso y la sacó, dándose cuenta que era una tarjeta de presentación de su trabajo–. Ahí aparece mi número de móvil –había tachado el antiguo con un bolígrafo y escrito el nuevo. Había estado a punto de tirarlas a la papelera pero se contuvo. Lo haría al regresar a Madrid.

La pareja sexagenaria volvió a sentarse después de que todos se fueron. Ariel y Alicia le ofrecieron a Eli ir con ellos pero Fran intervino diciendo que él la acompañaría.

– He traído coche –comentó con un hijo de voz.

– No estás en condiciones de conducir. Yo te llevaré y mañana lo recogemos a la vuelta.

– ¡Pero si tú solo andas en moto!

– ¿Y?

– Pues que a estas horas hace mucho frío para ir en moto –protestó, abrazándose para no sentir el frío que hacía en el aparcamiento.

– Tonterías. Tú agárrate a mí con fuerza –le pasó la cazadora y el casco, montaron en la moto y arrancaron.

Se agarró con brío a su cintura y apoyó la cabeza en la musculosa espalda del hombre que iba sentado delante de ella. Se sentía protegida. Cerró los ojos y se concentró en sentir los latidos de su corazón.

– ¿Hemos llegado? –preguntó, abriendo los ojos para apearse de la moto.

Francesco le ofreció su mano.

– Fran. Estamos en tu casa y no en el hostel –señaló sorprendida.

– No voy a dejarte sola en lo que queda de noche –masculló, sacándose el casco y buscando la llave en el bolsillo del pantalón.

Normalmente metía la moto en el interior del garaje pero en esa ocasión no lo hizo porque, en pocas horas, Eli le pediría que la llevase de nuevo al hospital.

– Estoy acostumbrada a trasnochar –recitó, dejando escapar un bostezo.

Entraron y Edy los recibió con una sonrisa y meneando la cola. Fran fue a la cocina a por café y Eli se dejó caer en el sofá. Al entrar en el salón la encontró totalmente dormida, con el abrigo puesto y el bolso colgando del brazo derecho. Se quedó mirándola. Recostada en el sofá parecía tan vulnerable, tan inocente, tan niña. ¿Le recordaba a alguien? Claro que sí.

La tomó en brazos y antes de acostarla en su cama le sacó el bolso, las botas, los calcetines y el abrigo. Con el dorso de su mano derecha acarició sus mejillas y retiró

varios mechones de pelo que cubrían su rostro. Tenía la piel sedosa y aterciopelada. Entonces sintió la tentación de besarla. No es nada malo; está dormida y no se enterará, pensó. Poco a poco fue acercando sus labios a los de ella hasta que notó su carne. Estaban fríos del viaje en moto. Con un nudillo los acarició. No podía ocultar lo que sentía por esa mujer, por mucho que lo intentara. Le gustaba su forma de ser, su carácter, espontáneo y divertido. Sí. Tenía que reconocerlo. Era muy parecida a Paula, no solo en el físico sino en cómo era como persona. Había tantas cosas que le recordaban a ella que a veces se sentía como perdido. Esa sensación le producía mucho dolor y ésa era una de las razones por las que procuraba alejarse para no recordar, para no sufrir, para no tener que dar explicaciones.

Con sumo cuidado le quitó el jersey y el pantalón, dejándole la blusa y la ropa interior. Se desvistió y acostó a su lado, arropándola para que no tuviese frío. Tenía los pies helados. Eli se giró hacia él y se acurrucó para entrar en calor.

Por la mañana vio que seguía envuelta en un sueño profundo por lo que prefirió levantarse sin hacer ruido. Edy estaba acostado en la alfombra del pasillo. Al verlo, se levantó y comenzó a menear la cola.

– Veo que también te gusta pero no hagas ruido o la despertarás –dijo moviéndole el pelo de la cabeza en forma de caricia.

Se dirigieron a la cocina y preparó café, su debilidad. Después entró en una pequeña zona del garaje que tenía preparada como gimnasio. Una cinta de correr, una máquina de entrenamiento para cardio y fuerza y un saco de boxeo. Para entrenar vistió un short de color burdeos y una camiseta blanca sin mangas, pero una vez entró en calor, sacó la misma y se limpió el sudor con ella, dejando a la vista los músculos fibrosos, los tatuajes y las cicatrices que tenía en espalda y brazos. Eli se despertó a media mañana al escuchar el ruido de una puerta. Abrió los ojos y vio que no estaba en la habitación del hostel. Los volvió a cerrar para recordar lo que había pasado y sintió escalofríos por todo el cuerpo. Sacó un brazo de debajo de la ropa de cama para comprobar la hora y se levantó de golpe. ¡Las doce del mediodía! Tenía un fuerte dolor de cabeza y bastante hambre. Bostezó y se dirigió al baño, después de comprobar que estaba casi desnuda. Al salir se preguntó dónde estaría Fran y el inseparable de su can. Justo en ese instante sintió que algo suave rozaba la piel desnuda de sus piernas. Era Edy, que había ido a saludarla.

– Hola, grandullón. ¿Cómo ha amanecido el día?

La chica se acercó a la ventana, cubierta con una mosquitera oscura, y comprobó que llovía. Irguió los brazos por encima de la cabeza para estirar el cuerpo. Había dormido de un tirón pero no lo suficiente como para mitigar el susto de la noche anterior. ¿Cómo pasaría la noche Montse? ¿La llevarían a una habitación o seguiría en vigilancia intensiva? Tenía que llamar a los padres para estar tranquila. Buscó el móvil en el bolso y marcó el número. La progenitora fue la que respondió, explicándole que el doctor les había comentado que había pasado una mala noche y por eso esperarían unas horas más para subirla a planta. En ese instante apareció Fran, totalmente empapado.

– ¿Has estado bajo la lluvia?

- En el río –contestó con una media sonrisa–. ¿Todavía no te has vestido?
- Acabo de despertarme pero no tengo frío –antes había tocado un radiador y estaba caliente.
- Así tampoco estás mal –guiñó un ojo.
- Oh, gracias. ¿No irás a decirme que te has bañado en esas frías aguas de otoño? –arrugó la frente a la espera de una respuesta.

Francesco se acercó a ella y cogió su barbilla.

- Me baño todos los días del año, sea primavera, verano, otoño o invierno, haga frío, calor, llueva, truene, relampaguee o caiga nieve.

Ella se estremeció con solo pensarla y puso una mano sobre su brazo.

- Estás congelado y vas a coger una pulmonía. Ponte un jersey ya. ¿Hay café?

El hombre entró en el dormitorio y respondió desde allí.

- Lo hice esta mañana, cuando me desperté. En el armario de arriba tienes pan que puedes meter en la tostadora si es que tienes hambre –explicó.

- Vale, gracias. ¿Te hago también para ti?

- No me vendría mal –contestó tras ella. Seguía descalza y su único atuendo era una blusa rosa palo y los calcetines.

Eli se giró para mirarlo a los ojos. Se había puesto un pantalón de deporte y un jersey de pico, aunque lo llevaba remangado. El pelo todavía estaba mojado. La chica se arrimó a la meseta y Fran pegó su cuerpo al de ella, quedando sus bocas a pocos centímetros. Eli lo agarró por el suéter, consiguiendo lo que quería. Besarle. Con los dientes tiró de sus labios, los absorbió, los acarició con la lengua. Él se dejaba hacer aunque deseaba poseerla en aquel mismo instante. Abrazó su rostro para afianzar el beso, sintió la humedad del pelo en sus dedos. Francesco solo la abrazaba por la cintura.

- ¿No me deseas? –susurró a su oído, acariciando el lóbulo con la lengua.

- Más de lo que te imaginas –habló con voz temblorosa.

Entonces debes besarme, acariciarme y hacerme tuya porque yo también lo deseo.

Sin más miramientos la agarró por el culo y la sentó sobre la encimera, que, aunque notó el frío de la piedra bajo su piel, esa sensación no fue suficiente como para quitarle las ganas de amarlo allí mismo. Él pasó las manos por el cuerpo de ellas con ademanes posesivos.

Los besos eran apasionados, las caricias desesperadas. No podían aguantar más. El varón bajó el pantalón y se deshizo de la ropa interior. Con cuidado apartó la braga para poder entrar en su interior y recordar esa magnífica sensación de estar dentro de ella. Los dos gimieron en esa primera acometida. Elisabeth se movía con habilidad para facilitar las penetraciones. Después vinieron más y más fuertes hasta llegar al clímax. La cabeza del chico reposaba sobre su pecho mientras se recuperaba; ella lo abrazaba y besaba su coronilla. El sonido de la tostadora los hizo reaccionar. Se miraron a los ojos como preguntándose, ¿cómo nos explicamos lo que acaba de suceder?

– No ha pasado nada. Solo ha sido un revolcón. Ambos necesitábamos desahogo, ¿verdad! –habló la rubia que se había bajado de la encimera para subirse las bragas.

Francesco pasó una mano por el cabello, soltó aire y asintió mientras llenaba dos tazones de café. Ella observó su seriedad, lavó las manos y colocó las tostadas en un plato. Se sentaron a desayunar en silencio.

– Necesito que me lleves al hospital para recoger el coche. Montse todavía sigue en observación, según me han dicho sus padres –expuso.

– Todavía llueve mucho. Si te parece vamos a esperar un poco a ver si amaina – resolvió después de haber comido las dos tostadas que le habían tocado.

– De acuerdo. En caso de que no pare, llamo a un taxi para que me acerque allí. Francesco asintió y bebió lo que quedaba de café.

– ¿Te importa que me dé una ducha en tu baño?

– Puedes usar todo lo que necesites aunque no encontrarás artículos de aseo femeninos aunque tú eso ya lo sabías. Me voy a dar un paseo con mi perro.

Ella, un tanto decepcionada, percibió un nuevo distanciamiento entre ambos. Al ver que prescindía de su compañía, se levantó para lavar lo que habían ensuciado y entró en el baño. No podía culparlo. Había sido ella la que comentó que lo que había pasado en la encimera de la cocina solo había sido sexo.

Unos minutos después salió y al ver que no había ni rastro de Fran ni su perro, comenzó a buscar en los armarios algo que pudiera cocinar. En internet encontró la receta ideal para ese día de frío y lluvia: judías a la madrileña. Un plato que había comido muchísimas veces en casa de su madre cuando era pequeña. Los ingredientes eran los siguientes: judías blancas que, aunque no las tenía frescas, sí encontró un bote de cristal en la despensa. Una cebolla, ajo, laurel, perejil fresco, un poquito de comino y pimienta. También solía aceptar tocino pero su madre siempre lo sustituía por chorizo troceado. Elaborar el plato le llevaría menos tiempo del que estimaba la receta porque las judías ya estaban cocidas. Sobre las tres, cuando Fran regresó del paseo, tenía la mesa puesta y la olla desprendiendo un agradable olor que abría el apetito.

– ¿Has preparado el almuerzo?

– Para que veas que las chicas madrileñas también sabemos cocinar –contestó mientras llenaba una jarra de cristal con agua.

– Yo tenía pensado llevarte a un restaurante que hay cerca del hospital –se acercó a la cocina y levantó la tapa–. Huele muy bien.

– Pues espero que sepa mejor.

Como no sabía si tenía algún protector contra el calor, para poner sobre la mesa, usó un paño de cocina y colocó encima la olla. Después sirvió el guiso con un cucharón mientras Francesco la miraba sorprendido. Le resultaba extraño tener una mujer en su hogar, durmiendo en su cama, utilizando su baño, cocinando para él. Pese a que echaba mucho de menos a Paula, se sentía cómodo teniéndola allí, cerca de él.

– Me gusta que estés aquí —se sorprendió diciendo lo que estaba pensando para sí.

Eli alzó la vista.

– A mí también. Ya no te veo como el pitufo gruñón —reconoció, regalándole una tierna sonrisa. Él actuaba de esa manera tan fría por alguna razón que todavía no conocía pero le encantaría escuchar su historia. Quizás así pudiera ayudarle.

– Sigues alojada en el hostel del tío ese.

– Es de los padres de Ariel y la verdad es que estoy muy cómoda allí —comentó al tiempo que removía las judías con la cuchara.

– Te estarás dejando una pasta. ¿Tienes pensado regresar a Madrid o te quedas con nosotros?

Buena pregunta, se dijo. En Madrid tenía el ático que todavía estaba pagando, estaba su madre y poco más, mientras que allí tenía a mucha gente que le importaba, cada día más.

– Me hacen precio de amigo, ja, ja, ja.

Siguió comiendo, pensativa.

– ¿Algún día vas a decirme quién es la chica de las fotos? Tengo la sensación de que me está observando. Te lo juro que me da mal rollo —volvió a intervenir esperando que él se sincerase.

– Es una persona que, en su momento, ocupó un espacio muy importante en mi vida pero que ahora ya no está —posó la cuchara, cerró los ojos y meneó la cabeza—. No me preguntes más.

– De acuerdo. Por hoy no insistiré más —respondió aunque le hubiese gustado decirle que, si esa chica ya no estaba en su vida, lo mejor era pasar página y eliminar esos recuerdos que, seguro, lo seguían atormentando.

Se escuchó el ruido que hacía el viento al rozar contra los árboles que había tras la casa y el suave repiqueteo de la lluvia.

– No me has respondido a lo de volver a tu tierra —insistió. El rostro de la chica cambió.

– Quizá porque no sé lo que va a pasar con mi vida. Ha experimentado tantos cambios y en tan poco tiempo, que a veces siento que es un mal sueño —reconoció, dejando la cuchara para beber un sorbo de agua.

– Lo primero sería buscar un trabajo con el que te sientas realizada. Lo demás ya vendrá.

– Yo era feliz con mi trabajo hasta que pasó lo que pasó. Ahora creo que mi jefa lo tenía todo planificado al insistir en que cogiera mis vacaciones. Fui una ingenua creyendo que estaba preocupada por mí.

– Ahora debes olvidar lo ocurrido en el pasado y centrarte en el presente. Eres joven, inteligente y extrovertida. No tendrás problemas para encontrar algo que te llene y continuar con tu vida —explicó.

– ¿Es eso lo que hiciste tú? Alejarte del pasado y comenzar una nueva vida totalmente diferente a la anterior. Como si fuese tan fácil.

– Más o menos aunque a veces es muy difícil no acordarse de aquello que en algún momento te hizo feliz, o todo lo contrario –reconoció girando la cabeza hacia el lado donde estaba su perro.

– Un lobo solitario. Por eso vives apartado del resto del mundo, como en tu burbuja.

– Aquí estoy bien. No molesto a nadie ni nadie me molesta a mí, hago lo que quiero sin dar explicaciones.

– Por cierto, ¿cuándo me entregáis el teléfono? He venido expresamente a Galicia para recuperarlo pero llevo aquí no sé cuántas semanas y todavía no lo he visto. ¿No sería una excusa para estar conmigo, verdad? –curioseó con voz cantarina.

– Por supuesto que no. Un día de estos te llevo a comisaría –manifestó serio viendo la cara de regocijo de la rubia.

Eli vio por la ventana que había dejado de llover. Arreglaron la cocina y partieron hacia el hospital.

Llegaron al hospital y fueron informados de que Montse había sido trasladada a una habitación, en la cuarta planta. Fran quiso acompañarla hasta allí.

Tocó en la puerta y abrió muy despacio. Había muy poca luz y en el interior estaban los padres, cada uno a un lado de la cama. Saludó con la mano para no hacer ruido, por si estaba dormida. La progenitora le hizo un sitio a su lado. Montse tenía el brazo fuera de las sábanas y su piel estaba amoratada. Tomó su mano mientras Fran observaba desde atrás. Una enfermera irrumpió en la habitación con otra bolsa de suero. Había dejado la puerta abierta y encendido la luz, provocando que se despertara y viera a Eli a su lado, agarrando su mano. Humedeció los labios y tragó saliva para hablar.

– Me han dicho mis padres que fuiste tú quién avisó a la Policía –dijo con mucha dificultad. Casi no podía abrir los ojos de tan inflamados que estaban, al igual que la boca. Tenía los labios reventados y los pómulos hinchados.

– Sí, estaba escuchando lo que sucedía en tu casa y no sabía qué hacer. Siento mucho lo que te hizo. Si no nos cogiera hablando quizá no te hubiese pasado esto – pronunció, emocionada y derrumbada por dentro. Se sentía culpable y el joven se dio cuenta.

– No ha sido culpa tuya –intervino, ocasionando que los progenitores de Montse, y Eli, se diesen la vuelta para escucharlo–. Esto le podría haber pasado en cualquier instante. Esos individuos no eligen el momento. Son personas que no razonan, solo buscan sentirse poderosos y a la vez hacer que la víctima se sienta una mierda, más inútil –había sentido la necesidad de reconfortarla.

La madre cogió un pañuelo para secar la nariz. Aquello era muy duro.

– ¿Dónde está Humberto? –preguntó con voz lastimera.

– La Policía me dijo que lo llevaban a comisaría para tomarle declaración pero la verdad es que no lo vi muy afectado –argumentó la madre.

Montse intentó mover la cabeza pero no fue capaz del dolor que sentía, desde la punta de los pies hasta el cráneo.

– No te preocupes. No volverá a ponerte una mano encima porque no vas a volver a esa casa. Antes tendrá que pasar por encima de mi cadáver –farfulló el progenitor cuya mirada desprendía fuego al mencionar a su yerno.

– Ahora el propio hospital facilitará las cosas con el informe médico y el parte de lesiones que están obligados a cumplimentar. Te aseguro que no saldrá de rositas –habló Eli que seguía agarrada a la joven convaleciente.

La madre, que estaba a su lado, le puso una mano en el hombro.

– Mil gracias por todo lo que has hecho por nuestra hija. Ayer, con los nervios y la preocupación, no pude decírtelo. Si no llega a ser por tu intervención a lo mejor nuestra hija no estaría viva en este momento. Has sido una bendición y estaremos en deuda contigo toda la vida –musitó con la voz totalmente emocionada.

– No me deben nada. Solo hice lo que cualquier buen samaritano haría por una persona que está en apuros y necesita ayuda. Yo sabía de su problema, lo estábamos hablando en aquel momento cuando llegó él, y ése, debió ser el motivo por el que enfureció y la tomó con ella porque desde hacía mucho tiempo la tenía a su merced, dominada en su totalidad. Intentaba ayudarla pero lo que conseguí fue que descargara su ira de la peor manera posible y, al mismo tiempo, de la única forma que saben hacer esos individuos cobardes—dos lágrimas brotaron de sus ojos con libertad. Estaba intentando aguantarlas pero la presión era muy fuerte.

– No te culpes, hija. Lo que tu chico ha dicho es muy cierto —dijo, refiriéndose a Fran que miraba y escuchaba con interés la conversación.

– No —barboteó—, no somos pareja. Solo amigos —aclaró, mirando de soslayo al hombre, aunque le encantaría que la mujer tuviese razón.

Charlaron un rato más hasta que entraron dos celadores para llevársela al servicio de rayos. Eli y Fran se despidieron de la joven prometiéndole que volverían a visitarla. Después lo hicieron de la pareja, que seguía emocionada y conmovida por lo que le había acontecido a su única hija. Bajaron al aparcamiento; Fran la acompañó hasta donde tenía el coche.

– Muchas gracias por haber estado a mi lado arriba y por tu comentario —musitó, apoyada en la puerta del vehículo.

Él, con las manos en los bolsillos, asintió con la cabeza.

– Bueno, me voy. Necesito descansar y cambiarme de ropa —se acercó al él, que estaba a cincuenta centímetros de ella, y lo besó con suavidad. Francesco la rodeó con sus brazos, estrechándola.

– Mañana te llamo.

– Jefa, hemos conseguido la dirección de la empresa en la que trabajaban los dos chicos sospechosos. Al parecer pidieron la cuenta hace unos meses pero no al mismo tiempo y, si me apura, hasta casi podría confirmar que el vehículo que vio la anciana cerca del río esa tarde, es este que ve en la imagen, propiedad de dicha empresa y que usan los empleados que trabajan en el departamento comercial – informó uno de los agentes que estaban trabajando en el caso.

Samanta se paró para ver el tipo de vehículo que era. Coincidió con la descripción que la octogenaria había facilitado.

– La empresa les facilitó un piso, además del coche. Podemos pedir una orden de registro aunque será difícil encontrar algo después de tanto tiempo.

– ¿Está ocupado por alguien en este momento? –interrogó la detective.

– No. Está vacío –respondió después de haberlo comprobado en la libreta de notas que tenía sobre el escritorio.

– Solicítala de igual forma. A todas luces han limpiado el piso pero quién sabe si se le ha olvidado algo. También consigue sus direcciones. Si hace falta aprieta a la empresa para que te las faciliten. Quiero saberlo todo de ellos. El dinero que tienen en el banco, quiénes son sus padres, a qué se dedican –ordenó con determinación.

Trabajar los fines de semana y festivos resultaba agotador, máximo si la investigación estaba estancada, pero esa sensación se suavizaba al ver que se producían avances hacia una clarificación del expediente.

– ¿Sus teléfonos siguen apagados?

– Los dos, desde que nos pusimos en contacto con ellos –se mordisqueó con impaciencia la cutícula del pulgar.

La mujer asintió con los ojos. La idea de Fran, de verter un falso rumor sobre la detención de dos sospechosos, no había dado sus frutos, lo cual daba por sentado que los verdaderos culpables no estaban por la zona. Observó a través de la cristalera. En la entrada estaban los padres de Luz. Los compañeros la miraron. Tenía que dar la cara frente a unos padres llenos de dolor para decirles que nada de aquello era verdad.

Los hizo pasar a su despacho y cerró la puerta no sin antes ofrecerles una taza de café que rechazaron.

– Querrán saber cómo va la investigación –habló la detective con las manos cruzadas sobre la mesa.

– Hemos visto y oído, en los medios de comunicación, la noticia de que habían detenido a dos personas, pero a nosotros nadie nos llamó para confirmarlo. Nos gustaría saber si esos individuos siguen detenidos o, por el contrario, están en libertad, lo cual nos parecería muy injusto ya que si son los culpables de haber matado a nuestra hija, deberían ingresar en prisión y pagar por el delito que han cometido –intervino el padre. Este tenía la mano derecha entrelazada con la de la esposa.

– No hay ningún detenido. Esa información era falsa. Nuestra intención era conseguir que los realmente sospechosos volviesen a actuar de manera natural, pero por el momento no sirvió de nada –confirmó.

Folla sabía que les había facilitado información confidencial, a fin de cuentas el caso seguía bajo secreto de sumario, pero no quería crear falsas expectativas en unos padres destrozados por la muerte de una hija.

– ¿Nos está diciendo que no tienen nada?

– Estamos tras unas pistas que, estoy segura, nos llevarán hasta los presuntos causantes o colaboradores en la muerte de Luz. Sé que para ustedes es difícil. Comprendo que se sientan impotentes pero confíen en mí. Cogeré a esa gente y los pondré a disposición de la justicia. En eso consiste mi trabajo y no pararé hasta verlos delante de un juez –prometió.

– Mi hija está enterrada –habló la madre de la chica cuyos ojos transmitían dolor y desesperanza–. Sabe Dios lo que sufrió al morir, lo que se le pasó por la cabeza en esos últimos instantes, mientras que el o los culpables, están en libertad siguiendo con sus vidas. ¿Usted cree que puedo dormir tranquila? Voy varias veces a su habitación esperando encontrarla allí dormida, aspiro el perfume que hay impregnado en su ropa, marco su número de teléfono con la esperanza de escuchar su voz –el sueño se mostraba esquivo desde su pérdida.

– Ana. Nuestra hija está muerta. Yo mismo reconocí su cadáver y las cenizas están depositadas en el cementerio –aclaró el marido–. Otros padres no tienen esa suerte y siguen buscando a sus hijos muchos años después, sin tener un lugar al que llevar unas flores o llorar.

Samanta hizo un gesto con la boca. Comprendía su dolor pero no podía hacer más. Se levantaron y les abrió la puerta. La mujer salió primero pero el padre de Luz se giró para decirle una última cosa.

– Mi mujer no duerme, apenas come. Delante de los otros hijos intenta disimular pero ellos no son tontos. Casi no hablamos porque no hay un tema de conversación que no nos lleve a nuestra hija. Le pido, ¡le suplico! que detenga a la mayor brevedad posible, a esos hijos de puta porque, de no ser así, me veo en poco tiempo dando sepultura también a mi esposa –suplicó con los ojos llenos de lágrimas.

– Lo conseguiremos. Se lo prometo.

– Nunca piensas que te va a para algo así a ti o a los tuyos y le aseguro que es muy duro.

El hombre salió cabizbajo. Solo esperaba que la detective cumpliera su palabra.

Una semana después obtuvieron la orden de registro pero no consiguieron encontrar nada que les ayudara en la investigación. El paso siguiente era localizar a los chicos en los domicilios que aparecían en sus documentos de identidad. Enviarían las citaciones por correo para no alertarlos y provocar que se fugaran.

Pese a que eran más de las nueve y media de la noche, Francesco se acercó a comisaría para estar con Folla. Conociéndola como la conocí, estaba seguro de que la iba a encontrar en su despacho. Llevaba cerca de una semana sin hablar con ella y no sabía el estado en el que estaba la investigación del caso que conocían como "La chica del río". Al llegar la vio sentada en su sillón, mirando hacia la ventana.

– Admirando las estrellas –pronunció con voz queda.

La detective se dio la vuelta y se sorprendió al verlo.

– Más bien pensando, devanándome los sesos –aclaró, cruzando las piernas y apoyando los codos en la mesa de madera–. ¿A qué se debe tu visita tan tarde?

Él miró el reloj.

– Ni siquiera son las diez.

– Ni me entero del paso de las horas –frotó los ojos y estiró los brazos.

– Es ese caso de la chica del río que no te deja descansar.

– Es que esos tíos son muy escurridizos. Estamos a esto de tenerlos –hizo un gesto con el dedo en señal de pequeñez– pero siempre surge algo que nos frena. Hace unos días estuvieron aquí los padres de la joven preguntando, y no te imaginas lo difícil que se me hizo explicarles que estamos estancados. Habían visto la noticia falsa que vertimos y pensaron que ya se iba a hacer justicia por la cría –explicó, meneando la cabeza.

– No te exijas tanto. Estáis haciendo todo lo que podéis y, conociéndote, sé que mucho más –intentó suavizar el sentimiento de culpa que sentía la antigua compañera–. Eres una gran profesional y sé que llegarás al final de este asunto.

Samanta suspiró. Estaba deseando guardar toda la documentación de ese caso en una caja y estampar la palabra "*caso cerrado*".

– Cuando quieres, eres halagador –hizo un gesto con la cara de complacencia y continuó hablando–. Bueno, entonces has venido para comprobar lo desesperada que estoy por darle carpetazo –sonrió con suavidad.

– Llevo unos días sin hablar con vosotros –se sentó frente a ella–. Tenemos que devolverle el móvil a Elisabeth. Me lo ha preguntado varias veces.

– Oh, sí, cierto. Tráela un día cualquiera y se lo entregamos.

– Mejor al mediodía, cuando salgo para comer –explicó el varón.

Folla asintió y se lo quedó mirando.

– Estás enamorado de ella. Lo he visto en tus ojos cuando pronunciaste su nombre, y no me digas que no.

Fran hizo como si la conversación no fuese con él.

– ¡Ey, estoy hablando contigo! Ya es hora de que abras ese corazón y permitas que otra mujer entre en tu vida. Paula permanecerá en tu memoria el resto de tus días pero hay que seguir viviendo, amando, luchando y compartir la vida con alguien que nos llene y nos complementa –manifestó con total sinceridad.

- ¿Es eso lo que has hecho tú desde que me alejé de este mundo? Vivir, convivir, luchar y amar.
- No exactamente pero algún día me gustaría hacerlo –al igual que le pasaba a él, Samanta odiaba hablar de sí misma.
- Lo que pasa es que le damos prioridad primero a nuestras carreras y luego al trabajo. Somos felices haciendo lo que hacemos y no nos damos cuenta del paso del tiempo.
- ¿Eres feliz con tu vida actual? –indagó.
- Muy feliz –aseguró sin dudarlo ni una fracción de segundo.
- ¿Entonces sientes que una mujer a tu lado sería un estorbo?
- Claro que no. Me gusta tenerla cerca, en mi casa, pero su mundo no es este sino en Madrid. ¿De qué vale que me haga ilusiones si al final se va a ir?
- ¿Se lo has consultado? –preguntó en un tono mucho menos serio del que usaba diariamente en el trabajo.
- No lo hice pero es de suponer –alegó.
- Fran. Tú, mejor que nadie, debería saber que las conjeturas no sirven de nada.

Se levantó. No quería seguir hablando de ese tema. La detective hizo lo mismo pero antes de que se fuera le comentó que en cuestión de días enviarían dos citaciones a los domicilios de los chicos sospechosos, para que se presentaran en comisaría y así someterse a un interrogatorio. De no presentarse, ellos mismos acudirían a sus casas y los detendrían. Folla quería cerrar el caso ante de Navidad y ya faltaba muy poco.

El cartero, que solía pasar por el barrio a eso de media mañana, ese día tocó el timbre de la casa de los padres de Mateo a primera hora de la mañana. Todos estaban realizando sus quehaceres fuera de casa excepto la progenitora, que siempre dejaba la comida adelantada antes de ir para la granja. La mujer firmó la carta certificada que venía a nombre de su hijo Mateo y regresó al interior. La miró extrañada. ¿Qué había hecho su hijo? Al mediodía, cuando todos acudieron a comer, se la entregó.

- ¿Problemas? –dijo la mujer después de observar su reacción al ver el sobre.
- No, no –lo abrió y se dirigió a su habitación.

Tenía que acudir a comisaría el viernes de esa misma semana, es decir, dentro de cuatro días. Se puso tan nervioso que tuvo que sentarse sobre la cama. Llamó a Eloy pero este tenía el teléfono apagado. Insistió varias veces pero el resultado siempre fue el mismo.

- ¿Te encuentras bien, hijo? Estás muy pálido –habló la progenitora desde la puerta.
- Estoy bien, mamá.
- ¿De qué es esa carta? ¿Estás metido en algún lío? –insistió muy preocupada.
- Creo que es por una pelea que se produjo una noche y me piden que vaya a dar mi testimonio –mintió.

La mujer calló. Conocía tanto a su hijo como para darse cuenta de que no decía la verdad.

– Sabes que puedes contarme cualquier cosa que te preocupe. Todo, absolutamente todo, tiene solución excepto la muerte.

– Lo sé, mamá.

Guardó la carta en la mesilla. Tenía que seguir con el trabajo antes de que anocheciera.

– Hola. ¿Podrías acercarte esta tarde hasta la asociación? Tengo algo importante para decirte –comentó Ariel a Eli por teléfono.

– Claro. Bajo después de comer. ¿Ha ocurrido algo con Montse? –interrogó dado que ella era el único lazo que la unía a dicha asociación.

– No, tranquila. Ella está bien.

Después de almorzar en la cafetería del hostel, bajó hasta el pueblo y tomó café con Alicia, la cual no quiso decirle nada de lo que su novio iba a proponerle. Este, que había pedido la tarde libre, llegó una hora después de que abriesen el local. Esa tarde tenían demasiado trabajo pero antes de ponerse con el reparto se sentó con ella para hablar.

– Nos han llamado del departamento de servicios sociales del ayuntamiento interesándose por la labor que hiciste con Montse –dictó, orgulloso de su amiga.

– Vaya, dale las gracias pero no ha sido nada del otro mundo. Lo único que hice fue invertir mi tiempo libre buscando información para asesorarla. Es un caso extremo y ella había llegado aquí muy asustada, ¡lo recuerdas!

– Sí, por supuesto que lo recuerdo –compuso una mueca con la cara–. Me han comentado que en el ayuntamiento van a crear un puesto de trabajo nuevo. La persona que lo ocupe tratará con las víctimas de violencia de género y han pensado en ti –reveló.

– ¿En mí? –repitió con los ojos muy abiertos.

– Sí, Eli. En ti. Creen que estás más que capacitada para desempeñar dicho trabajo –insistió.

– Pero si esta gente no me conoce de nada. No sabe qué carrera hice ni en lo que he estado trabajando estos últimos años –debió, mordiéndose el labio inferior.

– Bueno, de eso me encargué yo. Espero que no te moleste –anunció el chico que la miró esperando no recibir una reprimenda.

Eli meneó la cabeza sonriendo.

– Agradezco tu intermediación. Sé que lo has hecho con todo el cariño del mundo pero me lo tengo que pensar –insinuó. Todavía no se lo creía.

– Ahora tendrás que valorar si quieres quedarte aquí, donde ya tienes un trabajo o, por el contrario, prefieres regresar a tu tierra. Cualquiera de las decisiones que tomes será respetada pero entiéndeme que nos haría muchísima ilusión contar contigo para este puesto, y que te quedaras aquí definitivamente.

– Estás hablando en plural. Me imagino que Alicia también está metida en esto –curioseó.

– Hemos sido varias las personas que hicimos un poco de fuerza para conseguir este puesto para ti y, para tu información, entre ellas están Francesco y la detective Folla, además de Ali y yo.

La joven madrileña se sorprendió al escuchar sus nombres. ¿De verdad habían intermediado por ella para que se quedara?

– Uf. Me lo estáis poniendo muy difícil. Tenía pensado regresar a casa la semana próxima. Se acerca la Navidad y no quiero dejar a mi madre sola.

Ariel arrugó la frente. Ni él ni nadie querían que se fuese.

– Estúdialo con calma, medítalo y piensa en donde estás más cómoda, donde te sientes realizada y a gusto –finalizó, observando su desconcierto–. Nosotros te queremos aquí pero sobre todas las cosas, queremos que seas feliz.

Acabaron la charla al ver que se estaban amontonando muchas bolsas para entregar en la entrada. Eli se fue y ya en el coche que había alquilado decidió ir a casa de Fran. Cogería varias cosas en el supermercado y prepararía algo succulento y a la vez fácil para cenar esa noche.

Eran las ocho y media cuando llegó a su casa. Edy estaba en el interior, asomado a la ventana desde donde la reconoció. Hacía demasiado frío para esperarlo fuera por lo que optó por quedarse en el interior del coche. Puso música y recostó el asiento hacia atrás. Así podía pensar mejor. Una hora después apareció Fran en su moto ataviado con una chupa de cuero. Al verla dejó entrever una media sonrisa e introdujo su medio de transporte en el garaje. Dos minutos después abrió la puerta de entrada.

– ¿Llevas mucho esperando? –preguntó, mirando el reloj de pulsera. Un regalo que le había hecho Paula en uno de sus aniversarios.

– No mucho. ¿Tienes hambre? He pensado hacer una ensalada templada de gulas y langostinos. ¿Te apetece? –comentó, enseñándole el contenido de la bolsa.

– Ahora mismo me apetece cualquier cosa con tal de llenar el agujero, aunque ese plato pinta bien.

Pasaron a la cocina y dejó los ingredientes sobre la encimera: langostinos, gulas, lechuga fresca, fresas, naranja y frutos secos.

– Necesito dos o tres dientes de ajo, aceite de oliva, sal y vinagre.

Francesco buscó lo que faltaba y se lo acercó.

– ¿Te importa que me dé una ducha rápida?

– Claro que no. Esto es cosa mía. Como decía mi abuela, pan comido –bromeó aunque en el fondo sabía que tenía que seguir los pasos de la receta en internet.

Quince minutos después volvió envuelto en un agradable aroma a gel masculino.

Encendió la chimenea y se sentaron a la mesa con música de fondo: *James Blunt* con el tema, “*You’re beautiful*”.

– ¿Adónde vas? –comentó ella al ver que se levantaba, dirigiéndose al garaje.

– Va siendo hora de probar esta botella de vino. Te has molestado en venir a mi casa y preparar una rica cena –buscó el sacacorchos, cambió los vasos por copas y lo sirvió.

Hacía muchísimo tiempo que no probaba el alcohol y ya iba siendo hora de cambiar algunos hábitos. Una copa de vino en la comida o en la cena no le haría daño. Los médicos así lo recomendabas todo el mundo.

– Estupendo, huele muy bien. ¿Quieres que brindemos? –apoyó el mentón en la mano.

El moreno alzó la copa ligeramente y escudriñó su rostro. Quería brindar por ellos pero no se atrevió.

– Empieza tú –susurró, reclinándose en el asiento.

– Brindemos por la vida, por las cosas buenas que nos rodean y por nosotros – acercó su copa a la de él.

El hombre permanecía callado. Ella lo había dicho todo.

– Di algo, por favor, o pensaré que soy una cretina.

– La cena está exquisita –logró expresar.

Ella se puso seria. ¿De verdad no iba a decir nada más interesante?

– Y tú estás muy guapa y muy sexi esta noche –reconoció casi entre dientes.

– ¿Algo más? –quería ver hasta dónde podía llegar.

– Me alegra tenerte en mi casa, en mi vida –manifestó algo emocionado al escucharse decir eso último.

Eli se irguió y lo besó, rodeando su rostro con ambas manos. Con la lengua lamió sus tiernos labios, ocasionando que su cuerpo se excitara. Después pasó a los lóbulos de las orejas.

– Si sigues por ahí no podré controlarme –musitó al oído de la rubia.

– Eso es precisamente lo que deseo. Fuera controles, fuera represiones. Quiero amarte sin prejuicios ni contemplaciones. Quiero que me poseas hasta enloquecer, deseo volverte loco y que los dos perdamos la noción del tiempo. Dime que también lo quieres –lo miró fijamente, con fiereza y deseo.

Fran se apartó de ella unos segundos. Tenía los labios húmedos y ansiosos.

– Lo estoy intentando pero todavía no puedo prometerte nada. Entiéndeme – señaló, aferrando su rostro con tenacidad.

– Lo entendería mejor si algún día te sinceraras conmigo y me contarás qué te ha pasado –contestó, apoyando la frente en la barbilla del hombre.

– Lo siento –admitió suspirando.

Uno frente al otro se cogieron de las manos. Eli suspiró.

– Será mejor que sigamos cenando –propuso ella.

Él asintió. Si seguía así, la perdería.

– Me ha comentado Ariel lo del trabajo en el ayuntamiento –levantó la vista del plato–, y también me ha dicho que tú y la detective habéis mediado para que se me otorgue a mí la plaza.

– ¿Y? –si su intención era regresar a Madrid, no había valido de nada tirar de ciertos cables para que consideraran la oferta que ellos proponían de contratarla.

– Todavía no tengo claro lo que voy a hacer con mi vida. Si me lo preguntaras unas horas antes te habría dicho que mi lugar está junto a mi madre, en Madrid, pero

ahora mismo estoy un poco confusa –suspiró y pasó una mano por la frente, retirándose el pelo hacia atrás.

– Entiendo que la familia sea un gran aliciente para regresar pero siempre cabe la posibilidad de visitarla en periodo de vacaciones –expuso.

– Allí está mi madre esperándome y un precioso ático en el que me encanta vivir pero en la actualidad no tengo trabajo. Aquí tengo amigos, gente que me aprecia, un posible puesto de trabajo realizando una labor preciosa.

– Entonces ya está. ¡Te quedas! –exclamó Fran con efusividad.

– Después estás tú, aunque no sé si debería pensar así. En verano, vine a Galicia buscando cambios y los encontré. Hasta entonces no había pensado seriamente en el amor porque siempre estuvo en segundo lugar, o tercero, pero ahora quiero y necesito a alguien en mi vida, alguien que me ame, me desee y esté orgulloso de mí, pero tú me lo has dejado bien claro. Nada de ataduras, solo sexo.

– Joder, Eli. Haces que me sienta como un miserable –meneó la cabeza con los ojos parcialmente cerrados. Su intención jamás había sido hacerle daño.

– No te preocupes. Estoy bien –pronunció de forma vehemente.

– A esto era a lo que no quería llegar. Crear falsas expectativas y luego todo a tomar por culo –se levantó de la mesa para acercarse a la ventana.

La música había cesado. Eli se levantó y buscó otro tema que le encantaba.

– No te sientas mal. Yo no puedo obligarte a estar conmigo –dijo, poniendo una mano en su hombro mientras sonaba la canción de *Vanesa Martín*, "*Durmiendo sola*"
Tiró de él para mirarlo a los ojos.

– Baila conmigo esta canción –cogió las manos de él, las posó en su cintura y depositó las suyas en los hombros del chico, apoyando la cabeza en su cuello. La leña crepitaba y llameaba en la chimenea.

Le encantaba como cantaba *Vanesa Martín* porque, con cada letra, con cada palabra que recitaba, transmitía sentimientos con los que se identificaba. Bailaban lentamente mientras Edy los observaba desde su alfombra favorita, muy cerca del radiador eléctrico. Aquella voz implorante y quejosa de la cantante siempre la hacía llorar.

– Estás llorando –comentó, secando sus lágrimas con la punta de los dedos.

– No es nada. Es que siempre me emociono con sus canciones –alegó, intentando sonreír con los ojos todavía nublados.

Francesco abrazó su cara y lamió las lágrimas, que seguían brotando y deslizándose por el cuello. Se besaron con las manos enlazadas. Besos que se convirtieron en pasión atormentada. La cogió de la mano y se dirigieron al dormitorio. Frente a frente se desnudaron con lentitud y en silencio. Fran se puso a sus espaldas y besó la línea de la columna, abrazó su cintura y bajó hasta la entrepierna, produciendo varios gemidos en la chica. Ella llevó la mano hacia atrás, donde sentía la presión que ejercía el erecto pene contra su culo. Lo tomó con la mano y lo presionó. El moreno soltó un quejido, no de dolor, sino de placer. Eli se acercó a la cama y se acostó, tendiéndole una mano para recibirlo a su lado. Piel con

piel unieron sus labios. El chico recorrió todo su cuerpo con la lengua, de la cabeza hasta los dedos de los pies, ocasionándole escalofríos. Ella se aferraba a la manta de tejido polar. Con especial delicadeza abrió sus piernas para introducirse entre ellas, buscó su zona íntima, para llenarla y regalarle placer, ése que ambos estaban anhelando. Una vez estuvo en su interior, Elisabeth dejó escapar gimoteos de placer. ¡Qué grandiosa sensación sentirlo dentro de ella! Clavó las uñas en su espalda y lo abrazó con las piernas; una forma de tenerlo más adentro. La madrileña quería más. Tocó su pecho para que se irguiera e hizo que se sentara en la cabecera de la cama. Con la mano derecha llevó su pene hasta ella. Después agarró sus manos y se las llevó hasta una barra de cortina que tenía como cabecero, y del que colgaba una colcha con bolsillos, donde guardaba los libros que estaba leyendo. Ella apoyaba las suyas en su pecho mientras cabalgaba sin cesar hasta alcanzar el éxtasis, que la obligó a echarse hacia atrás para alargar esos instantes de placer. Una vez se recuperó se tumbó a su lado. Fran seguía agarrando la barra con una mano.

– Ya puedes soltar la barra –comentó, pasándole un dedo por los labios con mucha dulzura.

– Es que si te hago caso podría caernos sobre la cabeza –señaló con la otra mano los tornillos que se habían soltado de la pared.

Se echaron a reír. Francesco se levantó con cuidado y la retiró de la pared. Después se acostó de nuevo a su lado, tapándola con la ropa de cama.

– Háblame de tu infancia –demandó. Quería saber más cosas sobre ella.

La joven rubia había tenido una infancia feliz, salvo cuando sus padres se separaron. Nunca le había faltado de nada. Le habló de su madre y del chihuahua que tenía, de su progenitor y los amigos que había tenido en Madrid pero que con el paso del tiempo se habían alejado. Se acordó de algunas anécdotas divertidas que la hicieron reír. Después esperó a que él hablase de la suya pero no lo hizo; simplemente se quedó dormido. Tras meditarlo mucho se levantó, cogió la ropa, que estaba dispersada por el suelo, y entró en el baño para no hacer ruido al vestirse. Antes de irse echó un último vistazo hacia el dormitorio. Él dormía plácidamente en su cama. No podía seguir mintiéndose a sí misma. Francesco no estaba hecho para ella y las lágrimas pugnaban por salir. Ya tenía claro qué haría a partir de entonces.

El viernes por la mañana, Mateo se presentó en la comisaría del pueblo. Había tenido que madrugar mucho para estar allí a la hora fijada aunque no le hizo falta que sonara el despertador. No había cerrado ojo en toda la noche, pensando en lo que le preguntarían y buscando las mejores maneras de salir airoso del asunto. Tampoco consiguió localizar a Eloy para comentarle que la Policía lo había citado y averiguar si habían hecho lo mismo con él. Estaba muy nervioso y a la vez preocupado.

Para dar buena impresión optó por vestir camisa blanca con pantalón de vestir oscuro y una americana azul marina. El pelo lo engominó hacia un lado, dando el aspecto de niño bueno que nunca había roto un plato.

Le hicieron pasar, a una pequeña sala en la que solo había una mesa y tres sillas. Ese lugar le recordaba a las antiguas películas de polis. Solo faltaba un cenicero y el café.

Los nervios se instalaron en su estómago, produciéndole una sensación como de asfixia. Intentó calmarse pensando que él no había matado a nadie. Entonces, ¿Por qué lo habían citado? Lo poco que había conseguido calmarse no le sirvió de nada. ¿Y si Eloy se había ido de la lengua y lo había inculcado a él? Comenzó a dar vueltas por la sala con paso nervioso, masajeando la cara y pasando las manos por el cabello endurecido. Desde el otro lado, Folla y los compañeros observaban su comportamiento. Actuaba de la misma forma que una persona que oculta algo y se siente acorralado.

Folla supo que estaba al límite al ver que desabrochaba varios botones de la camisa. Fue a la máquina de agua y llenó un vaso.

– ¿Necesita beber agua? –dijo la detective al entrar en la sala.

– Sí, muchas gracias aunque, si no le importa, quisiera empezar ya. Llevo casi una hora aquí y no me encuentro muy bien. ¿Podríamos empezar ya? –su rostro estaba blanco como la nieve y le temblaban las manos.

– Sentémonos, señor Mota –Samanta llevaba una carpeta bajo el brazo que abrió sobre la mesa.

– ¿Conoce a esta joven, verdad?

Mateo observó la fotografía en tamaño grande. En ese instante entró en la estancia Lorenzo y se sentó al lado de Folla.

– Como le dije a la persona de la Policía que me llamó hace unas semanas, conocía a Luz de verla los fines de semana. Si quiere saber si éramos amigos le respondo que no –dijo con actitud poco colaboradora.

La detective buscó la siguiente foto y la puso frente a él.

– Bueno. Esta imagen dice algo diferente a lo que está afirmando, señor Mota. Parece que lo estaban pasando muy bien –arrugó la frente para escuchar su respuesta.

Levantó los ojos, mirando hacia la puerta. ¿Qué respondía a eso?

– Luz, que en paz descansa, era amiga de Eloy, por eso estamos los tres –enjugó unas gotas de sudor de la frente.

– Entiendo que este es ese tal Eloy al que usted hace referencia –señaló Samanta con el boli. Lorenzo buscó una foto de él donde se distinguía mejor su cara. El chaval asintió.

– Pues se da la casualidad de que estas fotos fueron hechas horas antes de morir la chica y en el río donde apareció su cadáver. ¿Cómo nos explica eso? –aclaró la detective.

El chico meneó la cabeza y secó el sudor de la frente. Los dedos de sus manos temblaban como lo hace la luz reflejada en el agua de un río. No podía contestar a eso.

– ¿Dónde está su amigo? Hemos intentado localizarlo por teléfono y le enviamos una citación igual a la suya a la dirección que figura en su ficha, pero no se sabe nada de él –insistió el agente.

– Ese tío no es mi amigo. Solo fuimos compañeros de trabajo durante un tiempo –logró responder algo más excitado que en un principio.

– Ha sido mucha casualidad que ambos hayan dejado el trabajo después de aparecer el cadáver de la chica en el río. Los dos por voluntad propia. ¿Qué nos oculta, señor Mota? –insistió la mujer.

– La última vez que hablé con él dijo que estaba trabajando en Portugal –contestó muy agobiado.

– Su teléfono siempre está apagado, al igual que el suyo. ¿Podría ser que tenga otro número? –sintieron que el miedo se había apoderado de él.

El chico negó con la cabeza y elevó los hombros. Se sentía acorralado.

– Señor Mota. Le interesa colaborar con nosotros. ¿Tiene otro número de teléfono de contacto?

El chico bebió otro trago de agua y parpadeó varias veces seguidas aunque acabó buscando en su agenda el número de Eloy. Los dos sabían del tema por lo tanto Eloy tenía que acudir allí igual que él.

– Cuéntenos todo lo que sucedió en el río, señor Mota.

Negó con la cabeza repetidamente y secó, por segunda vez, el sudor de la frente. Apoyó los codos en la mesa y dejó caer la cabeza en las manos. Sentía el corazón muy acelerado, como si lo tuviese en la garganta y empujando para salir al exterior.

– Me encuentro mal. Necesito aire fresco –expresó afligido y con la respiración acelerada.

Samanta y Lorenzo se miraron. El joven realmente parecía estar mal.

– Vamos a hacer un receso de diez minutos. Al final del pasillo, a la derecha, encontrará una puerta que da a una pequeña terraza –ahí acudían los fumadores cada vez que necesitaban un cigarro–. Podrá respirar aire fresco y reflexionar –informó la detective que abrió la puerta de la sala para que saliera.

Mateo se levantó aunque sintió que el cuerpo le pesaba treinta o cuarenta kilos más. Las piernas no respondían y sentía un fuerte dolor en el pecho. Se agarró a la mesa, dio tres pasos más hasta que se desplomó sobre el suelo frío de plaqueta. En seguida Lorenzo se agachó para ver si tenía pulso mientras Folla llamaba a una ambulancia. Todos los síntomas indicaban que podría tratarse de un ataque al corazón. Los servicios médicos no tardaron en presentarse en las dependencias de la comisaría. Con urgencia le hicieron un examen físico rápido y auscultaron su corazón para confirmar que se trataba de un infarto de miocardio. Lo acostaron en la camilla, le pusieron oxígeno y lo llevaron al hospital más cercano, ingresando por urgencias. Tan pronto entraron, un médico pidió que se le hiciera un electrocardiograma, un examen de troponina en la sangre y una angiografía coronaria. Lo conectaron a un monitor cardíaco para controlar su corazón y a la bomba de oxígeno. El siguiente paso fue colocarle una vía intravenosa para suministrarle Nitroglicerina. Horas después lograron estabilizarlo. Folla había ordenado que Lorenzo se acercara al hospital para averiguar cómo iba evolucionando. Una vez el doctor le explicó que estaba fuera de peligro llamó a la detective para comunicárselo. Un agente de la Policía custodiaría su habitación mientras estuviese ingresado. Dos horas después llegaron al hospital los padres de Mateo. El médico que lo atendió en urgencias les explicó que había sufrido un ataque cardíaco. Su corazón no había recibido el flujo sanguíneo suficiente. Ellos solicitaron verlo pero el médico les respondió que por el momento necesitaba reposo. El especialista en temas del corazón los invitó a esperar en la sala para los familiares, que había en la planta de cardiología. Lorenzo hizo lo mismo para hablar con ellos. Se presentó, enseñándoles la placa.

– No entiendo –formuló el progenitor mirando hacia su mujer–. Usted es de la Policía Criminalística. ¿Qué tiene que ver con nuestro hijo?

– Ahora se lo explico. Sentémonos –señaló el agente–. Su hijo había sido llamado a declarar por el asunto del fallecimiento de una chica en una zona concreta de la Ribeira Sacra. Estaba testificando cuando sufrió el ataque.

La mujer se llevó una mano a la boca. Recordaba con claridad esa muerte. Había salido en varios canales de televisión, en la radio y también en la prensa escrita.

– Pero... ¿eso qué tiene que ver con Mateo? –insistió ella.

– No se lo puedo explicar por el momento. Todavía hay secreto de sumario pero yo le digo que su hijo sabe más de lo que dice –aclaró el agente.

– ¿Está insinuando que fue él quién asesinó a la chica? Nuestro hijo es un buen chico, nunca se ha metido con nadie, es trabajador, honrado y buena persona –versó el progenitor que se había levantado para encararse con Mateo.

– Tranquílcese, señor Mota. De momento nadie lo ha acusado de nada –el hombre, de pie y con las manos apoyadas en la mesa, tenía la frente fruncida y negaba con la cabeza. Viendo que no había manera de tranquilizarlos, le dio más detalles.

– Cálmate y escucha al chico –participó la mujer.

– Su hijo aparece en varias fotografías con la chica, el mismo día de la muerte. Le hemos pedido que viniera a comisaría para dar su versión de los hechos –reveló,

aunque sin especificarle que también había sido reconocido por la anciana que vivía en el río, y que habían encontrado restos suyos biológicos en el bosque.

– Esto es un despropósito, un disparate –alegó el progenitor. La mujer permanecía callada. En su momento había escuchado cierta conversación un tanto comprometida y también había notado muy extraño a su hijo. Luego estaba la excusa que le había puesto tras recibir la citación. Sabía que algo había sucedido, algo callaba.

El personal médico no permitió que ninguna visita entrara en la habitación ni tampoco la Policía. A partir de las doce de la mañana del día siguiente dejarían que entrase primero la familia y después Lorenzo.

Los padres de Mateo regresaron a su domicilio para dormir y tranquilizar a los otros hijos, explicándoles que había sufrido un pequeño infarto del que mejoraba favorablemente, sin entrar en el tema de la Policía. Ya habría tiempo para debatir ese tema.

A las once y media se presentaron en el hospital. En el mostrador de enfermería le explicaron que había pasado tranquilo la noche, aunque no se acordaba de nada. La enfermera, encargada de la planta, al ver la cara de preocupación de la progenitora, permitió que entraran unos minutos antes de la hora fijada. Ella, además de una profesional de la salud, también era madre.

En la entrada estaba un agente que, tras un gesto de la enfermera, permitió que entraran.

– Hola, hijo. ¿Cómo te encuentras? –saludó la madre dándole un beso en la frente.

El chico se emocionó. ¿Cómo se habían enterado? Claro, pensó. No había ido a dormir y seguramente el hospital se había puesto en contacto con los familiares más cercanos para anunciarles que había ingresado de urgencia.

– No llores, cariño, que puede hacerte daño. Ya estamos aquí para cuidarte –habló la madre, también emocionada.

El padre se puso al otro lado de la cama y le pasó una mano por el pelo. ¡Estaba vivo!

– No sé qué me ha pasado, mamá. De repente me vi postrado en una cama de hospital, con un montón de médicos y enfermeras rodeándome –reveló, todavía conmocionado.

– Eso es normal –opinó ella, mirando los medicamentos que había sobre la mesa de comer.

– Hijo. Fuera hay un policía delante de la puerta. ¿Hay algo que debas contarnos? –insinuó el marido, sin importarle la mirada de su mujer.

El chico dirigió la mirada hacia la ventana. ¿Un agente? Entonces recordó lo de la citación. Estaba en la comisaría cuando de repente cayó al suelo. Dejó escapar aire y cubrió los ojos con una mano. ¿Qué podía decirles?

– Deja al niño descansar –intervino la progenitora. Había tiempo para hablar de eso una vez se recuperase y volviese a casa.

Lorenzo apareció en la habitación. En seguida Mateo se acordó de él. Estaba en la sala de interrogatorios junto a una mujer.

– Buenos días. Necesito que nos dejen a solas. Tengo que hablar con su hijo – anunció.

La mujer tomó al marido de la mano y salieron. El agente cogió el sillón y lo puso cerca del enfermo. Para romper el hielo le preguntó cómo se encontraba y le recordó lo que había sucedido en la comisaría, cuando se disponía a salir a la terraza.

– Hemos llamado a tu compañero al número que nos diste y conseguimos hablar con él hasta que le dijimos que éramos de la policía. En ese momento hizo como si no tuviese cobertura y cortó la comunicación. Habías dicho que estaba en Portugal, ¿no?

Mateo asintió.

– Somos conscientes de que sabes más de lo que dices, pero si colaboras podríamos garantizarte una reducción de la condena –propuso el agente. Lorenzo sabía que si un delincuente admitía la culpa, delataba a sus cómplices, informaba sobre su paradero y aportaba pruebas suficientes para procesarlos, podría beneficiarse de una rebaja en la pena.

– ¿Condena? –preguntó asombrado–. ¡Yo no he matado a nadie! –voceó, llevando la mano al corazón. Se le había acelerado de nuevo.

– Vayamos por partes. Ahora relájate y me cuentas cómo la conociste, todo lo relacionado con la chica así como qué hacíais en el bosque y qué le pasó a ella para perder la vida en el río –expuso, buscando la grabadora en el bolsillo interior de la chaqueta.

Mateo cerró los ojos unos instantes. Iba a ser duro recordar lo sucedido aquel fin de semana pero no le quedaba otra alternativa. Sus padres iban a sufrir mucho al enterarse de la verdad y eso era lo que más le dolía en aquel momento pues no se lo merecían.

Eli llamó por teléfono a Montse para saber si estaba bien y quedó con ella en la casa de sus padres, donde vivía desde el día en que le dieron el alta en el hospital. No tenía fuerzas suficientes para entrar en el que fue su hogar durante muchos años y revivir aquella tarde en la que sufrió una paliza que casi la lleva a la muerte.

Al encontrarse de nuevo se abrazaron. La chica estaba muy emocionada y agradecida. Pasaron al salón y tomaron café. La madrileña se fijó en que apenas le quedaban secuelas físicas de la agresión.

La mujer le dijo que iba bien. Estaba acudiendo todas las semanas al psicólogo de Servicios Sociales y a la abogada del ayuntamiento. No sabía nada de su marido. Sus padres le habían comentado que estaba en la cárcel. También iba a comenzar en un curso de terapia con otras víctimas de violencia de género. Necesitaba compartir su testimonio con gente que también hubiera pasado por lo mismo, recibir el apoyo de ellas y, a la vez, ofrecer el suyo. Era consciente de que otras muchas mujeres no habían tenido su misma suerte, si a eso se le podría llamar así, y por eso deseaba decirlo, alto y claro. Podría darse el caso de que su testimonio ayudara a alguna mujer que hasta el momento no habría sido capaz de reunir las fuerzas suficientes para abandonar el calvario que está viviendo. Gracias a la ayuda y el apoyo de Eli, podía decir que seguía viva y con muchas ganas de seguir luchando y dando a conocer ese gran problema que tiene la sociedad en la actualidad.

Elisabeth se sentía más que orgullosa de ella. Una chica que vivió durante muchos años bajo el yugo de un marido machista y manipulador, pero que había resurgido, si cabe con más fuerza, para comenzar una nueva vida sin sentirse sometida y acosada. Su intención era informar y ayudar a formar a los jóvenes desde una temprana edad para que nadie se crea más que nadie. Aprender es siempre un regalo que nos ofrece la vida, incluso cuando el dolor es el maestro. Otras personas en su lugar renunciarían a todo pero ella supo elegir qué sendero tomar para encontrarse a sí misma y lograr ser feliz.

Los padres insistieron en que se quedara a cenar. Normalmente no cocinaba nada especial pero esa noche la madre preparó pechugas de pavo con salsa de mandarina. Eran unos padres maravillosos y muy atentos. Hacía bastante tiempo que venían advirtiéndole a su hija de que su marido no era una buena persona, y que la trataba mal, pero ella, hasta hacía muy poco, no había entrado en razón. Lo habían pasado mal, en especial cuando llegaron al hospital y la encontraron en tan mal estado, y sabían que aquello no había acabado. Todavía quedaba el juicio contra su maltratador.

Se despidieron de ella agradeciéndole, una vez más, todo lo que había hecho por su hija. A media noche regresó al hostel con un buen sabor de boca. Había ayudado a cambiar la vida de una persona, a mejorar su salud mental. Había hecho una buena acción. Ya podía regresar a su tierra.

Por la mañana se despertó con el sol en la cara, pese a ser mediados de diciembre. En la habitación no hacía frío. Se acercó a la ventana y sintió el calor del radiador. Se

desperezó y miró el reloj. Se daría una ducha, bajaría a desayunar y se cercaría al pueblo. Allí tenía varios asuntos por resolver, entre ellos acudir a comisaría para recuperar el móvil y comprar un regalo para su madre. Al salir al exterior sintió el viento frío chocar contra el rostro y las manos. Entró en el coche y puso la calefacción para entrar en calor. Al llegar al pueblo divisó a Francesco a lo lejos. Había estacionado la moto delante de una floristería. Le hubiese encantado acercarse a él y darle un beso en los labios pero no lo hizo. Entró en la tienda de los padres de Alicia y compró el regalo que había pensado para su madre. Un elegantísimo juego de café de auténtica porcelana. Después fue al banco y luego a comisaría y preguntó por la detective Folla. Una mujer agente se dirigió a su despacho y regresaron las dos.

– Siento haber venido sin llamar pero mi vuelo hacia Madrid sale esta noche y quería llevarme el teléfono –comentó la mujer rubia al tiempo que le tendía la mano a Samanta.

– No te preocupes. Me había comentado Fran que ibas a venir pero pensé que te acompañaría.

– He aprovechado que tenía que hacer unas compras de última hora en el pueblo para acercarme.

La detective le pidió que la acompañara y así firmar el documento de retirada. Media hora después salía del edificio con el antiguo teléfono en la mano. Se sentía extraña con él. La mayor parte de la información que contenía estaba relacionada con su anterior trabajo. Antes de irse, agradeció que hubiese intervenido en el ayuntamiento junto a los otros, para conseguir ese puesto de trabajo para ella.

Un poco más tarde regresó al hostel y almorzó con Carmela y Sebastián. Sería la última comida con esa gente que tan bien la había acogido en su casa, le habían dado de comer y la habían tratado como de la familia, por eso no podía despedirse de ellos, ni de Alicia y Ariel. Al acabar de comer subió a la habitación, puso el móvil a cargar y preparó las maletas. Una vez finalizó, se sentó delante del pequeño escritorio del que disponía el dormitorio y comenzó a redactar las cartas que le dejaría al matrimonio del hostel, al hijo y a su amiga Alicia. Aproximadamente sobre las once y media de la noche cargó las maletas en el coche sin que nadie se enterase y se dirigió al aeropuerto. Primero devolvería el vehículo que había alquilado y luego se subiría al avión.

A la mañana siguiente, Sebastián encontró un sobre encima de la mesa de recepción. En el interior estaban las llaves de Eli, una carta y el dinero correspondiente a los días que había estado alojada y las dietas correspondientes a todo ese tiempo. Le echó una ojeada corriendo y la dejó en la cocina de la cafetería para que la leyese Carmela.

– La muchacha se ha ido –apresuró a decir el hombre tan pronto la vio aparecer.

– ¿Tan temprano? –preguntó la amable cocinera y sin darle demasiada importancia.

– Se ha ido del hostel. Ahí tienes un sobre con dinero, las llaves de la habitación y una carta –indicó, señalando hacia la mesa de la cocina. La afable mujer se sentó y desdobló la nota que decía:

"Queridos Sebastián y Carmela.

Siento muchísimo despedirme de vosotros de esta manera tan fría. Sabéis que yo no soy así pero no me veía con el valor suficiente como para decir que regreso a mi tierra. Quiero que sepáis que ya formáis parte de mi familia y os llevo en el corazón. Ojalá las cosas fuesen diferentes y pudiera quedarme, pero no es el caso. Solo espero que me perdonéis y me encantaría que vinieseis a visitarme.

Gracias por todo el cariño que me habéis regalado, por esas comidas tan sabrosas y en general por vuestra hospitalidad. Espero que el dinero que os dejo, sea suficiente para pagar lo que os debo.

Os quiere.

Eli"

Carmela secó las lágrimas con el pañuelo que llevaba en la manga de la chaqueta. Sentía pena por esa chica. Determinó que a la noche, después de dejar todo arreglado para el día siguiente, la llamaría por teléfono.

A mediodía Ariel se enteró de la fugaz partida de Eli. En un principio se enfadó con ella por irse sin una despedida, pero luego, una vez leyó la carta que había dejado a su nombre, lo comprendió todo.

"Querido Ariel.

Comprendo que estés molesto conmigo por haberme ido sin despedirme. Me estoy imaginando la cara que pusiste al enterarte.

Habéis sido tan gentiles y amables que, la verdad, no merecéis este desplante. Me siento una cobarde por no hablar con franqueza pero no me atrevía a decir adiós en persona. Toda la vida te estaré agradecida por haber pensado en mí para ese trabajo en el ayuntamiento. No te imaginas lo feliz que me haría poder ayudar a esas mujeres, pero, por una vez en la vida, debo ser egoísta y pensar primero en mí.

Sí, me he enamorado de una persona que no lo está de mí, y por eso no quiero estar cerca de él. Compréndeme. Llegué ahí sin saber, con exactitud, qué quería, pero ahora lo sé.

Ruego que me perdones y espero volver a verte pronto en Madrid. Todos seréis bien recibidos.

Un beso muy grande.

Eli"

– ¡Mierda! –blasfemó meneando la cabeza –. Ese cabrón ha permitido que se fuera.

Guardó la carta en el bolsillo del abrigo y llamó a Alicia para saber si ella también había recibido una nota parecida. La novia, que acababa de llegar de la oficina, le comentó que no sabía nada. Cogió la llave del buzón y la vio allí:

"Querida amiga.

Pensarás que soy una mala amiga por despreciarte así y no te lo voy a discutir.

Si te hubiese dicho que regresaba a mi tierra estoy, convencida de que intentarías convencerme de lo contrario. A lo largo de nuestras vidas pasan muchas personas. Unas nos marcan para bien y otras para mal. Mientras estuve en Galicia fui muy feliz y nunca, pero nunca, me olvidaré de vosotros. Siento dolor y rabia con solo pensar que te he defraudado. Juro que esa, no era mi intención.

Llegué a tu tierra algo perdida, buscando cambios. Entonces me enamoré pero no de la persona indicada. Él es perfecto, lo amo, pero él a mí no, y eso no se puede cambiar con un chasquido de dedos. El amor tiene que ser cosa de dos. Se quiere o no se quiere. Tampoco lo estoy culpando a él, que quede claro, solo que esperaba más, y Francesco no me lo puede dar o no quiere, y yo no sirvo para guardar apariencias. No soy de esas personas que quieren que le escriban poesías o canciones de amor, pero sí busco que me correspondan. Es por eso que me he ido. Para empezar una nueva vida porque creo que me lo merezco.

Siento pena por no teneros cerca, pero seguiremos en contacto como lo veníamos haciendo la primera vez que regresé a Madrid.

Por otro lado, me voy satisfecha porque he ayudado a Montse a romper las cadenas que la unían a la persona que la maltrataba, y ahora ella tiene intención de apoyar a otras mujeres que están en su misma situación, dándoles información y ayudándoles a comprender que no es culpa de ellas. Ojalá se pudiese hacer mucho más.

Me hubiese gustado ocupar el puesto de trabajo del que me habló tu novio como orientadora, pero he creído conveniente alejarme de ahí un tiempo.

¡Quién sabe si dentro de unos meses os doy una sorpresa!

Antes de despedirme, solo decirte que estoy muy orgullosa de ti por haber logrado que Ariel dejara atrás el pasado. Estar juntos es lo mejor que os ha podido pasar. Estáis hechos el uno para el otro.

Para finalizar, pedir que no te preocupes por mí; estoy bien y estaré mucho mejor en unas semanas. Ya sabes que el tiempo y la distancia lo curan todo (o casi todo).

Un cariñoso beso y abrazos eternos.

Eli"

Se había sentado en las escaleras de la entrada a leerla, y, una vez finalizó, se quedó mirando el cielo nublado, que amenazaba lluvia en breve. Aunque su amiga lo había disculpado, ella culpaba a Fran de la huida. ¿A qué estaba jugando?

Normalmente al llegar a casa, después de trabajar, se daba una ducha y ayudaba a la madre con las cosas de casa, pero por esa tarde hizo una excepción. Dichas tareas debían esperar al día siguiente. Cogió las llaves del coche y se dirigió al bosque, donde vivía el causante de que su amiga ya no estuviese con ellos. ¡Iba a escuchar todo lo que tenía que decirle, le gustase o no!

Aparcó en la entrada y se fijó que la chimenea echaba humo. Miró el reloj y pensó que a aquellas horas debería estar en casa, dado que en esa época oscurecía aproximadamente sobre las seis y media de la tarde, y la temporada de catamarán se había suspendido hasta el mes de marzo. Con los nudillos tocó en la madera. Instantes después Fran abrió la puerta y la miró extrañado. ¿Qué hacía en su casa?

– Buenas noches –saludó. Había comenzado a llover y soplaba un viento que cegaba.

– Buenas. ¿Ha ocurrido algo para estar en mi casa? –consultó, arrimado al pilar derecho de la puerta.

– ¿Vas a dejarme entrar o prefieres que te lo diga al frío? –dijo con voz directa y seria.

El moreno abrió la puerta de todo para que pasara. La temperatura en el interior era muy agradable. Él iba en manga corta.

Quitó la gabardina y pasaron al salón.

– ¿Cómo has permitido que se fuera? –su rostro rayaba el cabreo y la decepción a partes iguales.

– No sé de qué me hablas. ¿A quién te refieres? –su cara también mudó.

– Te hablo de Eli. ¿No te ha dejado una carta antes de irse?

Fran arrugó la frente. ¿Adónde se había ido?

– Entiendo que no y no me extraña. Tú eres la razón por la que regresó a Madrid. ¿Tan nublado tienes el sentido para no darte cuenta de que está enamorada de ti?

– Yo no la obligué a irse, incluso hice fuerza para conseguir ese puesto de trabajo para ella –confundido, se sentó en el sofá.

– Las mujeres necesitamos algo más que un buen polvo. Pensé que te había quedado claro en la anterior conversación. Ahora siéntete afortunado por ser el culpable de su regreso y por haber lastimado su corazón –meneó la cabeza varias veces. Todavía no podía creérselo.

– Yo... lo siento mucho. No era mi intención lastimarla –se levantó para explicarle–. Hace unos días lo hablamos y ella comprendió que –calló unos segundos–, que yo no estoy preparado para una nueva relación.

– ¿Por qué? –instó. Quería entenderlo.

Francesco pasó intranquilo, las manos por el cabello, todavía húmedo de la ducha.

– Porque hace unos años, concretamente ocho, perdí a la mujer que amaba y desde entonces no hubo otra en mi vida, hasta que llegó ella –los ojos le brillaban. Siempre lo hacían cuando hablaba de Paula.

Alicia se sentó, dejando el abrigo y el bolso en el reposabrazos del sofá.

– ¿Se lo has contado? –preguntó. Su tono había mudado, de enfadado a sorprendido.

– No. No me atrevo a hablar de ello con nadie y, porque sé lo mucho que se sufre al perder un ser que amas, he preferido marcar distancia. No quería hacerle daño ni que me lo hiciese a mí –reconoció, inmensamente emocionado.

– ¿Estás enamorado de ella? –interrogó.

– Sí, lo estoy, hasta las trancas, y me siento la persona más feliz del mundo cuando la tengo cerca –respondió. Esa era, quizá, una de las confesiones más difíciles de su vida.

– Entonces no permitas que ese miedo que te invade impida que seáis felices. Amándola, no estás traicionando la memoria de Paula. Ella también te ama, seguro que lo sabes –él asintió–, pero ha preferido alejarse de ti para no sufrir porque su mayor deseo es estar a tu lado, compartir contigo la vida y tú no quieres compromisos. Es lógico. Si siguierais con esa relación de *"hoy sí, mañana no, me gustas pero nada más, nada de ataduras, solo una aventura"*, os estaríais engañando porque vuestros corazones desean estar juntos.

– Es que yo no quiero sufrir nunca más por una mujer ni hacerle daño –insistió.

– Sabes que la vida nos pone a prueba de manera constante. En vez de estar separados, cada uno viviendo una vida independiente aunque deseando estar juntos, ¿por qué no lo habláis e intentáis convivir un tiempo? Nadie te va a garantizar que en determinados momentos no haya tropezones pero de eso se trata la vida.

– Ya sé que la vida es jodida pero, insisto. Ella es muy importante para mí en muchos sentidos, pero ahora mismo no me veo capaz de entregar mi corazón a otra mujer –aseguró, haciendo una mueca con la cara.

– José, mi novio, también perdió a la que iba a ser su esposa. A poco tiempo de casarse le detectaron un cáncer, y él también se derrumbó y bloqueó su corazón, impidiendo que nadie se acercara a él. Ni siquiera era posible decir el nombre de ella ante su presencia ni dejaba que nadie lo acompañase al cementerio, para llevarle flores. Hasta que llegó Eli. Ella le plantó cara y le hizo entender que la vida sigue y no nos podemos estancar en esos momentos. Seguro que Paula querría que fueras feliz y no le gustaría verte amargado y solo –lo miró a los ojos esperando que dijese algo pero no lo hizo–. Yo siempre estuve enamorada de él, trabajamos juntos, pero nunca me atreví a decírselo porque tenía miedo a su reacción, pero, una vez más, Eli medió y ahora somos pareja y con intención de casarnos el año próximo –al pronunciar esas palabras mostró la sonrisa de una mujer enamorada y plenamente feliz.

– Felicidades. Seguro que vais a ser muy felices –habló, contento por ellos.

– Ahora comprendo tu forma de ser, tan distante y seca. No permites que nadie se acerque a ti porque no quieres cogerle cariño –reveló la morena de pelo corto.

– Algo así –dijo, resignado.

– Íbamos a proponerle que fuese ella quién organizara la ceremonia pero se ha ido –reveló.

Francesco permanecía callado.

– Ya me voy que es tardísimo–recogió el bolso y vistió el abrigo–. Me encantaría que reflexionaras sobre lo que hablamos –se encaminó hacia la puerta–. Sabes, esta noche he cambiado el concepto que tenía de ti, al escuchar tu versión. Solo espero que tomes la decisión más acertada. Queda poco para Navidad y que estuvieseis juntos sería el mayor obsequio que os podríais regalar –admitió, pasándole una mano por la mejilla derecha.

Él movió la cabeza como asintiendo pero no se pronunció con palabras. Una vez se fue la chica entró en la casa y se dejó caer en el sofá, pensando qué había hecho mal. Se cubrió la cara con las manos para friccionar la frente con las yemas de los dedos. Se había ido por su culpa, por ser un inseguro y no apostar por ella, por su amor. Estaba tan furioso que salió de la vivienda y comenzó a caminar bajo el chaparrón. Tenía que pensar y la mejor forma siempre era en contacto con el agua, como cuando nadaba en el río.

Regresar a su tierra debería alegrarla, sin embargo se sentía vacía. Parte de ella había quedado en Galicia. Entró en su ático y dejó las maletas en el distribuidor. Lo primero que hizo fue conectar la calefacción. Si en el norte hacía frío, Madrid no se quedaba atrás. ¡Tenía los pies helados!

Entró en el dormitorio y se acostó, aunque sin apagar la luz. Miró hacia el otro lado de la cama y pensó que había mucho espacio vacío. Se había acostumbrado a la del hostel, más chiquita y acogedora. En pocos minutos se quedó dormida. Durante el trayecto de vuelta llamó a su madre y quedó de ir a visitarla al día siguiente. Comerían juntas y aguantaría el sermón de "ya te lo avisé"*"Si me hubieses hecho caso"*... Después pensaría si engalanaba la casa con motivos navideños. Aunque Fran había roto parcialmente su corazón, no iba a encerrarse en casa llorando como una maruja. Ese hombre, por mucho que la conquistara, no estaba destinado para ella.

Al llegar a casa de su progenitora, encontró un paquete sobre la mesa del salón, con un envoltorio precioso. Era el regalo de cumpleaños que su madre le había comprado; el último perfume de una casa francesa, de reconocido prestigio. Al mismo tiempo, le hizo entrega del juego de café de porcelana que le había comprado en Galicia. La madre lo abrió y, tras darle las gracias, lo colocó al lado de la figura de *Sargadelos* que le había regalado, al regresar de las vacaciones de verano. Acabaron de preparar el almuerzo y se sentaron a comer en el salón.

Durante el almuerzo, Bárbara recibió dos llamadas telefónicas. Al estar a su lado Eli pudo confirmar que se trataba de un varón.

– ¿Era papá? –preguntó al colgar la primera vez. El rostro de la madre se había relajado.

– ¿Tú padre? Ja. Ese no llama ni para saber cómo se encuentra su hija.

– Pero era un hombre y a ti nunca te llaman hombres, salvo los del banco, de la funeraria o del seguro.

– Es un amigo que me llama para ir a una exposición de pintura esta noche– admitió un poco sonrojada.

– ¡Mamá! ¿Estás saliendo con un hombre? –preguntó en tono cantarín y mirando su rostro y sus manos inquietas.

– ¡No estamos saliendo, listilla! –sostuvo, negando con las manos–. Solo fuimos al cine en varias ocasiones.

– Pues a eso se le llama cita, mamá. ¿Dónde lo conociste? ¿Lo conozco yo? –interrogó la rubia con una sonrisa pícaro.

– Nos presentó Esther, en una exposición de arte. Después coincidimos en el cumpleaños de Maty y luego lo invité al mío, al que, por cierto, no acudiste –se justificó.

Elisabeth advirtió brillo en los ojos de Bárbara; un centelleo que no veía desde que era niña, cuando todavía estaba casada con su padre.

– Mamá. No tienes que justificarte ni darme explicaciones, solo me estaba metiendo contigo. Has pasado sola demasiados años, cuidando de mí y saliendo solo con amigas. Ya va siendo hora de que alguien se preocupe y te mime y, en cuanto a lo de tu cumple, ya te había comentado por teléfono que no podría llegar a tiempo.

– Pero si ya te tengo a ti, hija –se disculpó.

– Siempre me tendrás pero eso no es suficiente. No es lo mismo el amor que te da una hija al que te puede dar un hombre que quiere estar realmente contigo, y que te gusta a ti, claro –opinó, cogiéndole una mano para darle un beso.

– Lo sé, hija. Solo que no estoy acostumbrada a que un hombre me halague y se preocupe por mí. No sé, me parece raro aunque reconozco que me hace sentir bien – admitió. Su marido jamás se interesó por ella una vez nació su única hija. Una vez se divorciaron, siempre estuvo sola.

– ¡Ay, mamá! Qué feliz me hace saber que vuelves a estar ilusionada.

– Qué me dices de ti. ¿Qué tal en Galicia? Desde que te fuiste hablé varias veces con Carmela. Me encanta esa mujer porque siempre me hace reír con sus galleguismos –cruzó los dedos sobre la mesa–. Gran persona, sí señor.

– Sí, muy buena gente. Les cogí mucho cariño –reconoció. No llevaba ni veinticuatro horas lejos de ellos y ya echaba de menos ese acento dulce y cercano. Según algunos estudios realizados, el gallego es el tercer acento español que más seduce por su musicalidad.

– Pero has regresado sola. ¿Qué fue de ese chico gallego que te robó el corazón? Por un instante la rubia se lo imaginó acompañándola para conocer a su madre.

– No hay ningún hombre –respondió de manera breve.

– Hasta donde yo sé y te aseguro que es mucho, tenías una relación con un tal Fran o Francesco –intentó desovillar.

– Pero esa relación se acabó. No somos compatibles por lo tanto cada uno por su camino –puntualizó, sin demasiado entusiasmo.

– Hija, te noto triste. ¿Te ha roto el corazón?

– No es tristeza sino desilusión, pero ya sabes que soy un torbellino y en nada se me pasa –intentó disimular esa herida interna que el amor ocasionaba cuando no era correspondido. Una herida que su progenitora conocía a la perfección.

– ¿Sabes qué te digo, y lo hago por experiencia? –ella negó con la cabeza–. El amor es ese sentimiento tan exquisito y maravilloso que significa amar a alguien sin hacerle sufrir y sin dejarle escapar. Si te hizo daño, de una forma u otra, ya no es amor. Puede ser deseo o atracción, pero no amor –recitó la mujer que se había levantado para acariciar su cara. Jamás deberías llorar por un hombre porque no se merece tus lágrimas.

– Es igual, mamá. Agua pasada no mueve molino. Olvidemos el tema.

– Esa es la actitud, mi cielo. No permitas que eso te frene. Si él no te valora, no te rebajes in agaches la cabeza.

Eli le guiñó un ojo y ojeó el móvil. Tenía tres llamadas perdidas de Galicia.

– No queda nada para Navidad. Ya te llamaré para ir de compras. ¿Me ayudas con el árbol? –propuso Bárbara mientras recogían la mesa.

Al regresar a casa el conserje le hizo entrega de un gran y precioso ramo de rosas rojas. En medio iba un sobre de ese mismo color. Subió en ascensor hasta el ático, metió las rosas en agua y se sentó en el sofá. ¿Quién se las había enviado?

El texto decía lo siguiente:

*"Me hubiese gustado entregártelas en persona pero ya me enteré de tu partida,
la cual hace que me sienta en parte culpable.*

Siento no ser la persona que venías buscando, de verdad que sí.

*Solo espero que este distanciamiento nos venga bien a ambos
para descubrir lo que realmente sentimos.*

Te deseo un feliz aniversario.

Besos.

Francesco"

Se había acordado de su cumpleaños. Se llevó la dedicatoria al corazón y cerró los ojos. Qué bonito sería celebrar el día junto al hombre que amaba.

El Juez instructor que estaba llevando la causa emitió una orden de detención y entrega europea. Eloy no respondía a las llamadas de los agentes que estaban llevando la investigación, y su familia tampoco sabía nada de él desde hacía meses. La última información que tenían era lo que había revelado Mateo. El objetivo de la misma, en este caso, era la detención de una persona implicada en una muerte, por otro estado miembro de la Unión Europea. Podría ser un proceso lato pero necesario puesto que todos los indicios indicaban que el presunto implicado en la muerte de Luz, estaba residiendo en el país luso. Lo iba a tener difícil para demostrar su inocencia. Su compañero lo había implicado y había sido reconocido, tanto por la anciana del bosque como por Elisabeth. Era solo cuestión de tiempo.

Mientras, Mateo seguía recuperándose en su casa, bajo arresto domiciliario dictado por el Juez instructor, como medida cautelar. Sus padres estaban muy disgustados aunque desde el primer momento de enterarse de cómo sucedieron los hechos, lo apoyaron de forma incondicional. Confiaban en la palabra de su hijo y comprendían que estaba sufriendo por un error que había cometido, meses atrás.

Samanta no podía hacer nada más que esperar a que las autoridades europeas actuaran e hicieran entrega de la persona que estaban reclamando. Por ello, dio vacaciones a todo el personal que había estado trabajando en el caso de la chica del río. Era Navidad y todos merecían disfrutar de esas entrañables fiestas en compañía de sus seres queridos, incluida ella. Antes de irse se acercó a casa de Fran para desearle unas felices fiestas.

Al llegar a su vivienda comprobó que no había nadie en el interior. Lo llamó por teléfono y este le dijo que había salido a dar un paseo con su perro. Quince minutos después apareció. Entraron al abrigo. Folla vestía ropa casual pero de abrigo.

- Regresas a casa –observó el varón.
- Es Navidad. Mi familia me mata si no voy a casa –echó un vistazo rápido a la casa. Todo seguía igual. Las fotografías de Paula por todas partes y ni rastro de Eli–. Me imagino que pasarás las fiestas con Elisabeth.
- Voy a desayunar, comer y cenar solo. ¿Qué tienen de especial estas fechas? –respondió con cierto descontento.
- ¿Y ella? –sabía la respuesta porque la propia madrileña le había comentado, cuando fuera a recoger el móvil, que regresaba a su tierra.
- Pregúntaselo tú. Hace unos días regresó a Madrid sin decir adiós. La detective arrugó la frente y cruzó los brazos.
- Pero hablarías con ella –cuestionó.
- No hay nada de qué hablar. Lo hecho, hecho está –declaró rascando la barbilla.

- ¿Qué hiciste, Fran? Has permitido que se fuera otra vez.
- ¿Quién dice que ha sido culpa mía? –giró la cabeza para observar un retrato de Paula.
- No puede ser de otra forma. Tú y el maldito pasado –expresó con rabia.
- Si vas a soltar un sermón mejor lárgate –indicó, señalándole la puerta.
- Claro que me voy, no hace falta que me eches, pero antes te diré que no sabes lo que te pierdes. Mételo en la cabeza, ¡Paula no va a regresar ni nadie te la va a devolver! ¡Está muerta! –gritó, resaltando lo último con más énfasis–. Llevas años encadenado a ese recuerdo sin vivir tu vida, apartando a la gente que se preocupa por ti y convirtiéndote en una persona insociable, en un misántropo. ¿Qué esperabas de ella? ¡Qué te suplicara de rodillas que la aceptases a su lado! El amor no se mendiga ni se implora. Se demuestra –le lanzó una mirada cargada de significado.
- ¡Fuera de mi casa! –voceó, molesto y dolido por sus palabras. Nadie más que él, conocía el imponente vacío que Paula había dejado en su vida.

Samanta lo encaró, abrió la puerta con fuerza y abandonó su casa. Estaba cansada y harta de aconsejarle lo mejor para él y recibir las mismas contestaciones. Cerró la puerta, cargado de ira. Todo el mundo estaba en su contra y nadie se cortaba en decírselo. La realidad volvía a rasgarle el corazón. Estaba solo, con el silencio de la casa y su perro roncando a sus pies.

Faltaban dos días para Nochebuena. La primera Navidad junto a Ariel, el hombre de su vida, y la primera que disfrutaría lejos de sus padres. Los dos acordaron que querían pasar esas fiestas al lado de Elisabeth. Carmela y Sebastián hubiesen querido participar en la sorpresa de presentarse en Madrid pero tenían que atender el negocio que, igual que en temporada de verano, el mes de diciembre era de mucho trabajo.

Cada uno preparó su maleta y viajaron hasta la capital en tren, ansiosos por ver la cara de sorpresa que pondría su amiga por partida doble. Además de querer pasar las fiestas con ella, iban a pedirle que fuese la encargada de organizar su boda el año próximo.

Durante el viaje leyeron y escucharon música hasta llegar a la famosa estación de Atocha, donde está ubicado el Jardín Tropical, con más de 500 especies, animales y vegetales, y en el exterior hay un monumento en homenaje a las víctimas de los atentados del 11 de marzo de 2004.

Cogieron un taxi que los llevó hasta el domicilio de Elisabeth.

– ¡Qué nervios! –murmuró la morena mientras se acercaban a la caseta del conserje.

Le explicaron que eran unos amigos de Galicia y que estaban allí para darle una sorpresa. El hombre tenía por norma no dejar entrar a nadie sin el permiso de la persona que residía en la urbanización pero tampoco quería chafar la sorpresa que querían darle.

– Vamos a hacerlo de la siguiente forma –informó el conserje con un perfecto acento madrileño–. Iré con ustedes hasta su apartamento.

La pareja aceptó. Los hizo entrar en el ascensor y fue él quien tocó el timbre de la puerta. Eli miró por el cerrojo y abrió la puerta.

– Señorita Serrano. Hay una pareja aquí que pregunta por usted. Dicen que son amigos suyos –puntualizó. La rubia hizo una mueca con la cara. ¿De qué estaba hablando?

Movió la cabeza hacia el pasillo y entonces los vio, allí, con las maletas en la mano. El grito que soltó conmovió hasta al serio conserje. Se acercó y los abrazó. Las lágrimas, de alegría, corrían por sus mejillas.

– ¡Qué alegría veros! ¿Qué hacéis en Madrid? Podríais haberme llamado y os había ido a buscar –habló con la voz emocionada y temblando.

Ellos le restaron importancia. De hacerlo así no habría sido una sorpresa.

Pasaron al interior y les enseñó el piso y la habitación de invitados, donde se alojarían. Estaba tan llena de alborozo que no se había dado cuenta que iba en pijama y zapatillas de color rosa.

Después de calmarse y sacar la ropa de la maleta, pasaron al salón para charlar. La madrileña insistió en disculparse por haber huido sin despedirse. Desde que había llegado a su tierra no hacía más que pensar en ello y arrepentirse. La pareja dijo que entendían su postura y que en ningún momento la habían cuestionado. Eli quiso saber cómo estaban Carmela, Sebastián y también los padres de Alicia.

Tras ponerse al corriente, le explicaron el motivo por el que estaban allí.

– Además de venir para pasar unos días contigo –habló el chico–, queríamos hacerte una propuesta.

La joven rubia se mordió el labio inferior. A continuación tomó la palabra Alicia.

– Queremos que seas tú quién se encargue de organizar nuestra boda el año que viene –su amiga abrió la boca y quedó en esa postura unos segundos.

– ¿Yo? –dijo, todavía atónita–. Disculpadme, es que no me esperaba vuestra visita y mucho menos esta sorprendente noticia. Muchísimas felicidades –se levantó del sofá para abrazarlos.

– Por supuesto que tú. No conocemos a nadie que lo haga mejor y te pagaríamos, claro –intervino Ariel.

Se llevó las manos a la cara. ¡Iban a contraer matrimonio!

– Va a ser una ceremonia religiosa o civil. ¿Vais a tener muchos invitados o será más bien íntimo? –las preguntas le salían de forma automática, como cuando trabajaba organizando bodas.

– Todavía tenemos muchas cosas por hablar, como el número de personas que deseamos que nos acompañen, el menú, pero hay algo que sí tenemos claro y es que va a ser una boda en la iglesia. Me hace ilusión casarme de blanco y entrar en la iglesia caminando sobre una alfombra. Llámame tradicional pero me gusta –miró a Ariel y sonrió–. Sabemos que una boda religiosa supone más gastos pero da igual. Será nuestra boda y, ese día, tiene que ser inolvidable –aclaró Alicia.

Elisabeth miró hacia el chico.

– Nada que alegar. Ella lo ha dicho todo y, si quiere ir de blanco, irá de blanco. Sus deseos son órdenes para mí.

Los tres se rieron ante el comentario.

– Bueno, podría ir de blanco y no casarse por la iglesia. He planificado bodas en la playa, pese a vivir en la capital, en el río, en el bosque, en parques y en espacios privados –propuso.

Se levantó y fue al mueble bar.

– Vamos a brindar por este futuro matrimonio, para que seáis muy felices y podamos disfrutar durante muchos años de esta bella amistad –cogió tres copas y las llevó–. Ya que habéis confiado en mi profesionalidad, será todo un honor planificar vuestro enlace –alzaron las copas para brindar.

Para sacar ideas, Eli les enseñó varias revistas que tenía en casa. Por el momento ella era la primera persona que lo sabía.

Por la noche salieron a celebrar la gran noticia. Primero cenaron en un restaurante que la madrileña conocía. Los tres eligieron el mismo menú: sopa de ajo, rabo de toro guisado, y de postre, buñuelos de viento. El camarero, amigo de Eli, les trajo primero unos pinchos de tortilla y gambas a la gabardina. Tras la cena salieron a tomar unas copas a un local de moda que había cerca. La celebración se alargó hasta las cuatro de la madrugada.

A la mañana siguiente organizaron para salir a dar un paseo por el centro de la ciudad. Días antes, Eli había quedado con su madre para verse en el centro comercial más moderno de la ciudad, situado en el paseo de la Castellana. Comerían juntas y Bárbara aprovecharía el momento para presentarle a Julio, pero con la llegada de sus amigos, los planes habían cambiado. Llamó a su progenitora y quedaron de verse en el mismo lugar. Se sentaron en un banco a esperarlos y, a los pocos minutos apareció la mujer, agarrada de la mano de un hombre ya maduro. Eli se fijó concienzudamente en él. Era veinte centímetros más alto que Bárbara, tenía el pelo canoso y vestía americana con pantalones vaqueros oscuros. Hicieron las presentaciones y ella captó que tenía una elegante sonrisa y un parecido a *George Clooney*, solo que con unos años más.

– Mamá. No me habías dicho que era así de guapo y atractivo –le dijo al oído mientras se saludaban. Bárbara se rió.

– Cariño. Tú padre también era guapo y ya ves lo que nos pasó –observó en voz baja.

– Olvídate de él y no dejes escapar a este bombón. Me he fijado en cómo te mira. Creo que le gustas de verdad.

Después de averiguar qué tal estaban las familias de Alicia y Ariel por Galicia, salieron del centro y buscaron un restaurante tranquilo donde almorzar los cinco. Por la tarde cogieron el autobús panorámico para conocer los puntos más emblemáticos de la ciudad, cuyo recorrido se hacía en solo hora y media. Esa noche optaron por cenar en casa. Había empezado a nevar y hacía muchísimo frío.

Antes de acostarse y mientras el chico hablaba con sus padres por teléfono, Alicia se sentó con su amiga para hablar. Desde su llegada no habían mencionado a Fran en ningún momento y quería averiguar cómo se encontraba.

– ¿Has hablado con Francesco desde que regresaste?

– No. Solo me envió flores el día de mi cumpleaños –susurró la rubia.

– Algo es algo, pero, ¿tú estás bien? –insistió.

– Ahora estoy muy bien, gracias a vuestra visita inesperada. No puedo obligarlo a que me ame ni que desee estar conmigo –versó, aunque con un deje de añoranza.

– Eso es cierto. Yo sufrí por Ariel muchos años en silencio y te comprendo, pero también confío en que vas a ser capaz de superarlo. Todo lo que te propongas, lo vas a lograr, de eso estoy segura.

– Por esa razón me fui de allá. Sé que estando lejos de él podré seguir con mi vida de manera más rápida. Allí me iba a costar mucho más y no me apetece sufrir otra vez por un hombre. Tengo que seguir adelante.

– Esa es la actitud –chocaron las manos–. Recuérdalo siempre; somos guerreras e invencibles.

– Te advierto que hay Elisabeth para rato. Soy de dar y tomar, ja, ja, ja.

El joven se incorporó a la conversación aunque no volvieron a tocar el tema de Maceroni. Al día siguiente cenarían en casa de Bárbara y dormirían allí. El tiempo estaba complicado para hacer un viaje de vuelta en coche.

Por la mañana llamaron a una cafetería de los alrededores para que les subiera el desayuno al ático, y hasta la hora de almorzar jugaron a las cartas y al Monopoly. Antes de salir a comer se dieron una ducha y guardaron, en dos mochilas diferentes, la muda que llevarían a casa de Bárbara, para el día siguiente. Minutos antes de irse, sonó el timbre de entrada. Eli miró por el cerrojo y abrió con confianza.

– Buenos días, señorita Serrano. Abajo hay una persona que desea verla –expuso el hombre, que estaba deseando cumplir su jornada laboral para celebrar la Navidad en su casa, con su familia. Peor lo tendría el compañero que le tocaba en el otro turno y tenía que pasar toda la noche allí.

– ¿Cómo es que no te ha acompañado?

– Verá, señorita. El señor trae una bolsa de equipaje y un perro grande al lado. Está un poco mojado, a causa de la nieve que está cayendo, lo cual le da una imagen de persona descuidada –opinó, bajando la voz para que solo ella lo escuchase.

– ¿Quién podría ser, el día de Nochebuena?

Sus amigos se acercaron a la puerta.

– ¿Quieres que te acompañemos abajo? –sugirió la amiga.

– Voy acompañada del conserje pero me sentiría más tranquila si estuviésemos cerca. No sé de quién se trata y él dice que tiene aspecto desaliñado –comentó, pensando que podría ser el joven que había visto en el mercado.

– Quién sabe. A lo mejor es otro *George Clooney* que te está buscando –bromeó Alicia.

– ¡Qué graciosa!

Cogieron las llaves, dos paraguas y acompañaron al conserje hasta la planta baja. Este miró hacia un lado y hacia otro.

– Estaba aquí, se lo juro.

Un viento frío abofeteó sus caras.

Salió hasta la calle y lo vio, arrimado a la pared y acariciando el pelaje del perro, que llevaba un abrigo impermeable. Con una mano le indicó que podía acercarse.

– Señorita. Se trata de este caballero.

Desconfiada, se acercó a la salida y allí lo vio, empapado hasta los huesos. El perro, al verla, se aproximó para que lo acariciara.

– Fran –pronunció su nombre con miedo mientras subía la solapa del abrigo, estilo *fauxfur*.

- Sus amigos se acercaron a ella. ¿Se trataba del Fran que los tres conocían?
- ¿Qué haces aquí? –sus amigos intercambiaron miradas de estupefacción.
- Tenía que hablar contigo –contestó pasando la mano por la frente para secar la humedad.

Se acercó a él para que se cobijase de la nieve bajo el paraguas.

- Vale, subamos al ático.
- Señorita, ¿el perro también?
- Sí, Edy es un buen perro. No dará problemas.

Los cuatro, junto al perro, tomaron el ascensor en silencio. Al llegar a la última planta, Ariel habló.

- Nosotros ya nos íbamos –guiñó un ojo a Alicia para que cogiese el bolso. Entró a la habitación y cogió una camiseta y un pantalón de deporte para Fran.

– Después te llamo –susurró su amiga, dándole un beso en la mejilla mientras le apretaba un brazo.

La pareja salió. El termómetro de la farmacia que había frente al edificio, marcaba cuatro grados de temperatura, por lo que optaron por resguardarse en un restaurante mientras comían.

- Si lo deseas, puedes pasar al baño y cambiarte –Fran le sacó el chaleco a Edy y entró en el baño.

Eli lo esperó en el salón. Había hecho café, como a él le gustaba. Al salir se sentó a su lado y tomó un largo trago.

- Está bueno –pronunció.
- Aunque no lo creas, porque según tú, las rubias somos tontas, yo también sé preparar café.

Echo un vistazo al salón. Estaba amueblado con muy buen gusto, intercalando los colores rojo y negro.

- ¿Quieres comer algo? Puedo hacer unos filetes de ternera con patatas, si te apetece.

– La verdad es que sí tengo hambre –respondió, señalando el estómago vacío.

Pasaron a la cocina, de estilo minimalista, con muebles de color blanco, suelo marrón y una isla sobre la cual había una gran lámpara que iluminaba perfectamente el habitáculo.

- Tienes un piso precioso –opinó, mientras observaba como se movía para preparar la comida.

– Gracias pero ya lo sabía. Fue una buena inversión.

– ¿Siempre hace tanto frío aquí? –interrogó.

– No es habitual que nieve pero cuando lo hace, las temperaturas se desploman.

El lado bueno es que este tiempo nos regala panorámicas preciosas. Vale la pena salir a la calle y, si coincide, como este año en Navidad, muchísimo mejor. El espíritu navideño, si cabe, es más fuerte –habló, pensando de manera particular en la sierra.

Se giró hacia él mientras se freía la carne.

- ¿Has venido a Madrid de vacaciones?
- He venido a por ti –espetó, observando su reacción.
- La comida está lista. ¿Nos sentamos?

Él asintió y le ayudó con los platos.

- No esperaba que me acogieras de esta manera –confesó-. Más que hospitalidad me temía poco generosidad por tu parte, lo cual entendería teniendo en cuenta lo grosero que siempre he sido contigo.

- Eso es porque no me conoces. Soy así por naturaleza –bebió; había hecho limonada.

- ¿Has recibido las flores que te envié por tu cumpleaños?
- Sí, un ramo precioso. Gracias por acordarte. Son las que están en ese jarrón.

Las respuestas de Eli eran sinceras pero distantes, y él se dio cuenta.

- Comprendo que estés enfadada con este zopenco –se señaló con el cubierto-. He tardado todo este tiempo en darme cuenta de lo importante que eres para mí. Siento haberte hecho daño pero estaba bloqueado y anclado en algo que me pasó hace unos años, y que no deseaba que se volviese a repetir, tanto por mí como por ti.

Eli había dejado de comer y lo escuchaba con curiosidad. ¿Cuántas veces iba a decirle eso para después cambiar de versión?

- La última vez que estuvimos juntos lo dejaste bien claro. Nada de compromisos ni ataduras. Solo sexo –recordó. Su rostro se tornó serio.

- En ese momento todavía no lo tenía claro. Estaba confundido y –hizo una pausa para buscar las palabras idóneas para describir su estado-. Fui un idiota que no supo valorar lo que tenía al lado. Ahora solo espero que no sea demasiado tarde.

El móvil de Eli sonó. Era un mensaje de Alicia.

¡¡Todo bien!! Preguntaba. Estaba ansiosa por averiguar qué buscaba Fran en Madrid, el día de Nochebuena. Ella respondió, ¡sí!

- Quisiera creerte pero tengo miedo a hacerlo y que en unos días se vuelva a repetir la conversación del otro día. En su momento te había dicho que buscaba una relación seria, comprometida y lo sigo manteniendo.

Se miraron. Fran deseaba besarla. Eli ansiaba sus besos.

- Te prometo que lo voy a intentar. Ahora solo pienso en estar a tu lado, sentir tu cariño y cercanía –dictó, cogiendo sus manos y estrechándolas.

- Muchas promesas se las lleva el viento, Fran. Lo que cuentan son los hechos.

- Pues dame la oportunidad de demostrártelo estando a tu lado. Hablaremos de esas sombras que me han atormentado estos ocho años, te hablaré de mi pasado, conocido por muy pocos, de mi relación con la Policía, de mi familia. Te lo contaré todo –llevó sus manos a los labios y las besó con los ojos cerrados. ¡Cuánto la había echado de menos! Cada instante lejos de su compañía había sido una agonía.

- Tú lo sabes casi todo de mí pero yo de ti absolutamente nada. Es como estar al lado de un fantasma. ¿Existe un Francesco en la realidad?

– Sí, existe. Dame la opción de poder mostrártelo –su mirada suplicaba una oportunidad–. Por favor –finalizó, levantándose para ponerse a su lado.

– Tu vida está lejos de aquí y la mía...

– La tuya también está allá, a mi lado y cerca de muchas personas que te aprecian. Tienes un puesto de trabajo esperándote, ¿lo recuerdas?

Ella asintió. ¿De verdad le estaba pidiendo una relación?

– Estas semanas han sido un calvario –continuó–. Todo el mundo diciéndome lo imbécil que era al dejarte escapar, tratándome como una persona insociable, solitaria y hosca. Fue entonces cuando me di cuenta de que el problema era yo y que así no podía seguir o me quedaría solo el resto de mis días. Comprendí que te echaba de menos, sentí un vacío al saber que habías regresado aquí, me entristecí al pensar que otras personas disfrutarían de tu compañía, de tu calor, incluso de tu amor. ¡Creí volverme loco! –la abrazó con fuerza, acariciando su cabello.

Acercó los labios a su oído. Fue entonces cuando la fachada de hombre duro y seguro de sí mismo, comenzó a resquebrajarse.

– Dime qué has sentido –susurró, besuqueándola.

– He sentido que me gustan tus labios y los he echado de menos –confesó, aferrándose a él para sentir su cercanía.

– No va a ser fácil, te lo advierto. Mi vida tiene muchas sombras y pocas luces –agregó, abrazando su rostro con las manos.

– Entre los dos conseguiremos que haya más luz y menos tiniebla –sostuvo. Por primera vez lo vio llorar.

– Te amo, Elisabeth –expresó en un tono tierno a causa de la emoción.

– Y yo a ti, Francesco Maceroni –respondió con mirada abrazadora.

El teléfono sonó dos veces más. Esa vez era Ariel. Le escribió muy escuetamente.

“Comed vosotros. Nosotros tenemos muchas cosas que hablar. Luego os llamo para ir a casa de mi madre”

Le hubiese gustado responder más extensivamente pero quería disfrutar de esos instantes de gloria. ¡Le había dicho que la amaba!

La había abrazado con delicadeza, pero, al mismo tiempo, con fogosidad. La lengua de Fran invadió su boca provocando convulsiones de placer. Un deseo arrebatador los consumía.

– ¿Vamos a tu dormitorio?

Ella le tendió la mano y entraron. Fran echó un vistazo al habitáculo. Era una habitación de muebles ligeros y colores claros que invitaban al descanso. La cama era una sencilla estructura tapizada a tono con la ropa que la cubría, en una paleta de blancos, beis y suaves tostados de brillos oro.

Uno frente al otro, sus corazones latieron al unísono y se hablaron con las miradas. La besó, indagando con la lengua en la docilidad de su boca. Las manos juguetonas de Fran se aferraron a su cabello, dándole un masaje. Después, de forma grácil, bajaron al cuello, hombros, hasta instalarse en su trasero. La rubia saboreó el lóbulo de su oreja izquierda, tirando de él. La respiración de ambos era acelerada hasta que sus labios volvieron a encontrarse con intensidad. Ella podía sentir su erección sobre la ropa. Se había puesto una falda corta *lamé* de color dorado, combinada con un top de seda negro. Con la yema de los dedos acarició la punta de sus pezones.

– Me encantaría quitártelo de un tirón pero entiendo que debe ser un jersey muy caro –sostuvo, chasqueando la lengua.

Elisabeth levantó los brazos para que pudiera quitárselo. Bajo aquella pieza de ropa oscura había un seductor sujetador negro tipo *corsé*, de encaje con hilos dorados. El hombre recorrió su cuerpo con lujuria e introdujo la punta de los dedos en el interior, del sujetador para estimular sus sonrosados pechos, produciendo un cosquilleo de placer que recorrió todo su cuerpo. Se quitó el suéter y lo tiró al suelo. Tenía bastante vello en el pecho, que formaba remolinos y llegando hasta su ombligo. Metió las manos por debajo de la falda y se la subió. A la vista quedó un atrevido tanga a juego con el ligero. Los labios de Eli estaban entreabiertos.

– Joder, ¡Verte así de sexi me pone como una moto! –susurró aloído, besando su sensible garganta.

La rubia acarició su zona lumbar, descendió hasta las nalgas y metió las manos a través del elástico del pantalón, palpando su culo, masajeándolo. Después, con mirada perversa, lo hizo por delante, alcanzado su erecto miembro. Su cuerpo palpitaba por él.

– Nena, no sigas así o me correré en tus manos –imploró. Tenía todos los sentidos obnubilados.

Francesco bajó el pantalón e hizo lo mismo con la falda de la chica. Enterró la cara en el hueco de su cuello y respiró hondo. Era una mujer hermosa y delicada, y había estado a punto de perderla.

Se besaron con desesperación. El sexo del joven estaba pegado a su piel, impaciente por enfundarse dentro de ella. Un largo e impaciente beso, anunció la

desesperación que sentían; él por poseerla y ella por sentirse poseída. Eli lo tomó de la mano y se sentaron sobre la cama, de ciento cincuenta centímetros de ancho. Acarició su rostro y se llevó varios de sus dedos a la boca. En cuestión de segundos se sentó sobre sus piernas, restregándose contra él y sintiendo la verga sobre su abertura. Fran deseaba contenerse y alargar el momento, pero no supo controlarse. Bajó un poco el slip y liberó aquella presión que le estaba ocasionando dolor. Con dos dedos apartó la tira del tanga y sintió su humedad. Sin más dilatación abrió la delicada hendidura y se sumergió en su interior. Eli hundió las uñas en su espalda y comenzó a moverse con movimientos circulares; sus pechos, erguidos y endurecidos, se movían de forma sensual, sus nalgas crepitaban sobre el hombre. Fran atrapó sus caderas para ayudar en las acometidas, propinándole varios cachetes cuando echó la cabeza hacia atrás y contrajo la pelvis. Una fricción que los enloquecía y producía placenteras sensaciones. Mientras se movían, sus lenguas se tocaban provocativamente.

– Cari, date la vuelta –exclamó entre gemidos. La joven estaba completamente a merced de sus manos expertas.

Ella se retiró y se puso de rodillas. Fran la tomó de las caderas y entró en su interior, emitiendo jadeos imposibles de ahogar. Sus manos se aferraban a los senos de Eli mientras entraba y salía. El cuerpo del chico frotaba el suyo de manera pecaminosa, bamboleando las caderas. Ella se sentía completamente dilatada.

– ¿Dominas la postura conocida como el trapecio? –preguntó la rubia con mirada de leona, prácticamente desmadejada por sus penetraciones.

– Ahora mismo no lo recuerdo –musitó el varón sin parar de penetrarla. Estaba a punto de descontrolarse.

– Es una de mis preferidas y quiero hacerla contigo esta noche.

Dejaron esa posición y le pidió que se pusiese de rodillas sobre la cama, luego ella se acostó frente a él y apoyó las piernas sobre sus hombros, quedando el culo ligeramente elevado. Fran la agarraba de las piernas, manteniéndola sujeta y segura en tanto que la observaba disfrutar. La cadencia y el ritmo de las embestidas fue aumentando, igual que el deseo de alcanzar el clímax de forma vertiginosa. El hombre notaba que la sangre iba muy deprisa, martilleando sus oídos. Varios gruñidos ahogados de satisfacción resonaron en el dormitorio, a causa de una oleada de punzadas de placer. Estremecimientos cegadores recorrieron sus cuerpos tras esa última embestida hasta el fondo. Una vez más se oyen sus resuellos.

Cada uno cayó hacia un lado de la cama, jadeando en busca de aire. Elisabeth tenía las mejillas sonrosadas; Fran se las acariciaba con adoración. Tras varios minutos, la rubia rompió el silencio.

– Ahora vas y me dices que solo ha sido sexo –jugueteó con el vello de su pecho.

El hombre arrugó la frente y la miró con fijeza.

– Ha sido sexo del bueno, del que quiero repetir el resto de mi vida contigo –dijo como respuesta al comentario, cogiendo la punta de su nariz.

– Eso quería escuchar de tus labios –comentó, acariciando su barbilla–, y tampoco quiero que me dejes sola en la cama, salvo que tengas que ir a trabajar.

– No te dejaré, y si tengo que hacerlo, lo sabrás porque te colmaré a besos hasta despertarte. Te advierto que soy muy besucón.

– ¡Ah, sí! No sabía eso de ti.

– Nena, hay muchas cosas que desconoces de mí, pero te juro que a partir de cuando tú quieras, eso cambiará —reconoció, cruzando los dedos de sus manos con los de ella.

– ¿Me contarás ese secreto que guardas en tu interior y que nadie más conoce? – insistió.

– Inclusive ese –chasqueó los dedos.

– Confiaré en tu palabra –lo besó en el brazo y luego en los labios.

Fran la miró con devoción.

– ¿Recuerdas cuando nos conocimos? –ella asintió–. Creo que fui un poco borde contigo.

– ¿Un poco? No, fuiste muy borde y te pasaste siete pueblos–repuso.

– Y tú muy pija, tiquismiquis y una sabelotodo, pero he de reconocer que me conquistó tu descaro.

– Y yo admito que es agradable saber que tienes los mismos bajos instintos que el resto de los mortales.

Solo el hecho de pensar que podría haber salido con otros hombres le encelaba.

El teléfono de ella emitió un nuevo pitido. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se habían ido? Miró el reloj que había sobre la cómoda. Eran las seis y empezaba a anochecer. Les envió otro mensaje:

“Nos vamos en un rato. Pasad por casa para recoger las bolsas”

Ellos, al leerlo, no supieron discernir si había acabado bien con Fran, o no.

El conserje del edificio ya no era el mismo que el de la mañana y, al no conocerlos, hizo una nueva llamada a Eli para asegurarse de que podían subir. Una vez lo corroboró, permitió que entraran para coger el ascensor y subir hasta la última planta del edificio. Eli les había dejado la puerta abierta a medias mientras acababan de arreglarse. Entraron y no vieron nada.

- Eli, ya estamos aquí –anunció la morena.
- Estamos en el dormitorio. Ahora vamos –habló con voz jovial.

Alicia, al escuchar ese comentario, entendió que Fran estaba con ella y que habían arreglado las cosas, lo cual la alegró porque era conocedora del amor que la rubia profesaba por el chico.

- ¡Ves! Están juntos –susurró entre dientes a Ariel, propinándole un codazo.
- Al final no le quedó otra que achantar y reconocer que está colado por ella – exclamo en voz baja–. Si es que la mujeres conseguís siempre lo que queréis.

Salieron de la habitación cogidos de la mano y con dos sonrisas bobaliconas. Los dos tenían los rostros sonrosados, fruto de la pasión que acababan de vivir hacia escasos minutos. Fran se adelantó para decirles algo.

– Quiero que seáis los primeros en saber que Eli y yo estamos juntos, bueno, que, al menos, lo vamos a intentar. Le he pedido perdón por haberla hecho sufrir todos estos meses –se giró hacia ella y besó el dorso de su mano–. Y a vosotros también quiero pedir os disculpas y agradecer que hayáis estado a su lado de manera incondicional. Me imagino el esfuerzo que ha supuesto estar hoy aquí y no en vuestras casas, con vuestras familias.

– Estamos encantados aquí y no te preocupes por lo de las disculpas. Sabíamos que estabas un poco perdido, por las circunstancias que fueran, pero también que estás muy pillado por ella. Eso, sí o sí –aseguró Alicia sonriendo, que se acercó a él para darle un abrazo.

- ¿Sin resquemores?
- Sin resquemores –respondió la morena.

Ariel se arrimó a Elisabeth y también la abrazó.

– Bueno, basta de emociones. Tengo cinco llamadas perdidas de mi madre y tropecientos mensajes. Recoger lo que vayáis a llevar y nos largamos o no llegaremos para la cena. Mi madre no me lo perdonaría en la vida –expresó, poniendo los ojos en blanco–. Lleva en la cocina desde las once de la mañana y es de esas personas que se quieren solas y no admiten ayuda.

– Tendré que buscar un hotel donde admitan mascotas –declaró Francesco. Entonces se acordaron de que había llevado el perro.

– No. Tú nos acompañas y Edy también. Mi madre vive en una casa, a las afueras de la capital, y también tiene un perro, aunque bastante más pequeño que el

tuyo. En estas fechas, en Madrid, no encontrarías una habitación vacía. Los hoteles están completos –explicó la rubia.

– Pero tu madre no cuenta conmigo. Sería impropio aparecer en su domicilio sin avisar, con toda la cara del mundo.

– De eso me encargo yo, cariño. Ella estará feliz si yo lo estoy –lo besó de manera cariñosa–. Ahora coged las cosas, ¡es tardísimo y vamos a encontrar tráfico en la carretera! Me estoy imaginando su cara, ¡estará histérica!

Condujo durante cuarenta y cinco minutos hasta llegar al domicilio de Bárbara. Cuando bajaron, observaron que había decorado el exterior con luces navideñas y un muñeco de nieve. Su progenitora, al escuchar el pitido del coche, abrió la puerta principal para recibirlos. Edy fue corriendo hacia ella.

– ¿Y este perro tan guapo? –consultó mientras acariciaba su pelaje.

Entonces vio a Fran y comprendió que era del atractivo moreno que los acompañaba.

– Hola. Soy Bárbara, la madre de Elisabeth –se presentó, tendiéndole la mano y dándole dos besos. Tenía una voz tranquila y agradable.

– Encantada de conocerle, señora. Yo soy Francesco Maceroni. Su hija ha insistido en que viniera. Espero no causarle molestias, y mi perro tampoco. Es que no tengo dónde dejarlo –intervino.

– No te preocupes. Donde cogen cinco, cogen seis. Pasemos para dentro que aquí fuera hace mucho frío –manifestó la encantadora mujer después de saludar a la otra pareja y a su hija, a la que, por cierto, guiñó un ojo.

En la puerta de entrada estaba Julio, el hombre con el que salía la anfitriona. Este fue saludando a los recién llegados hasta encontrarse con la última incorporación.

– Este chico se llama Fran y es... –habló la progenitora ofreciéndole una sonrisa.

– Soy la actual pareja de Eli, encantado –interrumpió, tendiéndole la mano y sorprendiendo a todos.

El perro de Francesco congenió a la perfección con el de la casa, aunque el que llevaba la batuta era el de la casa, por ser un perro con demasiado carácter.

Bárbara indicó el dormitorio que les correspondía, luego pusieron un servicio más en la mesa del salón y comenzaron a degustar el menú que había elaborado con tanto cariño. Carpaccio de langostinos, cazuela navideña de cordero y nevaditos de Navidad, hechos por ella misma. Durante la cena, la conversación giró en torno a Galicia. Alicia, Ariel y Fran, los ilustraron describiéndoles los lugares más enigmáticos de la comunidad, el famoso camino de Santiago, la gastronomía y muchas de las costumbres que allí se tienen. Julio les comentó que en el trabajo tenía un compañero gallego y que, en ocasiones, se metían con él haciendo uso de los tópicos que se conocen acerca de los gallegos, como el de la indecisión, el depende, la retranca, el responder a una pregunta con otra pregunta, las brujas y la morriña. La

noche fue perfecta para todos y en ningún momento estuvieron pendientes del reloj. Antes de retirarse a dormir, la anfitriona pronunció unas palabras:

– Después de muchos años, estoy feliz por estar rodeada de tanta gente y me siento más viva que nunca. Eli, tú seguramente no la recordarás así de llena y adornada desde que eras una niña –comentó, dirigiéndose hacia la hija–. Gracias a todos por darme tan grande alegría y acompañarme esta Nochebuena –emocionada, besó y abrazó a cada uno de los invitados.

Tras ese momento de emociones, cada uno ocupó la habitación que le había sido asignada. Ariel y Alicia en el dormitorio del fondo, Eli y su acompañante en el de la derecha, y Bárbara y Julio en el de la planta baja.

– Tu madre es encantadora y muy campechana –exclamó Fran después de hacer el amor con ella–. La he visto muy emocionada.

– La verdad es que su vida, una vez se casó, no fue fácil, y hoy, al verse rodeada de tanta gente y todos felices, más contenta estaba. Parece que le has caído bien. ¿Y tus padres? ¿Viven en Galicia?

Francesco se incorporó y arrimó la espalda al cabecero de la cama para contarle la trágica historia de sus padres. Su madre había muerto, por amor, a manos de su marido en un arrebato de celos. Tras ese suceso vivió unos años con los abuelos maternos y, al fallecer estos, ingresó en un centro de menores. Había tenido una infancia muy dura, viéndose obligado a plantarle cara a los más fuertes que querían abusar de él. Ella lo escuchaba con interés y al mismo tiempo dolor. Se sentía afortunada por haber crecido en el seno de una familia. Su padre no había actuado como tal pero Bárbara sí, había sido feliz, sin necesidades. Acarició su pecho desnudo.

– ¿Quieres hablarme de la chica de las fotos? –refiriéndose a la joven que tenía en el móvil y en varios cuadros en su casa.

Giró la cabeza hacia ella y sonrió con la mirada. ¡Eran tan parecidas!

– Se llamaba Paula y era mi novia. Vivimos muchos años juntos y teníamos planes de boda –pasó una mano por la cara–. Ella era perfecta. Guapa, sencilla, siempre estaba risueña y me amaba.

– ¿Qué le pasó? –intervino, sospechando que había fallecido.

– Está muerta –carraspeó antes de seguir–. Hubo un accidente de tráfico y ella no se salvó –negó con la cabeza.

– Vaya, lo siento mucho –se abrazó a él.

– Fue culpa mía. Yo conducía el coche y me dio el sueño –cerró los ojos con fuerza–. Esa noche debería haber muerto yo, no ella –le costaba desnudar su alma ante ella.

– Es por eso que no usas automóvil –resolvió la rubia.

– Él asintió. Ponerse ante el volante de un vehículo le producía taquicardias.

No deberías culparte. Fue un accidente –tomó la mano de él para asirla con fuerza entre las suyas.

– Un accidente ocasionado por mí –su rostro estaba serio y dolido.

– Los incidentes ocurren, son imprevisibles, y culpándote no resolverás nada. Ella querría verte feliz –opinó.

– Lo sé. Solo necesito algo más de tiempo para hacerme a la idea pues dejó un gran vacío en mí –tocó su barbilla con el dedo índice.

– ¿Cuánto hace de eso? –quiso saber mientras en su fuero interior se cobijaba una pregunta que no podía decir en alto, ¿cómo se puede competir con una muerta?

– Ocho años, nueve meses y doce días exactamente –calculó en un instante. Lo hacía cada mañana, al levantarse.

– Es bastante tiempo para asimilar lo sucedido y seguir adelante, aunque no todo el mundo lo lleva igual, por eso te respetaré. Ha sido tu decisión. Solo ten en cuenta que la vida sigue y hay que caminar mirando al frente. Hacia atrás solo para coger impulso.

– Los años siguientes fueron un martirio para mí. Solo deseaba mi propia muerte. Me metí en la bebida, no hablaba con nadie, no me relacionaba. Samanta fue una de las personas que estuvo a mi lado, siempre me apoyó y, gracias a ella, conseguí dejar el alcohol –relató, acordándose de la última conversación que había tenido con ella. No habían acabado nada bien–. Tengo que llamarla un día de estos y disculparme. Hace unos días estuvo en casa y la eché fuera porque me estaba dando un buen repaso hablándome de ti y de lo estúpido que era dejándote escapar.

– Mañana puede ser un buen día para hacer las paces con ella –propuso y bostezó.

– Mañana no, hoy. ¿Sabes la hora que es?

El reloj marcaba las cinco y media. Volvieron a hacer el amor poco antes del amanecer. Después Eli se abrazó a él y escuchó que le hablaba al oído.

– Aunque quisiera, no puedo garantizarte estar toda la vida a tu lado, pero el tiempo que estemos juntos, prometo hacerte feliz. Quiero que seas mis ojos y mi sombra –dijo en un tono muy bajito pero suficiente como para que lo escuchara.

Con lo que había parecido una declaración de amor en toda regla se quedaron dormidos hasta que el ruido de los demás invitados se hizo patente en la casa. Desayunaron y almorzaron como una familia más, contando anécdotas, chistes y hablando de gustos personales. Francesco, tan pronto se levantó, salió al exterior y llamó a Folla. Necesitaba aclarar las cosas con ella y contarle que se había reconciliado con la madrileña. Poco a poco iría dando pasos adelante, se enfrentaría a esa vida que había estado evitando todos esos años.

En el dormitorio, antes de volver, Fran le habló de su trabajo en la Policía. Antes del fallecimiento de Paula, era detective, igual que Folla. Inmerso en una grave depresión y metido en el alcohol hasta los huesos, abandonó todo aquello que le recordaba a ella. Se fue lejos de sus raíces y de los recuerdos, hasta encontrar aquella casita en el precioso bosque. La compró y creó una vida totalmente diferente a la que tenía en la ciudad. Fue entonces cuando Eli comprendió porqué aparecía cuando llamaba a la comisaría. Samanta le había pedido ayuda para resolver el caso de la chica que había aparecido muerta en el río.

De regreso a casa de Elisabeth, esta le propuso coger el coche. Él la miró con estupor. ¿Conducir? ¿Él?

– Puedes hacerlo; solo tienes que atreverte. Yo iré a tu lado y si en algún instante necesitas dejarlo, solo tienes que decírmelo y seguiré conduciendo yo – planteó, cogiéndole las manos para transmitirle quietud.

Fran calló, mirando hacia un punto no concreto.

– Lo haré –reveló, abrazando el rostro de la chica con ambas manos para besarla.

– Así me gusta –proclamó la rubia, dándose cuenta del esfuerzo que estaba haciendo, acostumbrado a dominar todo lo que le rodeaba pero dispuesto a dar pasos hacia adelante.

Días después, Fran acudió a una joyería y compró un juego de dos pulseras de plata, cada una con la mitad de un corazón y se la regaló en Nochevieja.

Alicia y Ariel abandonaron Madrid para celebrar el año nuevo con sus familias. Aprovecharían las fiestas para informar a sus padres que querían contraer matrimonio el verano siguiente. El hombre aceptó la proposición que le hizo Eli de quedarse un tiempo con ella. Hasta marzo no comenzaría a trabajar por lo que podían aprovechar para conocerse un poco más. También debían decidir qué hacer con la relación. Fran tenía su trabajo en Galicia y Eli...

A mediados de enero Samanta recibió la magnífica noticia de que Eloy había sido detenido. En breve, el país luso lo enviaría a España para tomarle declaración. Su equipo estaba preparado para el interrogatorio y un posible careo entre los dos implicados. A su vez, la anciana del bosque debía pasarse por comisaría para una rueda de reconocimiento.

Fue a finales de mes cuando consiguieron tenerlo en la sala de interrogatorios. Un agente le quitó las esposas. Folla y Lorenzo lo observaron desde el otro lado, como habían hecho con Mateo. A diferencia de este último, Eloy se mostraba altivo, dando puñetazos en la mesa. La detective decidió entrar antes de que rompiera el poco mobiliario del que disponían.

– Buenos días, señor Caro –él la miró con desprecio–. ¿Sabes por qué está aquí?

– No lo sé ni me importa –respondió evasivamente y con mirada calculadora.

Lorenzo hizo una breve exposición del caso, para refrescarle la memoria.

– Estáis jodidos de la cabeza –comentó, haciendo una mueca con la cara.

– Hay un testigo que lo sitúa en el lugar de los hechos, señor Caro –continuó Folla.

– Pues está equivocado. Yo no conozco a nadie llamado así ni he estado en el río ni nada –su tono de voz era un poco más acelerado.

Lorenzo abrió una carpeta con displicencia y extrajo varias fotografías, poniéndolas sobre la mesa, frente a él.

– Esa chica es Luz, y está muerta –anunció la detective–, y este que está aquí –señaló la foto–, es usted. Salvo que tenga un hermano gemelo, pero lo hemos descartado dado que es hijo único.

El chico se puso nervioso. Dio un fuerte golpe en la mesa.

– ¿Dónde está mi abogado? Quiero que venga ya –exigió, poniéndose farruco y enfrentándose a ellos con una mirada fría y cauta.

– Su defensa está a punto de llegar –Folla miró a través de la cristalera que había cerca de la puerta–. Sería conveniente que colaborara con nosotros.

– No pienso hablar nada más con ustedes –concluyó.

Samanta y Lorenzo se retiraron y el mismo agente que le había quitado las esposas, entró en la sala y se las volvió a poner. Esa tarde un compañero traería a la anciana del bosque para una rueda de reconocimiento, en la que también estaría Mateo. Después, este último se enfrentaría a su compañero en un careo. Dos gallos luchando por descubrir cuál era el más fuerte.

Isabel había cambiado su vestimenta habitual de campo por un pantalón, una chaqueta de lana y jersey de cuello alto; la ropa que utilizaba para ir al médico, al

banco y ocasionalmente al supermercado. Hicieron que pasara a una sala de reducidas dimensiones y allí, a través de un cristal, podía ver otra sala. Unos minutos después entraron varios hombres.

– No se preocupe. Ellos no pueden verla a usted –comentó Lorenzo que estaba a su lado–. Tómese el tiempo que estime necesario. No hay prisa.

La mujer, de rostro arrugado, cogió las gafas para ver mejor y, tras estudiarlos con detalle, consiguió reconocer a Eloy. El agente dio la orden de que salieran esos y entraran otros tres. Los estudió con detenimiento hasta darse cuenta que el otro era Mateo.

Folla agradeció que hubiese acudido a la rueda de reconocimiento sin haberle avisado con suficiente antelación, considerándola una ciudadana ejemplar. Su ayuda inestimable había sido vital para fundamentar las acusaciones.

Era el momento de enfrentar a los dos amigos. Primero hicieron pasar a Eloy y luego entró Mateo. El rostro del primero, al verlo acercarse, mudó por completo. Su mandíbula se tensó.

– ¿Qué coño es esto? –gritó, intentando levantarse pero un agente lo cogió del hombro, tirando de él hacia la silla.

– ¿Os conocéis, verdad? –preguntó Lorenzo con agudo interés.

Mateo asintió.

– ¿Dónde está mi abogado? –voceó, desafiando con la mirada a su compañero durante unos instantes.

– ¿Tiene algo que decirle al señor Caro? –interrogó el agente.

Mateo metió las manos en los bolsillos. Tenía tantas cosas que decirle que no sabía por dónde empezar.

– ¿Cuántas veces te dije que era mejor contar la verdad? Aquella noche te supliqué para avisar a la Policía o a los servicios de urgencias cuando se cayó, y me lo prohibiste, incluso llegaste a amenazarme. ¿Es cierto o no?

– ¡Calla esa puta boca! Si tuvieses cerebro no estarías aquí –bramó, encrespado, atravesándolo con una expresión avinagrada. ¿A qué demonios estaba jugando?

– Será mejor que colabores con ellos –insistió de manera conciliadora.

– ¿Colaborar con quién? ¿Con la pasma? ¿Me has visto cara de gilipollas? –gruñó, con los labios fruncidos a causa del cabreo y pasando las manos por el cabello tintado.

– Pero es que ni tú ni yo tuvimos la culpa de la muerte de Luz –opinó, deseando que esas palabras reverberaran en su conciencia.

Los demás presentes permanecían callados.

– ¿Cuánto te han pagado para que hablaras, bocazas?

– No me han pagado nada. Ellos hacen su trabajo y nosotros cometimos errores, debes reconocerlo porque yo ya lo hice–formuló.

Eloy, una vez más, intentó levantarse pero se lo impidieron.

– ¡Sacadlo de mi vista o lo reviento! –dijo, gritando.

– ¿Reconoce lo que su compañero dice? ¿Estuvo aquella noche en el bosque, con Luz y Mateo? –preguntó Samanta sin molestarse en bajar el tono.

Él la fulminó con la mirada, tapando los oídos con las manos y negando con la cabeza.

– Sí, señor Caro. Usted estuvo allí y lo vio todo pero estaba tan pedo que se volvió loco. Vio como la joven se ahogaba y no hizo nada para impedirlo o para ayudarla. En vez de eso eliminó todas las pruebas y huyó como un cobarde, sin pensar que atrás dejaba una persona que acababa de perder la vida. Luz tenía familia igual que usted. Padre, madre, hermanos; pero claro. No se podía esperar más de vosotros después de haber ingerido litros de cerveza y haber consumido cannabis sin control –expuso la detective con las manos sobre la mesa, esperando que la acusación lo excitara un poco más y confesara –. El día que tengáis hijos, si los tenéis, sabréis lo que se sufre.

Mateo se sentía avergonzado; todo lo contrario a Eloy.

– Usted amenazó a Elisabeth Serrano en varias ocasiones, fue reconocido por una testigo en las fotografías y también en la rueda de reconocimiento, y su amigo ha confesado, implicándolo en el caso. ¿Quiere seguir con ese aire chulesco o, por el contrario, prefiere colaborar con nosotros? –interrogó la mujer.

– Quiero hablar con mi abogado inmediatamente –señaló, mirándola de reojo y sintiendo un nudo de aprensión en el estómago.

– Ha estado consumiendo drogas, de hecho la Guardia Civil, en un control rutinario, le interceptó varios gramos de alguna sustancia ilícita. Reconozco un adicto.

– Consumo como lo hacen todos los que son de mi edad y no encajan en este mundo –afirmó.

– ¿Va a colaborar?

– ¡Quiero a mi abogado!

– Muy bien, pero le advierto que habrá un juicio penal y pesan sobre usted diversos cargos, entre ellos, delito por omisión del deber de socorro y delito por omisión de petición de socorro –dijo bastante alterada. No habían sido causantes de la muerte pero tampoco habían intentado auxiliarla.

Mateo, Folla y Lorenzo, salieron de la sala. El agente acompañó al detenido al calabozo de la comisaría. El caso estaba listo para ser juzgado. El equipo se reunió para escuchar la grabación que Lorenzo había hecho en el hospital, y donde Mateo revelaba lo que había sucedido aquella funesta noche.

Acostado en aquella cama de hospital, Mateo comenzó respondiendo a las preguntas que el agente le hacía. Este había comenzado por averiguar cosas sobre su infancia. Era una manera de conocer mejor a la persona que tenía enfrente, porque la mente de las personas, su forma de ver la vida, de contemplar las estrellas o de apreciar la propia naturaleza, no es igual para todos. La infancia tiene mucho que ver con ello, aunque no siempre.

Comenzó explicándole que había crecido entre seis hermanos, todos varones, en una granja de vacas donde la leche había sido un alimento que nunca faltó en la nevera; mucho menos el queso y los yogures frescos que con tanto cariño y esmero, elaboraba su madre.

Reconoció que había tenido una infancia feliz. Desde muy pequeño tuvo que trabajar en la granja, aunque eso no le supuso demasiado esfuerzo. A fin de cuentas, nunca le había gustado estudiar. Eran muchos hermanos y, entre todos, hacían el trabajo, entre risas y alguna que otra pelea.

El agente no lo interrumpió. Consideraba que para la declaración, era mucho mejor que el joven no se sintiese presionado; por lo cual dejó que siguiera con la exposición de manera libre.

Al cumplir los dieciocho quiso ver mundo. Estaba cansado de ordeñar vacas, limpiar sus heces y trabajar en el campo para obtener alimento para los animales; era lo único que sabía hacer y, encima además lo hacía bien. Tras hablarlo con dos de sus hermanos mayores, estos le explicaron que estaba bien conocer otros lugares, pero que para ello debía encontrar primero un trabajo para subsistir y así permitirse viajar. Tendría que alquilar una habitación o un piso donde alojarse, y eso solo se hacía si tenía un trabajo y algo de dinero ahorrado.

Una noche, después de cenar, se lo expuso a sus padres. Ellos no querían que se fuera. Toda la familia había permanecido unida desde que los niños nacieron, y temían que no supiera defenderse, en este mundo de lobos. ¿Adónde iría? ¿Con quién? ¿Cómo tenía pensado ganarse la vida? Lo bombardearon con cientos de preguntas, a cual más difícil de responder.

Mateo le reveló que tenía unos ahorrillos. Con ellos tenía pensado sacar un billete de tren y alquilar algo donde alojarse de forma provisional. Después buscaría trabajo y, dependiendo del lugar donde lo encontrara, cambiaría o se quedaría allí. Lo tenía todo pensado y planeado. Su intención era irse a principios de año, una vez hubiesen finalizado las fiestas de Navidad y, para eso, faltaban menos de tres semanas.

Los progenitores habían insistido en que era muy joven para irse solo. Intentaron convencerlo de que era una mala idea, pero Mateo no entró en razón. ¿Acaso pretendían que viviese toda la vida entre vacas y terneros? Allí, apenas tenía tiempo libre para salir, y mucho menos para viajar y conocer otras religiones, costumbres y gentes. Entre risas humildes aceptó que tampoco sabía lo que era salir con una chica. Si sus hermanos eran unos conformistas, problema de ellos, él no era igual. Su mente

le pedía más. Quería ampliar conocimientos y, si se equivocaba, aprender de ello y continuar hacia adelante, pero lo que no deseaba, por aquel entonces, era quedarse estancado, limpiando mierda y oliendo a vacas.

Las semanas pasaron con inusitada rapidez y llegó el día de partir. El autobús esperaba por los viajeros en la estación. Sus padres lo habían llevado en coche y allí se despidieron. Para tranquilizarlos, Mateo había prometido que los llamaría todas las noches. No le gustaba ver a su madre tan afligida y preocupada, pero estaba convencido de que irse de allí, era una decisión acertada. En la granja había suficiente trabajo como para entretener la mente y, en unos días, su progenitora se haría a la idea de que su tercer hijo había volado del nido.

Lorenzo habló.

– Entonces elegiste venir aquí.

El chico negó con la cabeza. Madrid había sido la ciudad elegida. Le había antojado conocer la capital y todos esos lugares que tanto alababan en la televisión. Alquiló una habitación en un edificio en el que vivía gente trabajadora, y preguntó a los vecinos si sabían de algún trabajo por la zona. Cinco días después empezó a trabajar en un bar que estaba a varias calles del alojamiento. Con una media sonrisa manifestó que en aquel momento no cabía en sí de gozo.

Estuvo tres meses trabajando duro, de lunes a domingo y en jornadas de doce horas, para cobrar el salario mínimo interprofesional. En casa no tenía tiempo para el ocio, y allí, muchísimo menos. ¿Para eso se había ido de su hogar?

Un compañero le había comentado que también estaba cansado de que se aprovecharan de él y, una tarde, lo convenció para que lo acompañase. Había visto una oferta de trabajo interesante en el periódico. En la misma pedían dos personas para trabajar como comerciales. Debían ser jóvenes, sin ningún tipo de compromiso familiar y con ganas de viajar y ganar dinero. ¡Era la ocasión perfecta, la que estaba buscando! Se presentaron y fueron seleccionados entre veinte chicos y chicas de distintas edades. Al día siguiente pidieron la cuenta en el bar y empezaron en el nuevo trabajo. Estuvieron dos días haciendo varios cursos de formación y, al tercero, les asignaron un vehículo comercial y la zona geográfica en la que trabajarían, que, casualmente, sería en la tierra de Mateo. Esa noticia había alegrado a sus padres. Aunque no lo viesen a diario, sabían que no estaba tan lejos y, de vez en cuando, podría hacer alguna que otra escapada para visitarlos.

El agente volvió a intervenir.

– Intuyo que ese compañero es Eloy –el chico asintió y siguió narrando lo que había sucedido.

La empresa les había facilitado un piso para los dos y tenían un salario digno. También disponían de coche y suficiente tiempo libre para conocer lugares y chicas. Eloy, su compañero, en cuanto a mujeres, era de armas tomar. Un verdadero devorador de féminas que, con una sola mirada, arrojaba magnetismo en el sexo contrario, y del que Mateo aprendió muchos trucos para ligar. Le gustaban rubias,

morenas, pelirrojas, mulatas, altas, bajas, gordas, escuchumizadas, inteligentes, presumidas o fantasiosas.

Tras una breve pausa para pensar siguió con el relato, declarando que los fines de semana eran para el sexo. Los viernes, se acercaban a las discotecas de la zona y seducían a las mujeres, al azar. Con Eloy, Mateo descubrió la divinidad del sexo. En diversas ocasiones consiguieron convencer a una misma chica para hacer tríos.

Hizo una mueca de dolor y exclamó: ¡Si me viesen mis hermanos! Aunque, con lo que pasó a posteriori, no quiero ni acordarme de lo que pensarán de mí.

– ¿Necesitas beber un poco de agua?

– No. De momento estoy bien. Solo quiero acabar con esto lo antes posible – respondió, cambiando la posición de las piernas para seguir.

Entonces, todo iba de maravilla. Dinero, trabajo, alojamiento y vehículo gratis, mujeres a montones... La suerte los acompañaba.

El penúltimo fin de semana del mes de junio, Eloy le dijo que iba a pescar, y se llevaría a una chica que había conocido la semana anterior en un pub. Después de explicarle de quién se trataba, Mateo cayó en la cuenta de que también la conocía. Casualmente era la misma chica con la que habían hecho el trío en un hotel de cuatro estrellas. Tenían pensado llevar una tienda de campaña y dormir dos noches al amparo de la naturaleza. Al final se dejó convencer y los acompañó.

– Y esa chica es Luz –probó el agente. Mateo movió la cabeza de arriba abajo.

Llegado el día, buscaron la zona idónea para dejar la amplísima tienda que habían comprado en un reconocido establecimiento de deportes. Mateo explicó que le había parecido un sitio encantador, muy cerca del río y con el sonido de los pájaros sobre sus cabezas. Al bajar del coche había hecho una pregunta. ¿Estaría permitido pasar la noche allí, en aquel tesoro natural? Eloy lo persuadió diciendo que en ningún sitio decía que no se podía montar una tienda de campaña durante una o dos noches. ¿Y si había lobos por la zona?, siguió meditando Mateo. Su amigo, en aquel momento, no pensaba en los riesgos, solo en el disfrute. Además de a la chica, también había llevado un poco de maría para liar. Según él, ¡Tenía que ser un fin de semana apoteósico!

Lorenzo pensó para sí mismo. Y tanto que lo había sido.

Después de pescar por la tarde, o, al menos intentarlo pues no había picado ningún pez, subieron al lugar donde habían dejado la tienda para preparar algo rápido de cena. No habían llevado mucha cosa. Embutido para hacer bocadillos, pan de molde sin corteza, patatas fritas de bolsa, cacahuetes y pipas peladas, muchas latas de cerveza y varias botellas de vodka y Coca-Cola.

Entre risas, comieron, bebieron y fumaron; un cóctel explosivo. Pensaban que estaban bien, que lo tenían todo controlado, pero no era así. No tenían autocontrol y estaban a la deriva de lo que pudiera sucederles, aunque, a esas edades y con todo lo que se habían metido, era normal que no apreciaran los peligros de la noche.

A medianoche, la chica los incitó a darse un baño en el río. Desde la zona de acampada podían bajar por una pequeña rampa de tierra. Él desconfiaba de la zona. Sabía que los ríos engañaban y eran peligrosos, más incluso por la noche, cuando la visibilidad es nula, pero Eloy le había recalcado que se trataba de un simple baño, para despejarse y aliviar el calor que soportaban sus cuerpos, tras la ingesta de dos botellas de alcohol y los porros que habían fumado. Serían solo unos minutos y no le harían daño a nadie. Entonces los tres se quitaron las ropas.

El joven se estremeció y esperó unos segundos para recobrar la confianza. Pensar en ella le producía dolor en el corazón.

La chica fue la primera en bajar, y lo hizo saltando desde arriba, con las piernas encogidas y taponando las fosas nasales con varios dedos en forma de pinza. Por el aullido que su garganta soltó, el agua debía estar fría, muy fría. Mientras, ellos se rieron y, con una moneda, echaron a suerte cuál sería el siguiente en saltar. Había salido cara, por lo tanto, Eloy se tiraría segundo, y después Mateo. Estaban tan absortos en la conversación que no se dieron cuenta que la joven gritaba desde el agua.

Mateo se llevó una mano a la boca. Tenía la garganta totalmente comprimida y no podía hablar. Una vez logró recomponerse, narró la conversación que tuvieron en ese momento.

– ¡Socorro! –había gritado, agitándose violentamente en el agua.

Ellos se acercaron. Sus rostros habían palidecido.

– Si es una broma no tiene gracia, Luz –comentó Eloy pensando que estaba haciendo el tonto–, no nos agües la fiesta.

– ¡Joder, se está ahogando! –gritó Mateo–. Haz algo.

Eloy pasó las manos por el cabello desgreñado. ¿Qué podía hacer por ella? Si se tiraba al agua, posiblemente le sucediese lo mismo a él.

– ¡Tírate tú, listo!

Los recuerdos pasaban como un relámpago por su mente, atormentándolo.

– Tú la has traído e invitado. Es responsabilidad tuya –había insistido Mateo. Su respuesta no hacía justicia al momento que estaban viviendo.

– ¡Luz! –pronunció, con voz desgañitada.

Los minutos pasaron hasta que no se vio movimiento en el agua.

– Está sumergida por completo. Ni siquiera se ven burbujas de su respiración ni movimientos bruscos en el agua. ¡Coño, se va a morir! –recordaba a la perfección su tono de voz desesperante.

Mateo había regresado a la zona donde dejara la ropa para vestirse.

– Tenemos que pedir ayuda –buscó el móvil en el bolsillo dispuesto a llamar a emergencias.

– ¿Para qué? La chica está muerta y nadie puede hacer nada por ella. ¿Acaso quieres meterte en problemas?

Se llevó los dedos a la sien. Era como si lo estuviese viviendo por segunda vez, desesperándose porque no aparecía Luz por ninguna parte del río, y viendo a Eloy vestirse y encender un cigarro, sin el menor escrúpulo, sin ningún tipo de abatimiento.

– Entonces, ¿qué vamos a hacer, no pensarás dejarla ahí, sumergida?

– Si te parece llamamos a la Policía para que nos lleve arrestados. ¿Acaso quieres perder tu trabajo e ingresar en la cárcel? – había expuesto Eloy, convencido de que abandonarla allí, era la mejor opción.

– Nosotros no hicimos nada. Nadie la obligó a tirarse al agua –Mateo buscaba razones para convencerse de que ellos no eran culpables de nada.

– Eso solo servirá de excusa para la pasma. Ellos intentarán buscar culpables que paguen por la muerte de Luz, es decir; tú y yo.

– ¡Mierda!

– Será mejor recoger todas nuestras cosas, incluidas las de la chica. Después nos desharemos de ellas. Hay que intentar no dejar ninguna huella ni resquicio de que hemos estado aquí. No quiero líos con la Policía –exhortó como lo haría un líder y con evidente enfado.

Mateo había girado la cabeza hacia el río. Ningún atisbo de Luz.

– Yo creo que es mejor dar el aviso. Su familia la echará de menos. Si no es mañana será pasado o al día siguiente, pero querrán saber donde se encuentra. No es justo ocultar la verdad –recordó haber pensado y opinado.

– La vida está llena de injusticias, amigo. Lo que ella hizo fue un suicidio. Se tiró al río sin saber si daba pie –su compañero había intentado sacarle importancia al asunto.

– No digas gilipolleces. Tú ibas a hacer lo mismo, reconócelo.

Una enfermera entró para dejarle las pastillas del mediodía. Una vez se fue, Mateo respiró profundamente y pasó la mano derecha por la garganta para seguir con la narración.

En un silencio absoluto siguieron recogiendo la zona.

– Tío. Yo no puedo irme de aquí así. ¿Te das cuenta de que si nos vamos sin pedir auxilio, sí estamos cometiendo un delito? Yo no he estudiado mucho pero es de sentido común –recordó que su amigo lo miró a los ojos con firmeza. La mirada de un leopardo cabreado.

– No me toques más los huevos con ese asunto, ¡estamos! He dicho que no vamos a llamar a nadie. Tú y yo no hemos estado aquí, mucho menos con esta chavala –dijo, en forma de amenaza, clavándole varios dedos en el abdomen–, ¿lo has entendido o tengo que repetirlo más veces?

– ¡Cabrón! –reprodujo el joven de la misma forma que aquel día.

Él negó con la cabeza. Por un lado quería irse y olvidar ese trágico momento, pero por otro se sentía responsable y su deseo era avisar a alguien, aunque fuese de forma anónima, para que la sacaran del río. Entretanto razonaba en silencio, su amigo

lo estaba observando con atención. Sabía que Mateo no estaba del todo conforme con la decisión que habían tomado, más bien que había tomado él.

– No hay marcha atrás y no me vengas a joder, que te conozco. Lo hemos pasado muy bien con ella pero ahora debemos olvidarlo y, si alguien nos pregunta por Luz, diremos que no sabemos nada de ella.

– No sé si sabré ocultar la verdad. No valgo para mentir –confesó Mateo.

– Pues practica delante del espejo, colega –sugirió con cierto cinismo–. Luz fue flor de un solo día. Punto final.

A Mateo le había asombrado su falta de calidad humana. A todas luces parecía como si no fuese consciente de lo que había sucedido esa noche, de que una chica se había ahogado delante de sus narices.

– Creo que ya está todo recogido –comentó Eloy–. ¿Has metido en la bolsa de la basura todos los vasos plásticos?

– Toda la mierda está en esa de ahí –señaló el maletero del coche, de la empresa para la que trabajaban, y que estaba aparcado a su lado.

– Vale, pues ahora nos largamos cagando leches. Necesito llegar a casa y darme una buena ducha.

Tras esas palabras, Mateo había pensado que su amigo, en el fondo, debía sentir algo de remordimientos al marcharse sin ella. Necesitaba convencerse a sí mismo de que era así.

En silencio condujeron hasta llegar al piso en el que ambos vivían. Eloy dejó en un contenedor, las bolsas que contenían la basura que habían generado, y también dos más con las pertenencias de Luz, pensando que así eliminaba cualquier pista o prueba de que ella había estado en ese coche con ellos esa noche, pero no se dio cuenta que, al manipular las bolsas, sus huellas estaban por todas partes. Por fortuna, la muerte de la joven se había producido con vertiginosa velocidad.

Una vez finalizó la grabación, Folla intervino.

– La muerte de la chica fue tal y como yo me la imaginé, después de las pruebas que hicimos en el río y de conocer los resultados de la autopsia –observó, acercándose a la pared donde estaba colgada toda la información del caso que habían ido recopilando en los últimos meses.

– Eloy tendría que haberle hecho caso a su compañero cuando le propuso llamar a emergencias. Evitarían tener que declarar ante un jurado y ser enjuiciados –sostuvo Lorenzo.

– Y Mateo siguió a Eloy porque este era el líder, el dominante, pese a su estrechez de miras.

Los demás asintieron y comenzaron a recoger todo el material de ese caso para guardarlo en una caja de cartón. Parecía el argumento de una película de suspense.

A finales de enero Fran regresó a Galicia, acompañado de Elisabeth. Después de mucho meditar, llegó a la conclusión de que su vida estaba allá. En Madrid tenía un ático y a su madre; en cambio en Galicia tenía muchos amigos que la apreciaban y deseaban su regreso. Iba a estudiar para sacar las oposiciones y poder acceder al puesto que sus buenos amigos le habían recomendado. Mientras tanto aprovecharía para empezar con los preparativos de la boda de sus amigos.

El viaje les llevó cinco horas dado que habían ido en el coche de Eli y, durante un tiempo, no sabían cuanto, vivirían en la casa de Fran. ¿Qué les deparaba el futuro? No eran conocedores de tal misterio. Lo único que sí tenían muy claro era que querían estar juntos.

La familia de Luz se enteró de lo que realmente había sucedido en el río el día del juicio, sintiendo un vacío grande y muchísima impotencia, al descubrir que ninguno de los chicos había intentado salvar la vida de su hija, ni siquiera se habían molestado en avisar a alguien para recuperar el cuerpo del agua. El consuelo que les quedaba era que, al menos, no había sido forzada ni violada. Había sido un accidente lamentable.

FIN

DEDICATORIA y AGRADECIMIENTOS

En la vida conoces a todo tipo de personas.

Reconozco que no fui muy afortunada en cuanto a compañeros de trabajo, y, mucho menos, amigos o amigas. La gente, que no toda, solo busca el bien personal y si, para conseguirlo tiene que pisotear a los demás, lo hace sin ningún tipo de contemplación. De un tiempo a esta parte he logrado apartarme de esos individuos tóxicos, mejorando así mi forma de ver las cosas, y he conocido a personas maravillosas que han enriquecido mi vida, muchas de ellas lectoras con las que tengo una gran amistad. A todas ellas les dedico esta historia, pero, es esta ocasión perdonadme que se la dedique muy especialmente a María Alonso, Rosa Ángela, Blanca Costas y Mari Carmen V. Gracias por vuestro apoyo día a día, por los cafés que nos tomamos una vez al mes, por confiar en mí, por estar siempre ahí.

También quiero agradecer a José Losada que me permitiese utilizar en esta novela, un relato que escribí para su Cibertaller de escritura creativa. Ya sabéis, autoras y autores noveles, si queréis hacer un curso para formaros, considerad el gran talento que tiene Losada, además de ser una hermosa persona.

Y por último darle las gracias a Rocío, del CIM de Porriño, por haberme facilitado información que yo no conocía pero que me ha servido para darle forma a esta novela.

Sobre la autora

Sandra Estévez Calvar, nacida un trece de septiembre en Porriño – Pontevedra. Diplomada en Contabilidad, ejerciendo dicha actividad durante 16 años en empresas del sector privado.

Su andanza por la escritura comenzó en la época de estudiante, quedando apartada durante unos años por motivos de trabajo y familiares.

Autora de los siguientes libros, todos ellos publicados en Amazon:

- *Entre el miedo y el amor (septiembre. 2014) Romántica/superación personal.*
- *No me dejes ahora (diciembre 2014) Romántica/policíaca.*
- *Entre ángel y demonio (septiembre 2015) Romántica/erótica.*
- *Invisible (diciembre 2015) Histórica biográfica.*
- *La sombra del dinero (febrero 2016) Romántica/suspense.*
- *Desafíos del destino (septiembre 2016) Romántica/suspense.*

También ha participado en el I Concurso de micro relatos – libro digital “Mis vacaciones Ideales”. En su blog se puede encontrar variedad de reseñas de libros que va leyendo, relatos propios y poemas.

Se puede seguir su trabajo de las siguientes maneras:

–

Facebook: <https://www.facebook.com/pages/SandraEC/800874709941208?ref=hl>

– Twitter: @SandraEstevezC

– Blog: <http://sandraestevezcalvar.blogspot.com.es/>

– Instagram: *sandraestevezcalvar*

– En su canal de youtube, en las aplicaciones Wattpad, Pinterest, Goodreads y LinkedIn.